ANTONIO RAMOS ZÚÑIGA
CORNATEL,
el secreto
ESPAÑOL

CORNATEL,
el Secreto Español

Autor

Antonio Ramos Zúñiga

Copyright © 2011 Antonio Ramos Zúñiga
Register of Copyrights, United Sates of America
Registration: TXU001785573
All rights reserved.

Todos los derechos reservados.

Título: Cornatel, el secreto español
Primera Edición 2014
First Paperback Edition CreateSpace 2014

Format Kindle Edition 2014.

ISBN- 13: 978-1503106741
ISBN- 10: 1503106748

Ilustración y diseño de cubierta: Ernesto Valdes

Blog: http://antonioramoszuniga.blogspot.com/

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, magnético, eletroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito del autor.

A Saturno Polón, ex conspirador.
A Jaime Díaz, el mejor guía de Salamanca.
Contigo Espe, la inspiración, en el camino *Spes*.
A Patricia Hart, que intentó descifrar la niebla.
Y a Howard, que conoce del asunto.

La historia es una pesadilla, en la que intento despertar.
(“History, Stephen said, is a nightmare from
which I am trying to awake.”)
James Joyce

— ¿Y cuál es el secreto?
—Lo que las religiones reveladas no han sabido decir.
El secreto está más allá.
Humberto Eco

La verdad, la sencilla y simple verdad, es incompresiblemente
extraña, irreal e inverosímil, pero es la única verdad
a pesar de ser extraña.
Karol Józef Wojtyla-Juan Pablo II

ADVERTENCIA

No todo es ficción. Sucedió y sucede.
El *Dramatis personae* somos nosotros.

Capítulo 1
El mensaje

Comenzaba a oscurecer sobre Madrid.

Como de costumbre, Ludovico Prevost aspiró profundo, cerrando los ojos unos minutos con la mente en blanco, imaginándose más ligero que el aire; luego se acomodó en su escritorio, echó un vistazo a las notas de un cuaderno y acto seguido encendió el ordenador inclinándose absorto sobre la esplendente pantalla, listos sus tensos dedos a ras del teclado, atrapado en la euforia de endosar nuevas elucubraciones a su blog.

La fruición de leer lo que escribían los lunáticos digitales más fantasiosos del mundo había convertido su vida en una aventura viciosamente noctámbula. Lo que fuera al principio un simple pasatiempo diletante, un foro titiritero de chismosos y fisgones con el cual había pretendido aupar el humor y algo de nirvana sobre la razón materialista exhausta y obtusa, se tornó cada vez otra cosa pegajosa y alucinante, como las buenas series de vampiros que envician, o algo peor, se inventó una bitácora de Pandora que cualquiera podía traspasar a puro antojo y meter baza, un absorbente agujero negro digital, donde una extraña membresía de personajes crecía como lapa. Mensajes sofisticados abarrotando su blog llamaban a que Satán redimiera a los herejes, miles de adictos graznaban como cuervos alrededor del brujo.

Internet es el más extraordinario de los circos, se decía Ludovico, y en cierto modo se tomó en serio el ser un redentor maldito de una plaga bipolar. Su lema: “¡Bah! Hagamos todas las muecas posibles”, usurpado al poeta Rimbaud, tenía de fiestas a quienes creían ser como él, esos empáticos habitantes de los subterráneos patéticos de la mente, cierta hez social surrealista, cierta gente incomprendida y soñadora, ciertos heraldos del claroscuro, gente digna de ser escuchada: fracasados, perseguidos, profetas, antisociales, marcianos y reencarnados, la gran familia gótica, kafkiana, freudiana y futurista, el mundo al revés. Y con el mismo entusiasmo también escuchaba a seres corrientes y a genios sufridos escondidos tras los anonimatos.

Nada lo divertía más que replicar apostillas y sermones, metido en el fervoroso pugilato de temas: Iconoclasia, Erebus, Ateísmo, Codex Gigas, Génesis, Teoría de la conspiración, Fetichismo, Complejo de Electra…, y jamás se perdía a los oráculos. Un tal “hacedor de neo-

futuros” le había fijado la fecha exacta de su reencarnación en “mil años y medio”, renacido como “la pata del diablo, especie de ladrón de libros”. “Bravo, diste en la diana”, le comentó Ludovico. Había un seguidor filósofo, el “timonel del no-ser y la no nada”, que le agradecía su “malvada exquisitez anti puritana en defensa de la cuadratura del círculo”. ¿Era acaso un acertijo o una metáfora descabellada? Pero de veras no sonaba mal. Sin embargo, con ciertos tipos léperos perdía la paciencia, como con el “heraldo ex-extraterrestre” que no paraba de insultarlo: “Quijote traidor, desertor sodomita, árcade *ars diavoli*, masón maricón…”

Decenas de injurias se repetían hasta el fastidio cada noche. “Coño, me ven como el culo de Calígula”. Reía solo, perverso, como un brujo cómplice. Se sumergía en las teclas más exquisitas si la locura merecía aclaraciones. Si había desertado de algo, sería de los nefandos sueños originados en el infierno perfecto de Dante, la tenaza de Fobos y la bruma soledosa de Kafka. Tampoco recordaba haber sido partícipe de alguna masonería de maricas. “¿Y qué tiene de malo ser un sodomita quijotesco?”. Le replicaban: “Tu cianuro anticristo, eso es lo malo”.

¡Cuántos adjetivos para definir la inutilidad, la antipatía, el cisma! ¡Cuántos oscuros vericuetos de la razón humana conducían al ante infierno, el purgatorio y la chifladura! ¡Cuántos disfraces tenían los herederos descerebrados de El Bosco y Dalí! ¡Jamás se imaginó un teatro tan desenfadado en las cavernas de la civilización!

Todas las medianoches se repetía un e-mail con texto en negritas: “Buenas, mi Lucifer mal educado, es hora de tus aullidos, no me desilusiones”. La “vampira de los orgasmos infinitos” solía decirle: “Tengo ganas de tu sangre olorosa a poesía fresca de izquierda”. ¡Qué intelectualmente divertido! Pero no le hacía caso, la mojigatería y el arte menor dejaron de entusiasmarlo. También eludía las interminables correspondencias cifradas con 666 y 777 y la numerología basada en el 11 y la cabalística, por lo general llena de símbolos, advocaciones bíblicas y precogniciones catastróficas.

El mismísimo Diógenes de Sinope, dándosela de sobreviviente del “eterno retorno”, le repetía que no temiera ser cínico si pretendía ser el jefe de la manada. A ratos, por los bordes de la pantalla del ordenador resbalaba un monigote orate con ojos botados y garras de gremlin, la obra de un experto en animación. Salía y se escondía y salía, soltaba una carcajada y se escabullía mostrando el trasero, al final unas coquetas urracas le mandaban besitos libidinosos.

El zoológico humano, si se pasaba de rosca, era como un aluvión de cloaca. Los sicópatas comenzaron a aventar quimeras sádicas. Un terrorista islámico juró por Alá que le volaría el culo. “Alá no te lo perdonaría”, replicó apaciguador Ludovico. Entonces le dijeron: “Alá

me lo ordenó, idiota occidental". Un chiflado le reveló una fantasía: "Debe ser sublime crucificarte castrado, soy tu vecino adorador…" ¡Joder! Ludovico estuvo a punto de cancelar su blog, pero no lo hizo. Amaba su circo de monstruos invisibles y esotéricos, sus fans eran ingeniosos y auténticos, nada le hacía disfrutar tanto como oír caminar elefantes blancos por el techo. ¡Divina comedia! ¡Caldo de literatura y siquiatría! ¡Una babel mágica! El embudo invertido. ¿Qué otra cosa podía ser?

Pero un manicomio sin censura no es mero relajo, pantomima y diversión, es sacrilegio moderno, hijoeputada. Algo bien distinto podía desencadenarse si a un majo cabrón le daba por joder. Aquel vídeo, que bajó un anónimo, provocaba repugnancia pero a la vez carcajadas, chistes y tempestad. Pejes gordos, políticos y celebridades pasándola pipa y dándose tranca en cueros en un ritual sadomasoquista era inaudito y maloliente, más irrespirable que un cadáver abofado. Ludovico se cagó en las amenazas de muerte y le declaró a los periodistas: "No sé quién descargó el vídeo, pero hizo bien. Es así como la libertad de prensa limpia a las sociedades sucias".

El escándalo era un premio, pensó Ludovico, porque armar un circo había resultado socialmente útil. Olvidó su temor al navajazo que lo degollaría, pero a la vez conoció la nueva faceta de la venganza. Virus maliciosos, troyanos, espías y gusanos invadieron su blog. Con el encantador nombre "Petit Prince", título de uno de los libros que amaba, había llegado el macabro virus que borrara completamente los archivos de su primer ordenador.

Esta noche, leyó con detenimiento un mensaje de un terrorista intelectual que quería debatir sobre la decadencia de Occidente y, asimismo, atendió al azar correos con títulos originales: "Hola, ventrílocuo fascista con patente de corso". Siempre estaba allí el e-mail que lo ponía a pensar: "Los perros no ladran en la iglesia". Actualizó el blog y finalizó la jornada emitiendo alguna opinión sobre las noticias conspicuas del día.

Desde la tarde tenía la idea fija de escribir sobre un tema que lo fascinaba: la resurrección de Cristo. Apenas hincó los dedos sobre el teclado cuando escuchó el zumbido que avisaba la entrada de un nuevo mensaje. No revisaba correos que llegaran a las dos de la madrugada, para no desconcentrarse, pero esta vez la ventanilla de texto alumbraba una leyenda inusual: CORNATEL.

Abrió enseguida el correo y encontró la misma palabra, sin más. "Me suena esta palabra", se dijo reflexivo. Cerró el correo y comenzó a escribir sobre la resurrección.

Capítulo 2
La foto del ángel

Ludovico no podía vivir sin la Red, estaba convencido de que el Internet era la primera de todas las maravillas inventadas por el hombre, el hecho civilizador más grandioso desde la imprenta de Gutenberg, ya que la humanidad podía disponer libremente de una cantera informática global que le serviría para desentrañar los misterios de lo divino y lo humano. Ni siquiera Dios estaba exento de que los navegantes en línea usaran la poderosa gnosis mundial para dirigirle e-mails devotos o conjuros ateos.

Uno de sus seguidores internautas, con ínfulas de periodista, afirmaba haber entrevistado en directo al Santísimo, "más mente abierta de lo imaginable, no del todo políticamente correcto". Lo imposible no existía en la inconmensurable y liberadora Web cibernética planetaria.

Meses atrás, Ludovico había abierto una cuenta para crear un espacio o página tipo blog o bitácora, pensando precisamente en cómo establecer contacto con ángeles y demonios.

"Hay de todo en el ciberespacio, tal vez haya interesados en mi manera de ver las cosas al revés", pensó entusiasmado y lanzó *Jaque al Rey, la nave de los profanos* "ideado para la especie más desgraciada del mundo, los Nuevos Ciudadanos no oídos por Dios y para los irreverentes con testículos heroicos y algo de poesía", y en poco tiempo tuvo al mundo pendiente de lo que escribía, mayormente iconoclastas y librepensadores, lerdos enloquecidos que pedían la resurrección de Hitler, anónimos posesos que lo invitaban a debatir, hackers que prometían enviarle sida digital. No faltaron algunos de sus alumnos y alumnas que asomados al Chat confesaron, cara a cara, la seducción de la contra natura y la irresistible influencia de Dorian Gray, Sade, Caín, Mesalina, Drácula, Calígula, Heliogábalo, este y aquel. "Jeje, la materia es débil, profesor, libérese".

Maravillado porque el Internet ofrecía un locutorio privado más perfecto y liberador que el confesionario católico romano, contestó a sus contactos que también buscaba un interlocutor compasivo para él mismo, que no fuera por supuesto loquero ni cura "para purgar al hippie irreverente y pecaminoso que llevo en la calavera del subconsciente". Las chicas, que lo adoraban, le juraron guardar el secreto, fidelidad eterna y una de ellas lo obsequió posando desnuda. No salía de su asombro cuando leyó lo que una alumna mandó por el

canal de Facebook: “La masturbación lo ayudará a filosofar mejor, querido profesor, dále, sea contemporáneo”

A esos mismos alumnos, parte de los cuales eran becarios de varias nacionalidades, les consagraba tiempo y alma como profesor de humanidades en una universidad privada, católica y bilingüe de las afueras de Madrid, para algunos considerada una pequeña Harvard castellana, aunque otros tenían dudas si no sería otra cosa que el alma mater hispana incubadora de los futuros think tank del Opus dei. Uno de los más serios periodistas españoles había asegurado que el financista supermillonario George Soros, promotor de la “mentalidad abierta”, estaba detrás del engendro.

Ludovico tenía una opinión distinta. Recordaba al periodista moscón que lo abordó mientras corría alrededor del parque madrileño del Buen Retiro, entrenando para un maratón.

—Doctor Prevost, ¿usted sabe que dicta clases en una institución de los grandes conspiradores?

—¿Quiénes son los grandes conspiradores si se puede saber? —replicó, acelerando las zancadas para desprenderse del intruso, y sin poderse contener gritó:

—Vaya a la bolsa de valores, allí están los conspiradores que busca.

—Profesor, usted colgó en su blog un anatema contra el Vaticano y declaró en la tele que la curia romana es un *bluff* pasado de moda, ¿por qué? ¿Le simpatiza el nuevo ateísmo?

Cuando el periodista vio que se alejaba, desilusionado por no conseguir buenas respuestas, ni siquiera imaginó que Ludovico quería muy seriamente a su universidad. Cómo no iba a querer a la institución que conocía desde chico. Su padre, co-fundador de la misma, gustaba de llevarlo a recorrer las facultades del campus y solía sentarlo al fondo del auditórium, mientras dictaba conferencias sobre lenguas muertas. Aunque Ludovico debía más que todo a Oxford y Salamanca lo que sabía de filosofía y antropología, como filólogo sentía que pertenecía a la misma estirpe académica del progenitor, quien había dedicado su vida a descifrar los signos de las originarias escrituras del pasado.

Además, quería a la universidad porque lo toleraba. No era purista ni aristotélico como su padre, sino un moderno comunicador liberal, encantador de oyentes . Rompía los moldes didácticos clásicos en una academia chapada a la antigua. Vestido con vaqueros gastados y chaqueta deportiva, a veces sin corbata, impartía clases, más bien conferencias liberales, peripatéticas, en las que proponía temas misceláneos que sirvieran para que los estudiantes mostraran cuán abiertos eran ante ellos mismos y ante el ser y la nada.

En los seminarios “para pescar conocimientos”, como les

llamaba, tendía a priorizar cuestiones de actualidad: la revolución wikipediana, la herejía Wikileaks, el choque de las in-civilizaciones, los clósets del Vaticano, el hazmerreír teorético Dios versus Big Bang, el armagedón vulgar, el sueño inmigrante del maná, China y el fin del imperio americano, el fenómeno History Channel, el desafío Yihad, la globalización del desperdicio, y otros temas de mucho efectismo irónico. Por lo general las clases concluían con un debate de ardorosos pros y contras y un Prevost motivado que arengaba: "Viva la antítesis, luchemos por la verdad que es y la que no es…"

El último de los seminarios había comenzado al recordar Ludovico que cada noche, por casi un mes, irrumpía en su computadora un e-mail anónimo con la palabra "Cornatel". Cuando respondía al emisor preguntando "¿Qué quiere usted?", solo recibía la réplica automática de un servidor indicando que el e-mail enviado no existía.

Mirando a sus alumnos, expuso:

—¿Alguien conoce ese lugar, Cornatel?

La noche anterior, en lugar de consultar el Larousse, había buscado información sobre el término en Wikipedia. Existía un castellum cristiano del siglo IX con ese nombre en Castilla y León.

—Fue una fortaleza de los Templarios en el siglo XIII, se llama castillo de Ulver, solo quedan ruinas habitadas por fantasmas —dijo un estudiante, absorto en la pantalla de su ordenador portátil.

—El sitio ha sido saqueado por los buscadores de tesoros, pero nadie ha encontrado la espada de oro que enterraron allí los templarios —comentó otro estudiante, navegando en los archivos de datos de Google.

"¿Por qué alguien tiene tanto interés en hacerme conocer la existencia de ese castillo?", pensó Prevost, confuso.

Sintió que una alumna lo llamaba.

—Mire, profesor, este bello niño vivió en Cornatel.

Al fijar su vista en la pantalla, vio la imagen en blanco y negro de un chico de unos nueve años con ojos asustados y desvió la atención.

—¿Cómo conseguiste esa foto?

—Mire, profesor —insistió la chica—. Ese aro de luz sobre su cabeza, como un ángel, le dicen el aura celestial.

En efecto, muy tenuemente, aparecía una corona circular iluminada sobre la cabeza. Prevost enseguida comentó sobre los increíbles trucos que se hacían con Photoshop y ordenó al aula a prestar atención. De inmediato propuso hablar sobre el enfriamiento global. Este invierno había sido el más crudo y largo en muchos años, por eso algunos cuestionaban con razón la teoría del calentamiento global. "¿Quién puede aportar alguna novedad al respecto?"

Un chico con expresión picarona dijo que prefería el calentamiento global a las heladas, “pues en verdad es más rico para ciertas cosillas”, mientras otro intervino para acusar a los ecologistas de “negociantes calenturientos y gilipollas”, provocando risotadas pero también desaprobaciones. “Al Gore tiene razón, el planeta se está muriendo, tómenlo en serio”, planteó otro estudiante, enarbolando convicción.

Media hora más tarde, Prevost manejaba a gran velocidad por la autopista rápida hacia la casa de su madre, en Sevilla. “Esa foto, qué raro, puedo jurar que la he visto en algún sitio, ¿dónde?”. En el camino hizo una parada, activó el portátil y allí estaba, ¡diablos!, otro e-mail con la misteriosa palabreja: Cornatel.

Capítulo 3
Los perros no ladran en la iglesia

El espeso humo del cigarrillo inundaba la oscura estancia donde la sombra vestida de negro mantenía sus ojillos incrustados en la página de un blog que prometía las reflexiones “sin prejuicios” de un pérfido librepensador sobre la resurrección de Cristo.

—Maldito pagano impío.

Las facciones crispadas del individuo denotaban un nerviosismo tenso, como de quien espera que las cosas salgan mal. Había quedado de repente paralizado al ejecutar un clic del ratón sobre la más reciente entrada de un visitante al blog enemigo y releyó el comentario dejado:

“Profesor, le tengo muchas fotos del castillo, besos de su alumna más guapa”.

—Maldición, ya lo sabe —murmuró la sombra y se apresuró a mandar la noticia a una dirección de Internet. Digitó con un dedo en el teclado: “Ya el lobo encontró su cubil”. Y esperó.

“Pues ya sabes qué hacer, los perros no ladran en la iglesia”, fue la respuesta que recibió al instante.

Capítulo 4
El demonio del Internet

Prevost besó y abrazó a la bien conservada anciana de cabellos plateados que era su madre, una señora robusta y bonita, de porte distinguido, que no aparentaba sus casi 80 años. Siempre vibraba y lloraba cuando llegaba su "Lud" y sentía que la mansión de Sevilla recobraba las emociones de otro tiempo. El padre de su hijo la había hecho feliz pero ya no estaba. Escribía poesía para no aburrirse, cuando no tocaba el piano, y leía mucho sobre la historia de sus ancestros, unos judíos errantes mercaderes de inciensos afrodisíacos y *aqua vitae* alquímica.

Sentados a la mesa, después de servir un gazpacho, la madre quiso saber si era verdad lo que decía la gente. "Dicen que te ha poseído el demonio del Internet, hijo; no seas tan necio escribiendo cosas impropias".

—Escribo en una bitácora, madre, es que a la gente no le gustan las verdades.

La madre acercó su cara seria y preocupada.

—Tu padre era un irlandés muy sabio, no olvides que antes de morir te aconsejó que solo el anonimato te salvaría.

—No sé de qué tendría que salvarme, madre, no sé por qué mi padre tenía esa extraña sicosis masónica del ocultismo —replicó Ludovico, incorporándose—. A propósito, quiero seguir leyendo los escritos de papá. ¿Por casualidad has visto una foto mía de una visita a algún castillo que se llama Cornatel?

La madre dijo que no. Y Ludovico se retiró del comedor.

Siempre lo sobrecogía entrar al despacho-biblioteca de su padre. Percibía un indefinible detenimiento del tiempo, como en las atmósferas de las capillas románicas. Estaba todo a media luz; paquetes de legajos, gruesos tomos y manuscritos empolvados cubrían dos escritorios y largos estantes de roble. Grandes vitrinas guardaban incunables y ediciones antiguas de cientos de libros. Fotos familiares, de actos públicos, retratos de personalidades históricas y cuadros de escenas medievales y renacentistas tapizaban las paredes. Allí estaban, por todos lados, las numerosas reliquias y memorabilia coleccionadas por años y la caja fuerte que nadie había podido abrir.

Lo apasionaba escudriñar la papelería paterna, ahora con más razón. Había hecho un viaje a destiempo para atar los cabos sueltos de recuerdos de otrora que iban aflorando neblinosos y sugestivos. Abrió

una de los cajones del escritorio y extrajo un voluminoso cuaderno, cuya carátula exhibía un *Fatum*, escrito a mano dentro de un círculo.

Había leído parte del cuaderno en otras ocasiones. Contenía anotaciones, frases entre comillas, versos dedicados a su madre, croquis, símbolos y alguna que otra remembranza autobiográfica. Por doquier aparecía el mundo críptico de las escrituras arcaicas con impresionantes descodificaciones de todo aquello que fuera expresión y signo: textos arameos, sánscrito, caracteres rúnicos, inscripciones demóticas, lepónticas y gálatas, glifos mayas, escrituras egipcias y orientales, prácrito, signos neolíticos.

No lo había desconcertado descubrir entre tantas revelaciones la segunda identidad del padre. El docto anciano de cien años había sido un hombre de su tiempo: bohemio, cantante de rock and roll, existencialista con cuitas de asco filosófico, marxista utópico, predicador gnóstico anti Vaticano, luego profesor de la Sorbona, enemigo de Napoleón y Marcuse, adorador de Freud, Chaplin y Confucio, creía en los platillos voladores; por principio no entraba a las iglesias ni se arrodillaba ante nadie, leía fascinado a Epicteto, Spinoza y Ortega y Gasset, y había sido el más obseso de los arqueólogos buscadores de la piedra filosofal en los lugares más remotos del planeta; también había sido un ejemplar padre de familia y cofundador de un conservador instituto sui géneris, nombrado ostentosamente: “Universidad Soberana Internacional del Prado”.

Poco antes de morir, el anciano pidió a su hijo que acercara el oído y le confesó un inopinado secreto: “Mi Lud, en verdad no soy ateo, debes saber algunas cosas de mí”. Moriría de repente, con un crucifijo en la mano, no sin antes decirle que buscara la verdad en las antiguas escrituras, agregando entrecortadas frases y números.

Ludovico pasó la mano bajo el tablero del escritorio donde en ocasiones había visto a su padre guardar cosillas y cartapacios. Los dedos tropezaron con un objeto duro y tubular. Se asombró que fuera una cápsula metálica y la destapó. Contenía un rollo de folios amarillentos engrapados y sujetos con ligaduras de lino. Al zafarlas, se desplegó en sus manos un viejo cuadernillo. No recordaba haberlo visto antes, tenía pinta de ser un diario. Estaba dedicado con palabras muy propias de su padre: “Al Príncipe de los Buenos Caballeros de Blanco”. Y empezó a hojearlo. Estaba escrito como un caleidoscopio de excentricidades lingüísticas donde se yuxtaponían crípticamente el latín, griego y hebreo arcaico, el ógmico, védico y celtíbero amalgamado con un cuasi esperanto palíndromo. El resto estaba escrito con caligrafía de jeroglíficos impenetrables. Múltiples dibujos ribeteaban las páginas. Lo fastidió que el cuaderno estuviera incompleto, con hojas arrancadas y muchos borrones. Como había aprendido a traducir lo esencial de las escrituras extintas,

especialmente lo elemental del arameo —“la lengua de Cristo que los falsos heraldos mal interpretaron”, como le oyó decir a su padre—, fue pacientemente extractando de unos pocos párrafos una versión inteligible.

Fue estremecedor lo que leyó.

“...Hijo mío… cuánto mortal devenir... por tu sangre, la raza diferente (…) Temed al falso alter ego, el exterminador viene por nosotros...”.

—No estoy seguro de haber traducido bien, es complicado —murmuró Ludovico.

Pasó a otra página orlada con peces, cruces y palomas, donde pudo leer retazos:

“...hay un castillo donde habita Dios (...) la hiedra mora en un morro (...) hay una noria (...) los templarios nunca murieron...”

Había retenido la palabra hasta que fue adulto: “templario”. Estaba escrita repetidas veces en el diario. Alguna vez de adolescente la pronunció y el padre le dijo que la extirpara del vocabulario. “Esa palabra no existe, trae mala suerte, jamás la menciones”.

—¿Por qué trae mala suerte, padre?

—Pues, ciertas palabras tienen jettatura, trasmiten desgracias.

Ludovico llevaba horas revisando papeles y mirando fotos, sin encontrar la imagen que buscaba con afán. Ahora sabía que existía un castillo sagrado, una hiedra roqueña y un fatalismo místico que marcaban su vida por ser de otra especie, una raza diferente, *rara avis*. ¡Nadie superaba los delirios literarios de su padre!

—¿Seré acaso un androide principesco? —manifestó con ironía, encogiendo el ceño. Pero por qué lo había escrito. Más que todo lo desconcertó que su padre temiera ser asesinado por un falso alter ego, un otro Yo, un gemelo, un familiar, un impostor, ¿quién? La frase le resultó inquietante. ¿Qué podría significar “los templarios nunca murieron”? No conocía esa faceta dramática y simbolista del progenitor. De su padre había leído muchas cosas incomprensibles y sin sentido. Alguien más capaz tendría que decirle lo que escondía el resto del texto cifrado, que parecía novelesco. Cargó con el diario pensando en el poder de las metáforas, no se podía explicar por qué estaba tenso y bañado en sudoración, lo inverosímil rara vez lo inquietaba, hasta sintió una ligera claustrofobia.

Al salir de la oficina, encontró a su madre durmiendo, la besó en la frente y partió con prisa. Solo deseaba llegar a Madrid para meterse a bloguear y navegar en las redes sociales. Iba tan concentrado tratando de darse respuestas sobre el diario paterno que no se percató de un auto siguiéndole. En un punto de la carretera, el auto lo sobrepasó a gran velocidad, esfumándose.

Capítulo 5
Todo por Alemania

Caía una espesa nevada cuando comenzaron a llegar en Mercedes-Benz los cinco hombres de cabeza rasurada convocados al palacete de las afueras de Munich. Vestían con gabán negro y ni siquiera saludaron al pequeño y circunspecto mayordomo de bigotito que les dio la bienvenida con formales inclinaciones de cabeza. Al salón adonde fueron conducidos entraron en silencio y al ver la figura con sobretodo negro de espaldas, se cuadraron, hicieron al unísono una reverencia y alzaron el brazo derecho con el puño enguantado cerrado.

Un hombre muy alto, de pelo blanquecino, que permanecía de pie frente a un ventanal con vista a un lago congelado, los saludó sin mirarlos en un alemán entonado con pausada y peculiar cadencia. Tendría apenas sesenta y tantos años, lucía muy bien y cubría sus ojos con gafas oscuras.

Se dio vuelta y entonces recibió otra marcial reverencia: “Heil Gran Maestro”.

—Queridos discípulos, ustedes saben por qué los he llamado —fue al grano con grave énfasis y, seguidamente, tomó una foto de encima de un buró y la mostró, luego la pasaron de mano en mano—. Tenemos que seguir a esa persona, con toda seguridad es el eslabón perdido que nos conducirá a lo que es nuestro. Ustedes son los mejores, los elegidos, ha llegado la hora de actuar.

Encaminó los pasos hacia una pared donde colgaba un cuadro de familia: mujeres, niños y generales fotografiados al lado de Adolfo Hitler.

—Esta vez haremos realidad los deseos de mi padre —dijo contemplando el cuadro.

De un maletín extrajo pacos de euros, tarjetas de crédito, celulares, llaves maestras, pasaportes y diminutos frascos plásticos y los fue repartiendo a los presentes. Explicó que los frascos contenían píldoras de veneno instantáneo. No quería que alguien se dejara atrapar vivo, porque en tal caso las torturas serían un horror peor que estar muerto.

—Nuestra existencia debe quedar guardada por mil años —afirmó inspirado—, hasta que el mundo vuelva a estar a nuestros pies. Estamos en el camino, a pesar de los espías y traidores.

Dijo las últimas palabras en español con acento argentino y de

inmediato tomó una vieja pistola Luger de encima del buró, apuntó a la frente de uno de los cinco hombres y disparó. La cabeza perforada golpeó el espaldar de la butaca, dislocándose, y una brusca contorsión lanzó el corpachón al piso. Los cuatro hombres, sin perturbarse, mantuvieron la mirada fija en el Gran Maestro.

—Era un traidor; el imbécil contó que existíamos a un policía encubierto que por fortuna es de los nuestros. Cerdo traidor.

Los cuatro hombres asintieron y miraron de reojo la cabeza del traidor encharcada en sangre.

Cuando los cuatro hombres se iban a despedir, el Gran Maestro los abrazó y llamó por un móvil dando órdenes. Dos hombres armados salieron del bosque circundante, entraron a la mansión y cargaron el cadáver del traidor llevándolo hasta una camioneta que de inmediato abandonó el lugar.

—Todo por Alemania —dijo el Gran Maestro, extendiendo una mano a los visitantes.

Los hombres clamaron “!Todo por Alemania!”, mientras una mano fría les estrechaba las suyas y sin más abordaron sus respectivos mercedes negros. Se admiraron de ver a su gran maestro y gran general saludándoles con su mano larga y blanca y fría, su vencedor puño de acero en alto.

Capítulo 6
La verdad hecha palabras

La madre de Ludovico había sentido el beso de su hijo en la frente pero no abrió los ojos. Esperó que se marchara y se apuró a ingresar en la biblioteca de su difunto esposo que encontró desorganizadísima. “Lud siempre tan descuidado”. Las gavetas del buró habían quedado abiertas y se puso a registrarlas. Faltaba uno de los cuadernos: el que estaba lleno de términos indescifrables y dibujitos. Su hijo seguramente quería atesorarlo por tener una dedicatoria filial y era del tipo de rarezas que le gustaban.

No era eso precisamente lo que estaba buscando. Anduvo por entre las hileras de estantes, removiendo cosas, mirándolo todo. ¿Dónde estaría escondido ese otro mamotreto? Se detuvo pensativa junto a la caja fuerte bloqueada: “Aquí solo guardó esa foto del castillo que lo obsesionaba, seguramente la que busca Lud”. Pero le habían hecho jurar no mostrársela.

Meses antes de morir, el esposo le había dicho: “Tengo que escribir una historia de la muerte posible” y desde entonces había permanecido horas y horas y semanas escribiendo a mano sin salir del despacho. Cuando ella le llevaba café, podía comprobar que los frutos de la consagración eran cientos de hojas desparramadas por el escritorio y el piso, hasta que escuchó decir: “Ya está la verdad hecha palabras” y el viejito le puso en las manos un voluminoso manuscrito terminado. Pero no se lo dio a leer.

Tiempo después, al preguntarle por el libro, si lo publicaría, el viejito contestó:

—No es publicable porque dice verdades, lo escribí para poner a salvo a nuestro Lud, es un como un talismán ungido de buenaventura contra las acechanzas.

Lo miró atónita.

—¿Es que alguien quiere hacerle daño a nuestro hijo?

—Pudiera ser, nunca se sabe —dijo el viejo Prevost.

—¿Pero qué has hecho con ese libro, corazón?

—Se lo mandé a Dios —Con un dedo apuntó hacia arriba.

Desde entonces la anciana no descansó buscando el libro. Quería saber por qué su contenido podía librar a su hijo de alguna amenaza. Tampoco Ludovico sabía que existía tal libro ni se lo diría, por ahora.

Capítulo 7
Thule

Robin García estaba pescando muy a gusto en su yate, con el mar calmo, cuando recibió la llamada que nunca hubiera deseado contestar. Salió la voz bronca del jefe: “Te necesito, regresa urgente”. Apenas había podido disfrutar de cayo Maratón, en la soleada Florida, pero las órdenes se cumplían sin titubear. En unas horas llegó a Langley, en Virginia, y fue directo al predio del cuartel general de la CIA donde lo esperaban.

La sección AH (Archivos Históricos) funge como un anexo de los grandes departamentos del gobierno estadounidense encargados de hacer cumplir la Ley Patriótica en la guerra ultrasecreta contra el terrorismo. Es la sección más solapada y menos conocida de la CIA. Ciertamente, solo existen comentarios entre empleados y agentes acerca del género de actividades de inteligencia que realiza, pero algunos afirman que en ella son almacenados los documentos clasificados más delicados de la nación, como la muerte de Kennedy, conspiraciones, casos irresueltos y trabajos sucios, por lo cual se ha ganado algunos apodos alusivos: “caja negra”, “hangar 51” y “oficina de polillas históricas”

En realidad nadie sabe, por eso motiva más chistes que respeto. La han calificado con sorna de basurero de los asuntos sin importancia que la agencia deja pendientes, pero hay quienes consideran que en realidad es una fachada para llevar a cabo operativos extremos al borde de la ley. Parece no existir públicamente; extrañamente los reporteros más fisgones han preferido ignorarla.

García entró al despacho del jefe con un “hola”, sin lograr que éste desviara la atención de un documento que hojeaba. Estaba el computador encendido. Observó en un retrato de mesa la foto del primer jefe de la CIA, Allen Dulles, abrazando al jefe cuando era un jovenzuelo fornido y sonriente; ahora Richard Welles tenía 70 años y méritos tan notorios en la agencia que Bush lo había encargado de dirigir una de las secciones estelares del espionaje americano, el “disco duro de la historia clasificada de la nación”, como el mismo jefe definía a su oficina.

Saludó por fin al oficial García y lo invitó a ponerse cómodo.

—También me gusta la Florida, pero está candente, por allí hay mucho contrabando humano en estos días —dijo Welles, pasándole un cartapacio de documentos—. Eso es para que se entere del problemita que tenemos en las manos.

García leyó el enunciado de la carpeta: “Muy Confidencial”, y la abrió. Allí estaba en primera página y en grandes caracteres la palabra THULE. El jefe ya había comenzado a explicarle.

—Thule es una antigua secta o cofradía de gnósticos nacionalistas fanatizada con la idea de un renacimiento neonazi en Alemania. Han endiosado a Hitler, que fue miembro de ella en su juventud y la dirige un banquero millonario que llaman Gran Maestro, su nombre es Alois von Hutte. Este gurú sicópata se considera hijo único de Hitler y vestigio imperecedero del linaje de Carlomagno. Habla muy bien el español y asegura que su padre escapó de los rusos y murió en la Patagonia argentina, donde él nació y se educó. Una foto de Hitler rodeado de familiares en algún lugar de ese país es como un adoratorio para esos locos.

—Hay una versión de que el hombre que se suicidó en el búnker y luego fue incinerado era un doble de Hitler, los rusos incluso todavía investigan la identidad de los huesos quemados, en secreto, claro —expuso García.

—Esa teoría es válida porque de lo contrario los israelitas no habrían estado buscando a Hitler en América del Sur por tanto tiempo, según nos consta —reafirmó Welles. Por unos minutos permaneció callado, crispando los labios. Habló, pero esta vez endureció el tono:

—Son muy peligrosos. Acaban de asesinar a uno de los nuestros, infiltrado en la secta, pero no podemos actuar hasta que no sepamos qué rayos buscan en España. Lea esos papeles, García, y vaya a España, le daremos completa cobertura. Gracias.

García salió del despacho y se dirigió a la sala de trabajo contigua, saludó sonriente a sus colegas, oficina por oficina, los animó a que si querían solearse, pescar, bucear, comer lechón cubano y pasarla rico visitaran Miami y los cayos de la Florida, mostró sus brazos bronceados y se metió en su cubículo de trabajo a leer de lleno los documentos.

La información de inteligencia obtenida era sumamente alarmante: prevenía sobre el giro que estaban tomando las iniciativas de la secta. El Gran Maestro no solo prometía la anunciación pangermánica, sino que convocaba a una cruzada aria contra Estados Unidos, Inglaterra y sus aliados semitas. “Hay que poner de rodillas a la malvada Albión y a sus hijos bastardos”. También proponía una solución definitiva contra los enemigos religiosos de Occidente: borrar del mapa a “Persia y Arabia” como cura contra el contagio islamista. Y contener con temple de acero las tentaciones bárbaras y neo imperialistas rusa y china. Invocando la soberanía ancestral y divina sobre el globalismo perverso del capitalismo decadente, ofrecía al mundo un nuevo nicho de redención nacionalista, un destino sacro mundialista, el reino de la felicidad eterna. “Aquellos que han perdido

toda esperanza pueden contar con nuestra bienvenida y amparo, Dios está de nuestra parte".

—Desgraciado pico de oro, ¿quién carajo te crees? —rezongó Robin, entre dientes.

Los agentes informaban sobre los frutos del proselitismo. En poco menos de dos años comenzaba la gente a creer en el nuevo Mesías: obreros amargados, anarquistas, empresarios en bancarrota, intelectuales anticapitalistas, mercenarios sin empleo, idealistas satánicos, católicos excomulgados, todos alucinados por la nueva utopía. Sectas resurgidas de olvidadas proscripciones y remanentes de organizaciones terroristas y paramilitares desmembradas, como Gladio, fueron creando los disímiles tentáculos de la secta. El gobierno alemán había sido informado que nuevamente estaba activa la banda Baader-Meinhof, formada por una nueva generación de conspiradores.

Neonazis, neocomunistas ortodoxos y supremacistas blancos ahora eran aliados de la ETA vasca, el IRA irlandés, la Aum-Shinrikyo japonesa, las Brigadas Rojas italianas, el Hezbollah libanés, el Talibán y Al Qaeda, todos interconectados con decenas de mafias parásitas.

La secta, sin embargo, para no perder el control y evitar ser contaminada, ponía mucho cuidado en seleccionar a sus miembros de tan heterogéneo complejo de ideologías criminales. Temía además al espionaje adversario que acechaba persistentemente.

Las informaciones llegaban a Langley con advertencias preocupantes. La secta había estado pasando de los discursos a los hechos. Los planes en curso contemplaban una operación terrorista a gran escala, más espectacular que el ataque a las torres gemelas del World Trade Center de New York, ocurrido el 11 de septiembre del 2001. Sería el inicio de la Nueva Era Thule. Pero no existían pormenores de la misma. Había que procurarse las pruebas.

Paulatinamente la información de inteligencia se fue tornando escasa y un gran número de contactos, enlaces y agentes infiltrados pasaron a la piadosa clasificación de "anulados" y "desaparecidos".

"Dígase aniquilados, ejecutados, muertos", pensó Robin.

Los últimos reportes informaban sobre una serie de ritos y reuniones en la cúpula sectaria, pero nada más. La secta se estaba hermetizando. Sólo se sabía que el Gran Maestro, muy eufórico, porque finalmente Dios le entregaría la llave del poder ilimitado, había dado instrucciones a sus mejores discípulos para que recuperaran a toda costa una suerte de tesoro sagrado que le pertenecía, localizado en un tabernáculo de España.

Era tarde cuando el agente García terminó de leer los documentos. Por primera vez tenía que lidiar con un asunto que parecía ideal para un guión de Hollywood. También pensó en los agentes desaparecidos, pero descartó ser el próximo muerto de la

película que olía a crematorio nazi. ¿Cómo lo haría? Pues no sé. A una profesión tan peligrosa como la suya había que ponerle buena cara. Partió de Langley dando gracias a dios por darle la oportunidad de volver a la tierra de sus padres.

Capítulo 8
Solo los bonzos no conspiran

Los alumnos esperaban con impaciencia, cuando el profesor Prevost, ojeroso y sin peinarse, entró al aula saludando con desgano. Y mirando su reloj, pidió perdón por la tardanza, pues acababa de llegar de Sevilla.

—¿Lo pescó una trasnochada, profesor? —comentó una chica levantando un rumor de asentimiento. Alguien mencionó la blogmanía, otro insinuó que había encontrado la media naranja y lo pasaba chévere.

Prevost sonrió compensado. El aula, ¡su gran exutorio! Jamás reprimía los comentarios de los estudiantes así fueran de mal gusto. Más bien le agradaba que sus lecciones inculcaran la audacia del verbo, prefería alumnos que fueran látigos de la razón en vez de pusilánimes loros o inconscientes acríticos. Impartía clases para formar pensadores, no para crear titulados. Si no liberaba la expresión abierta, qué mal le estaría haciendo a los futuros teóricos de la democracia. Además, se divertía muchísimo.

Con el comienzo de cada nuevo curso, siempre dictaba una conferencia iniciática hablando a quemarropa para que le conocieran tal cual era. Primero señalaba hacia un cartel en la pared con la divisa de Horacio: **Sapere aude** (Atrévete a saber).

"Vamos a aprender mutuamente, incluso de nuestros malditos prejuicios y de las indecibles fantasías sexuales de los grandes hombres, todo vale".

Y los envolvía de su método realista a rajatabla —el juicio libre "estilo aunque la verdad duela"—, jurando que creía poco en la razón cartesiana y los molinos de viento pero menos en la caverna de Platón, la náusea de Sartre y el lábaro de Constantino.

—¿En quién cree entonces, profesor?

Tranquilamente señalaba de nuevo el cartel y volvía al hilo del discurso. Amaba a Da Vinci así hubiera sido tildado de masón pederasta por la hablilla mundana y exhortaba a no temer, menos que menos temer a los irracionales y neuróticos como él. "Cuídense de los literatos, de los oradores políticos y filósofos embaucadores, que son la mayoría no silenciosa, empezando por mí", aconsejaba, desencadenando risotadas.

Y mientras proseguía con aparentes dislates y nociones avanzadas de gnoseología, sabía que lograba conectarse bien con los

alumnos porque reían con indulgencia.

Bajó del estrado y caminó firme por el pasillo que dividía el auditorio. Los estudiantes habían olvidado al profesor trasnochado y ahora observaban expectantes a su admirado tutor. Con aire misterioso, Prevost presentó el tema del día:

—Hoy traigo una cuestión interesante al foro, qué les parece si hablamos de los herejes, pueden consultar el Internet si desean.

Hubo un murmullo. Alguien mencionó a Galileo Galilei "el sabio hereje más famoso del mundo, se retractó para evitar el suplicio, o los curas lo habrían desollado", y otro a Giordano Bruno, "lo acusaron de blasfemia y herejía por cuestionar la obsoleta tradición científica de su tiempo, prefirió que lo hicieran cenizas a la sumisión".

La alumna vasca de la primera fila, que observaba la pantalla de su mini notebook, levantó la mano:

—Juana de Arco, la doncella de Orleans, era virgen y feminista a los 19 años, fue quemada en la hoguera por disentir, qué horror; luego los hipócritas la santificaron, dan ganas de llorar.

Otro estudiante agregó:

—El apóstol Pedro fue crucificado cabeza abajo en el circo de Nerón. ¡Qué sádicos! ¡Joder!

—Miren qué desgarrador catálogo de quemados vivos —manifestó un alumno francés y leyó en una pantalla—: Jan Hus, la mística Margarita Porete, Étienne Dolet, Miguel Servet. ¡Dios, desenterraron el cadáver de Guillerma de Bohemia para quemarlo en público!, de verdad eran degenerados los inquisidores.

—Cristo es el hereje por antonomasia —planteó un alumno de aspecto hindú que apenas participaba en los debates diarios.

Ludovico asintió con la cabeza y tomó la palabra.

—En efecto, los nazarenos, como así le llamaban a los primeros cristianos, los pescadores de hombres de Jesús, fueron vistos por la clase política oficial como una secta de predicadores blasfemos y subversivos, parecido a como se ve la disidencia contestataria de hoy en día, incluso tres de ellos eran nacionalistas zelotes que hubieran usado armas de guerra de tener un líder violento. Por eso se les trató de desacreditar y aniquilar, solo porque proponían una alternativa liberadora a los males de la existencia humana en aquella época. Por primera vez se habló a las claras de salvar a los pobres con anuencia divina.

Prevost llegó hasta la última fila del auditorio y tomó aliento:

—Esa fue la luz de esperanza, digamos la alternativa, que arrastró a parte de la humanidad hacia la entronización cristiana como iglesia redentora en los tiempos de Roma. Pero antes de ser legalizados, los cristianos fueron considerados herejes y pretendieron exterminarlos, vivieron discriminados, reprimidos, apedreados, tenían

que practicar clandestinamente su credo, crearon una revolución del espíritu en las catacumbas, ¿qué les parece? Eso pasa también hoy.

—Entonces, ¿vale llamarle revolucionarios a los cristianos originarios? —intervino un estudiante latinoamericano de cabellos largos.

Prevost se dio vuelta.

—Desde luego, si despojamos el término de toda politización vulgar; lo que tenemos es una nueva visión de la vida y de la condición humana que deja atrás la tradición canonizada. La novedad es teóricamente revolucionaria, pero la trascendencia es la espera milenaria por la salvación celestial. Nos falta aún el paraíso y la llegada de Cristo, sería la mayor revolución de la historia si ocurriera, aunque a muchos no les agrada esperar tanto, dicen que es una teoría obsoleta, qué impacientes somos.

—Ya los ricos tienen el paraíso, profesor, a los pobres les toca esperar o tomar el cielo por asalto —dijo rotundo el mismo alumno.

—Me gusta eso que decís. Pero las revoluciones, la francesa, la bolchevique, la china no abolieron la pobreza. Nadie repartió dinero, justicia ni paraísos. Pretendieron linchar a dios y no pasó nada. Creo que la clave no es dios ni la fuerza, sino el humanismo, pero cuán difícil e ilusorio es compartir los bienes terrenales. Quizás el capitalismo y el totalitarismo no podrían subsistir sin la pobreza. Mientras más pobres seamos, mejor para ellos. ¿Alguien tiene una buena teoría bajo la manga?

Prevost dejó entonces despotricar a los alumnos. Hablaron del hambreado tercer mundo, de la pocilga ética, la carestía, el narco, los tsusami bancarios, el sinfín de parados, las matazones étnicas africanas, los curas infanticidas, las nuevas tiranías, las falsas democracias, joder, pan y circo global, vida de perros, farsa de civilización… y hablaron de las “consecuencias dialécticas, holísticas y cuánticas”: una implosión revolucionaria para cagarse de miedo, a causa de tales males y podredumbres. Ni dios podría evitarlo. Revolución de la granja, revolución de los hastiados, de los soñadores. Crecía el vocerío sin que se pusieran de acuerdo. ¿Cuándo dios acabaría de resolver los problemas y castigaría a los cobradores de impuestos?

—Pues, de veras no lo sé —dijo el profesor—. Tal vez dios aguarda a que los humanos hagamos bien las cosas, seguro la lógica de dios es diferente a la nuestra, o podría ser que dios no existe, lo hemos inventado, como pensaba Voltaire.

La respuesta los relajó un poco. Un alumno dijo: “Amo a Voltaire”. Otra dijo: “Amo a John Lennon”. Otro: “Amo a mi católico gatito feo”. El debate duró un buen rato. Prevost se dio cuenta que muchas de las opiniones discordantes eran seudoateas, materialistas o

gnósticas. Los había simpatizantes del *New Age* (Nueva Era de Acuario), que denominaban “religión moderna, abierta y democrática” e incluso los católicos tenían incertidumbres y mencionaban a Martín Lutero con abierta admiración. Los estudiantes tendientes a la izquierda hablaban de lucha de clases, de pandemonio postcapitalista neoliberal, en desacuerdo con quienes creían en un posible “mundo feliz” sin odios ni desigualdades, “a la manera monárquica nórdica, más o menos”.

De pronto Prevost pidió silencio. Faltaba un tópico. Para debatir en grande también había pedido a los estudiantes que estudiaran la historia de los Caballeros del Templo de Jerusalén, de los cátaros y la sofística de los temas heréticos. Quiso que abundaran un poco, antes de terminar la sesión.

—Primero sirvieron a Dios como cruzados y luego la iglesia los exterminó en masa, un genocidio medieval —dijo la pelirroja de primera fila que siempre llevaba la voz cantante.

—No es del todo cierto que todos fueron exterminados, dicen los historiadores —comentó el de más atrás.

El alumno introvertido, que nunca debatía, pidió la palabra y dijo rotundo:

—Nadie pudo exterminarlos, son inmortales. Ellos andan por ahí.

—¿Inmortales? Me encantan los novelones de misterio, los inmortales viven en el cementerio —metió baza burlón un alumno y los demás rieron.

Prevost acotó:

—Tal vez los templarios tramaron alguna conspiración, por eso les reprimieron. La herejía templaria tiene sombras, es como un gran misterio. Interesante, ¿verdad?

Notó que los alumnos estaban pensando qué decir. Uno dijo: “Solo los bonzos no conspiran”. Alguien citó a Balzac: “Todo poder es una conspiración permanente” y la bolsa de oro el premio. Algunos consultaban información de internet. Otros hacían apuntes. Intercambiaban ideas, miraban la hora con ganas de largarse.

—Profesor, mire este texto en pdf —dijo un alumno apuntando con el dedo a la pantalla de una Dell portátil—, esta doctora afirma que hubo un exilio de templarios y cátaros en España, acá se trajeron el secreto mejor guardado de la historia, pero no dice qué secreto es.

Los alumnos alentados comenzaron a cruzarse comentarios, mencionaron el Código da Vinci, el Santo Grial, los manuscritos del Mar Muerto, los evangelios apócrifos, la saga de María Magdalena, el evangelio de Judas, y no paraban de hacer preguntas atosigantes. Prevost se acercó y observó el texto escrito en inglés, memorizó el nombre de la autora, el enlace de la página web y al notar que los

estudiantes tendían a disociarse, propuso dejar el tema de los secretos de la historia para la próxima conferencia, ganándose la aprobación general.

Salió de prisa del aula y dirigió sus pasos a la biblioteca del rectorado. Solamente investigando lo sucedido a los caballeros del Templo dejaría de ser un ignorante; sus alumnos merecían un profesor probo que les supiera dar respuestas infalibles, detestaba las especulaciones. Recordó que desde chico, cuando su padre lo censuró por inquirir sobre los templarios, tenía pendiente el asunto que, por alguna razón, siempre lo atribulaba, poniéndolo en un inexplicable estado de desasosiego. Los templarios volvían a su vida, ahora sin restricciones.

Capítulo 9
Cierta clave de todos los poderes

En un café de los más concurridos de Jerusalén, Abrami, el veterano coronel del Mossad, estaba mirando cómo los turistas tomaban fotos del Muro de las Lamentaciones, cuando vio del otro lado de la plazoleta al hombre que aguardaba. Finalmente lo conocería. Mientras se acercaba despacio y cabizbajo, le desconcertó que el hombre más audaz del mundo fuera de apariencia tan común, más bien desgarbado, pelo largo castaño con rizos, tez muy blanca, lucía sin afeitarse.

Pero cuando sintió el shalom jovial, la poderosa presión de la mano y unos ojos claros muy cándidos que lo miraron con simpatía, quedó impresionado como si tuviera un ángel delante. Un ángel guerrero israelí, guardián de los umbrales del cielo: Gabriel, Miguel, uno de ellos, porque Anastasios Dayan era de la misma estirpe, un héroe que había peleado en mil batallas por la salvación del estado hebreo.

Abrami sabía que en el Tzáhal, las Fuerzas de Defensa de Israel, Dayan era catalogado de "invencible" por haber salido ileso y vencedor en incontables misiones de comando prácticamente suicidas. Ahora estaba retirado con honores del Mistaravím, el cuerpo élite de operaciones combativas encubiertas que más temían los terroristas islámicos.

Dayan tenía un acogedor chalet con vista al mar en las afueras de Tel-Aviv que nunca tenía tiempo de disfrutar con su bella esposa rusa minusválida. Esta vez los superiores habían asegurado que las vacaciones de jubilación serían largas, razón que lo motivó a proyectar un viaje en crucero por el Mediterráneo y dedicarse a la horticultura. Pero por lo visto no iba a conseguir jamás que lo dejaran tranquilo. La inoportuna cita con el oficial del Mossad, para verse ambos en una cafetería próxima al Muro Occidental o de los Lamentos, cambiaría su vida.

Abrami lo invitó a sentarse y que pidiera lo que quisiera y habló de lo tenso que se sentía cuando veía turistas chinos en tierra santa, al tiempo que miraba hacia el Muro de los Lamentos donde una cantidad de convulsivos hebreos barbudos oraban emitiendo cánticos sálmicos.

Dayan se engastó el desacomodado gorrillo kipá en su cabeza y solamente comentó que no le preocupaban los chinos, le caían bien, sino los turistas americanos que hurtaban piedritas de las desgastadas murallas arqueológicas de la ciudad antigua para llevar como

souvenir. Seguidamente escuchó lo que quería el gobierno que hiciera.

Cuando Abrami terminó de contar una rara historia de oscuras sectas antisemitas que intentaban secuestrar una cierta “clave de todos los poderes”, a las cuales había que neutralizar para bien de la humanidad, escuchó una terminante respuesta:

—No siga, sé que dios me ha elegido para este trabajo, lo haré.

—¿Cree usted en Jesucristo, señor Dayan?

“Qué preguntita tan ingenua y superflua”, pensó Dayan, y mientras llamaba al mesero para pagarle, dijo:

—Creo en la historia de Cristo, pero no que fuera el Mesías. Pero respeto que otros lo consideren como tal. Tan importante es, que no lo dejamos en paz.

Finalmente ambos se dirigieron a la zona más apartada del viejo muro y rezaron. Dayan pegó su frente y la palma de sus manos al caliente paramento y murmuró en antiguo arameo alabanzas y perdones dirigidos a Dios y los patriarcas. Pidió gloria para sus padres, a quienes seguía extrañando desde que tenía 14 años cuando los perdiera tras morir decapitados por fanáticos palestinos. Y besando el muro, juró que seguiría vengando a sus amados padres. “Dios, dad la escalera a tu hijo Yakob para alcanzar el cielo”, repitió innumerables veces.

Días después despidió a su esposa con un beso y prometió que volvería a tiempo para el crucero: “Voy a reunirme con Indiana Jones en el país de los toreros, no más”. Y ella sonrió. Su esposo solía despedirse con esa clase de bromas.

Capítulo 10
El Bambino

—¿Qué quiere que haga, mi signore? —dijo la vocecita del siciliano lampiño y pulcro, de peinado con raya al medio y modales finos.

Don Angelo, arrellanado en una suntuosa poltrona, miró los ojos opacos del personajillo bien vestido que tenía enfrente, pero no le contestó. Por enésima vez daba vueltas en su mente el plan que debía ser perfecto. No podía fallar en negocios que involucraran a Dios, menos después de haber sufrido un infarto que lo transportó por un túnel umbrío hasta unas escaleras eléctricas que lo descendieron hasta aquel horripilante Satanás ígneo que le decía "bienvenido" blandiendo una escalofriante guadaña.

Los médicos lo habían salvado del infierno y ahora buscaría el modo de que fuera el mismo Dios quien lo perdonara. Unas semanas atrás, tras confesar temor a la muerte y sus últimos pecadillos de viejo verde, había pedido a monseñor Scarlatti que le arreglara una audiencia con el Santo Padre, pues ya tenía decidido donar muchos de sus bienes a la iglesia católica romana y poner montañas de dinero en el Banco Vaticano, a cambio de absolución celestial y el pasaporte al paraíso.

—Don Angelo, Dios no necesita dinero, necesita oraciones, penitencia y buenas acciones —le aclaró el sacerdote que caminaba a su lado por la galería que rodeaba el jardín de una de las villas más regias de Palermo.

—Mandaré que levanten la catedral más grande del mundo en Sicilia —dijo un inspirado don Angelo.

Unas semanas después, Scarlatti lo telefoneó para una buena noticia: "El Santo Padre te manda bendiciones".

—¿No me va a recibir, su Santidad? —inquirió Don Angelo, extrañado.

Lo obsesionaba la idea de besar la mano del Papa. Y Scarlatti lo sabía. Conocía sus escalofriantes confesiones, siempre el anhelo recurrente de matar infieles y arrodillarse ante el Sumo Pontífice, siempre rogando perdones por cada una de sus víctimas. El más sádico de los villanos poseía una devoción que podía llamársele maniática hacia la sacralidad cristiana. A sus 70 años le dolía que Dios no lo tomara en cuenta. Temía a Dios, pero culpaba a los sacerdotes de ser una lacra de blandos endemoniados. Asimismo culpaba a judíos,

comunistas, politicastros y capitalistas de aupar la herejía atea. Por qué no, era la clase de gente que había fraguado los atentados fallidos contra él y su familia —aseguraba, pensando en la ley del Talión—. Obviamente, la ola de asesinatos selectivos contra los invocadores del anticristo fue la revancha del más rico y temible mafioso de Sicilia, aunque nunca se ufanó por ello. Don Angelo sabía ocultar sus acciones; en la prensa pasaba por ser un filántropo piadoso, dador de los desvalidos, enemigo de la violencia.

La respuesta de Scarlatti sobrecogió a don Angelo: "Dios mismo, su beatífica energía, es quien te viene a visitar". Y a los pocos días, sin previo aviso, el imprevisto hombre con sotana, alto y canoso, que fue interceptado por la legión de sicarios encargada de resguardar la villa, se presentó como un enviado del Señor Jesucristo y de Roma. Al observarlo mientras se aproximaba, don Angelo se estremeció. Tuvo la certidumbre de que el visitante era una especie de arcángel que vestía como los mortales. Lo condujo hasta la capilla familiar donde ambos oraron y a continuación lo que el beato expuso bastó para que don Angelo declarase: "Dios puede contar conmigo, mensajero".

Como nunca antes, una gravísima amenaza se cernía sobre la iglesia de Jesús. Unos locos intentaban profanar arcanos sagrados, tumbas intocables. La malévola pretensión de humillar a Cristo comenzaría en algún lugar de España, pero los siniestros mentores vivían en el sur de Francia.

Al día siguiente, don Angelo ordenó que buscaran urgentemente a Benito Cusimano, el capo más solitario y mortífero de Italia, de los pocos *Uomini d'onore* que quedaban, apodado "El Bambino". Como pistolero nunca erraba, por eso el Don solía utilizarlo para encargos muy especiales, aunque esta vez no lo quería para ejecutar a un enemigo inminente, sino porque gustaba del buen vino francés.

Benito vio que el don se paseaba pensativo por la galería. Mientras tanto, trajo a su pensamiento un poema que le regalara su romántica novia napolitana. Tan enamorado se sentía que había decidido darle un viraje a su vida. Cobraría una gran suma por el trabajo que le asignaría don Angelo y se marcharía a un país latinoamericano con su novia, lejos de su sombrío pasado.

Volvió el Don a la poltrona, escudriñó la faz del pistolero, oyó su voz cumplida y comenzó a explicarle detalles de un plan que consistía en seguir la pista de unos bandidos que odiaban a Cristo. Iría a Francia, la tierra de la madre de Benito. Esta vez nada de matar a jueces impertinentes ni a comunistas, tendría que llevar a cabo la misión más heroica que jamás imaginase: la de servir al Santísimo. Por lo pronto, sólo seguiría pistas hasta encontrar a los malhechores. Y de paso le pidió conseguir esos vinos para la longevidad que se anunciaban en la televisión.

—Como ves, Dios nos necesita —concluyó don Angelo.

—A la orden, padrino —dijo Benito, sin mostrar emoción alguna. Y besó la mano de don Angelo, despidiéndose.

Cuando cerraron el portón que clausuraba el predio amurallado de la enorme villa, Benito se dirigió a su auto y pensó en el destino. Seguramente aún lo estarían esperando en Francia para ajustar cuentas. Al parecer, ningún hombre se libraba de las torceduras del pasado. Exhaló una maldición en francés y pensó en su amada novia.

El hombre que para don Angelo era más arcángel que mortal cruzó el largo pasillo marmóreo que conduce a las oficinas de la consejería papal del Vaticano y al detenerse ante una enorme puerta, alguien con un ademán le indicó que podía pasar a la oficina. Al entrar, reverenció al estirado sacerdote de alta jerarquía que vestía de negro, quien tras un escritorio alegró su macilento rictus y dijo: “Sé que vienen buenas noticias”.

“Su Excelencia, la cruzada por el Altísimo ha comenzado”. Colocó en el escritorio un sobre lacrado y afirmó: “Es una muy generosa ofrenda que don Angelo dona a nuestra magna institución y al Santo Padre”.

Tan pronto el arcángel abandonó la oficina, el sacerdote abrió el sobre y extrajo un cheque. Los ojos se le agrandaron. “Dios mío, tanto, divina ofrenda”. Presuroso llamó por la línea telefónica directa a otra persona, y vibró: “La cruzada ha comenzado, tenemos un gran donativo, su eminencia”.

Capítulo 11
Todavía pensando en las travesuras de Clío

Ludovico llevaba horas sumido en la lectura del libro que consideró el más serio de cuantos había consultado sobre la vida de los caballeros templarios, cuando escuchó una voz femenina que anunciaba el cierre de la biblioteca en unos minutos. Al levantar la vista, encontró los ojos perlados de la bella joven que recién se estrenaba como bibliotecaria, pero lo hacía con soltura. Caminaba con donaire jovial y le quedaban muy bien los tacones altos.

Sonrió cuando Ludovico devolvía el libro.

—Los pobres caballeros de Cristo son mis héroes —dijo la bibliotecaria observando la carátula del libro.

—Los templarios me van a volver loco, hasta luego —comentó Ludovico y se apartó del mostrador presto a marcharse.

—Al parecer usted es un escéptico, ¿verdad? —dijo la joven, sin mirarlo, vuelta hacia el ordenador.

Ludovico se detuvo, sorprendido. Realmente no esperaba tal observación ni se consideraba escéptico; eso sí, como estudioso temía que la historia lo timara con sus interminables relatividades y pesadillas contadas al derecho y al revés; en cierto modo la dubitación lo podía salvar a uno del fiasco. Asintió mirando con agrado a la chica.

—Espero que usted me explique qué pasó con los templarios, para salir de dudas.

—Puedo explicarlo, cómo no, cuando usted guste —contestó la bibliotecaria con una sonrisa jovial. Y se despidieron.

Al salir de la biblioteca, Ludovico sintió la brisa refrescante. Cenaría antes de irse a su apartamento. Se sentía extenuado, pero todavía tenía pendiente actualizar el blog, gracias a la chispa inspiradora. Esta noche escribiría sobre la importancia de ser ineluctablemente escéptico, por si las moscas, por replicarse a sí mismo. La historia podía estafar fácilmente a aquellos que no la hubiesen vivido. ¡Cuidado con la historia!, podía tornarse una "pesadilla", como advertía Joyce. Podía mentirte y convertirte en estatua de sal si te volvías hacia ella descuidado. Había escuchado a un colega decir que la peor pesadilla de la historia no era un suceso histórico, "ni los horrores cometidos en los campos de concentración hitlerianos y gulags soviéticos, tampoco la explosión nuclear en Hiroshima", sino la utopía totalitaria descrita en el libro 1984, de

Orwell. En comparación, los templarios quemados vivos en el medioevo podían pasar como una anécdota sensacionalista menor. Había historiadores devotos del tema, otros no le ponían mucha atención. Uno de los libros que leyera exponía la tesis de una conspiración universal templaria contra los poderes regentes —vaticano y nobleza— a fin de implantar una teocracia ecléctica de nuevo tipo.

"Las conspiraciones hacen la historia", murmuró. El mesero que le servía la paella escuchó, inmiscuyéndose: "Genial la película, la teoría de la conspiración, la de Mel Gibson". Ludovico sonriendo preguntó: "¿Usted cree en esa teoría?". El mesero con aire receloso miró alrededor y bajó la voz: "Claro, qué política no es conspiración, mi buen señor, todos conspiran, lobos y carneros, hasta caperucita roja es de la CIA".

Una hora más tarde, todavía pensando en las travesuras de Clío y en las palabras del mesero, Prevost entró a su apartamento. Al fin tendría terapia de bitácora, incienso tántrico, escucharía a Plácido Domingo en su MP3, tomaría plácidamente té blanco hindú, y quizás hasta podría recordar la ubicación de la foto del chico angelical de Cornatel. Como solía hacer, arrojó el maletín sobre el sofá antes de irse al estudio a encender el ordenador. Hubiera sido simplemente una noche normal de no ser por un detalle: Ludovico percibió un olor inusual en el ambiente: a perfume, un poco eclipsado por el aroma de nogal que esparcía un aerosol instalado en la pared, pero en fin, era perfume de fragancia femenil muy suave y de los baratos. Algo que nunca le fallaba era el olfato.

Prendió las luces y se cercioró de que todo estaba como lo había dejado, excepto... el estudio, vio encendido el ordenador con el fondo de pantalla activo. Siempre lo apagaba al terminar las sesiones del blog. Recordaba perfectamente que lo había apagado esa mañana.

"No puede ser", se dijo extrañado y pensó en un intruso. Ya tenía experiencia con cacos.

Recorrió el apartamento sin encontrar la mínima señal de saqueo. El carísimo rolex que le obsequiara su padre y nunca se ponía estaba donde siempre. Del perfume, ya casi desvanecido, se dio una sencilla justificación: él mismo lo había traído de la calle, impregnado en la ropa. "En la biblioteca alguien lo llevaba, creo".

Fue al ordenador, inspeccionó sus cosas, no encontró nada anormal y se sentó, maniobrando en el teclado. Revisó Facebook y Twitter y entró a Yahoo y Google. Buscó las páginas web de sus diarios favoritos y leyó los titulares, echó una ojeada a la programación de History Channel pero nada le atrajo. Todavía seguía intrigado por lo ocurrido: "Nunca me pasó, será que me estoy volviendo un viejo olvidadizo". Fue y regresó de la cocina, colocó una

taza de té junto al teclado y abrió su blog.

El largo balcón techado que abrazaba su apartamento por dos lados del edificio, a seis pisos de altura, había sido el único sitio que Ludovico dejara sin inspeccionar. Desde aquí, un intruso, envuelto en overol negro y amparado por una oscura noche sin luna, mantenía un ojo en la rendija del cortinaje de la sala, espiando el interior. La respiración se le fue tranquilizando, y mientras pensaba qué hacer enfundó la pistola. “¿Cuál será la reacción del jefe cuando se entere de que no he podido instalar el programa para jaquear a este tipo? Volveré a intentarlo”.

El intruso rápidamente alcanzó un extremo del balcón, donde un cable de rápel colgaba del techo dos pisos arriba. Apenas comenzaba a trepar cuando descubrió un puntero láser buscando un blanco en su cabeza.

El francotirador apostado en una ventana del edificio de enfrente, enfiló el fusil, escogió la sien y apretó el disparador. Vio como el cuerpo derribado caía sobre un frondoso lecho de buganvilia en los jardines del patio. Bajó a la calle y tras percatarse que no había un alma por los alrededores, saltó un muro y se acercó al bulto exánime. Verificó que el tiro había sido perfecto. De la sien de una joven mujer rubia manaba un hilillo de sangre. “Lo lamento, belleza”. Se echó el cuerpo al hombro trasladándolo a una camioneta estacionada a pocos metros. Justo al partir, llamó por un móvil y protestó: “Ya tengo a tu linda Barbie en camino, por qué no me dijo que apesta a perfume de puta”.

Capítulo 12
Increíble, esto debe ser un códice, un grimorio

Katherina Lacoste, vestida con elegancia formal y maletín en mano, estaba casi lista para marcharse cuando escuchó que tocaban a la puerta de su casa: el toquecito inequívoco del cartero negro, el único americano que le decía "madame" con correcto deje francés.

Abrió sonriente y lo saludó, mirando el manojo de cartas y un voluminoso sobre que le entregaban. El cartero jamás se despedía sin decir alguna que otra alabanza: "Usted cada día más bonita, madame".

—Gracias, Rodney.

Observó que el sobre venía remitido de España, pero ya no le quedaba ni un segundo para curiosear qué contenía. Decidió llevarlo consigo y abordando su coche dio un acelerón, pues tenía que llegar justo en tiempo a la universidad donde impartía clases de arte antiguo.

Esta vez no llegó a tiempo. La luz roja de un semáforo le facilitó extraer el contenido del sobre. "Oh, me mandan cada cosas". No era un libro de nueva edición de los que usualmente recibía de los colegas que conociera cuando estudiaba en Barcelona. Por el contrario, le habían mandado la copia encuadernada de un viejo legajo y al hojearlo vio asombrada que estaba atiborrado de signos y caligrafías antiquísimos.

"Increíble, esto debe ser un códice, un grimorio".

Estaba tratando de descifrar la frase de una leyenda escrita en un margen cuando escuchó gritos y groserías de conductores que la conminaban a seguir adelante porque tenía bloqueado el tráfico, y se largó, pero no buscó los acostumbrados atajos. Aparcó cerca y dedicó otros minutos a examinar el cuaderno, totalmente cautivada.

Media hora después pedía disculpas a los estudiantes por ser impuntual y a continuación dio una impecable disertación de dos horas sobre el sudario de Turín: "La foto más famosa de Cristo". Convocó a un examen para la semana siguiente y los presentes vieron cómo se retiraba con prisa inusual. Un alumno que la miraba alelado, exclamó, tocando al compañero de al lado: "Mira qué piernas, son perfectas".

Más que lindas piernas, Katherina tenía un don que la distinguía: la positividad. La vida le parecía desafiante y tortuosa, pero más que todo esplendorosa y espiritualmente trascendente. Ningún asuntillo espinoso la amilanaba, menos si era de índole

profesional. Colegas y alumnos afligidos por las tribulaciones diarias, la escuchaban decir: “Lo único malo de la vida es no tener problemas, y morirse uno sin poder descifrar el manuscrito de Voynich”.

En las ocasiones que aludía a Voynich, sus colegas echaban miraditas raras, interrogativas. Era única. Además de estar consagrada al magisterio, vivía obsesionada con otras dos pasiones: el secreto de la escritura codificada de Voynich y la búsqueda del Santo Grial. Ahora estaba por emprender una nueva aventura intelectual. Tenía en su poder un documento que a primera vista —como había pensado— podía tratarse de otro revelador evangelio apócrifo.

Capítulo 13
Un cementerio de lenguas en desuso

Los timbrazos sonaban insistentes. Ludovico adormilado alcanzó el teléfono, ya pasada las dos de la madrugada. Una llamada de New York.

El inglés sonó preciso y diáfano en su oído perezoso.

—Sí, soy Prevost.

—Ah, soy la doctora Katherina Lacoste, ¿puedo hablarle de algo que me mandó?

—Sí, con gusto. Hable, me interesa.

Ludovico encontró encantador el dulce acento canadiense de la doctora Lacoste.

—Ese legajo que recibí es una rareza, parece un cementerio de lenguas en desuso con partes codificadas, requiere tiempo traducirlo. ¿Conoce el manuscrito de Voynich?

—Por supuesto. Mi padre intentó descifrarlo, sin éxito.

—Oh, qué bien. Pues esto que me envió parece otro Voynich. Además, es probable que haya sido escrito por varias personas.

—¿Qué? No puede ser, conozco la letra de mi padre.

—Es solo una primera impresión, señor Prevost, pero fíjese en las anotaciones, la ortografía es diferente, como si fueran correcciones de estilo, todo escrito en código. Espero demostrárselo.

Ludovico hizo silencio, pensativo, oyéndola.

—Le tendré resultados pronto, caballero. ¿Me puede decir cómo supo de mí?

—Un estudiante me pasó un ensayo suyo sobre los cátaros, publicado en internet, tomé las referencias y...

—Es suficiente, siga durmiendo, *professeur*, gracias por su confianza. *Adiós*.

—Espere.

Ludovico escuchó el professeur en francés, adiós en español y el corte abrupto de la llamada, pero no le dio importancia. Estaba pensando en el hallazgo de la experta. ¿Qué sentido tenía que su padre permitiese a otros escribir notas marginales en un cuaderno tan personal? Tampoco el viejo era de los que accedía a que le hicieran correcciones en sus manuscritos. “Las palabras deben quedar impresas como fluyen del alma”, solía decir y los editores nunca lo contradijeron.

Volvió a pensar en la doctora. Como se sentía desvelado, releyó el ensayo que ésta publicase en internet. No constituía una teoría

nueva, simplemente apoyaba hipótesis ajenas con sugerencias y deducciones plausibles y curiosas.

“Los cátaros sobrevivientes ingeniaron la manera de eludir a sus perseguidores: se volvieron invisibles, lo que solo se logra en los inhóspitos exilios y mediante la hermandad secreta y celular. Los encargados de mantener intactas las reliquias, probablemente escogieron a España o tal vez Portugal, donde sería más fácil sobrevivir a la inquisición, allí ocultaron el arcano sagrado, el arcis foederis…”

Prevost hizo un mohín y escribió en los espacios junto al texto: “¿Qué había en ese arcano? ¿Por qué huyeron a España, en lugar de al norte de Europa o a otro sitio sin inquisidores? ¿Qué pasó después con esa hermandad invisible?”. Tendría que preguntarle muchas cosas a la experta. Dio un salto fuera de la cama instalándose frente al ordenador y abrió el editor de su blog. Por un momento, estuvo indeciso, pero sonriendo se decidió, escribió sobre los cátaros:

“Antes de Colón, los acosados cátaros llegaron a América quizás embarcados en naves portuguesas y allí escondieron un saco repleto de un tesoro relacionado con prendas de Cristo. Los indígenas le hablaron a Colón de hombres blancos, eran cátaros, no hay duda. América era el único lugar seguro del mundo, sin tiranos quemadores de hombres…”

Al día siguiente, Prevost revisó los correos y comentarios ingresados al blog. Herejes, neo-cátaros del siglo XXI, papistas y anónimos de filiaciones desconcertantes debatían acremente acerca de la presencia cátara en América precolombina. Alguien alegaba que un rey cátaro gobernó a los aztecas. Otro llamaba a su blog: “Anti-ciencia perversa y embustera”. Un antropólogo ruso le daba la razón: “Profesor, véngase por acá, en el Amazonas hay judíos y cátaros dondequiera”. El comentario más curioso provenía de Tolomeo Azul, gran shamán, que juraba descender de un linaje cátaro y tener pruebas “vivas” de que el tesoro estaba sepultado a cien metros bajo la pirámide del Sol en Teotihuacán. Otro comentario decía simplemente: “Qué estupidez”, y lo firmaba Katherina Lacoste.

Capítulo 14
Hay gato encerrado

Roger Pascal no se cansaba de pensar en Ludovico Prevost. Lo tenía presente en decenas de fotos pegadas en las paredes de su estudio fotográfico y sentía una curiosidad rayana en lo enfermizo hacia el blog donde el gilipollas se portaba como un libérrimo gurú de los parias intelectuales. Había algo más: intuía que el atrevido profesor se haría famoso. Al leer un editorial católico que criticaba a "ciertos lenguaraces de pacotilla que usan Internet para azuzar las mentes débiles contra Dios", comprendió que había potencial y que, oportunamente, conseguiría dar un palo publicitario.

"Este tipo tiene gancho, lo odian los odiosos".

Días atrás, Pascal lo había seguido mientras hacía jogging en los predios verdes del parque del Buen Retiro pero sin conseguir que le hiciera caso. "Vaya a la bolsa de valores, allí están los conspiradores", no más le pudo sacar y unas meras fotos.

"Seré el periodista freelance mejor pagado de Europa cuando este tipo muestre sus garras de Satanás liberal", pensó ilusionado, dando pasos por el estudio.

Se sentó a mirar las últimas fotos tomadas en la biblioteca de la universidad en las que Ludovico leía montañas de libros sobre los caballeros templarios. "Ahora le dio al profesor por esos desgraciados espadachines del Señor". En varias fotos aparecía una bonita bibliotecaria rubicunda mirándolo de reojo o dirigiéndole la palabra; la recordó coqueteándolo. Más allá, en una mesa apartada, el lente de alta resolución había captado a otra persona que también leía un libro sobre los templarios, con el título en francés.

"Al menos la moda de los best seller honra a los muertos", se dijo.

Miró los acercamientos de zoom que le hiciera al rostro de la bibliotecaria. Super fotogénica, con cierto parecido a Paris Hilton y un lunarcillo sexi cerca de la comisura labial. "¡Qué boca!". Se acercó más a la foto: "¿Dónde he visto ese lunar?". Quedó pensativo, como escrutando recuerdos muy fugaces y lanzó un "coño, no puede ser, la belleza muerta tenía un lunar idéntico", saliendo disparado del apartamento.

Pascal había estado el día anterior en el depósito de la morgue, donde un amigo médico forense solía proveerle "asesinatos de primera plana" por una buena comisión. Mientras lo conducían a ver el cuerpo

de un conocido torero gay que muriera por sobredosis de cocaína, se fijó casualmente en “la fémina inanimada y violácea sobre la camilla, el lunarcito, la vida sin vida, digna de una foto”: una fulana muerta, con un tiro en la sien. “Un necrófilo pagaría una fortuna por el libido de la desdichada”, comentó. El amigo conocía el caso. Era prostituta de lujo, la amante de un drogadicto pudiente de Toledo, ambos asesinados y arrojados a una laguna, según el reporte de la policía. Uno de esos casos oscuros, de mucha reserva y olfateo policial.

Estaban los investigadores de criminalística discutiendo detalles del asesinato, cuando el amigo también habló del muerto: “Dicen que es un peje gordo de la iglesia, diplomático, algo de eso”. Sin pensarlo, Pascal enfocó la cámara hacia el cadáver de la chica, pero dos ceñudos policías pusieron sus manos sobre el lente y lo convidaron a que se marchase.

Esta vez Pascal llegó corriendo a la morgue, loco por información sobre la prostituta del lunar, y encontró a su amigo Jordi taciturno y poniendo excusas de que tenía un trabajo terrible por delante.

—No me preguntes más, es peligroso, hasta los cadáveres han desaparecido.

Pascal quedó pasmado.

—¿Que han desaparecido? No puede ser.

Desde luego, la gastada historia de una “bella de día” con dos personalidades, bibliotecaria de día y prostituta de noche, no le cuadró a Pascal. Tampoco le convenció la descabellada versión del amigo de una posible rapiña de necrófilos y tánatos. ¡No jodas! Ahora desaparecían cadáveres de las cámaras congeladas del necrocomio, como en las películas. ¡Absurdo!

—¿Dónde llevarían los cuerpos, Jordi? ¿Estás bromeando?

—No sé, seguro al infierno —dijo el amigo nervioso, alejándose de prisa—. Ya sabes, en boca cerrada no entran moscas.

Siguió a Jordi, pero este se le encaró:

—Si hablo, me matan, ¿entiendes? Dejadme en paz.

Pascal salió tenso del edificio de la morgue y prendió un cigarrillo. Caminó hasta la cercana entrada del Metro y se detuvo. “Prevost, tú tienes la culpa de todo esto, eh”. Arrojó el cigarrillo y entró a la estación subterránea. Las dos personas con facha de gitanos vestidas con camisetas Harley Davidson que lo estaban siguiendo, hablaron por el móvil y abordaron un coche que llegó a recogerlos.

Mientras el tren lo llevaba de regreso a casa, Pascal tuvo tiempo para pensar en lo huidizo de la fama. “Hay gato encerrado”. Por el momento guardaría la información, pues recién comenzaba el show.

Capítulo 15
Decenas de gatos negros invadieron las murallas

El viñedo se extendía concéntrico hasta el confín de unos hermosos paisajes ocres vaporosos. Desde la terraza del palacete de campo parecía una escena edénica. Los dos hombres vestidos de negro, que tomaban el vino tinto más caro de Francia, se miraban seriamente, tras una charla sobre negocios y genealogías. Más allá un adusto mayordomo esperaba órdenes. Había niños jugando en la cercanía y guardias jóvenes vestidos con sobretodos negros, apostados en la columnata de una larga galería de arcos.

—Padre, nadie te gana en estrategia, mis respetos —dijo uno de los hombres, de barba rojiza y unos cincuenta años, que chupaba una pipa de tabaco.

—Buen trabajo, hijo, eso es todo —contestó el otro, de estatura imponente, avanzada edad y largos cabellos encanecidos.

Mientras se incorporaban levantaron las copas con sus miradas dirigidas a la campiña y brindaron por "la mejor cosecha de la historia". "Señor, bendice la nueva cosecha", dijeron a dueto. Luego miraron hacia el enorme lienzo de torneado marco dorado que pendía de la pared: una hermosa réplica de la sugestiva pintura Los Pastores de Arcadia, de Poussin.

Caminando despacio, salieron del palacio y se internaron en el viñedo siguiendo una vereda angosta hacia el oeste, seguros de que nadie osaría seguirle los pasos. La vereda tenía en la entrada un singular letrero: "No pase, para que no se arrepienta".

—Es la ocasión, Jean Pierre, desalojemos a los impostores de la casa de San Pedro, es hora de que el mundo conozca la verdad, ¿qué nos detiene?

—Que el atorrante anticristo nos conduzca hasta la gran reliquia, padre.

—¿Cuánto más tiempo toma, hijo?

—Lo tenemos bajo control. Ahora suele comunicarse con una historiadora americana enamorada de la historia cátara.

—Qué interesante, investiga a esa mujer, podría sernos útil.

—Ya lo hacemos.

—¿Señales de la logia?

—Ninguna. Los malditos farsantes no salen de la madriguera. Son invisibles.

—Pues, seguiremos con el plan, no pierdas de vista al atorrante,

nos llevará a la madriguera. Seguro es uno de ellos.

—No es posible, padre, es un yuppie malcriado y golfo, un izquierdista ateo, un don nadie —dijo Jean Pierre, acremente.

—No es un don nadie, hijo, es un ungido. El cielo y la tierra estarían más seguros sin ungidos como ese. Seguidlo, rescata la gran reliquia y después haz con él lo que quieras.

—No lo defraudaré, padre, cumpliré vuestros deseos.

A unos dos kilómetros torcieron por un camino que empezó a empinarse hacia lo alto de una colina, allí se internaron en unas ruinas abandonadas camufladas por una espesura de espinos. Miraron a lo lejos el palacete y se escurrieron a través de las grandes hendiduras que presentaba el paramento de una antigua torre almenada. Con gran esfuerzo movieron la laja que cubría la entrada de un pasadizo. Una escalera esculpida en la roca conducía a una cámara subterránea alumbrada por la luz exterior que penetraba por múltiples ventanillos horadados en una pared.

En el fondo de la cámara encontraron lo que buscaban: un arca de madera tosca ceñida con cimbras metálicas. En silencio, ambos hombres se arrodillaron, besaron el arca y utilizaron dos enormes llaves de hierro forjado para abrirla. A continuación, frente a frente, se desnudaron. Cada uno llevaba un idéntico y minúsculo rictus del diablo Baphomet tatuado en el hombro derecho, apenas una vaga mancha sobre una impresionante reciedumbre de músculos.

Del baúl extrajeron una vestidura que se pusieron: una larga túnica o capa blanca con una cruz paté bermeja bordada a la altura del pecho, el antiguo traje de los guerreros de Cristo, los Templarios.

El más viejo extrajo un crucifijo del bolsillo de la túnica, que con ímpetu arrojó al suelo y lo escupió. Del mismo modo, el otro escupió el crucifijo y murmuró vehemente: “Gran General, la hoguera ya arde para tus verdugos”, y comenzaron a orar y a sentenciar repetidamente: “Mueran los verdugos, mueran los apóstatas, mueran los usurpadores…”

Una hora más tarde, al reponer los atuendos al baúl, ambos se abrazaron y besaron en la frente. De pronto sonaron los maullidos de gato, intensos. Decenas de gatos negros invadieron las deshechas murallas del olvidado castillo carolingio.

Anochecía de regreso al palacete y continuaron saboreando el añejado vino de casa. Cenaron y hablaron todo el tiempo del satanismo masónico que ganaba laudos en el Vaticano, aunque no sería por mucho tiempo, el fin de “la malvada iglesia” no demoraría. ”Los ultrajadores serán derrotados”, sentenció el más viejo. La visita del Papa a Francia se aproximaba, la cuenta regresiva del fin de la falsa era cristiana había comenzado. Tomaron *vin rouge* santificado y brindaron repetidas veces por la próxima victoria y por sus ancestros

mártires.

Capítulo 16
Las cenizas del Fénix no mueren

Le tomó a Ludovico largas horas, desde Madrid a New York, leerse un libro y varias revistas, y empezaba a dormitar cuando la azafata anunció que el avión aterrizaría en pocos minutos. La atractiva mujer que lo esperaba enseguida lo reconoció al salir de la aduana:

—Bienvenido, profesor Prevost.

Katherina mostró una hermosa sonrisa. Se estrecharon las manos, pero ella lo besó en ambas mejillas, alegando: "Así se besan en España". Mientras el taxi los conducía al hotel que Ludovico prefería para hospedarse en sus viajes a la Gran Manzana, ella aprovechó para contar los últimos hallazgos sobre el cuaderno del viejo Prevost.

—Es lo más inasequible en materia criptográfica que he visto. Las notas al margen del cuaderno sí parecen pertenecer a vuestro padre, como dijiste, pero fueron escritas con la mano izquierda, qué curioso, ¿por qué lo haría?

—Era ambidextro, cambiaba de manos para descansar, pasaba horas escribiendo. También escribía al revés como Leonardo da Vinci —explicó Ludovico.

—¿Sabe que el libro fue escrito solo para usted? Algo así como un testamento. Por tanto, he leído cosas que no debí leer.

—No entiendo.

Al llegar el taxi frente al hotel, Katherina sugirió que se instalara en la habitación y luego podía continuar explicándole, si no estaba cansado, claro. También lo llevaría al más bohemio de los café neoyorquinos donde nadie los molestaría.

En el café bohemio, una informal atmósfera afrancesada y suave música de jazz agradaron a Ludovico; hablaron primero de cosas banales, de quién era quién, rieron y tomaron té tibetano con bizcochos chocolatados. En varias ocasiones ella intentaba tocar el tema y él la indisponía. Temía que las paredes tuvieran oídos en un sitio donde las mesas estaban demasiado pegadas. "Prefiero hablar del cuaderno en otro sitio", le sugirió y ella comprensiva recomendó su propia casa. En la mesa contigua dos personas se hicieron una seña, pagaron y salieron del sitio. Minutos más tarde siguieron el taxi donde iban Katherina y Ludovico.

Sobre una mesa redonda, el cuaderno del padre de Ludovico estaba abierto en una página que mostraba dos rayas sinuosas, como

un dibujo infantil, que Katherina dijo era un pez estilizado, como lo pintaban los cristianos en las catacumbas romanas y puso un dedo sobre una línea de texto.

—Aquí dice claramente en griego: “Este es el pez de la vida, no temas volverte pez”. Solo he podido transcribir lo escrito en arameo mezclado con griego y latín, lo demás es un complejísimo metalenguaje. Me ha hecho sufrir.

—Pude traducir dos palabras: “castillo” y “templarios”, ¿encontró algo al respecto? —indicó Ludovico, tocando el cuaderno.

Katherina mostró una hoja impresa.

—Aquí tiene mi versión llana, tentativa, de algunos pasajes. Entre paréntesis está lo pendiente por traducir, latinismos y acotaciones mías. Ya le dije que ese cuaderno está dedicado a usted.

Ludovico asintió y comenzó a leer la transcripción.

“Al Príncipe de los Buenos Caballeros de Blanco.

Hijo mío, cuánto mortal devenir del péndulo, cuánta odisea por vuestra condición (...) eres la carne y la sangre de una raza diferente gracias al sagrado vientre de tu madre (...) Has de retornar a tu esencia (...) disipa las nieblas romanas (…) No vivas de espaldas a tu misión en este tiempo de vientos traidores (…) Acude al llamado de tu verdadero alter ego, hombre eres (...) cuídate de los que parecen semejantes sin serlo (…) Toda mi vida he luchado contra los designios de los conjurados, los ares, los falsos caballeros, los enemigos del hombre (…) Moriré acaso asesinado por una sombra, pero *fatum fatis ego perea* (Hágase el destino aunque yo perezca), los asesinos no podrán cambiar la historia. Temed al falso, otra sangre, ya viene por nosotros (...) Todos los caminos llevaron a los buenos caballeros a la profunda Iberia, lejos de los falsos tabernáculos y de las hogueras. Existe un lugar que convirtieron en la roca de la vida, es la roca del castillo donde habita Dios (...) Ese día nació una hiedra celestial que cubrió el morro y las cenizas de los misterios fueron esparcidas en el campo de la noria. Las cenizas del Fénix no mueren. Los templarios nunca murieron, allí juraron guardar el santo lugar, estamos vivos (...)

Al terminar de leer, Ludovico miró a Katherina con expresión de sorpresa.

—Esto es lo más...

—Es maravilloso —dijo Katherina, interrumpiéndolo.

—Es lo más literario que leí de mi padre, iba a decir.

—Nada de literatura, pienso que es una comunicación real y dramática.

—¿Por qué mi padre esperó tanto tiempo para enterarme de tales cosas? ¿No es más lógico y seguro revelar secretos verbalmente cara a cara?

Katherina se acercó a la mesa y observó cavilando el cuaderno,

antes de exponer:

—Alguna razón tuvo vuestro padre que prefirió escribir metáforas y símbolos. Y no fue una razón literaria. Me parece que ha querido dejar una constancia escrita. Todavía no sabemos lo que dice el resto del texto. Desde que lo vi tuve una sensación, como si estuviese ante un relato evangelista, de esos que sacan ronchas a la iglesia romana clásica, como los testimonios llamados apócrifos.

De pronto comenzaron los ladridos de perro. Los dos hombres que saltaron como felinos la verja de unos dos metros, se deslizaron por un corredor hasta encontrar la ventana que les permitió ver el interior de una biblioteca casera atestada de libros, fotos y cuadros. Ludovico, de espaldas a la ventana, escuchaba a una mujer que gesticulaba sujetando algo parecido a un folleto. Uno de los hombres extrajo de un morral un pequeño dispositivo fono-receptor abocinado, que situó en su oreja. Fue moviendo la escala auditiva hasta poder oír con alguna claridad a los interlocutores del interior. Accionó un dispositivo del aparato y comenzó a grabar.

El otro intruso había logrado enmudecer al perro del vecino disparándole un aerosol adormecedor en la nariz. Pero alertado por un ruido, se adentró en el patio trasero de la casa, pistola en mano. No tuvo tiempo de reaccionar cuando la gigantesca figura con antifaz le salió al paso y el rayo de una vara paralizó sus movimientos, quemándole el pecho. Sosteniéndole, el gigante esbozó una mueca y susurró: “Nos vemos en el purgatorio”, y de un tirón le partió el cuello. En seguida se encaminó al corredor y aplicó la descarga voltaica en la espalda del otro hombre que se contrajo ladeándose tieso contra la pared. Con toda calma, recogió las cosas desperdigadas por el suelo, condujo a hombros los cuerpos inertes hasta un van negro estacionado a poca distancia de la casa y partió. Unos perros ladraron.

Katherina acababa de decir “también creo que los templarios subsistieron al embate represivo de Felipe el Hermoso y su sátrapa asociado Clemente V” cuando notó refractar un destello luminoso en el cristal de la ventana y se acercó a mirar al exterior con inquietud. Luego Ludovico la acompañó a echar un vistazo afuera. Salieron al patio y recorrieron el corredor. Aunque no acostumbraba hacerlo, el perrillo del vecino dormía despatarrado junto a la cerca de la propiedad. Dieron la vuelta al inmueble. “Huele a humo, a algo quemado, ¿no lo sientes?”, dijo Ludovico, pero ella dijo que no y volvieron adentro.

A las dos de la madrugada, ella lo convenció de quedarse en su casa antes de molestar a un taxista que podría tratarse de un atracador. Ofreció té relajante para que durmiera como un angelito y, entretanto, le mostró el resto de la casa y la recámara que ocuparía,

contó que no sólo era profesora de arte de profesión y paleógrafa por hobby, sino también librera. Había heredado de su padre una pequeña librería en el Bronx que tenía más clientes que Barnes and Noble, gracias al buen surtido de libros místicos y heréticos que ofertaba en todos los idiomas: vivos, muertos, arqueológicos y proscritos. “Muchos de mis clientes son los mismos que concurren a tu blog, esos genios salidos de las botellas de karma”.

Katherina vio que Prevost daba cabezadas de sueño y prometió contarle más sobre ella otro día. “Vaya a dormir, príncipe, buenas noches y gracias por confiarme el cuaderno”. Lo vio subir cansado las escaleras rumbo al dormitorio, diciendo: “Gracias, Katty, por tu sabia colaboración”.

Katherina regresó a la biblioteca sin gota de sueño y volvió a la lectura del misterioso cuaderno. Rato después, cuando escuchó el grito, corrió escaleras arriba y encontró a Ludovico acostado de lado con el torso desnudo, exaltado por una pesadilla, sudando frío, pero dormido. Iba a cubrirlo bien con el edredón cuando vio el tatuaje menudo que asomaba bajo la faja del calzón en la parte alta del glúteo, cerca de la cintura. Muy raro. Como verificó que el hombre no despertaría ni a pellizcos, sin pensarlo bajó suavemente la faja destapando dos finos trazos rojizos imbricados a un número nueve: *XP9*. Casi expresa en alto su emoción: “Son las iniciales de la cristiandad, el nombre de Cristo, ¿quién ha profanado así la piel de bebé del nalgatorio de este hombre?”.

Katherina salió presurosa al sentir que el durmiente, con un leve resoplido, se movía de posición. En su biblioteca-estudio volvió alentada al cuaderno. “Todos los caminos conducen a Roma, a Cristo, a dónde, a ti, príncipe Ludovico”. Estuvo hasta el amanecer acotejando de mil maneras las transcripciones descodificadas del manuscrito, tratando de formatearlas legibles y coherentes, pero no lograba arrancarle una sola línea reveladora. El viejo Prevost escribía bien en arameo pero lo había trasmutado en una jerigonza odiosa. Había muchas citas fáciles de retomar del evangelio de Marcos y disquisiciones caprichosas sobre los hermanos de Jesús, comprensibles por estar escritas en un sencillo griego relleno con latín. Al menos podía traducirlas.

Mientras más leía, más se asombraba. Papá Prevost llamaba “héroe” y “mártir” a Santiago, hermano de Cristo y manifestaba ojeriza hacia el apóstol Pedro, a quien aludía con denuestos, calificándolo de “oportunista envidioso” y de “hipócrita redimido”. Obviamente el viejo era de los que creía que el cristianismo original no estuvo exento de las tentaciones del mal, llámese inequidad y lucha de poder, “la discordia entre pastores dividió y así se entronizó la tutela del pecado”, lo que entrañaba un total olvido de la ofrenda de

Cristo por un mundo de justos y puros.

“Seguimos siendo herejes, hijo mío, por ser diferentes y no dejarnos esclavizar la mente, no permitamos que nos arrebaten la sangre resucitada (…)”.

Katherina soltó el bolígrafo al darse cuenta de que veía dobles las palabras. Dormiría al menos hasta que Ludovico despertara; pero era muy temprano cuando respondió los insistentes telefonazos. Su vecina lloraba y necesitaba consuelo, su linda perrita lanuda había muerto.

Capítulo 17
Modus Vaticanus

A la hora que un secretario especial del Vaticano fijó la cita, después de una reiterada petición, Ludovico Prevost entró al austero despacho del designado para colaborar con sus propósitos de investigar los autos y sentencias dictados por la Inquisición contra las herejías templarias desde abril del año 1312.

Tras un buró esperaba el teólogo Monet, un francés septuagenario especializado en la Inquisición, que saludó fríamente. De un maletín, Prevost sacó sus credenciales para mostrarlas, según lo establecido, pero con un ademán le indicaron que no era necesario.

—No está concedida su petición, profesor Prevost, lo siento —dijo el sacerdote sin andarse con rodeos.

—No entiendo, me han citado, tengo derecho como todos a consultar vuestros archivos —protestó Ludovico.

—Es cierto, profesor, pero tengo malas noticias. Los documentos que usted busca han sido vandalizados, muchos de ellos sustraídos por desconocidos. La policía ni siquiera tiene pistas. Era uno de nuestros patrimonios más queridos.

Ludovico soltó una exclamación sorda. No pensó que le estuvieran mintiendo, pero encontró raro que so pretexto de su presencia en el lugar le ofrecieran una información de hurto tan delicada, a sabiendas de que sería colgada en su blog.

—Me han robado los documentos —sonó enojado.

—¿Sus documentos? —replicó Monet— No se atribuya lo ajeno. Ahora pertenecen a un complot de ladrones, seguro los venden a buen precio. Sería prudente que no publicara nada en vuestro portal de internet, profesor, para no entorpecer la pesquisa policíaca. ¿Podemos contar con vuestra prudencia?

Prevost percibió un mohín, la boca ladeada en una mezquina sonrisa disimulada. Pensó en lo que siempre sacaba a colación su padre: “Cuando los curas mienten, parece que dicen la monda verdad. Mas los delata la mueca mal puesta”. Sin embargo, ¿Por qué tendría que mentirle Monet?

—Puede contar conmigo, monseñor Monet. Me ocuparé que los saqueadores devuelvan lo que no es suyo —dijo Ludovico, mirándolo fijamente a los ojos.

Como picado por una avispa, Monet dio un palmazo sobre el buró levantándose con incomodidad. “Puro porte de inquisidor,

soberbio y mentiroso”, pensó Ludovico al verle descompuesto.

—No soy un monseñor, señor Prevost. Usted no ha entendido, esto es un asunto nuestro y de la policía italiana. Manténgase fuera del asunto.

Monet volvió a decirle gracias, le dio la espalda y se retiró con prisa. Un agente de seguridad entró al despacho y Ludovico se dejó llevar hasta un largo pasillo, de ahí salió a los jardines del edificio de la biblioteca. Buscó un banco cerca de una estatua de Adonis que chorreaba agua por las manos y tomó fotos del sitio y de un escorzo llamativo de la basílica. Del maletín extrajo el portátil y buscó conexión satelital. Iba a escribir en su blog sobre lo que pensaba del “modus vaticanus”, pensó en una denuncia irrefragable: el Vaticano se había auto robado documentos para no mostrarlos, “¿por qué temen desclasificar sus mohosos archivos?”, pero desistió. “¿Y si de verdad han sido robados?”.

Se levantó, recorrió varias callejas circundantes y deambuló por la plaza de San Pedro, tomando fotos. Llegó hasta el óvalo de la columnata de Bernini, lugar que su padre había asociado con la grandeza romana de los pródigos tiempos idos. Una paloma blanca daba vueltas cerca de sus zapatos. El ave voló posándose en su hombro lo que siempre ocurría desde que era chico. Atraía a las palomas blancas.

Más tarde, al bajar la escalinata en busca de un taxi, reconoció a la persona que pasó casi rozando: ¡Monet mismo!, con lentes oscuros y saco deportivo. El ademán que hizo bastó para que Ludovico siguiera sus pasos varias cuadras adelante hasta que Monet se detuvo tras un tenderete de bisuterías a esperarlo. Luego entraron a un café; el sacerdote miró inquieto alrededor, sudaba, pidió una copa de vino y comenzó a hablar por lo bajo, casi ni se le oía:

—Señor Prevost, le puedo dar fe del robo de esos papeles. Los consultaba a diario porque escribo un libro imparcial sobre los juicios a los templarios. Personas que no conozco me trataron de sobornar para que les suministrara los documentos, a cambio de miles de euros. Por supuesto, me negué. Se lo juro por Dios, no sé quiénes son los ladrones, pero deben tener influencias dentro del Vaticano, un contubernio, no sé, nadie puede robar allí sin ser visto.

Monet tomó aliento, saboreó el vino y agregó:

—Antes de recibirlo a usted, me amenazaron, no querían aprobar vuestra cita, son también sus enemigos. Pero autoricé su visita para propiciar este encuentro, temo por mi vida, quería que lo supiera. Debe saber que han estado robando documentos clasificados, los más secretos, que revelarlos pudieran cambiar la historia. Cuídese, váyase de Roma.

Apuró el último trago de vino y se largó con un vago chao.

Ludovico estuvo en el café otro buen rato, trataba de darse respuestas, el hombre que le había hablado ya no parecía un orondo inquisidor, sino un aterrorizado hereje perseguido por linchadores. “Modus vaticanus”, murmuró. Llamó por celular a Katherina y le contó la novedad. Esta solamente atinó a decir:

—Todo pinta mal, igual que en las películas de conspiraciones, lárgate ahora mismo de Roma.

Capítulo 18
Llevaba como lastre el pasado

En el avión que volaba a Madrid, Ludovico sintió que la tensión cedía. En los viajes aéreos prefería leer o ver vídeos, aunque viajase varias horas. Pocas veces lo vencía el sueño; esta vez le sirvieron una copa de vino y empezó a sentir una levedad, como si todas las tensiones de las últimas semanas escaparan de su caparazón de nervios y músculos. Ocurría generalmente con copas de vino de más, una agradable lucidez lo transportaba a la infancia, a sucesos y escenarios que sus padres siempre afirmaron eran fantasías y ensoñaciones.

Miró por el ventanillo la oscuridad insondable del exterior, tampoco esta vez alcanzaría a ver un marciano encaramado en el ala del avión. Pero sí pudo distinguir a su padre que avanzaba saltando sobre derrumbes de sillares viejos. Y le gritaba "salta sin miedo". Treparon al corredor de ronda de una muralla antigua que se desmoronaba a tramos. Había multitud de bloques y ladrillos desprendidos de envejecidos paramentos donde crecían musgos, hierbajos y plantas trepadoras. El padre gozaba saltando de sillar en sillar. Y él imitaba todo lo que hacía.

Una mujer bellísima los llamaba desde la almena de una torre, vestida de blanco con la falda hasta los tobillos. Y reía dichosa viéndolos correr y saltar.

El padre decía que valía la pena restaurar las ruinas llenas de historia olvidada. Y le explicaba todo el tiempo cómo los cruzados habían hecho la guerra santa contra los invasores de las tierras que primero fueron propiedad de Roma hasta que los cristianos las habitaron para fundar la nueva civilización del Occidente.

Vio a su padre vestido de cruzado. La vestimenta estaba en un cofre. Lo vio desnudarse y colocarse un traje alba que lo cubría hasta los pies. Siempre levantaba una enorme espada con empuñadura de cruz, y gritaba: ¡Viva la caballería del Señor! y al mismo tiempo, a lo lejos, sonaba un cuerno de cazador.

La vez que llegaron nueve hombres por distintos caminos, su padre ordenó a la bella mujer que se retirase a casa o llevara al pequeño a ver las ruinas de un cercano castillo. Pero la mujer no cumplió la orden y buscó un escondite para presenciar lo que sucedería. Al anochecer, a la luz de una fogata, los hombres se desnudaron para proceder a vestirse con largos sayos blancos

bordados con cruces rojas. Y blandiendo espadas cantaron salmos mirando el cielo y finalmente besaron crucifijos colocados en el pasto. Más tarde tomaron un camino dirigiéndose a un cerro neblinoso donde su padre prohibía acercarse. “Tierra del cielo”, le llamaban. La bella mujer, intrigada, se atrevió a visitar aquel lugar y al regresar lloró estremecida por lo visto.

Esta vez tomó forma la escena que Ludovico jamás había podido captar totalmente de entre las nieblas de su niñez. Se sentía solo y con miedo en medio de la noche cuando vio llegar a la bella mujer, temblorosa y llorando: “Vamos, regresemos a casa”. Esa noche escuchó que la bella mujer discutía con su padre. “No vas a llevar a mi hijo a ese lugar, no lo permitiré”. Discutieron mucho, con reproches y exabruptos y fue cuando en algún momento surgió aquella palabra: “Cornatel”.

Ludovico abrió los ojos, sobresaltado, y entrecruzó sus manos sudadas.

La azafata saludó amable al pasar, ofreciéndole vino extra pero él dijo que no, gracias. ¿Qué había ocurrido en el transcurso de segundos? ¿Una evocación introspectiva, un sueño, una imagen transferida de sus interrogaciones diarias a la memoria inconclusa, una experiencia real? ¿Cómo saber con certeza si estaba simplemente experimentando un estado de somnolencia o rememorando situaciones reales?

La bella mujer muchas veces resurgía en recuerdos borrosos. ¿Quién realmente era? ¿Por qué nadie la mencionaba? ¿Por qué le decía mi hijo? Una vez al preguntarle a su padre, no más diría: “Tuviste una nodriza judía, muy bonita, se la llevó el amante gitano a Rumania”. En una ocasión que le describiera un sueño recurrente en el que aparecían hombres con batas blancas estampadas de cruces escarlata y empuñando espadas medievales, el viejo Prevost argumentó fastidiado: “No quiero que sigas viendo películas palurdas, hijo, te enferman el entendimiento”.

Curiosamente, no recordaba a su madre sevillana hasta después de cumplir los seis años. Desde entonces la tuvo siempre a su lado, sobre protectora, atenta de que fuera el mejor atendido de los hijos. Nana, madre y preceptora. Creció orgulloso de tener los mejores padres del mundo, por eso no comprendía el por qué llevaba como lastre un pasado que le causaba estupor, ni por qué lo atolondraba la rémora de una palabra que llegaría en un email para cambiarle la vida. Expresó para sí: “Cornatel, lo que seas, ¿Qué rayos tienes que ver conmigo?”.

Capítulo 19
Goya, Velázquez y Picasso tenían la culpa de que amara a España

Katherina había llegado al aeropuerto de Barajas en Madrid una hora antes de que el avión que traía a Ludovico de Italia estuviera aterrizando. La excelente suite del Hilton donde se hospedó le ofrecía un balcón con una estupenda vista hacia la ciudad vieja y el arbolado de un parque. Le gustó el clima, ni frío ni calor, y mirar abajo el hormiguero de gente bien vestida que paseaba distraída por calles de anchos andenes.

Hacía años que no visitaba el país del legendario Cid Campeador y de la incomparable Alhambra. Un país bárbaro porque remataba toros en los ruedos, pero el más gentil y desenfadado de la vieja Europa augusta. Le venía de perillas la invitación de Ludovico a "desenmascarar la historia in situ", porque le daba la oportunidad de practicar su pésimo castellano y volver a maravillarse con la pintura de Goya.

Tres fabulosos pintores, Goya, Velázquez y Picasso tenían la culpa de que amara a España, pero ahora sentía curiosidad y extrañeza por el país irrevelado e ignoto que el escriba del cuaderno codificado llamaba "Salva Terra".

No se cansaba de hurgar en el punto. "Salva Terra es Jerusalén, la Tierra Santa". Al viejo Prevost pareció trastornarlo la idea de que dios se había mudado para algún rincón ibérico, pensó Katherina. Aún tenía el trabajo incompleto precisamente porque a veces se veía transcribiendo versiones esotéricas de los pasajes de la Biblia y no encontraba la manera de interpretar los términos extrapolados, menos si aparecían con símbolos y numerales asociados a citas de Buda y Zoroastro. Quería regalar a Ludovico una traducción impecable, pero en realidad temía quedarse a medias o lucir chapucera. El escriba era muy pillo en el arte de despistar. ¡Qué sinsentido había en todo! ¿Acaso creería que Ludovico podría leer alguna vez una catilinaria tan chiflada?

Se acomodó en un sofá con el cuaderno en el regazo y pensaba que Ludovico estaba tardando mucho en llegar cuando tocaron a la puerta. "Ahí está".

Abrió la puerta pero… no era quien esperaba. Un hombre de baja estatura y ojos feroces la apuntó con una pistola. De pronto usó el cabo de la misma para golpearle la cabeza y dejarla inconsciente en el piso. Lo que buscaba estaba ante sus ojos, ¡el cuaderno!, lo tomó y

salió al pasillo, escurriéndose por la escalera de emergencia. Unos peldaños abajo, en el rellano, alguien que fumaba arrojó el cigarrillo. El ladrón intentó sacar la pistola, pero no le dieron tiempo. La patada lo lanzó contra la pared, se le encimaron y la potente presión de una llave alrededor del cuello lo estranguló en un segundo.

Poco después, el cuaderno fue devuelto a su lugar, el hombre prendió otro cigarrillo, regresó a la escalera de emergencia y se llevó cargado al muerto.

Minutos más tarde, Ludovico encontró la puerta de la habitación entornada y al entrar vio a Katherina tocándose un chichón en la cabeza.

—Me han asaltado, Prevost —dijo atontada y contó el suceso.

—Necesitas un médico —Ella dijo que no.

—¡Qué raro! Mejor nos vamos a otro sitio. Mi departamento es seguro.

Ludovico comenzó a caminar preocupado, inspeccionando toda la habitación. Katherina, de repente, miró con asombro donde estaba puesto el cuaderno.

—Sí, muy raro —dijo ella, señalando el cuaderno—. Han venido por el cuaderno. Lo movieron de lugar. Lo dejé sobre el sofá, y lo pusieron sobre esta mesa. Raro no se lo llevaron.

Ludovico casi que rió.

— ¿Para qué alguien querría adueñarse de un cuaderno que no se puede leer? Además, es una copia.

Se sentaron muy juntos en el sofá, ella con la cabeza recostada en el hombro de él. Hablaron un buen rato sobre el incidente hasta tomar la decisión de abandonar el hotel. Habían planeado en New York un viaje que dada las circunstancias tendrían que hacer antes de tiempo: ir a Cornatel, con una escala primero en Sevilla.

Capítulo 20
¿Qué haría en Italia ese zorro?

El profesor Prevost dijo a sus estudiantes, vía blog y Facebook, que llegaría de Roma tal día y a tal hora, por tanto quedaba pospuesta la conferencia del día siguiente por "razones filosóficamente incorrectas", y después, para no perder la costumbre, editó un breve artículo: "La columnata de Bernini próxima al empinado obelisco egipcio, el falo de piedra que mejor identifica a una Roma que fue espectacular en todo, pero así y todo se desmerengó, un caso de historia disfuncional… Allí lo mejor de todo son las palomas, no los curas…".

Los posts de ese día dieron vivas al profesor, aunque alguien colgó una diatriba:

"No le crean, prefiere fornicar los martes que dictar conferencias".

Otro le dijo que aprendiera historia:

"…El obelisco no es egipcio, neófito tarambana".

Pascal, que estaba al tanto del blog, finalmente lo había podido localizar. "¿Qué haría en Italia ese zorro?". Esperó el día de su regreso, armó su Nikon digital con el mejor de sus lentes de aproximación y partió al aeropuerto. Aquí le fue fácil encontrarlo y fotografiarlo al salir de la aduana y luego siguió el taxi que aquel tomó hasta el hotel Hilton. Al verlo entrar al vestíbulo, aparcó su camioneta Toyota, sin decidir qué hacer. En ese momento vio a un individuo bajarse aprisa de un coche y entrar al hotel. "A ese lo conozco de alguna parte" y tomó la cámara, resuelto a despejar la incógnita.

Estaba por apearse de la camioneta cuando aparecieron los coches de la Guardia Civil; cruzó la calle y se mezcló con los curiosos que se aglomeraban en la entrada. El portero del hotel comentó de un cuerpo sin vida encontrado dentro de contenedor de basura. Pascal ingresó al hotel con la cámara lista, en busca del muerto. Le faltó poco para chocar con Ludovico, que salía acompañado de una dama. "Hola, profesor". Ludovico lo reconoció y no le contestó, llamó a un taxi.

Mascullando "el que la sigue la consigue", Pascal regresó corriendo a su vehículo y pudo seguir el taxi. "Te tengo, amigo". Tomó fotos de la pareja ingresando a un condominio privado. Ahora tendría que ingeniar el modo de mantener el seguimiento. Muy fácil, se dijo. Se acercó a la celosía del muro que flanqueaba el edificio, seguro de que cámaras ocultas vigilaban sus movimientos.

A poco lo estaba interceptando un guardia privado que le indicó no traspasar la propiedad, señalando un cartel de prohibición.

—Perdone, oficial, solo busco información, soy paparazzi —dijo entregándole la credencial de periodista con cien euros solapados debajo. Le tomó un minuto explicar lo que quería saber y el guardia quedó conforme, deseándole suerte.

Abandonó el lugar satisfecho. “Te tengo, Prevost, esta vez no te escapas”.

Capítulo 21
Una despampanante escort rusa

Estar en Munich entristecía a Anastasios. Allí años atrás, fedayines palestinos habían masacrado a la novel delegación israelí participante en los Juegos Olímpicos de 1972. El mundo había olvidado pronto a las primeras víctimas inocentes del terrorismo sin fronteras, menos aquellos que como él tenían un pacto de sangre con el pasado. Recordaba a sus padres degollados y a los compañeros de armas liquidados en misiones imposibles contra las guaridas de Arafat y sus partisanos. ¿Cuándo llegaría el momento de actuar contra los canallas sin que la política impusiera las reglas en lugar de Dios?

Ahora, al final de la populosa avenida por donde conducía una camioneta alquilada, pudo ver adonde quería llegar: el viejo edificio de la sociedad germano-argentina Tucumán. Estacionó cerca para mirar el sitio detenidamente. Un portero daba paseos de rutina ante el enorme portón de cristal. Había personas bien vestidas entrando y saliendo del lugar. Carros de lujo ocupaban los aparcamientos oficiales ubicados a un costado del edificio. En una ventana inmediatamente encima de la marquesina, dos empleados habían entablado una gesticulante charla. Una escena muy común y movida, típica de una institución oficinesca.

Desde su llegada a la ciudad, Anastasios había recopilado algunos datos. Tucumán aparentaba ser una corporación facilitadora de negocios entre Alemania y Argentina, muy activa y exitosa, pero al mismo tiempo servía para que los directores y empleados con sus familias, en su mayoría argentinos descendientes de alemanes, tuvieran un espacio para socializar. Nada fuera de lo normal, excepto que cierto incidente manchaba la imagen de la institución. Un argentino al acudir al lugar por empleo, llevando puesto un gorrillo hebreo, había sido echado a la calle a empujones por un portero que lo llamó “judío vagabundo”. A petición del escarnecido argentino, la policía se hizo presente y detrás la prensa. Un editorial local subrayó que Tucumán era un “nido de germanófilos y neonazis camuflados” que comulgaban con “cierta masonería aria trasnochada”. Pero el tiempo fue borrando los hechos y hasta el propio argentino, extrañamente, se apuró en llamar a un periodista para retractarse públicamente, argumentando que “Tucumán es un orgullo argentino de Alemania”.

Caía la tarde. Anastasios había permanecido plantado más de una hora vigilando el edificio, cuando un hombre corpulento de

cabeza rapada al cero, que salía por una puerta de emergencia, llamó su atención. “Debe ser uno de ellos”. Lo vio subir a un Mercedes-Benz negro ejecutivo y decidió seguirlo.

El hombre se dirigió al Centro, la zona de más bares y tomadores de cerveza de toda Alemania. También la que tenía más discotecas y prostitutas callejeras. Ingresó por una rampa a un enorme edificio de aparcamiento y en el segundo piso dejó el carro para bajar por las escaleras de emergencia. Anastasios hizo lo mismo, aparcó en el segundo piso y tomó las escaleras, pero al llegar al piso bajo no encontró ninguna pista que indicara la dirección que aquel había tomado. Intuitivamente eligió el pasillo menos iluminado que lo condujo a otra escalera con bajada a un sótano. Entonces escuchó personas charlando, vocerío, música, ajetreo de bar. Era la sección más sórdida de una discoteca llena de travestis, punk, borrachos y drogadictos.

Del sótano partía otro pasillo que recorrió sin la certeza de encontrar al alemán, hasta que otra escalera lo llevó dos pisos arriba al trasfondo de un almacén atiborrado de grandes cajas y contenedores. Allí estaba el hombre dando instrucciones a varios estibadores que acomodaban cajas dentro de un camión. Agazapado tras una columna, Anastasios escuchó que lanzaban maldiciones contra los que habían enviado “rifles defectuosos de mierda”.

—Mire qué bien están estos lanzacohetes, jefe —señaló alguien y hubo un clamor triunfalista.

Anastasios, asomándose ligeramente, alcanzó a ver el artefacto tubular que un rapado desembaló para mostrar al jefe. “Dios, tienen misiles antiaéreos, ¿cómo han hecho para traerlos a Alemania?”. Memorizó la placa del camión y respiró hondo. Momentos después el que llamaban “jefe” dio órdenes de que el “paquete” tenía que estar listo para medianoche y se despidió. No se percató de que lo seguían de cerca cuando retornó al estacionamiento y abordó su mercedes. De ahí tomó una congestionada ruta urbana rumbo oeste, hablando por un teléfono móvil. Media hora después, Anastasios le vio entrar a un motel.

Un envarado recepcionista acababa de saludar al hombrón rapado de mirada gélida, que dijo “si llega mi princesa la dejas pasar, ok”, cuando un recién llegado, de labios mal pintados y cabello revuelto, preguntó con vocecita afeminada y raro acento alemán si había habitación vacante. Le dijeron que sí, bienvenido, señor.

—Mi lindo, quiero mi habitación en el piso del grandote ese —miró hacia el rapado que accedía al ascensor y depositó un puñado de euros en el mostrador.

El recepcionista agradeció la propina y registró al nuevo huésped, preguntándose si “la bestia”, cliente regular del motel, ahora

tenía debilidad por los friki maricas. Pero enseguida descartó tal pensamiento al ver llegar a la princesa, una despampanante escort rusa de gatunos ojos verdes, que al pasar hizo un frívolo guiño.

El camarero del servicio de habitación que acudió más tarde al llamado del huésped gay, no imaginaba que tendría una noche de suerte. Estaba encantado por el manojo abundante de euros recibido por tan solo decirle qué habitación ocupaba el grandullón calvo.

Al llegar la rusa, el cabeza rapada estaba acostado desnudo, escuchando metal rock. Ella se le abalanzó encima y lamió sus tetillas.

—¿Qué hacemos esta noche, mi bebé precioso?

—Necesito de tus diabluras —dijo el hombre, dando sorbos a una cerveza de lata.

La rusa se desnudó sin quitarse las botas y extrajo un látigo de una bolsa. Comenzó a azotarlo, diciéndole frases morbosas, contoneándose, emitiendo gruñidos y tocándole sus zonas erógenas.

Con la oreja pegada a la pared, donde había hecho una perforación, Anastasios, ya sin el maquillaje, escuchaba con asco lo que pasaba en la habitación contigua. Finalmente el rapado, bufando como un toro, tuvo un orgasmo masoquista sin haber tocado a la mujer. Luego hablaron de deudas pendientes y de promesas incumplidas. La rusa quería que le financiara una tienda de ropas punk.

—Pudieras ser rica si quisieras —dijo el rapado mientras se vestía—. El hombre más importante del mundo te quiere hacer reina.

Con un “Dios me salve”, la rusa aclaró que no deseaba caer nuevamente en manos del loco sádico por mucha plata que tuviese y le mostró las cicatrices y moratones que quedaban de la última experiencia.

—Maldito patán sicópata ese jefe tuyo.

El rapado reaccionó furioso:

—¿Qué dices, ramera? Respeta, coño.

El puñetazo fue propinado en pleno rostro. Hubo un estrépito de cuerpo caído, ruidos, luego un portazo. El rapado ya no estaba.

La chica lloraba adolorida cuando Anastasios se presentó en la habitación. “Vengo a ayudarla, señorita” y la alzó del piso, sentándola en la cama. Ella lo miró desconcertada, quién era, pero agradeció la ayuda con una media sonrisa. Por un momento lo asoció con un gay que había visto en el vestíbulo del motel, pero no. Este era mucho más guapo, todo un tipazo varón. Qué casualidad que estuviera allí, era como un intempestivo ángel de la guarda.

Capítulo 22
El diablo no es invencible

Benito Cusimano, alias “el bambino”, entró a la taberna y pidió vino. ”Bonjour”. Tomó asiento en una mesa junto a un vidriera con vista a la calle para poder mirar el centro de la pequeña villa, una plaza empedrada donde vibraba una bulliciosa vendimia rural. Era día de verbena. Gente comprando flores, frutas y legumbres frescas, chicas pecosas y rubicundas riendo coquetas, ancianos galantes paseando con bastones, gendarmes afables, chicos correteando, pintores vendiendo óleos de paisajes locales.

Mucho amaba Cusimano a Francia, pero no por sus mujeres, ni por su excelente vino de mesa. Tampoco por ser la tierra de su madre, sino por la Legión Extranjera, la cual había hecho de él un hombre. Años atrás, por puro milagro, había sido admitido en una horda de fieras pese a su aspecto de mansa palomita, pero buscaban hombres para una guerra en Africa y el reclutador casualmente conocía a su padre: un italiano muerto en combate en el Congo en una escaramuza contra guerrilleros cubanos del Che Guevara.

“Tu padre era un héroe, dio la vida por salvar al chef de corps, fue ascendido a cabo con honores post mortem, nadie le ganaba en puntería”, relató el reclutador. Lo escuchado no causó emoción en Benito, más bien se sorprendió, porque al decir de su madre tenía el peor padre del mundo, un borrachín de medio pelo que había terminado sus días como mercenario en Ruanda. “Por Francia y por mi padre”, dijo Benito y quedó enrolado.

Por años, forjándose entre las tropas internacionales más rudas y feroces del mundo, Benito aprendió las cualidades imprescindibles del guerrero invencible: no temer y matar sin miramientos. Tenía asegurada una carrera que le daría fama y dinero, porque comenzó a brillar como un estelar francotirador. Pero nunca debió haber dado un pistoletazo a su superior inmediato en medio de un altercado, un oficial del cuerpo, arrogante y neurótico que lo humillaba constantemente llamándolo “esperpento siciliano”. Huyó a la selva perseguido por una cuadrilla de soldados rastreadores que tenían orden de matarlo y echarlo a las hienas. Nunca más lo vieron. Después de semanas de búsqueda fue dado por “desaparecido”. Presumieron que había sido capturado por una tribu de la región que comía carne humana. Sin embargo, el jefe, que quedó tullido para siempre, no creyó la versión, seguía jurando que lo buscaría para matarlo.

Meses después Benito supo del asesinato de su pobre madre. La habían violado, quebrado los huesos y horadado el rostro marcándolo con signos tribales africanos, finalmente le dispararon en la cabeza. Cuando miró la foto del rostro desfigurado de su madre exhibida en un estanquillo de revistas en Córcega, supo quién lo había hecho. Eran las mismas marcas que gustaba dejar su exjefe en los cuerpos mutilados de los enemigos. El canalla sicópata le estaba mandando un mensaje. Pero Benito ya andaba por Italia rehaciendo su vida y decidió posponer la revancha.

"Llegó la hora de las cuentas, coronel", pensó Benito recordando el pasado y pidió otra copa de vino borgoñés. Claro, tendría que complacer primero al Don.

Notó que la coqueta mesonera le lanzaba miraditas con insistente curiosidad y la llamó con una seña: "¿Se nota que no soy de por aquí, verdad?", y se presentó como un periodista interesado en la apasionante historia de la región. Ella expresó cordial un "es rico conocerlo, soy Marie, la dueña del mesón" y entró familiarmente en tema: el Languedoc atraía muchos periodistas; todavía había locos tratando de descubrir el Arca de la Alianza; hasta su abuelo creía que María de Magdalena, la amiga de Cristo, estaba sepultada en alguna covacha de los Pirineos. La chica iba y venía, servía mesas, le daba orientaciones a una mesera y regresaba a seguir departiendo.

Benito había escuchado alguna vez a don Angelo hablando sobre los cátaros del Languedoc, pero en términos flagelantes, ya que los acusaba de haber sido endemoniados anticatólicos. Ella por el contrario le habló de miles de cátaros exterminados por el Papa de aquel tiempo: "Un holocausto como el de los judíos". Benito lanzó un lamentoso "qué barbarie" y le habló de algo que conocía de cerca, "el holocausto negro", las matanzas entre las tribus africanas apenas reflejadas en las primeras planas de los periódicos.

Le agradaba la chica, de cuerpo bonito con libras de más y zalameros ojos azulosos. La "química" entre ambos, impredeciblemente, proporcionaba un seguro soporte a su misión.

—Podríamos hacer un reportaje juntos —le propuso Benito. ¿Te gustaría salir en el canal Discovery?

Ella no creyó que le hablaran en serio, pero le encantó la idea.

—¿Cómo podría ayudarlo, señor? —dijo, entusiasmada—. Eso sí, soy la mejor guía de turismo en la ciudad. También tengo una licenciatura en ciencias sociales. Puede contar conmigo.

Miró la copa que acababa de vaciar Benito y le sirvió más vino.

—El reportaje es sobre la llamada "Viña del Señor" —expuso Benito—. ¿Es cierto que fabrican el mejor vino de Francia?

La mesonera miró en derredor, como indecisa. En lugar de contestar, limpió una mesa y le dijo algo al chico de la barra. Regresó

junto a Benito y fue cuando contestó, bajando la voz:

—El vino de ellos es exquisito, dicen que prolonga la vida.

Fue hasta la barra y el chico le pasó una botella negra que llevó a Benito.

—Aquí lo tiene, es un vino carísimo, de una cosecha antigua santificada —dijo la mesera.

—¿Santificada?

—Observe la etiqueta.

La marca aparecía en francés, español, inglés, chino, latín, hebreo y griego. Benito leyó: “Viña del Señor. Santificado. La cosecha de la sangre de Dios para la larga vida. A.D. Siglo I”.

—Lo quiero probar —dijo Benito, animado.

—Es caro, monsieur, sólo lo beben los potentados.

—Abra la botella, probémoslo —insistió Benito.

Sonó el descorchado. La mesonera escanció el vino en la copa. Del licor fuertemente púrpura, casi negro, emanó un fuerte y agradable aroma añejado. Benito lo degustó suavemente, apenas impregnando el paladar primero, relamiendo cada sorbo con delectación. Hasta que exclamó:

—¡Bendito vino! ¡Exquisito!

Le dijo a la mesonera que llenara una copa para ella.

—¡Qué rico! —dijo ella, solo de catarlo a nariz.

Después de acabar el vino, Benito observó la botella: negra, de vidrio rústico.

—¿Cómo puede ser tan costoso un vino santificado por Dios? Deberían regalarlo en las iglesias.

La mesonera sonrió. Gracias a Benito había probado por tercera vez, no se acordaba bien, el vino más codiciado de Francia y sentía los efectos, un ligero flotamiento, mejillas ardientes, ganas de charlar. Le encantó conocer a un periodista tan obsequioso.

Benito no se marchó hasta obtener su número de móvil. La llamó en la noche para hablarle del reportaje. Y ella aceptó una invitación a cenar. Más tarde pasearon por un bulevar, compraron chocolates, se contaron proyectos, hasta terminar en un banco del parque frente a una iluminada fuente de Minerva. Entonces Benito le habló de las jugosas ganancias que obtendrían si hacían un buen reportaje. Se trataba únicamente de revelar la excitante historia del dueño de La Viña del Señor, un misterioso vinícola millonario que ciertas fuentes asociaban con prácticas de satanismo moderno.

Ella lo escuchó, un poco asustada, mirando a todas partes. Pocas personas deambulaban por el lugar. Benito tomó su mano para calmarla.

—Tranquila, haremos un gran reportaje, ya verás, yo sé cuidarte bien.

—Señor, él es como el patriarca de una orden, una religión, algo ocultista. Tiene un ejército de seguidores, dan la vida por él —dijo la mesonera, algo nerviosa—. Se dicen muchas cosas, la gente quizás exagera. Solo permite que lo visite el párroco. Le recomiendo no se acerque a la propiedad, es peligroso.

—Ni que ese hombre fuera el diablo —bromeó Benito.

Ella permaneció seria y agregó una historia.

—Una pareja de turistas, extraviados en la noche, penetró a la propiedad y fueron atacados por perros malos y les rodearon decenas de encapuchados vestidos de negro y armados. Los salvó que llegaron más turistas perdidos al lugar. Los turistas pusieron una demanda pero después la retiraron, seguro porque recibieron muchísimo dinero.

—¿De veras es tan peligroso? —dijo Benito, fingiéndose medio preocupado.

—Sí, mucho —respondió tajante la chica—. Después de esos hechos, llegó un periodista de Marsella a investigar y a los pocos días apareció su cadáver hecho pedazos en el bosque. ¿No cree que a usted y a mí nos pueda pasar lo mismo si metemos las narices?

Benito calculó muy bien lo que iba a decir, y se atrevió.

—Usted solo le debe temer a la ira de Dios. El diablo no es invencible.

Ella lo miró admirada, tomándole la mano. Benito la atrajo a su pecho y le dijo cariñoso que no temiera. Más valía pensar en la gran vida. Iban a ganar mucho dinero con el reportaje, seguro que sí. Besó su frente y ella le ofreció sus gruesos labios, pero Benito no la besó. Cambió de tema. Nunca había visto un parque tan concurrido a medianoche. Y mientras miraba la redonda luna brillando sobre las copas de los cipreses, pensó en cómo entrevistar al diablo que fabricaba el vino más delicioso de Francia, pero a solas.

Capítulo 23
En pos de la revelación

Llegaron a Sevilla en la mañana. Katherina, mirando aquí y allá, exclamó: “Me priva Andalucía mora”. La madre de Ludovico, que los aguardaba en la verja de entrada, no fue efusiva con la visitante. Más bien se manifestó fría y distante y pronunció un seco “bienvenida, señora”, sin besos.

Mientras pasaban al interior de la casa, Ludovico refirió las peripecias del viaje y la razón de la visita “en pos de la revelación”.

—Madre, sigo interesado en los papeles de mi padre, tengo que contarte muchas cosas.

—Mejor primero sirvo el desayuno —dijo la madre, aparentando amabilidad, pero Katherina se sentía desubicada. Percibía que algo andaba mal por estar allí.

Durante el desayuno, Ludovico contó lo que contenía uno de los cuadernos de su padre.

—Madre, gracias a Katherina sabemos un poco más de nuestra familia. Parece que por alguna razón papá ocultó cosas del parentesco. ¿Qué significa que nuestra línea genealógica es diferente? ¿Sabes algo? ¿Por qué me llama príncipe?, habla de templarios, cosas así.

—No te ofusques, hijo. Tu padre era un artista de los misterios. Al envejecer empezó a escribir con doble sentido, me decía que la literatura podía cambiar el mundo. En una tertulia alguien lo acusó de practicar la sofística. Entonces, empezó a escribir en esos idiomas que nadie entiende.

Tras un breve silencio, Ludovico volvió a preguntar:

—¿Alguna vez te habló de un castillo y de los templarios?

—Disfrutaba hablando de castillos, lo sabes bien, Lud. Pero ignoraba a los templarios por ser herejes. Creí habértelo dicho.

—No eran herejes, madre, solo fueron acusados como tal.

—¿Alguna vez lo escuchó hablar de Cornatel? —intervino Katherina.

Katherina vio que le clavaban una mirada incisiva.

—Preferiría cambiar de tema —sugirió la anciana y pasó a contar cuando visitó el Reino Unido con su esposo; tan brillante que se veía exponiendo lo que era España a los británicos. España es una paella de culturas, les decía. Y los mortificaba con el tema del peñón de Gibraltar.

—Madre, ¿alguna vez me cuidó una nana? —dijo Ludovico,

interfiriendo a la anciana. Esta, levantándose de la mesa, lo miró seria.

—Lud, ¿de dónde sacas eso de una nana? Tu padre estaría disgustadísimo con esas tonterías —dijo ofuscada, retirándose del comedor.

Katherina y Ludovico se miraron. Al parecer la anciana había vivido ignorante de muchas cosas del viejo, o quizás tenía razón en fastidiarse por misterios ingratos. Poco después ambos pasaron a la biblioteca del viejo Prevost, donde Katherina estornudó y mirando extasiada a su alrededor, dijo:

—Esto es un scientorum, qué maravilla.

Recorrió la estancia observando la incontable variedad de objetos colocados en mesas, vitrinas, estantes, suelos y paredes. Un museo de empatías y sublimidades impregnado de todo lo que un ser humano puede considerar como alto vuelo de la perfección, empezando por el culto a los íconos de la sabiduría y la tragedia. Inquisidores y herejes, vencedores y vencidos, forjadores y demonios, la gloria hecha transepto, la mediocridad remitida a una oscura cueva. Una lumbre eternizada sobre montones de falsos profetas. Todo misterio, secreto, hermenéutica, epistemología. La asombró que hubiesen escrito en el techo la frase del Zóhar inspiradora del hereje Giordano Bruno: “El mundo no subsiste sino por el secreto” y más adelantito: “Por qué sufren los justos”.

Katherina pasó su mano sobre el cristal polvoriento que cubría la imagen de Thomas More, el utopista decapitado. ¿Cómo había concebido el viejo Prevost a la sociedad ideal? Habría sido interesante saberlo, ya que los cuadros ordenados en zócalos y paredes, más que reflejar una manía culta de coleccionista, hacían pensar en un altar de teorías y antinomias tomadas en cuenta como paradigmas iluminantes. Sobre una meseta un libro abierto vertía los versos de Yeats, subrayados con tinta: “I’m looking for the face I had before the world was made”; justo al pie una flechita apuntaba a una carita humana horrorizada.

“También busco mi rostro, antes de existir Eva”, murmuró Katherina y se detuvo ante la regordeta cara de Martín Lutero, pintada por Cranach el viejo y pensó en cómo el sacerdote cismático buscó su propio camino a Dios, desobedeciendo. Allí estaba toda una pared cubierta de paladines auténticos: santos y prohombres crucificados, lapidados, desterrados, ultimados, quemados. No comprendió que los retratos de Einstein y Marx compartieran un mismo portarretratos, con algo escrito en el cristal: “Grandeza judía en decadencia”.

—Mi padre los consideraba socialistas decadentes por haber inventado la muerte teórica y atómica de la sociedad natural, por eso los puso juntos —apuntó Ludovico al verla con cara de extrañeza.

—Tu padre juzgó muy a la ligera —rebatió Katherina—. La

muerte la aplican los gobiernos, no los sabios. Por si no lo sabes, Einstein tenía una sensibilidad socialista sui géneris, propugnaba un humanismo sin mezquindad política. Creo que Marx pretendía servirle a los pobres una sociedad justa, teorizó un idealismo algo incomprendido y manipulable.

Ludovico carraspeó, antes de decir:

—Lo acepto, doctora, pero Einstein creó una ecuación cuyo lado oscuro es que la energía expansiva y radioactiva liberada puede destruir nuestro planeta. Mi padre se oponía a tal cosa, era ecologista. Tampoco le gustaba el marxismo en manos de los rusos.

Ella movió el dedo índice, negando graciosamente.

—Usted podría ser un buen inquisidor, querido profesor.

Sonriente, Ludovico señaló el retrato de Erasmo de Rotterdam, centrado en una pared.

—Uno de los preferidos de papá, es una excelente copia del dibujo a pluma de Hans Holbein el Joven. Consideraba a Erasmo el autor más censurado del mundo.

—Leí su Elogio de la locura, me encanta —acotó Katherina y se desplazó a la pared aledaña.

Junto a diplomas y lauros otorgados al viejo Prevost por Oxford, Harvard, Sapienza y Sorbona, figuraba su foto de joven junto a El Pensador de Rodin. “Guapo tu papá”, dijo Katherina. Justo al lado, del piso al techo, había un collage de plumillas y grabados de quienes probablemente habían sido los ídolos del viejo: Newton, Aristóteles, Huxley, Voltaire, Víctor Hugo. Una pared exhibía nombres prominente escritos a mano sin orden: Spinoza, Castellion, Escoto, Cervantes, Pitágoras, Confucio, Kant, Mahoma, Conrad, Zweig, Nietzsche, Averroes, Boecio, Bernardo… Retratos de Dante, Da Vinci y Galileo flanqueados por cuadros de Durero y El Bosco ocupaban un espacio privilegiado junto al escritorio. Katherina dijo “guau” al descubrir junto a estos grandes la máxima latina de Francis Bacon que tanto le gustaba: *Scientia potentia est*, y musitó:

—El conocimiento es poder.

Katherina suspiró mirando las cosas que la rodeaban cuando llamó su atención un cuadro sinóptico esbozado a mano en una cartulina prendida con chinchetas en un tabique. Del título rotulado como “Malpaís, la saga del poder” partía un diagrama con casillas clasificadas. Una leyenda etiquetada en rojo: “Sectas que gobiernan al mundo”, tenía debajo: “Iglesias, Bancos, Judíos, Masones, Tiranías” con una reflexión en cartela: “Todo es una gran tiranía del dinero, el Novus Ordo seclorum de dos milenios, hermanos mal llevados se pelean entre sí y reparten migajas a sus siervos para tener contento a Dios”. Había símbolos en torno a las casillas: la cruz católica, la flor de lis, la swástica, la hoz y el martillo, la escuadra y el compás, la

pirámide con el ojo fulgurante del dólar estadounidense. Un recorte de periódico con la foto del mafioso cinematográfico Don Corleone (en realidad Marlon Brando), se veía debajo de la casilla.

Katherina soltó una risita: “¿Qué honor ha de merecer la Cosa Nostra para figurar entre tantos inmortales? Me lo imagino”, y siguió husmeando en paredes y rincones, mientras Ludovico se ocupaba de registrar cajones y armarios. Mal alumbrado estaba un nicho detrás de una estantería donde la chica metió sus curiosos ojos. Había un cubo de hierro pintado de blanco casi tapando una cruz latina incrustada en la pared.

—Aquí hay una caja fuerte, parece un cofre. ¿Guardas algún tesoro de piratas?

Ludovico no contestó de inmediato. De repente pensó que tal vez había llegado la hora de abrir la caja fuerte blanca que los maestros cerrajeros consideraban impenetrable, al menos que la rompieran con explosivo. La protegía un mecanismo que obturaba el sello de un potente cerrojo. Solo alguna clave o una llave maestra podrían destrabar el rodillo de apertura. La noche de su muerte, su padre había estado a punto de revelarle la clave, pero expiró murmurándole solamente que jurase no decirlo a nadie, ni a su madre. Por el momento Ludovico descartó aplicarle explosivo porque podía dañar algo delicado depositado en su interior. ¿Qué hacer entonces?

—Debe ser el más resguardado de los tesoros porque ningún cerrajero puede abrirla —explicó Ludovico, acercándose a Katherina que examinaba perpleja la caja fuerte.

—Qué raro que nadie la pueda abrir —dijo Katherina, pensativa. Intentaba asir destellos de la memoria retornando a los vericuetos cifrados del cuaderno del viejo: un símbolo, una almena, una llave, dibujos, unas palabras asociadas. Volvió a estornudar.

—¡Jesús! Eso es alergia a la biblioteca de Alejandría, te invito a conocer Sevilla.

—Lo siento, vayamos por el cuaderno, creo que lo tengo —contestó Katherina, halándolo del brazo y explicó que quizás el cuaderno podía tener la clave para abrir la caja fuerte.

La anciana al oír pasos en las escaleras hizo un gesto de contrariedad. Aprisa repuso el cuaderno del viejo Prevost y una agenda telefónica en la maleta de Katherina, abandonando la alcoba de huéspedes por una puerta accesoria. En la habitación vecina pegó la oreja en la cerradura.

Ludovico, apenas entró a la alcoba tras Katherina aguzó el olfato. El exquisito perfume que siempre usaba su madre inundaba la estancia, le pareció extraño pero no hizo comentarios. Tan pronto vio que la chica echaba mano del cuaderno y se colgaba una cartera al

hombro, abrió la puerta cortésmente para darle paso y la siguió escaleras abajo.

—¿No sentiste ese olor insoportable a loción barata? —dijo Katherina—. Por favor, diga que no aromaticen mi cuarto, soy alérgica.

La anciana pudo oírla y gruñó: “Qué arpía malcriada”.

De vuelta a la biblioteca, Katherina abrió el cuaderno y leyó porciones del texto. Abrió la libreta auxiliar donde asentaba la traducción y fue acotejando palabras y signos. Había una línea alargada de punta cruciforme, como una estilizada alabarda o tridente, embutida en un redondel, dentro de un cubo bosquejado en perspectiva. Comenzó a mirar el dibujo en distintas posiciones.

—Parece un signo rúnico, o un glifo maya —expresó Ludovico.

—Es un pictograma, hay muchos en el cuaderno —aseveró Katherina. Le puso el dibujo horizontalmente delante de los ojos—. Es una llave traspasando un cofre, ¿lo puedes distinguir?

Lo que miró Ludovico apenas lo convencía, recordó cierta propensión de su padre a graficar abstracciones, ideas y situaciones, pero qué resolvían con eso. Ella comenzó a traducir el texto vinculante: “La llave es nuestro castillo y el cofre de fierro blanco guarda tu niñez (…)”.

Quedaron alelados. Como siempre, faltaban palabras, ligazones, significados, pero la lógica compensaba las lagunas semánticas. Katherina era la más lógica de las criptógrafas, imaginó Ludovico.

—Con un castillo abriremos la caja fuerte —dijo convencida.

Se fijaron de nuevo en el dibujo, mientras ella expresaba una interpretación:

—Esta punta dentada es un castillo, ¿lo ves?, son las almenas, la otra punta corresponde al cabo de la llave que parece una cruz, el dibujo es una llave antigua común pero contiene la clave para abrir el cofre, el redondel es la chapa del dial de combinación, piensa.

“La llave es nuestro castillo y el cofre de fierro blanco guarda tu niñez…”. Ludovico volvió a escuchar aquella voz lejana, un rumor fuera de su tiempo, el mismo que asediaba sus extrañas levitaciones mentales. ¿Qué otro castillo podía ser sino aquel que rondaba sus sueños?

—¡Cornatel! —exclamó, como si hubiera descubierto un nuevo planeta. Corrieron a la caja fuerte y comenzaron a girar la rueda de combinación ajustando cada letra: c o r n a t e l. Un pasador percutió y entonces se abrió la pesada portezuela.

En ese momento Katherina hubiera querido saltar de regocijo y abrazar al hombre que permanecía agachado y boquiabierto, pero se conformó con oírle: “Eres genial, doctora”. De inmediato, Ludovico hurgó en la caja y extrajo un estuche metálico cuyo contenido vertió

en el embaldosado del piso: papeles, dibujos y escritos, postales de viaje, sobres de carta vacíos, una foto, una biblia en miniatura. Primero tomó la foto, era la misma exhibida en Internet pero con alguien a su lado: una mujer bellísima de cabellera negra. Y tras ella la imagen de otra mujer, su madre, muy seria, bonita y joven. Obviamente, algún internauta había editado la foto para mostrar únicamente al niño.

Todo le parecía inaudito, raro, imposible, como estar en la inopia absoluta, pero Ludovico no hizo el menor gesto que delatara cuán perturbado y temeroso se sentía.

Katherina tomó la foto: "Qué niño más guapo". Ludovico, sentado en el piso, seguía ensimismado en el descubrimiento: hojas con sus primeras letras, vocablos con su nombre, garabatos y caligrafías. Una postal que su padre le enviara desde la India: "A mi querido hijo, te extraño, pórtate bien con la institutriz". Una carta destinada a su padre y firmada con una L era la de un chico que sabía escribir muy bien: "Padre, quiero ser como usted, pero no entiendo por qué me retiene en este aburrido colegio donde ya he aprendido todo sobre Dios y el Universo".

Ludovico recordó cuándo y por qué había escrito la carta, aunque nunca llegó a enviarla. Katherina miraba un dibujo trazado en un papel, que lo sobrecogió.

—¿Me dejas ver ese dibujo?

Era una escena simple como la dibujan los niños: un somero castillito sobre un cerro, un niño de la mano de una figura femenina de pelo largo, otra persona con una espada levantada y nueve figurillas dispuestas en círculo alrededor de una cruz.

Ludovico sudaba frío y sintió un leve mareo. Ella notó que cerraba los ojos, apretando los párpados.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Se trata de este dibujo —Le explicó que cuando viajaba en avión padecía de cierta tendencia regresiva, cierto *déjà vu*, sin saber si era una forma de soñar despierto o una fobia sicológica. Siempre se repetía una escena que lo perturbaba, "exactamente como la de este dibujo".

Tomó el dibujo y fue tocando cada personaje con el dedo.

—Este de la espada es mi padre, esta mujer tan bella debió ser mi cuidadora, estos nueve hombres desnudos celebran un rito ante la cruz y este castillo debe ser Cornatel. Este niño —Quitó la vista del dibujo para tocar la foto del niño angelical de Internet—. Estoy seguro soy yo, pero me pregunto qué pasa, ¿por qué me pasa esto a mí?, han jodido mi privacidad.

Katherina, mirándole a los ojos, le contestó con dulzura:

—A lo mejor eres un príncipe de verdad, algo así como un ángel

verdadero, la vida es una magia —Se acercó, besándolo en la mejilla.

Al día siguiente, la anciana los despidió con besitos viéndolos partir apurados. Enseguida se dirigió al estudio de su difunto esposo. Toparse con la caja fuerte abierta y vacía la paralizó. “¿Por qué no me dijeron? Se han burlado…”. Registró el lugar, exhalando imprecaciones contrariadas. Rápidamente llamó por teléfono y salía un contestador, hasta que respondió alguien. Apenas contó y lamentó lo sucedido, le dijeron: “Mal trabajo”. Colgaron abruptamente.

La anciana, nerviosa, recorrió las paredes del estudio, palpándolas, tocando los resquicios y las esquinas. En algún lugar tenía que estar el resorte para abrir los casilleros secretos del viejo. Tenía que encontrar el manuscrito a toda costa antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 24
El hombre de los amigos raros

El viaje de Sevilla a Cornatel iba a demorar horas. Katherina preguntó si podían pasar por Salamanca. Y Ludovico aprobó la idea. Salamanca los atraía a ambos por diferentes razones: ella quería redescubrir la ciudad después de años sin visitarla. Hasta el propio nombre "Salamanca" le sonaba solemne, pródigo. El aprovecharía para saludar a sus colegas de la universidad, sobre todo a uno de ellos, un sefardí numerólogo que le escribía acertijos por e-mail y podía profetizar los próximos cien años.

—Eres el hombre de los amigos raros —dijo ella.

—No te burles, de veras conozco a un Nostradamus andaluz. ¿No crees que ciertas personas poseen facultades preclaras como la pitonisa?

— ¿Cómo los meteorólogos de la tele, algo así? —replicó ella, entre divertida y burlona—. Mira, caro amigo, en realidad a tu lado he aprendido a creer hasta en lo increíble.

Llegaron al atardecer a la ciudad y encontraron un lindo hostal bien situado, inmediato a la plaza mayor. Cenaron y recorrieron el centro histórico. Buscaron un buen sitio en un portal para tomar unos tragos y planear las próximas tareas. Un guitarrista amenizaba con arpegios flamencos. Ludovico aprovechó el WiFi del negocio y activó el ordenador portátil para actualizar su blog. Escribió la segunda parte de un artículo sobre los misterios de Dios y lo dio a leer a Katherina.

—¿Crees de veras que llevamos a Dios en nuestro interior? A veces hablas como un filo-ateo, otras como un místico —expuso Katherina.

—Todo lo que me está pasando, en fin, he pensado en el sentido de la vida. Cada vez que profundizo en la búsqueda de mi identidad, me topo con dios. En este momento no puedo complacer la ortodoxia de los ateos. Todo me parece misterioso, complejo, con o sin dios.

—Mi gran problema, Lud, es que soy darwinista, pero ante el sudario de Turín me gobierna lo espiritual. No sé quién es dios, pero lo he sentido, sin ser religiosa. Ah, mi madre es norteamericana protestante y mi padre católico franco-canadiense. Salí ecléctica y tengo gotitas cátaras en mi sangre. Soy un revoltijo genético.

Rieron. Las bromas de ella siempre alborozaban a Ludovico: "Yo salí templario", dijo y chocaron copas dedicando el brindis: "Por los templarios".

Al oír mencionar a los templarios, un cliente de la taberna alzó

la vista y miró a dos turistas charlar y bromear. Llamó a un joven que fumaba recostado en un pilar de la galería y le habló al oído. El joven prontamente abandonó el lugar. Katherina y Ludovico saturados de cerveza acordaron dar otra vuelta para ver de noche la soberbia fachada gótica de la catedral. Tomaron fotos y volvieron al hostal.

Al entrar a la habitación notaron que habían abierto la única maleta que llevaban. Pero no faltaba nada. “Buscan esto”, dijo Ludovico levantando su maletín, “pero lo que buscan de verdad está muy lejos, solo un arqueólogo lo encontraría”, y guiñó un ojo. Sin embargo, ya no era aconsejable quedarse en la ciudad. Acordaron dejar el turismo salmantino y la cita con Nostradamus para otra oportunidad. “Cuando volvamos al curso creíble de la vida, retornaremos”, dijo él, bostezando.

Katherina respiró tranquila y dijo buenas noches. Habían decidido compartir la misma habitación, por razones de seguridad. Se acostaron en camas separadas, pero mirándose recíprocamente a los ojos. Así se fueron quedando dormidos. Al día siguiente partieron para Cornatel.

Capítulo 25
El juicio final, suenan las trompetas

La computadora portátil había permanecido prendida el día entero sin ninguna novedad. El hombre no quitaba la vista del blog del "blasfemo" que seguía desactualizado, con el mismo ramillete de viejos y repulsivos comentarios. El hombre había orado y fumado sin cesar, hasta que la inacción comenzó a batir la paciencia. "Dios, no me olvides, no me abandones, escucha mis ruegos". Tomó un crucifijo y lo sostuvo a la altura del pecho, murmurando jaculatorias y reclamos.

Se levantó y caminó caviloso por la habitación, envuelto en una espesa humareda de cigarrillo. La tenue luz de una lámpara de mesa apenas revelaba un relieve de facciones rasgadas tras el pasamontañas. Ropas oscuras vestían a una sombra hercúlea de un metro ochenta que miraba constantemente los mensajes de texto de su BlackBerry, con creciente nerviosismo.

De vez en cuando lo animaba alguna entrada de alguien al blog creyendo que acabaría el hastío, pero odiaba que fueran comentarios de simpatizantes que solo sabían elogiar al blasfemo, poner bobadas indecentes o colgar diatribas imperdonables como "la religión es el opio de los pueblos" o "Alá es la alternativa". Reaccionaba rabioso dejando alguna que otra protesta anónima: "Miserables aquellos que desafían la divinidad, el juicio final llega, ya suenan las trompetas", si bien por ello se exponía a regaños. "No puedes hacerlo, no existes, no debes dejar huellas, dejad que dios se ocupe", le repetían.

Estaba ansioso por ejecutar la próxima misión, la última y alcanzar la gloria. Los perros no podían ladrar más en la iglesia. Ni en los blogs, ni en la televisión, ni en los antros luteranos, ni en las logias, ni en las mezquitas invasoras. Allí estaba él, un humilde soldado de Cristo, para evitarlo. "Los cerdos aspiran a suplantarnos —le había dicho un dominico—. Nos toca impedirlo con una cruzada espiritual".

"!Guerra a los infieles, como hicieron los cruzados, como hizo la congregación contra los herejes!", gritó el gigante de rodillas.

Al fin observó que el titular principal del blog había cambiado. Acercó los ojillos para leer:

"…A pensar nihilistas, no tiren piedras a lo loco. El misterio de Cristo no es una bagatela, no lo echen al basural. Existe una verdad que supera la supervisión dogmática de la iglesia. Más allá de los poderes terrenales hay una verdad irrevelada que espera por la ciencia

y la imaginación. Dios quizás espera dentro de vosotros y en la infinitud asequible, me dolería que el lucifer Voltaire fuera el irrazonable…”

Leía muy concentrado cuando entró el e-mail con la orden: “Ocúpate de cuidar a la mascota, el momento es crucial, cumplid, Dios contigo”.

Quedó pensativo y terminó de leer lo escrito por “el blasfemo”. Algunas cosas no las asimilaba bien. ¿Por qué le ordenaban cuidar a una mascota tan descarriada, el abominable rey de los ateos? ¿Por qué había que castigar a todos menos al profesor blasfemo, su odioso enemigo? Estaba harto. Mejor no hacerse preguntas, divagaba confuso. Aunque parecieran ilógicas, había que cumplir las acciones “transitorias” promulgadas por el superior hasta que llegase el momento del punto final, porque “agraciado sea mi superior, padre rector, adalid de Cristo como Pedro el Ermitaño”. No podía fallarle.

Abrió un guardarropa y sacó un voluminoso morral colgándoselo al hombro. Miró a través del visillo de la ventana hacia una noche sin luna. Se arrodilló invocando gloria y perdón. Le preocupaba violar mandamientos, pero no era cura, sino un soldado de la iglesia. Y partió resuelto a ejecutar la misión.

Capítulo 26
Nostálgica del morbo

Aún con la cara hinchada y la nariz rota la rusa emanaba belleza. La sábana la envolvía formando una curva que contorneaba una amplia cadera, sin taparle un pie y parte de la espalda. Despertó en un bonito cuarto de hotel que había alquilado Anastasios, tras pedirle ella horas antes que no la dejara sola.

Pasaron todo el día hablando de cosas de la vida, de Rusia y de las islas griegas, sus respectivas patrias. Por una oferta de trabajo en internet, que ella describió como un fiasco, había viajado a Alemania deseosa de triunfar como diseñadora de ropas. Rápido perdería el entusiasmo cuando los falsos patrocinadores, "en realidad mafiosos contrabandistas de emigrantes esclavos", la vieron más a propósito para animar calientes noches de taberna y casino con millonarios morbosos y despilfarradores.

—Más que con millonarios me las tuve que ver con asquerosos vampiros sexuales.

Bailando desnuda ganaba exorbitantes propinas y empezó a usar drogas como consuelo, hasta que siendo *escort*, dama de compañía, "como le dicen a las putas finas que complacen a los adinerados podridos", conoció un alemán que lucía atractivo con la cabeza pelada al cero, tipo Yul Brynner, de quien se enamoró. Al menos ella comenzó a tomar en serio la relación y llegaron a hablar de vivir juntitos para siempre.

—¡Solo las tontas se ilusionan con los hombres de mundo!

Anastasios asintió. La escuchó describir las anormales fantasías sexuales a las que se sometía para darle gusto a su hombre, aunque lo hacía drogada, menos la vez que recordaba con pavor. Su novio imploró que le hiciera un favor, ya que serían bien recompensados.

—Quiso verme en la cama con el maestro, así llaman a ese nazi sádico —dijo ella, mientras buscaba palabras más precisas—. Un prócer, reverendo o algo por el estilo que anda escoltado por un ejército, un anormal que me quiso poseer crucificada de verdad.

El judío fingió asombro, quería animarla a que abundara en detalles.

—¿Un prócer nazi? Da miedo.

—Exacto, un super líder, de esos que hablan del fin del mundo y de la nueva era aria y tonterías de esas —Y explicó que había escapado milagrosamente del tormento en la cruz después de haber sido azotada por el satán millonario que solía maldecir en español y

nunca se quitaba los lentes oscuros—. Es así de asquerosa mi historia.

—Mi historia también es asquerosa, tenemos muchas afinidades —afirmó Anastasios para congraciarse (Ahora se hacía llamar Tadeo). Y fue breve, con tono triste; lo amargaba mentir—. Nací en Chipre y fui condenado al atroz presidio de los turcos por culpa de las drogas, también fui un soñador, quería ser rico sin trabajar, heredé mucho dinero pero al final me di cuenta que necesito del amor.

La chica sonrió y lo besó en la mejilla.

—Me gusta eso, yo también necesito amor.

—Las malas compañías ahuyentan el amor, Ludmila, ganémonos el derecho al amor —alegó el judío.

—Te quiero mucho, mi Tadeo, me das mucho aliento —murmuró la rusa.

Días después paseaban por Munich tomados de la mano. Solo como amigos. Hablaban de todo, hasta de cómo serían cuando viejitos. Reían despreocupados. En una ocasión rozaron sus labios. Una nueva ilusión anidó en el corazón de la rusa. Anastasios, en cambio, solo pensaba en el destino. La gran mujer desvalida que lo esperaba en Israel convertía a la excitante rusa en una infidelidad imposible, pasiva contemplación. Solo amigos: era la única opción permisible. El amor a la larga vencía a la concupiscencia, aunque Martín Lutero hubiera creído lo contrario. Cuando Ludmila pasaba desnuda por delante rumbo a la ducha, bajaba la vista y comenzaba advocaciones talmúdicas.

La información del Mossad llegó en la madrugada: una llamada inesperada de una melosa voz femenina que le dijo “Hola, Charlot”, y a continuación atropelló una frase cifrada: “Por qué no te tiñes el cabello de violeta, te quiero bien friki, no tardes”. Lo instaban a actuar con la velocidad de la centella, sin olvidar la prudencia. Seguramente ya Israel había informado al gobierno alemán sobre cierta maquinación emprendida por terroristas de filiación desconocida, que operaban en los basamentos de Munich equipados con armamento sumamente poderoso. Por lo que tendría al menos dos días para proceder, antes de caer en el espectro del monitoreo intensivo de la contrainteligencia alemana y probablemente del espionaje angloamericano y ruso.

Como Anastasios estaba seguro de que sucedería, Gunther había iniciado una frenética búsqueda de la rusa desaparecida al día siguiente de la golpiza. El gigantón, celoso y ofuscado, sin duda la buscaría hasta en las alcantarillas de la ciudad. Aparcado a una distancia prudencial, Anastasios vio que los cabezas rapadas entraban y salían del edificio de oficinas donde el proxeneta dirigía un negocio de autos de lujo (aparte de mercadear armas letales). Sabía dónde vivía, quién era, qué manías tenía, lo sexualmente disfuncional y

masoquista que era, solo le faltaba saber a quién le rendía cuentas. Ahora, gracias a Ludmila, tenía datos concretos que lo aproximaban a su objetivo, aunque quedara camino por recorrer. Consultó su reloj y se preguntó si la rusa sería capaz de vencer los temores reales de representar a una nostálgica del morbo. Todo dependía de ella, de que retornara aparentando ser una prostituta arrepentida y sumisa. Volvió a consultar el reloj cuando comenzó la escena de teatro.

De un taxi, se bajó Ludmila, más espectacular que nunca: hiper maquillada, pelo suelto, lentes oscuros, cazadora de cuero negro, botas de tacones elevados y un ajustado leotardo calado. En el umbral la esperaba Gunther, ceñudo pero impresionado. Ella lo besó en la boca y dijo: “Hola, amor mío”, dándole un pellizco en el mentón como acostumbraba.

Tan pronto estuvieron solos en el despacho, Gunther la abrazó y besó con pasión. “No puedo vivir sin ti, mi niño”, dijo ella y comenzó a quitarse la ropa con intención de abrirle las piernas sobre la mesa.

—No, aquí no —dijo el cabeza rapada, apartándola y miró el ojo acechante de una cámara ubicada en el dintel de la puerta.

—Quiero esta noche una luna de miel como te gustan, baby —dijo ella con pestañeos provocativos y fue balaceando el imponente trasero hasta el ventanal. Allá abajo estaba el hombre que había cambiado su vida.

Gunther, excitado, telefoneó y ordenó le trajeran enseguida el carro. Pidió no molestar con llamadas. Pero de pronto entró una a su móvil que no podía eludir. Ludmila escuchó que decía: “Seguro que sí, maestro, a sus órdenes” y al colgar su expresión era irresoluta y preocupada. Cuando la miró, forzó una sonrisa y salieron en busca del carro.

Desde su ubicación, Anastasios vio partir el mercedes negro y dio gracias a dios. Lo más complicado ahora no sería seguirlos sino proteger a la chica. La noche fue cubriendo la ciudad con su manto negro y las luces del mercedes iluminaron una carretera que conducía a las afueras. Gunther no tomó el rumbo de siempre hacia su residencia, sino que se montó en la autopista a rauda velocidad.

—¿Dónde vamos? —indagó ella.

—Nos vieron por la cámara, el maestro nos invitó a una velada —Gunther chasqueó la lengua.

—Como quieras, amor —dijo Ludmila, dulcemente. Pero sentía el fuerte palpitar de su corazón.

Miró por el retrovisor. ¿Dónde estaría Tadeo? Seguramente muy pronto la obra de teatro alcanzaría el clímax, cuando el infierno abriera las puertas. ¿Llegaría el héroe a tiempo para salvarla de la crucifixión?

Capítulo 27
La Viña del Señor

El soberbio chateau campestre de la Viña del Señor, con sus torres terminadas en agujas, impresionó a Benito Cusimano, que enfocaba un prismático de visión nocturna desde la copa de un árbol. “¡Es una fortaleza!”. Aunque una elevada tapia perimetral de mampostería reducía el campo visual, podía divisar el desplazamiento sincronizado de las patrullas de seguridad acompañadas de obedientes perros Doberman. Un sistema de detección por cámara de ojos múltiples y guardias apostados en las torres reforzaba una efectiva zona de intercepción sobre un amplísimo radio que incluía los campos de vides circundantes y la arbolada alameda de acceso al palacio.

Sin embargo, Benito había aprendido de los legionarios a como ser invisible. Aprovechando la noche, con ropa de camuflaje y cara embadurnada de pasta oscura, se arrastró a lo largo de un kilómetro por la cuneta de la alameda hasta alcanzar el árbol que serviría de atalaya. Desde allí atisbó niños jugando en un atrio animados por un anciano de largos cabellos blancos. “Debe ser él”. El anciano respondía a la descripción de la mesonera. Allí estaba Homero Rocheford, “el rey visigodo de los vinos”, como decía ella o “el enemigo de Dios”, según don Angelo. Analizó las posibilidades de perforar él solo la seguridad del sitio y desistió. No conocía a nadie capaz de hacerlo. Esperó mayor oscuridad y se largó como había venido, arrastrándose, pero esta vez escuchó ladridos de perros alborotados. Y aún le resultó más extraño escuchar aullidos lejanos de lobos. Los reflectores barrieron con sus luces los alrededores, pero ya estaba lejos, a salvo.

Mientras Benito iba en busca de la mesonera para llevarla a cenar, pensó en un plan B que solo podría ejecutar el día de la Feria del Vino. Ya habían hablado del tema. Ella no deseaba verlo partir sin que antes conociera la fiesta por Baco “que despierta los fuegos de la vida”. Podrían beber gratis los mejores vinos franceses y hacer locuras, bailar, besar guapos desconocidos, cazar solteros y conocer en persona a los benditos patrocinadores.

—Qué gran oportunidad para pedirle al dueño de la Viña del Señor que nos conceda la entrevista —dijo ella y siguió detallando la festividad.

Pero saber que habría que esperar más de una semana por la celebración desmotivó a Benito, quien solo pensaba en terminar

fulminante el trabajo para volverse a Sicilia, a los brazos de su napolitana. Mas comprobar que esta vez no podría aplicar el estilo Rambo al objetivo, lo fastidió. Se resignó a esperar el momento.

Fueron a cenar a un mesón de comida tradicional. Madame Marie estaba feliz de poder disfrutar juntos de la venidera fiesta. Planearon cómo abordarían al potentado. Si rehusaba conceder la entrevista, tendrían entonces una buena excusa para revelar las malas pulgas del tipo e incluso poner en duda que La Viña del Señor fuera un vino bendecido y purificador de malos karmas. Y desde luego, tocarían el punto de que practicaba una forma antidemocrática de satanismo. ¡Qué escándalo!

Benito sonrió y le dio la razón. Pondrían al tipo en aprietos, sí, pero le asaltaron dudas.

—¿Por qué alguien tan bien resguardado en su palacio fortaleza asistiría a una feria a exponer la vida?

Ella hizo silencio. Obvio, la lógica del amigo se trataba de desconocimiento.

—Nunca deja de asistir. La última vez dictó una conferencia sobre su colección de botellas antiguas de vino, sin guardaespaldas a la vista.

Benito no quedó convencido.

—Me sorprende que sea tan confiado.

—Es que en el palacio realmente no lo cuidan a él —dijo la mesonera.

—¿Qué cosa? ¿Estás bromeando?

—En serio, allí cuidan algo que nadie sabe lo que es.

A Benito no le interesaban los misterios. Hizo un gesto de incredulidad. Pagó la cuenta y salieron a dar un paseo, de brazos. Ella lo miraba de soslayo. Le parecía un hombre introvertido pero educado. No podía catalogarlo de apuesto, pero sí tenía una interesante masculinidad. Se preguntó quién era realmente. A lo mejor no tenía pareja, ojalá.

—El día de la feria tendremos nuestro reportaje, te lo juro —dijo Benito, con naturalidad.

Ella se apretó a su brazo. Se sentía segura a su lado.

Capítulo 28
Casualidades de la vida

"¿Casualidades de la vida?", se dijo Robin García, sentado en el vestíbulo del mejor hotel del poblado Bierzo de Cornatel. Alguien, mostrando una credencial de periodista, preguntaba al hostelero cómo llegar al castillo de nombre Ulver o Cornatel. "Ese castillo no está en nuestra ruta turística por el momento", le explicaron, pero el individuo insistió en ir de cualquier modo porque debía hacer un reportaje por encargo para unas televisoras importantes. "Seréis famosos por mí, os veréis en National Geography y Televisión Española, BBC, CNN, hasta en China y Siberia", exclamó.

Robin que fingía leer un periódico, se asombró de que dos huéspedes, sentados a su espalda, reconocieran con desagrado al periodista. "¿Aquel no es el paparazzi de la muerte, el de la tele?". "El mismo, algo caliente lo trae a Cornatel". A Robin no le quedó duda: Cornatel podía arder como Troya en poco tiempo. Dejó el hotel sin que nadie lo notara en busca de lo necesario para salir a excursionar. Ya del agente García, asignado por la CIA a España, solo quedaba el interés en hacer bien el trabajo encomendado. Su fisonomía, cambiada drásticamente, mostraba la facha de un turista corriente, alto y de bigotes, que no se quita la boina montañesa para nada. Cuando hablaba no sonaba las zetas, por lo cual optó por dárselas de ser hijo de canarios, criado en Centroamérica.

Un taxi lo llevó a Cornatel, tomó fotos de los exteriores y al regreso pidió al taxista que lo dejara en un lugar cualquiera de la carretera. Deseaba regresar a pie, se justificó. Y regresó a pie, varios kilómetros, pero de nuevo al castillo, dando un extenso rodeo para no ser visto. Ni siquiera el pastor de la gorra que se sentaba debajo del olivo junto a sus ovejas podría detectarlo. Alcanzó el interior del castillo después de escalar una abrupta escarpa de cortante roca cubierta de un resbaladizo musgo, y allí esperó y esperó, asombrado de ver tantas palomas blancas posadas en los merlones de las murallas.

Sentado bajo un olivo, junto a su perro adormilado, el pastor miraba pastar a las ovejas, en la cuesta pedregosa de un montecillo. Ningún momento era comparable a aquel cuando podía contemplar la grandiosidad del atardecer rodeado de los infinitos rumores de la vida. Esta vez percibió un sonido diferente, el desagradable ronroneo de un motor que disipó la sinfonía de los grillos y provocó una desbandada de pájaros. Se irguió, apoyándose en la cachava, soltó la bufanda y la manta que cubrían sus hombros y buscó en donde mirar sin ser visto.

Cuesta abajo, por un serpenteante camino vecinal, avanzaba una camioneta deportiva levantando polvareda. A esa hora no pasaban transportes alquilados por turistas ecológicos, lo cual alarmó al pastor.

Al llegar a una encrucijada de vías, la camioneta, ocupada sólo por el conductor, no torció a la derecha para buscar una salida del valle, sino que tomó el desvío al norte, a pesar del cartel que indicaba en trazos destacados: “No pasar, riesgo de derrumbes”. El pastor entonces dedujo que solamente los cazadores ilegales y los buscadores de tesoros hacían caso omiso de la advertencia del cartel, y llamó por un móvil. Cuando alguien respondió, informó:

—Señor, tenemos visita por aquí.

La camioneta no pudo avanzar mucho, porque, en efecto, estaba el camino bloqueado por una barrera de derrumbes desgranados del risco. Desde un mirador de peñas, el pastor vio al hombre con una mochila a la espalda continuar a pie, y alzó la vista en dirección al peculiar copete de roca de un cerro perfilado en la puesta del sol. La torre de homenaje del castillo con sus almenas derruidas lo coronaba todo emergiendo de apretujados murallones encajados en los agrestes desfiladeros neblinosos de la cima.

El fotógrafo Pascal ingresó pasadas las cinco de la tarde al patio de armas del castillo. “Al fin estoy en Cornatel”, exclamó y aun tuvo suficiente luz natural para poder acometer una dinámica sesión de tomas fotográficas y de vídeo. Iluminándose con un casco de espeleólogo, exploró recovecos umbríos, bóvedas y un laberinto de angostos pasadizos que terminaban en paredes ciegas. No encontró nada sobresaliente, salvo que en las cornisas anidaba una miríada de palomas blancas que al notar su presencia comenzaron a gorjear nerviosas y a sobrevolar en amplios círculos.

Pasó la noche sin ver fantasmas de templarios ni centellas cayendo del cielo, contrario a las leyendas que narraban toda suerte de fenómenos sobrenaturales. No lo atemorizaron ciertos ruidos ni los graznidos de lechuza, ni las espesas tinieblas. Pero sí lo picó la curiosidad al ver tantas palomas juntas y desveladas sobrevolando las ruinas. Sonrió pensando que pudiera ocurrir el mismo fenómeno —una avalancha de aves furibundas— como en el filme Los pájaros, de Hitchcock. “Uno nunca sabe, los pájaros son impredecibles, odian a los forasteros”. Se durmió lamentando no poder establecer conexión de Internet, después de asentar en su portátil las incidencias del día: “Cornatel no es más que un vestigio solitario cubierto de nubes y lleno de aves misteriosas…”

Robin había visto al presunto periodista subir la cuesta y entrar al castillo. Agazapado en una garita cercana, observó a Pascal explorar

y tomar fotos, beber cerveza, cantar, brindar por el éxito venidero, desaparecer y aparecer en la niebla que se hacía más densa en el crepúsculo, y maldecir a Ludovico Prevost. Y en la noche, al comprobar que dormía como un tronco a la luz de un farolito de campismo, se le acercó sigiloso y tomó las cámaras y el ordenador portátil. En ese preciso momento, a cien metros allende las murallas, desde una atalaya improvisada en lo alto de un árbol, el pastor sorprendido creyó ver a otra persona pasar por delante de la tenue luz del farolito.

Robin aprovechó la noche para alejarse lo más posible. Estaba entrenado para correr varios kilómetros en montañas y desiertos. Recordó un atajo que aparecía en el mapa local y antes del amanecer llegó al hotel, exhausto pero seguro de que tenía un jefe que apreciaría cualquier información novedosa.

Pasó horas procesando la información y envió al receptor de la CIA una transcripción completa de los archivos del portátil de Pascal más las fotos, adjuntando un reporte analítico de la situación. Por último se quedó pensando en cómo devolver las pertenencias a su dueño.

El revoloteo de palomas despertó a Pascal en la mañana. Saltó de la cama inflable con ganas de café y miró en derredor. Un día de cielo límpido y azul, gracias a las leves nieblas. “La campiña española es realmente hermosa”, se dijo. Merecía ser eternizada en fotos y se volteó a coger la cámara. No estaba, tampoco la cámara auxiliar, ni la cámara de vídeo, ni el ordenador. “!Carajo, me robaron!”. Registró la mochila y faltaban sus documentos de identificación. Salió corriendo desesperado a lo largo del pasillo de ronda de la muralla, mirando a todas partes y gritando. “¡Por qué a mí, carajo, no puede ser, malditos templarios! ¡Me la vas a pagar Prevost!”.

Sentado junto al olivo, el pastor vio la nube de polvo que levantaba la camioneta corriendo a mucha velocidad por el camino que torcía hacia el pueblo. Dio gracias a Dios por la calma recobrada e hizo una llamada. Quien contestó con un hola, lo escuchó decir en tono apacible: “Señor, el turista acaba de partir para siempre”. Luego explicó que no estaba muy seguro de lo que iba a decirle, pero mientras vigilaba toda la noche desde su posta, había visto una sombra pasar junto al intruso, quizás era no más un espíritu. “Pero ya el turista no volverá más, lo espantó algo”, recalcó.

Sin embargo, Pascal no pensaba lo mismo. Mientras oprimía el acelerador de la camioneta, juraba una y otra vez que regresaría. “! Coño, los voy a joder!” En el medio periodístico lo conocían por ser un testarudo metiche que no dejaba reportajes a medias. Ahora con más razón estaba resuelto a fastidiar a quien fuera por tal de recuperar lo robado.

Desolado por la pérdida de las cámaras, trató de emborracharse. Sentía que odiaba a Cornatel, a Prevost, a sí mismo. Estuvo el día entero sin salir de la habitación hasta que recibió la llamada del recepcionista para que pasara a recoger un paquete. Cuando de regreso abrió el paquete (una caja sellada con varias vueltas de cinta adhesiva), no lo podía creer: eran sus cámaras y lo demás. Verificó que su inseparable cámara estelar estuviese intacta y la besó. Todavía estupefacto por el hecho de que existieran ladrones tan generosos y excéntricos, leyó la nota pegada en la tapa del portátil: “Perdone las molestias”.

Capítulo 29
¿Qué lugar es este con tanta bruma?

Pocas veces la oficina de asuntos históricos de la CIA permanecía alumbrada hasta la madrugada. El jefe Welles no acostumbraba molestar a ninguno de sus analistas a deshora a menos que existieran razones mayores, órdenes de arriba o asuntos pendientes de alta prioridad. A esta última categoría pertenecían los documentos del agente 29 procedentes de España, cuando ya comenzaba a preocupar su silencio.

—Buen trabajo —dijo el jefe Welles con la vista clavada en decenas de fotos y papeles esparcidos sobre su buró.

A su lado, Cassidy, el consejero senior de la sección, opinó:

—Excelente, ¿cómo se las arreglaría para saquear a un fotógrafo tan espabilado?

—Es mañoso, un genio, un gran pescador de tiburones —destacó Welles.

Las fotos constituían un muestrario de la labor de un fotógrafo llamado Pascal por ganar notoriedad a costa de la muerte ajena. Había cadáveres de personalidades de vida disoluta, policías junto a cuerpos baleados, niños muertos y desfigurados por los castigos infligidos por pedófilos sádicos; de un tanque de basura extraían a la víctima de algún sicópata.

—Este tipo tiene pasión por la morgue, debe ser un necrófilo —dijo Cassidy.

Sin embargo, el perfil de Roger Pascal, un francés avispado que se desenvolvía entre Madrid, Roma y París, no lo comprometía criminalmente, salvo sí cierto involucramiento no probado con el tráfico de órganos humanos, un tufo de voyeur y ser antiglobalista de pedrea. En realidad no pasaba de ser un artista buscafama que trataba de competir con los paparazzi de revistas como Rolling Stones, Hola y Paris Match. Había impactado a los diletantes de París con una exposición sobre la “Fotogenia de la muerte”, saliendo del anonimato. Tenía una página web pagada y desde Facebook y Twitter ofrecía sus servicios descollándose a sí mismo como: “Fotógrafo hacedor de las estrellas caídas, experto en toda clase de desnudos digitales confidenciales…”.

—Este Pascal toma buenas fotos —Welles observaba la imagen de una pareja captada en el éxtasis sexual—. Esto es el testimonio de un cuerno, seguramente para extorsionar. Nuestro amigo sabe ganarse

la vida.

—Esta es la persona que el fotógrafo persigue obsesivamente —dijo Cassidy, mostrando la foto de un hombre alto acompañado de una mujer—. Le toma muchas fotos y sigue cada paso de su vida.

—¿Quién es ese tipo, a qué se dedica?

—Es Ludovico Prevost, un académico de letras, imparte clases en una universidad elitista de Madrid fundada por su padre, pero tiene un blog muy controversial por difundir teorías esotéricas, ateas, liberales y antisistema. Lo acusan de instigar la acracia. Al parecer tiene muchos seguidores por su carisma y poderosos enemigos, le molesta al Vaticano y al *establishment* español.

—No me gustan los profesores liberales, tenemos muchos de ellos en este país. Pero quiero saber por qué le molesta a los curas.

—Vea esto, qué interesante, jefe —dijo el consejero, mostró unas fotos marcadas con letras y fue leyendo las líneas subrayadas en el reporte adjunto de A29:

"El marcado con la X no es un sujeto ordinario. P le toma muchas fotos, lo quiere coger con la mano en la maza. Algunas fotos conectan a X con una víctima de asesinato (B), observe que es la misma mujer fotografiada en una biblioteca (B). Otra persona captada en esa biblioteca (?) extrañamente aparece fotografiada en otros contextos. No son casualidades, sino coincidencias ipso facto (...) Qué raro no ver teutones en la escena…"

Enseguida Cassidy pasó a explicar la asociación de letras:

—La X es el profesor Prevost. P el fotógrafo Pascal. Ya sabemos que Pascal tiene la manía de perseguir a Prevost adonde vaya. B es la bibliotecaria, pero si te fijas, es la misma prostituta asesinada —Cassidy puso dos fotos ante sus ojos y comparó los rostros, luego las pasó a Welles—. Sin duda es la misma persona. Prevost la conoció en la biblioteca de la universidad donde trabaja. En cuanto al signo de interrogación, no sabemos con qué intención sigue a Prevost, trabajamos duro en establecer su identidad.

—A propósito, ¿algo nuevo sobre los trogloditas *skinhead* de Thule? —inquirió el jefe, volviendo a la lectura del informe enviado por el agente 29.

—Hay un katsa(1) israelí tras ellos en Munich. De un momento a otro lo veremos colado en la secta o muerto. Dejan entrar a los espías y luego los desaparecen, aunque este israelí es el mejor de todos.

—Algo interesante los moviliza en Munich, pero ni sombra de ellos en España, según A29 —acotó Welles.

—Correcto, jefe. Son bastante escurridizos.

Welles recogió algunas fotos de su buró y las mostró al consejero.

—Estas imágenes me intrigan, nunca vi tantas palomas juntas,

todas blancas. ¿Qué lugar es este con tanta bruma?

—Es la ruina de Cornatel, un viejo castillo feudal. Sobre las palomas me hice la misma pregunta, es curioso —observó Cassidy.

—Parece que el castillo atrae palomas y terroristas atorrantes, me refiero a esos teutones fanáticos —dijo Welles, mirando las demás fotos.

—Así es. Ya estamos ejecutando su orden, apoyaremos a 29. Estamos investigando hasta las piedras del lugar.

—Sí, controlemos ese sitio con todos los recursos, algo grande va a suceder allí.

Welles siguió mirando con interés las bellas fotos de las almenas del castillo colmadas de palomas. Y lo impresionó un pálido sol desvaneciéndose detrás de una torrecilla.

—Buen trabajo de A29 —murmuró Welles y ordenó “puede marcharse” al analista. Era ya muy tarde.

(1) Espía israelí adiestrado en misiones secretas de alto riesgo.

Capítulo 30
¿Cuándo llega el misionero?

Al final de una calle del pueblo, donde comienza la campiña y un sendero parte desde allí serpenteando entre bosquecillos de castaños hasta alcanzar las grutas de la sierra, está la estatua de una Venus. Así le dicen los turistas a un bien cincelado mármol que conforma una mujer extraordinariamente bella en pose orante, manos unidas sobre el pecho, sentada sobre una banca de piedra.

Nadie sabe quién la esculpió ni quién es. Tal vez sea una virgen o simboliza simplemente a una madre que ora por el regreso del hijo pródigo. Es la versión de los lugareños. Siempre estuvo donde está según la memoria de los viejos. Dos marquillas rehundidas junto a un tobillo hacen pensar en la firma del desconocido creador, que no es el italiano Miguel Angel, como algunos locales quieren hacerle creer a los turistas. En un lado de la base está grabado un minúsculo "te amo" en cursiva, inmediato a un brillante zafiro incrustado que semeja una flor de lis, y del otro lado figura una frase latina inscripta: *Exegi monumentum aere perennius*. Es de las pocas estatuas existentes en Bierzo de Cornatel, la que provoca un arrobo casi místico. Cuantas veces han intentado robarla o vandalizarla, termina recuperada. Tampoco se sabe quién la rescata y restaura antes de restituirla a su sitio. Lo más misterioso es que ningún ladrón haya podido arrancar la gema preciosa del pedestal.

Cerca del lugar, desde una ventana, Marcus ha envejecido observando en cada alba una bandada de palomas blancas revolotear en la estatua. Esta vez no las vio levantar el vuelo al unísono, sino que comenzaron a sobrevolar a una persona que tomaba fotos. Nunca antes las vio tan irascibles cuando el fotógrafo intentó atrapar una.

Pascal escuchó una ruda voz que salió de alguna parte. "Mejor las dejáis en paz, por su bien".

"No son palomas, son demonios", gritó Pascal a la voz, alejándose molesto.

A Marcus lo tenía inquieto que estuvieran arribando a la comarca personas que no eran precisamente turistas. Todas tenían el mismo propósito: el castillo de Cornatel. No sabía quiénes eran más peligrosos, si los expertos en radiestesia buscadores de tesoros, los convocados a rituales de contacto de tercera clase con extraterrestres o los actuales merodeadores que no quitaban el ojo del castillo, como si les tocase esperar por algún suceso para actuar.

Otras veces había padecido incertidumbres similares. Pero en ninguna ocasión tuvo el presentimiento de un peligro real. Se hincó ante la cruz adosada a la pared de su habitación y le preguntó a dios qué hacer, “¿cuándo llega el misionero?”, y dedicó una hora a sus oraciones. Después extrajo un cordón de lino de un joyero y volvió a la ventana, donde sopló un pitorro. Un brioso palomo negro no tardó en llegar posándose en su hombro. Anudó el cordón a una de sus patas y ordenó: “Ve con Dios”. El ave emprendió el vuelo, se volvió un puntito a gran altura y pasó por encima del castillo, desapareciendo en la lejanía.

Capítulo 31
A veces pasan cosas misteriosas

Pascal leyó el actualizado editorial del blog de Ludovico y dijo: “Misterios”. Horas antes analizando unas fotos, había conseguido identificar otro eslabón de una misteriosa concatenación de caras y hechos de lo cual pretendía sacar lascas para su provecho profesional, pero aún desconocía el terreno que pisaba. El profesor Prevost atraía a todos los chiflados del mundo, algo muy peligroso. Uno de esos chiflados podía ser el personaje de la gorra con solapas de la foto, que a todas luces seguía los pasos del profesor.

“Este es el mismo tío de la biblioteca, siempre está donde el profesor”. Puso la lupa sobre la foto: “No me gusta el aspecto de este fantomas”.

Siguió leyendo el texto editado por Prevost sobre los misterios de Cristo y no pudo menos que pensar si Dios realmente existía. A veces quiso saberlo siendo estudiante, cuando un condiscípulo marxista lo retó a que encontrara una sola evidencia divina. Leyó la Biblia, el Corán, a Calvino, Hegel, Lutero, Santo Tomás de Aquino y analectas de filósofos griegos, persas y chinos, a los enciclopedistas franceses, a Marx y Engels y la evidencia que encontró la comunicó al amigo: “Para unos existe, otros lo niegan. La única evidencia es el misterio, la verdad de cada cual”. Le replicaron: “Lumpen gilipollas”.

Mas tarde la vida le mostró la menos providencial de sus caras, una dura brega obrera por subsistir, y desde entonces no pensó seriamente en misterios ni en Dios. Quería ser artista, fotógrafo, no filósofo.

“A veces pasan cosas misteriosas, ciertamente”.

Venirse a Cornatel por el fruto de la vida era una de ellas. “Uno se mete donde no debe”. Pascal se rascó la cabeza. Pensó en la devolución de su cámara fotográfica y las demás pertenencias hurtadas. No existían ladrones misericordiosos. Le habían jaqueado sus cosas buscando alguna pista, pruebas de fechorías, sabe dios qué. Ahora tenían la memoria de su ordenador con muchas evidencias de la falsedad y mojigatería de numerosas vacas sagradas de la vida pública, captadas como comunes bergantes de doble moral. “Incluyéndome a mí, ja ja”.

Miró la foto del esotérico Prevost saliendo de un sitio con una dama. “Esta doña no tiene pinta de puta”. Y pasó a otra foto que tenía algo de lo más raro, una revelación fea quizás, algo que juzgó

maléfico. Prevost y la extranjera en Salamanca. No estaban solos cuando hicieron aquel brindis por los templarios. Una jauría de sombras, con garras de fuego y antifaces de odio, rondaba la taberna. La sombra portando un fusil que apuntaba a Prevost, inexplicablemente, se volvió una sombra derrocada por otra sombra. La cámara fotográfica no mentía.

“A veces pasan cosas misteriosas”.

Capítulo 32
Skinheads

Robin García soñaba que había ganado un torneo de pescar agujas en Las Bahamas, cuando le sobresaltó el ruido de llantas arrollando adoquines. Luego escuchó voces altisonantes en la calle. Solo los turistas malcriados violentaban así la plácida hora de la siesta.

Justo delante del ático que había alquilado frente a la plazuela principal del pueblo, aparcó el enorme todoterreno Hummer gris. Desde lo alto sólo pudo distinguir individuos calvos y tatuados que exhibían macizos relieves musculares bajo camisetas pardas. "Skinheads", murmuró. Bajando al zaguán, asomó el rabillo del ojo por el ventanillo de la puerta y, de inmediato, fluyó la conversación en alemán hasta sus oídos. El que hablaba por un móvil repetía "positivo, todo bajo control". Los demás discutían de fútbol. Para su sorpresa intercalaban frases en español.

"Al fin conozco a los hijos de perra".

Eran tres, y el cuarto llegó al rato protestando en español: "Puta, no hay vacante en esa posada de mierda". Volvieron a ocupar el Hummer y enfilaron hacia el "camino de la virgen". Robin decidió seguirlos. Aunque llevaran ventaja los alcanzaría en un pueblo donde las huellas no se borran. Lo mismo que él hiciera, incontables ojos atisbaban desde los ventanillos y persianas.

Los alemanes vieron que la callejuela terminaba en una efigie femenina que oraba bajo el sol, con algo en la base que brillaba ostensiblemente. "Brillo de zafiro", dijo uno de ellos. Se bajaron del vehículo al lado de la estatua. Al principal no le cupo dudas, el brillo provenía de una piedra preciosa. Deslizó un dedo por la piedrilla, contempló la figura y dijo fingiendo seriedad:

—Me interesa comprar esta obra de arte —Los demás sonrieron.

No había un alma por los alrededores. Un alemán intentó mover la estatua en vano.

—Está clavada, jefe.

—No la rompas, imbécil —gritó el jefe.

Justo en ese momento cayó la lluvia de piedras sobre sus cabezas y con las mismas se volvieron al Hummer, pistola en mano. El retroceso del vehículo fue un bandazo en la esquina de un edificio. Abandonaron el lugar asombrados de no ver agresores. No obstante, les llamó la atención que empezaban a llegar agrupaciones de palomas blancas.

—Busquemos al dueño de la escultura —masculló el jefe.

—Los cabrones la van a pagar —refunfuñó el que había recibido una pedrada, palpándose la frente tumefacta.

—No me gusta esta aldea —opinó un tercero.

Avanzando prevenidamente en un auto rentado, Robin García apenas llegaba a la placita de la estatua cuando la andanada de piedras caía sobre los alemanes. Y al verlos partir, observó la nube de palomas invadiendo el lugar. Caminó despacio hasta la inmediación de la estatua. Conocía el lugar por sus andanzas en el pueblo. Pero esta vez dio la vuelta al monumento mirando las fachadas del entorno, interesado en descubrir la trayectoria de los proyectiles. Fue descartando las casas cuya ubicación dificultaba arrojar piedras con ángulos tan verticales. Finalmente fijó sus ojos en la que estaba más apartada. “Desde allí arrojaron las piedras, desde un patio alto”.

Marcus ya conocía al turista de la gorra de otras visitas a la estatua. No le quitó la vista de encima hasta que sus ojos se encontraron. El turista observaba detenidamente en dirección a su casa. Extrañamente las palomas seguían posadas tranquilas. ¿Acaso aceptaban al forastero? Volvió a mirar hacia la estatua, ya el turista no estaba.

Robin García volvió al auto pensando en los hechos. Alemanes, la estatua, el bombardeo de piedras, el fotógrafo, un castillo encantado, cantidades de palomas blancas rondando donde no se les llama. Sin dudas la trama de la película se empezaba a complicar. No podía investigar nada ni adelantarse a los acontecimientos, por orden del jefe. Manejó hacia las afueras del poblado visitando las quintas y pensiones rurales que ofrecían hospedaje a los turistas. No eran muchas. Recorrió los contados pueblos tramontanos desperdigados por los vallecitos de la comarca. Le dio un aventón a una pareja de turistas daneses que hablaron muy mal de unos brutos alemanes que por un pelo no les echaron la camioneta encima. Dejó a los turistas en una parada del bus, pero no encontró traza de los alemanes en el recorrido.

Conducía de regreso al pueblo cuando vio el revuelo de palomas a lo lejos. Escuchó un estampido. Tomando un atajo, llegó al pie de un promontorio, lo escaló y desde la cima vio la torre mayor de Cornatel a unos trescientos metros. Los alemanes paseaban por las ruinas asediados por una nube de palomas.

Localizó el Hummer a la entrada del camino al castillo, metido entre los arbustos. Pero no podía intentar una zapa. Lo podían sorprender y no tenía orden de hacerlo. Para su asombro, en una oquedad de otra colina, divisó al pastor de ovejas mirando con anteojos hacia las ruinas. No había mucho que hacer sino seguir vigilando las maniobras de los alemanes, a través de los claros de la

niebla. Solo los veía tomar fotos y hacer bajadas al Hummer donde se aprovisionaban de cosas. “Están haciendo una radiografía del lugar”, se dijo Robin.

El pastor de ovejas dejó por un momento los anteojos para llamar por el móvil. Debía informar de la nueva situación: nuevos visitantes, con pinta de saqueadores, tenían tomado el castillo, y marcó la llamada. No escuchó la agitación de las ovejas ni el desprendimiento de piedrecillas en la escarpa. Ni siquiera tuvo tiempo de exclamar cuando un salvaje puñetazo se estrelló en su mentón.

Robin vio al fornido alemán que cargaba como una pluma al pastor de ovejas, conduciéndolo al castillo. Al anochecer, apenas podía ver lo que pasaba tras el velo de brumas. Los alemanes se convirtieron en sombras andantes y haces de linterna. Solo más tarde al verlos partir, ingresó al castillo alumbrándose con su mini linterna.

“¿Qué hicieron con el pastor de ovejas?”.

Después de una acuciosa búsqueda, no encontró una sola evidencia de que unos alemanes fanáticos hubiesen saqueado el lugar y asesinado a un pobre pastor de ovejas. Recorrió la ronda de la muralla y bajó por una escalerilla hasta el patio de armas. Iba a cruzar el umbral de la entrada cuando iluminó una cosa en un corredor: el cuerpecillo muerto de una paloma blanca, con la cabecilla deshecha, sus alas arrancadas y los ojos quemados.

Robin García maldijo al matón capaz de hacer algo así. De pronto sintió algo moviéndose a su espalda y dirigió el haz de luz. Estaba rodeado de centenares de silenciosas palomas blancas. No pensó que estuvieran reunidas en masa para rendir postrera despedida a un muerto, como en la costumbre funeral humana. Pero allí estaban, alrededor de la heroína, sumidas en un silencio solemne que a Robin le pareció un inusitado, por no decir innatural y hermoso homenaje. Salió del castillo con una idea fija: “Tengo que ver en dónde se metieron esos salvajes”.

Capítulo 33
La bella que vino del Este

Alois von Hutte había pensado que podía ser Dios gracias a la tecnología. Desde un monitor personal, interconectado a infinidad de sofisticadas cámaras, tenía la capacidad de controlarlo todo, tanto la intimidad como la vida pública de la membresía sectaria y de los amigos y socios en el mundo de los negocios. También incluía a políticos, mafiosos, celebridades y religiosos. Nadie escapaba a la omnipresencia de Thule. Llegado el momento, con las armas provistas por dios mismo, tendría lugar el advenimiento del definitivo Reich, un reinado de arios puros y justos que duraría toda la eternidad.

Una de esas cámaras, manejada por controladores, registró la llegada de la rusa al negocio de autos del "ahijado" Gunther y rápidamente pasaron al Gran Maestro la primicia. Monopolizaba las imágenes con solo dar una orden de voz. Dos asiáticas le aplicaban un masaje en los hombros cuando entró la imagen. Les ordenó retirarse y no tardó en sentir excitación al ver que la rusa deseaba ser penetrada sobre el buró de la oficina.

Gunther, sin embargo, sabía que lo estaban observando y frustró la gran fiesta de los sentidos que empezaba a desfogar al Gran Maestro.

"No, aquí no", dijo Gunther, mirando hacia la cámara.

"¿Qué haces, cretino?", tronó Von Hutte disgustado y por teléfono ordenó a su ahijado a compartir una gran cena esa misma noche "por el regreso de tu rusa pródiga". De paso grabó las imágenes de la pareja cuando salían deprisa en busca del mercedes, solo por el placer de ver a la mujer contonearse al caminar. Tenía vídeos de lo que hacían en la cama muchos de sus conocidos, pero ninguno provocaba tal estado de lascivia como las escenas de la rusa cuando armada de látigo, guantes y juguetes sexuales enloquecía a su estúpido novio impotente.

Pasó trozos de la última escena que les grabara en un gimnasio antes de que la rusa desapareciera y llamó a las dos masajistas. Al entrar Von Hutte estaba de pie, drogado y desnudo, empuñando la espada de Príamo, como él llamaba a un garrote fálico usado en ritos de fertilidad en Nueva Guinea, y comprendieron lo que les pasaría. Las persiguió por el salón de masajes y las golpeó. Una de las mujeres le mordió el cuello al ver a la otra arrumbada por un garrotazo. A esta la dejó que mordiera mientras sentía el sublime fervor del orgasmo. Cayó

al piso jadeante mientras la chica aprovechaba para escapar.

Después de manejar dos horas hasta el palacio de su “jefe supremo”, Gunther se sorprendió con la bienvenida. Nada de protocolo prusiano. El Gran Maestro en persona, vestido de negro y sonriente, les esperaba junto al alfeñique de su mayordomo, en el umbral de la majestuosa entrada neoclásica. No parecía un todopoderoso, sino un padrino bueno. Besó la mano de la rusa: “A tus pies, bella princesa”, y ella agradeció el ramo de flores y la invitación a cenar. Gunther permanecía hierático como un soldado de piedra.

El mayordomo pidió que lo siguieran, llevándolos hasta el inmenso salón de veladas. Von Hutte tomó del brazo a Gunther y lo condujo aparte donde iniciaron una animada charla. Ludmila buscó un asiento junto a una ventana y prendió un cigarrillo. El mayordomo cada vez que pasaba decía: “Estamos a su servicio, princesa, por si se le ofrece algo”.

Ella sonrió por tan exagerado galanteo, se levantó nerviosa y buscó otra butaca donde se acomodó, cruzando las piernas. “¿Cuándo llegan los invitados?”, preguntó al mayordomo, que solo dijo: “Esta es una gran noche, princesa”. Desde ese momento se le ocurrió que ser princesa o fingir serlo no tenía nada de malo. Solo debía tratar de ganar tiempo y seguir los consejos de su amigo Tadeo, a quien seguro no le había resultado fácil seguirlos tan lejos de la ciudad.

Vio que el mayordomo regresaba con Gunther y preguntó:

—¿Cuándo llegan los invitados?

—El Señor quiere que nos quedemos en su palacio, qué honor —dijo Gunther.

—Tenemos mucho que hacer, mi lindo querido, no podemos —objetó ella.

Gunther tosió duro para indicar al mayordomo que necesitaba privacidad. Lo vio alejarse y dijo:

—De esta noche depende nuestro futuro, belleza.

—Es que quiero estar contigo, solitos.

Gunther le puso un dedo sobre los labios.

—No se te ocurra pasarte de rosca aquí.

Von Hutte entró al salón invitando a tomar asiento y saborear la cena. Habló de todo, especialmente de cine. Estaba pensando en financiar un filme sobre la vida de los inmigrantes en Alemania, “algo que debe ser tomado en cuenta”. Habló de inmigrantes africanos, islámicos, chinos, latinos, afirmando que todos tenían derecho a una nueva Alemania sin importar los colores de la piel ni las creencias subdesarrolladas. Y miró a Ludmila:

—Usted podría ser la protagonista de esa película, madame. Usted representa la belleza perfecta de la mujer inmigrante.

Ludmila no esperaba la oferta. Saltó en el asiento.

—Eh, no soy actriz, señor.

La rusa recordó el sermón de la vez anterior cuando el chiflado terminó la cena abogando por una religión o matriarcado de una estética tutelada por bellas mujeres sacerdotisas asistidas por zánganos alemanes bien dotados.

—Me parece excelente idea —intervino Gunther.

—Naturalmente, princesa, será una grandiosa película a tu imagen y semejanza —dijo Von Hutte, levantando una copa—. Brindemos por "La bella que vino del Este".

—Genial título, señor —aduló Gunther. Y el mayordomo aplaudió esbozando una risita. Los sirvientes se hacían los sordos.

Ludmila no sabía qué decir. No pensaba igual que su necio amante. Quien intentaba sonsacarla con fantasías, en realidad odiaba a los inmigrantes. Una cosa decía en público, otra en privado. Una dosis de cocaína bastaba para que dijera: "Malditos cerdos inmigrantes". En realidad odiaba a la especie humana. Cómo creerle después de conocerlo como era realmente: un farsante obseso, un Calígula que quería crucificarla para compensarse sexualmente.

—Me suena bien el título —dijo ella, fingiendo interés.

—Brindemos por nuestra bella actriz —exclamó Von Hutte.

Chocaron las copas y un eufórico Von Hutte siguió hablando del proyecto, convencido de que la "rusa pródiga" terminaría en sus brazos. Sería convertida en la primera princesa teutónica de la nueva era Thule.

Afuera seguía bajando la temperatura, con espesa bruma. Anastasios había podido mantener el seguimiento hasta que surgió el espectro palaciego envuelto por nieblas frías, tras un tupido bosque de hayas y abetos. El mercedes desapareció en una curva. Pero ya era suficiente. Apagó las luces del coche y no avanzó más. Seguramente decenas de hombres armados estarían patrullando en la cercanía. Finalmente sabía dónde estaba la guarida del lobo: coordenadas, defensas, accesos. Regresó a la ciudad pensando en cuál sería el mejor plan para salvar a la caperucita rusa de las garras del lobo endemoniado.

Capítulo 34
Conozco esos fantasmas

—Aquí he estado —dijo Ludovico al volante del coche, señalando el paisaje verde y montuoso de los alrededores. Katherina que dormía, abrió los ojos, miró por la ventanilla y exclamó: “Me gustan los lugares así”.

La carretera ondulaba entre cerros y valles cubiertos de un despejado azul mañanero. Habían llegado a la comarca castellano-leonesa del Bierzo. El clima es fresco y amable, los lugareños no son hablantines y la historia es de las más rancias de España. Por doquier quedan vestigios de los originales pueblos ibéricos y de los invasores romanos y sarracenos. El camino de Santiago, la ruta de la fe devocional de los peregrinos cristianos en la Edad Media, cruza las tierras septentrionales. Más al interior van apareciendo singulares pueblitos montañeses diseminados por las sinuosidades del territorio, rodeados de extensos cultivos.

Hacia uno de esos pueblitos se dirigían, marcado en el mapa con el nombre de Bierzo de Cornatel.

—Sí, aquí he estado —repitió Ludovico mirando hacia unos barrancos en donde pastaban agrupaciones de ovejas.

—Qué lugar de España no conoces, querido profesor —admitió Katherina.

—Aquí estuve, pero no siendo adulto —rectificó Ludovico, apuntando con la mano hacia unas bocas de cueva en el farallón de un cerro.

Katherina iba señalando puntos en un mapa de recorridos turísticos. “Por aquí hubo batallas entre cruzados cristianos y musulmanes... Pasaremos por una zona de cavernas con arte rupestre… En este sitio se enfrentaron en combate franquistas y republicanos... Oh, en este punto encontraremos las ruinas de un depauperado castillo feudal...” Finalmente, observó:

—Estamos a una hora de Cornatel, más o menos.

Abrió el portátil y encontró una página dedicada al sitio que visitarían.

—¿Quieres que refresque tus conocimientos sobre Cornatel?

—No, amiga, tengo muy presente esa historia. Mis alumnos me la recuerdan cada día.

Pero Katherina no le hizo caso y comenzó a leer en voz alta:

“Del castillo, erigido en el siglo XIII, solo quedan despojos. Fue

un bastión de los templarios. Parece que los vándalos han sacado los tesoros a saco, porque queda poco por ver, salvo algunas murallas y una torre. Antes la gente temía visitar las ruinas porque se contaban leyendas terríficas pero hoy día algunos utilizan sin temor los subterráneos para hacer el amor tántrico...”

Detuvo la lectura, buscando información más seria. Encontró otro artículo y reanudó la lectura:

“El castillo no es sólo un monumento agradable, sino también un receptáculo de tesoros por descubrir. Lo que cuentan los viejos es cierto: allí hay oro y huesos humanos enterrados y los fantasmas templarios cuidan el lugar. Unos arqueólogos ilegales fueron atacados incluso por templarios actuales, vivos, y desde entonces los saqueadores lo piensan bien antes de planear fechorías en el sitio. Los fantasmas de una mujer y un niño que andan juntos tomados de la mano han sido vistos muchas veces. Unos místicos que celebraban un culto oscurantista fueron visitados por hombres vestidos de blanco que blandiendo espadas los desalojaron del lugar. Alguien también vio hombres desnudos adorando una cruz...”

Ludovico detuvo el coche bruscamente.

—¿Quién escribió ese artículo?

—Pues, un párroco del pueblo Priaranza del Bierzo, llamado Teófilo, pero hace medio siglo. Está transcrito en una página de la asociación local de historiadores.

—Es como él dice, conozco esos fantasmas —expresó Ludovico, asomándose a la página web.

Katherina tomó nota de la página, consciente de que Ludovico había hablado de ciertos sueños con referencias similares. La alusión a templarios vivos también la puso reflexiva. Notó a su amigo intranquilo, y dijo:

—Creo que nos acercamos a la verdad, lleguemos pronto a ese castillo.

Ludovico examinó el mapa y guió el carro hasta un hito de la carretera donde giró tomando por un camino de tierra que los adentró en un valle, con un pueblo asentado al fondo. “Allí está el Bierzo de Cornatel”, dijo.

Llegaron al pueblo de noche. Encontraron habitación en un antiguo hostal gracias a que unos turistas suizos acababan de marcharse. De nuevo una sola habitación que debían compartir civilizadamente. A ella le daba lo mismo, mientras fueran dos camas bien separadas, “por si acaso, el diablo son las cosas”. Ella siempre jocosa, sin rubor. El encantado, pero no podía evitar el sonrojo. Además, no había tiempo para buscar un parador cinco estrellas. Al día siguiente debía comenzar, sin tardanza, la anhelada jornada de conocer el castillo. Después de acomodar los equipajes, Katherine

entró al baño y Ludovico abrió una ventana con vista a una plazuela desde un segundo piso y se alegró de la buena ubicación. Los pueblos y caseríos de la comarca todos eran lindos y apacibles. Varias personas paseaban por la acera, charlando en francés. Otra persona salió del hotelito de enfrente y se dirigió a una cafetería. Esa persona le era conocida, claro. No podía ser otro.

—¿Qué hace ese periodista impertinente por aquí? —rezongó y cerró la ventana. Ya la amiga se duchaba. Entretanto, se recostó en la cama y fue durmiéndose.

En la cafetería, Pascal compró una cerveza y al cruzar la calle se quedó mirando un coche aparcado a pocos metros. Se acercó para estar seguro y exclamó: “Bingo, al fin llegó quien faltaba” y corrió al hostal. El recepcionista le confirmó que estaba recién hospedada una pareja, turistas que venían de Madrid. Pascal respiró hondo y se dijo: “Veremos ahora qué pasa, profesor”.

También Robin García, desde su observatorio en el cercano ático, vio pasar a Pascal encaminándose a la cafetería. Luego lo vio merodear cerca de un auto y correr al hostal.

“Extraño tipo, no lo puedo perder de vista”.

Capítulo 35
Monstrum horrendum

La edad no perdona incluso a los más excelsos siervos de la iglesia católica apostólica romana. Excepto el vicario del santísimo con sitial a perpetuidad, los clérigos de alto rango, cardenales, monseñores, nuncios y prelados, así como ciertos personeros privilegiados, pasan a retiro cuando menos lo esperan. Es una jubilación indeclinable y placentera que relega a los más viejos para aupar al nuevo estrellato pontificio, convirtiendo a los desplazados en sombras enclaustradas dedicadas a languidecer en oración en los refectorios y jardines de algún un asilo.

El padre Angelus era considerado un genio de la paleografía medieval como transcriptor de documentos selectos del archivo Vaticano hasta que recibió la noticia de que le iban a dar de baja por estar en edad de retiro. Ante el secretario especial del *Ufficio del Lavoro*, que lo llamó a su despacho para felicitarlo por "aportar luz humana en la oscura randa de las sagradas escrituras de antaño", quedó estupefacto. Por norma, debía acatar en silencio, pero no lo hizo. Se irguió, replicante:

—Su señoría, ¿de qué luz habla? Solo he tratado de buscar la luz divina en donde los escribas humanos lo torcieron todo y me queda mucho trabajo por delante guiado por dios.

—Comprendido, padre Angelus, la ciencia teológica se ocupará de seguir vuestros sabios pasos —dijo el secretario fríamente y le entregó la carta de cese de funciones.

El padre Angelus, conturbado, abandonó el despacho pensando en la liviandad de la materia y en los síntomas decadentes de una curia contaminada por la egolatría y el oportunismo. Procedían como burócratas sedientos de complacer nóminas de favoritismo, dadores de sinecuras. Con gente así no existiría la Cúpula de San Pedro del Vaticano, que diseñó Miguel Angel a los setenta y dos años, ni el maravilloso fresco del Juicio Final en la Capilla Sixtina, pintado cuando era más viejo, porque estos funcionarios vergonzantes habrían echado al artista a causa de la edad.

Había pasado un año desde entonces. Como el resto de la comunidad jubilada, el padre Angelus vivía en una celda monacal, oraba, regaba la huerta, leía la biblia, asistía a la eucaristía y confraternizaba en el claustro con los hermanos. Tenía en mente escribir sus memorias, pero le preocupaba revelar cosas polémicas que

fueran mal interpretadas. Cómo decirle al mundo que la iglesia estaba petrificada en ciertos enunciados sin relación con la exégesis original. Los escribas más bien habían aportado un juego de versiones superficiales, acomodaticias y venáticas. De todos modos, tampoco hacerlo era su misión en la historia.

Las iluminaciones retroactivas, las malas noticias que le informaban sus contactos y la espera por una señal divina eran preocupaciones más serias. Hacía mucho no llegaban noticias de los amigos de otros tiempos. Oró por ellos recordando la última vez que se encontrasen todos debido a un extraño suceso con un cura clarividente que había denunciado la infiltración illuminati en el *palazzio del Sant'Offizio* y la existencia de tesoros cátaros en las abadías españolas. ¡Qué tiempos aquellos!

Sentado en un banco junto a un rosal, colocó el crucifijo entre las páginas de la biblia y añoró los tiempos de la juventud. Cerró los ojos, como le gustaba hacer cuando se transportaba al pasado. Fue cuando escuchó el gorjeo. El palomo negro estaba posado en el brazo de una estatua. Luego voló a los pies del sacerdote. Se dejó tomar en las manos y acariciar. El sacerdote descubrió que tenía algo atado en una pata y desató el cordón, impactado. "Dios, los hermanos me llaman".

El padre Angelus, sin el hábito, salió despacioso del asilo colindante al Vaticano, compró un ordenador portátil y un teléfono móvil en una tienda cercana a la Via della Conziliazione, recogió cartas en un apartado postal, hizo varias llamadas desde teléfonos públicos, una de ellas a Cornatel, y luego tomó un taxi que lo llevó a Nettuno, en la costa romana, donde tenía un chalet de dos plantas con vistas al mar, aunque otra persona fungía como propietario. Instaló el ordenador y digitó e-mails a varios destinatarios. Cuando obtuvo respuestas en su cuenta Yahoo, llamó por el móvil. Las personas, antes de contestar, escucharon la frase: "Hola, Santiago, llegó la paloma del alba".

Días después, en la noche, cuatro hombres llegaron al chalet, justo a la misma hora, y abrazaron al hermano Angelus, convertido en un anfitrión que vestía deportivamente de blanco y mostraba una sonrisa rejuvenecida. Estos hombres, de entre 60 y 70 años, aparentaban menos edad a pesar de los cabellos canos y las barbas. Pasaron al segundo piso y en una amplia estancia techada con cristal tomaron asiento, en butacas, uno se sentó sobre una mesa, otro en el piso, dejando un espacio despejado en el centro. En lo alto, en el cielo que dejaba ver la bóveda, rutilaban pocas estrellas.

Como en cualquier reunión de amigos, comenzaron a recordar tribulaciones y travesuras de cuando eran unos chavales atrevidos y enamoradizos. Rieron, hablaron de los espectaculares avances de la

ciencia y de la mediocridad imperante en el modus vivendi de las culturas egotistas de Occidente.

El golpe en la puerta, abajo, los silenció. Otro hermano, como estaba reglado, llegaba una hora más tarde por razones de seguridad. Alguien tendría que quedar a salvo en caso de una encerrona. Angelus corrió a abrirle y los demás salieron al encuentro con abrazos. Después de muchos años, seis de los nueve maestres supremos se reencontraban.

Angelus, de pie, pidió una reverencia y silencio por dos amados fratres ausentes: Simón Luna, desaparecido, y William Prevost, fallecido aparentemente por causa natural. Los presentes, erguidos, inclinaron las cabezas, se llevaron la mano abierta al corazón y el luctuoso silencio duró hasta que sonó la grave voz de Angelus.

—Hermanos, nunca antes nos juntó un motivo tan terrible. Puedo asegurar que nuestra orden está en peligro. Lo más grave es que los enemigos están a punto de asaltar y mancillar la morada de dios. Los sacrílegos amenazan nuestra existencia.

Pasó a enumerar sucesos y protagonistas del germinar de la fatalidad, lo que sus leales informantes denominaban *monstrum horrendum*. Espías americanos y sionistas, una siniestra secta alemana propensa a lo horrendo, la maquinación en el Vaticano, la poderosa alianza de los templarios negros franceses, siniestros personajes obrando por su cuenta. Detalló lo que pretendía cada uno de los "malignos susodichos" y lo mucho logrado por los enemigos en poco tiempo. Había comenzado el asedio del castillo de Dios y para mayor calamidad, el "sustituto" propuesto para Gran Maestre no parecía ser la persona apropiada para enfrentar a los complotados.

—El guardián Marcus nos ha pedido ayuda —enfatizó, mirando a cada uno y mostró el cordón.

La discusión duró horas. Para los fratres resultaba abrumador el hecho de tener que enfrentar a una red tan numerosa de confabulados. Ninguna solución significaba la certidumbre de que pudieran vencer, ni siquiera disuadir a quienes poseían un poder tan manifiesto y organizado. ¿Sería cierto que la secta Thule había conseguido una mini bomba atómica, de las denominadas *dirty bomb*, en el mercado negro de armas de los rusos? ¿Qué grado de participación tenía el gobierno norteamericano en los eventos? Un frater sugirió una idea: "El gobierno de España debería enterarse de esto, démosle la información pertinente", pero le replicaron: "No digas fatuidades, España no es ciega, solo esconde los naipes". Otro expuso una iniciativa: "Busquemos ayuda fuera de nuestra orden, tenemos aliados". Una voz refutó: "No, si nos abrimos perecemos". Angelus alzó la mano y propuso "orar por la intervención divina, obrar con entendimiento" y apelar a todas las alternativas a la vez. Dos

templarios se ofrecieron para acudir al llamado del hermano Marcus, en los próximos días. Los demás acordaron hacer lo mismo en fechas posteriores y activar todas las fuentes de información y apoyo.

A medianoche, los hermanos encendieron velas y de rodillas alrededor del espacio despejado murmuraron en latín plegarias de salvaguarda a la providencia divina. El hermano Angelus pasó al interior del espacio y trazó un círculo rojo, colocando dentro una cruz de madera acostada. Todos dirigieron la mirada al techo de cristal, como si desde allí los ojos de dios estuvieran observando, y oraron a coro. Ahora solo se veía un cielo nubloso.

La voz de Angelus subió de tono:

—Señor, nosotros los pobres y buenos caballeros del templo de Salomón, Frater Templarius, inmortales por tu santa gracia, invocamos tu intervención.

—Amén —resonaron las demás voces.

—Te invocamos, Señor. ¿Dónde está el camino? —clamó Angelus, alzando el cordón y un crucifijo.

En ese momento, ocurrió el milagro. El ruido provenía de una ventana abierta. Lo que vieron fue una paloma blanca posada en el alféizar. Luego llegaron otras que volaron al interior del salón. Angelus reconoció el palomo negro mensajero. También sintieron ruido en el techo de cristal y miraron a lo alto. Había aparecido la luna llena en un cielo limpio y estrellado y un enjambre de palomas sobrevolaba el techo. Paralizados por la emoción, los fratres dieron gracias a dios.

Angelus caminó hasta la ventana y miró al exterior donde decenas de palomas blancas volaban haciendo piruetas, como si trazaran cruces en el aire. Parecía un sueño. Más tarde, los hermanos reunidos tomaron un trascendental acuerdo: ofrendarse, iniciar una nueva cruzada. Ataron el cordón a la pata del palomo negro para enviarlo de vuelta. “Ve con Dios”, dijo Angelus y el palomo remontó vuelo rumbo a la brillante luna llena seguido por el enjambre de palomas blancas.

Capítulo 36
¿Otra teoría de conspiraciones?

El prelado portugués Solanos no lo pensó más. Saludó a los guardias suizos y entró a la lujosa estancia donde el Santo Padre solía quedarse a solas, a media luz de cirios. Solo él gozaba del privilegio de abordarlo cuando quisiera y de tratarlo de tú a tú, no por el hecho de detentar el cargo de consejero personal sino porque ambos eran amigos desde los tiempos universitarios en Roma. Los unía una mutua confesionalidad en asuntos de teología e historia, e incluso triviales. Solanos además se encargaba de escribir los discursos de estado del Papa.

—Su Santidad, ¿me concede unos minutos? —dijo Solanos suavemente en alemán, acercándose al anciano que estaba leyendo el borrador de una encíclica.

—Enhorabuena, Solanos —saludó el Papa—. He estado pensando en vuestras ideas acerca de la modernización de la iglesia.

—Su Santidad, tengo algo importante que comunicarle —dijo Solanos, besando la mano del pontífice.

—¿Otra teoría de conspiraciones? —dijo el Papa, sonriendo.

Solanos, desconfiado por naturaleza, creía que los conspiradores siempre estaban escuchando, por eso prefirió musitar a los oídos del Papa.

—Unos llamados templarios cátaros han iniciado una cruzada criminal contra vuestra persona, Santo Padre, espero lo tome en serio.

El Papa "ilustrado", como le llamaban, no había previsto que le hablaran de su tema favorito. Una repentina lividez emotiva ocultó sus facciones sonrosadas. Miró a Solanos con perplejidad. "Qué más", le dijo en portugués.

—Le traigo una grabación.

Solanos miró en derredor y colocó la pequeña grabadora en una mesita junto al Papa.

El audio defectuoso apenas permitía captar las palabras, pero los juramentos rituales de los templarios surgían con una claridad tremebunda. Un líder con voz tronante clamaba en francés por justicia, pedía sacrificio y sangre y aseguraba que la Roma demoníaca caería bajo el peso de la venganza acumulada por siglos. "!Jacques de Molay vive!", gritó el líder enardeciendo a una turba de militantes que repetían la sentencia: "!Muera el Papa, mueran los inquisidores, mueran los impostores!".

—Por Dios, ¿quiénes son esos locos? —dijo el Papa, después de escuchar por segunda vez la grabación.

Solanos apagó la grabadora. Ya que el Papa conocía al dedillo todo lo referente a los juicios contra las herejías templarias de antaño, fue a lo significativo.

—Son los vindicadores de la muerte de Jacques de Molay, el último gran maestre templario que murió en la hoguera, en 1314. Se toman muy en serio la descendencia de los templarios ejecutados en aquella época, como una trasmisión del linaje a través de medios divinos. Aseguran tener pruebas científicas del ADN que los emparenta a pesar de los siglos transcurridos. Esta secta al parecer la fundó el padre del actual líder, era un médium que predicaba tener conexiones telepáticas con Dios, muerto en circunstancias macabras. Le cortaron la cabeza. El hijo le echa la culpa a Roma de los males del mundo y ha jurado vengar a sus ancestros. Ha ganado millones con una marca de vino santificado que genera longevidad. Entrena a su hijo para que asuma lo que llama "el futuro Principado Templario del Lanquedoc".

Solanos calló al ver al Papa cerrar los ojos. Era una manía. Lo hacía para orar en sus adentros por la salvación de las almas descarriadas. Cuando los abrió, preguntó:

—¿Y hay pruebas de alguna intención criminal concreta o son sólo consignas? El mundo está lleno de sátrapas y dementes que quieren destruir a Roma.

Solanos titubeó. Realmente no existían pruebas de inteligencia sólidas. Pero...

—No hay evidencias definitivas. No sabemos si hay un Chacal por ahí esperando por usted, Su Santidad. Pero sería sensato posponer la visita a Francia. Allí lo está esperando esta clase de gente.

El Papa volvió a cerrar los ojos y Solanos consideró oportuno dejarlo solo. Lo conocía bien. No quería oír más sobre el tema. Salió de la estancia en silencio y llamó por su móvil: "Necesito más información, pruebas, controlen a esos locos como sea".

Capítulo 37
Ahora es distinto, estamos ante un misterio

Welles trataba de analizar lo que ocurría. “El gobierno de Estados Unidos no interviene en asuntos baladíes en otros países al menos que sean concernientes a la seguridad nacional o mundial”.

Hacía días al jefe Welles se le veía intranquilo, reflexivo como nunca, dando caminatas por las oficinas y pasillos de la sección que dirigía. Asuntos Históricos cobraba importancia cuando llamaban de la Oficina Oval o de la Agencia de Seguridad Nacional. De esta última habían telefoneado a Welles para una entrevista con un emisario del alto mando.

“¿Qué diablos pasa ahora?”

Preguntó al analista informático si había noticias del agente 29. Le dijeron: “nada”. El mismo analista lo puso al día acerca de la situación española, el terrorismo vasco, el creciente paro de desempleo, el narcotráfico, las vicisitudes del rey y la llegada de más inmigrantes procedentes del Magreb africano. Ciertas informaciones notificaban una inusual movilización en los cuerpos secretos de la Guardia Civil.

—Seguro por los etarras —dijo Welles.

—No, jefe, la fuente menciona la detección de frecuencias celulares crípticas procedentes de adentro del territorio español hacia el exterior. El destino de las llamadas es una base de la secta alemana que estamos monitoreando, ¿le parece interesante?

—Desde luego, parece que estos alemanes no conocen la cornada del toro español —bromeó Welles y pensó en las agallas del agente García—. Gracias, Jason.

—Espere, tengo más. Al parecer la actividad de una organización “fichada” francesa rebasó la frontera y se andan por España, qué raro, ¿verdad? —El analista señaló los datos en la pantalla de un ordenador—. Dice aquí que son seudonacionalistas templarios y potencialmente aliados de la ETA. La policía francesa ha informado a España.

—¿Templarios?

—Sí, templarios, así se les llamaba a los...

—Gracias, lumbrera, sé quienes son ellos. También hay un sanguinario cártel mexicano que se llama así. ¿Alguna otra carta bajo la manga?

El analista, cariacontecido porque le habían pasmado una

disertación, digitó en el ordenador sin contestar.

—Sí, hay algo más. La Guardia Suiza ha reforzado la seguridad en el Vaticano. Muy extraño. Hay una comunicación cifrada desde el Vaticano a un receptor no identificado en España.

—Buen trabajo, Jason, gracias.

—Espere, jefe. Falta —Jason exhibió una sonrisita—. Un vaticanista dado por desaparecido, un tal Monet, fue encontrado muerto. Al parecer temía que lo asesinaran porque envió una carta a los periódicos italianos culpando al Opus Dei por sus desgracias. En la carta habla de masones templarios que roban documentos altamente secretos en los archivos de la Santa Sede. Por lo visto hay bastante efervescencia en el mundo de las sectas, ¿qué le parece?

Pero Welles ya no estaba para responder, si no iba a llegar tarde a la reunión. Corrió por los pasillos de la Agencia buscando la sala de conferencia donde lo esperaban. Llegó sofocado, un minuto tarde.

El general de tres estrellas Morgan presentó a la elegante persona enfundada en traje oscuro que tenía sentada al lado: "Mister Donovan, de la Agencia de Seguridad Nacional". Y en la otra esquina de la mesa, Welles reconoció a su peor enemigo: Emily David, la bonita pero entrometida enlace de *Homeland Security*.

Donovan tomó la palabra:

—Señor Welles, hemos aprobado vuestra solicitud de apoyar una misión en España con uso de satélites. Solo hay un problema, no hay modo de obtener una imagen nítida de ese sitio llamado Cornatel, siempre permanece tapado por la niebla. Allí los seres humanos son indiscernibles a cierta distancia.

—¿Tapado? —dijo Welles, confundido.

—Correcto. Digamos, una sombrilla nubosa lo cubre día y noche, cada día, incluso en condiciones metereológicas óptimas, con cielo despejado —aclaró Donovan, pasándole unas fotos y un demo en vídeo.

—¿No le parece un sitio extraño, jefe Welles? —intervino Emily —. Allí la telefonía no funciona bien, las interferencias que emite esa roca son perturbadoras.

—Háblenos de ese lugar, Welles —propuso el general Morgan.

—Ustedes seguro tienen más información que yo, general —arguyó Welles—. En realidad desconozco la geología española. Podría ser un efecto invernadero. No sé por qué pasan esas cosas.

Welles no continuó. Hubiera sido estúpido decirles que según la leyenda, allí habitaba dios y un pelotón de angelotes pelagatos.

—Así y todo, apoyaremos la misión, es importante para la seguridad nacional —declaró Donovan—. Por supuesto, trataremos de hacerlo solos. España está enterada pero nos adelantaremos.

—Me preocupa la situación del agente 29, ha pedido soporte —alertó Welles.

—El agente 29 no está solo, se lo aseguro —afirmó Emily.

—Welles, ordene más acción al agente 29, queremos saber qué cosa es aquello —requirió Donovan.

—Es un castillo, señor Donovan, sólo eso, un simple castillo —dijo Welles con aplomo.

Donovan lo miró con una leve expresión reprobatoria.

—Usted sabe bien que aquello no es solo un simple castillo, por eso nos interesa.

Todos se despidieron. Welles, de vuelta a su oficina, buscó al analista Jason y le pidió un favor encarecido: necesitaba un reporte urgente del emplazamiento de Cornatel, geología, clima, un historial de vistas de los satélites de defensa y de Goggle Earth, todo.

El analista tan solo demoró una hora en poner el informe en el buró de un Welles que lo miró impresionado. “Eres un genio, Jason”. Y se puso a observar las fotos. El castillo aparecía perfectamente trazado sobre el cerro, no había nubes. Todo nítido, preciso, fiel. Leyó el informe: “El castillo se asienta en una plataforma caliza cribada por oquedades propias de la geología típica de la región...”.

Metió el informe en un sobre, sellándolo y lo envió a Donovan. Imaginó la cara del tipo. Ja. O su satélite adolecía de alguna anomalía técnica o dios simplemente se negaba a que metieran las narices en su propiedad.

Al día siguiente, Welles fue llevado expedito en helicóptero al centro principal de la NSA (2), en Fort Meade, Maryland, en donde Donovan le presentó al equipo de científicos encargados de operaciones satelitales altamente secretas. Inmensos paneles de control y monitores planos de percepción computarizada de imágenes cubrían las paredes de una cabina de mando. Donovan pidió a un operador captar una vista cercana del castillo de Cornatel. El satélite de rastreo en un minuto ofreció la imagen: un tapete translúcido, algo oscuro y verdoso, recubría el trazado ceniciento del castillo, malamente distinguible debajo. A Welles le parecía estar mirando una placa de rayos X.

—Las fotos que me mandó son de archivo, y las de Google Earth de meses atrás, Welles —aclaró Donovan, secamente.

“Jason, te va a pesar esta barrabasada”, pensó Welles.

—Ahora es distinto, estamos ante un misterio. ¿Qué piensa ahora del problema?

Welles miró a Donovan y no dijo nada, solo asintió. No quiso hablar más de lo que no sabía. Pensó en el agente 29 y en aquella curiosa observación que le hiciera en un informe: “Es un castillo como de brujas, la atmósfera siempre neblinosa”.

(2) *National Security Agency* (Agencia de Seguridad Nacional), poderoso órgano de inteligencia del Departamento de Defensa de EE.UU., radicado en Fort Meade, Maryland, encargado de obtener y procesar las comunicaciones criptográficas del espionaje internacional.

Capítulo 38
Me gustaría desenredar esta novela de misterio

Sintió el tibio rayo de sol en la cara. Parpadeó. Miró desde la almohada el piso bruñido de baldosas y más allá pasaron los pies descalzos. Fue acomodando la cabeza para mirar hacia adelante. De espaldas, en pijama, la mujer descalza recostada en la ventana, con la rubia cabellera anudada al cuello, lo hizo recordar las ninfas etéreas de Botticelli. Una Simonetta. El cuerpo grácil de bailarina, cuello largo, tersas ondulaciones de caderas y hombros, piernas perfectamente torneadas. Ludovico pensó que no había conocido una mujer tan lozana y sensual como Katherina.

Se hizo el dormido hasta que la vio pasar al cuarto de baño. ¡Qué grato despertar! Saltó de la cama cayendo junto a la ventana y miró el paisaje del Bierzo de Cornatel. Un pueblito castizo y encantador, con calles sin aceras, rodeado de inmensidades campestres, el aire con un frescor mañanero que le hizo respirar profundo.

Al escuchar el sonido de la ducha, enseguida abrió el ordenador conectándose a internet. En las mañanas acostumbraba revisar los nuevos e-mails, luego leía las noticias antes de entrar a su blog. En El País digital sólo encontró protestas ciudadanas por la carestía de vida y repudios a los políticos corruptos. En una columna de noticias internacionales había una nota breve pero remarcada que le atrajo. Leyó estupefacto el encabezamiento:

LA MUERTE DEL TEOLOGO MONET DESTAPA
OSCURAS TRAPISONDAS EN EL VATICANO.

Se citaban fragmentos de una carta enviada por el sacerdote a los principales periódicos italianos en términos duramente acusadores: “Estoy seguro que no son vulgares mafiosos contratados los que me amenazan para que abandone mis investigaciones sobre los documentos robados en el archivo secreto del Vaticano. Vale pensar más bien en criminales con sotanas, se han aliado al diablo por dinero. Sólo ellos pueden robar esos documentos y venderlos a los peores enemigos de la iglesia. El mundo desconoce que una facción militar masónica pretende ser el verdadero gobierno del Vaticano, o ya pudiera serlo. Los tentáculos poderosos del Opus Dei me han atemorizado siempre, ellos me consideran apóstata por decir la verdad a su pesar. Me instaron a no revelar los crímenes papales del pasado. Han iniciado una persecución para eliminarme, pero seguiré con mi

libro…”

Katherina que salía del cuarto de baño vestida estilo safari, dijo “good morning, dormilón” y se le arrimó al hombro a curiosear lo que leía, reaccionado al instante con un silbido entre dientes.

—No me parece clara esa acusación, si no hay pruebas; el Opus Dei se ocupará de descalificarlo fácilmente. ¿Acaso la prelatura tiene un brazo armado o algo así?

—Lo han asesinado, qué racionalista eres, Katty.

Katherina le dio un empujoncito y fue a acomodar sus cosas. De pronto se detuvo.

—Piensa como un detective, profe, ¿por qué no sospechar de los compradores de documentos?, esos que él llama “los peores enemigos de la iglesia”. ¿Quiénes son? —Y pegó un grito—. ¡Necesito un desayuno y cafeína ya, *please*!

Salieron del hostal, aún comentando la carta de Monet y se metieron en una cafetería que ofrecía “desayunos anticrisis” en un cartel. Desde una ventana del hotelito, Pascal les tomó fotos extrañándose de verlos rebosantes de alegría. También vio al turista taciturno de pantalones kaki y gorro de tweed que a veces hablaba en inglés usando un novísimo móvil iPhone. Británico no era, tenía pinta de gallego o de catalán. Había intentado hablarle pero se mostraba esquivo, grosero. Aprovechó para sacarle una foto cuando encendía un cigarrillo. Raro que hubiese más personas de lo normal en la plazuela a esa hora. Comenzaba a lloviznar.

Robin había visto que Pascal le fotografiaba y sonrió. Paseó por la plazuela, fumando. Una pareja de turistas salió de una cafetería y cruzó a su lado, hablando en inglés. Luego los vio malhumorados junto a un auto varado con una llanta pinchada.

—Mala suerte, Katherina, vayamos al castillo a pie, mejor busquemos un guía de turismo —dijo Ludovico, mientras examinaba la llanta desinflada.

Preguntaron a un transeúnte dónde podían encontrar un guía que los llevara al castillo de Cornatel y la respuesta fue un dedo apuntando hacia un callejón al final de la plazuela, junto a la iglesia. Caminaron calle abajo, mapa en mano. Unos ancianos que conversaban delante de un comercio dijeron que el guía vivía al final del camino de la virgen, justo por allá.

Caminaron unas cuadras más y se detuvieron repentinamente sobrecogidos. Ante sus ojos, una virgen de mármol los miraba. “¡Qué belleza!”, exclamó Katherina avanzando despacio. Ludovico permanecía inmóvil, como abstraído. “Es ella”, murmuró. Súbitamente, ráfagas de lucidez aventaron los cirios que apenas arrojaban claridad sobre vagos recuerdos. Esta vez distinguió a la madre cargando al niño. La bella mujer parecía una virgen, sobre todo

cuando oraba con el crucifijo en las manos.

—¡Ea, Ludovico, tienes que ver esto! —llamó Katherina. Estaba inclinada sobre la base de la estatua. Fue hasta ella, pero tuvo la impresión de que los ojos cándidos de la estatua lo perseguían. La amiga habló de una inscripción, de una piedra preciosa incrustada en el pedestal, de que pocas esculturas la habían impresionado tanto.

Katherina alzó la vista y vio a Ludovico con una paloma blanca posada en el hombro. Sintió algo maravilloso, una dulzura inexplicable.

Allí cerca Marcus también sintió algo maravilloso, participando de la escena desde un postigo entreabierto. Al ver la paloma real posada en el hombro del forastero recobró la calma. Al menos eran turistas sin malas intenciones. Al rato, cuando les vio preguntar por una dirección de domicilio y tocaron a su puerta, estuvo pensando qué palabras eran las más adecuadas para explicarle a dios la emoción que sentía.

Abrió la puerta y no le quedó duda: era Ludovico Prevost.

—Buscamos al guía —dijo Katherina, en un sonoro español.

—En qué puedo servirles, soy el guía —dijo Marcus e invitó a pasar con un ademán. Katherina dijo gracias y entró, pero Ludovico y Marcus permanecieron parados en el umbral de la puerta, frente a frente, mirándose a los ojos. Ludovico simplemente se preguntaba de dónde conocía al personaje barbudo de mirada noble que tenía delante, mientras que Marcus cuidó la compostura para no parecer un abuelito dichoso, aunque tenía deseos de abrazarlo.

—¿Vienen seguro a visitar el castillo? —preguntó el guía, rompiendo el impasse.

El interior era el de una casa antigua, notablemente sobria, de pocos muebles, con piso alto y patio al fondo. Solo una cruz latina adornaba las paredes. Sobre una mesa se apilaban libros. El guía ofreció té y Katherina dijo: “sí, nos viene bien, qué rico”. Ludovico, impaciente, preguntó cuándo partirían y se acercó a curiosear en la mesa. Había un portarretrato sin foto, una lupa, recortes de periódicos, sobres de carta amarillentos, un papel con un dibujo infantil que miró detenidamente. Algo le pareció familiar: un castillito, personajillos con espadas, cruces, cerros. “Todos los niños dibujan castillos”, pensó. Llamó su atención un recorte de periódico subrayado con marcador amarillo en el que leyó una noticia conocida: la muerte de Monet, “el sombrío inquisidor del Vaticano”, a quien la manipulación mediática, en términos impropios, ya no lo señalaba como víctima, sino como “cura impenitente y fatalista, enfermo de la razón, pecador alucinado por las drogas y calumniador influenciado por abstrusas teorías conspirativas”.

Apenas se bebieron el té negro, gustosos, el guía cargó su morral

al hombro, con cayado en mano y con un “seguidme” salieron a la calle. Los tres miraron en dirección a la estatua, que seguía rodeada de turistas. Luego, cruzando la plazoleta, tomaron un sendero que, según el guía, los llevaría al sitio más fabuloso del mundo. Y comenzó a contar la historia del castillo, tal y como figuraba en los folletos turísticos.

—¿Y cuánto hay de cierto sobre unos tesoros templarios? Quién sabe si podamos descubrirlos —dijo Katherine, jocosa.

—Ruinas, amor y palomas blancas es lo que tiene ese castillo para los buenos peregrinos, no más —repuso el guía.

—Espero que haya algo más, señor —planteó Ludovico.

—Desde luego, hay algo más. Ojalá encuentre lo que busca.

No habían recorrido un kilómetro cuando el guía súbitamente detuvo la marcha e hizo la seña de hacer silencio. La quebrada seca retenía los sonidos propios de la vegetación suavemente movida por el viento, un lejano piar, roces de las hojas, la respiración agitada de todos. Al guía sin embargo no lo convenció la calma del entorno; dirigió la observación hacia la ladera que les cortaba el paso. El esfuerzo de retentiva que hizo para asociar el eco del chasquido escuchado no dio resultado, pero podía jurar que tenían compañía.

—¿Alguna razón para estar tan tenso, señor Marcus? —dijo Ludovico, quebrando el silencio.

—Oh, claro. Olvidé decirle que el castillo de Cornatel no sólo atrae turistas. Vienen de todas partes por los tesoros, a matar si es necesario.

Más arriba en la ladera, a considerable distancia, entre las zarzas, Pascal observó con el zoom los ojos del guía clavados en el pedrusco que lo escondía. Lo sorprendió el hecho de que oprimir el suave obturador de la cámara lo hubiese delatado. “Joder, ese gilipollas tiene antenas en las orejas”. Solo suspiró tranquilo al verlos alejarse. Ya se aprestaba a dejar el escondite, feliz de poder estirar las piernas acalambradas, cuando notó otra presencia avanzando por la quebrada. “Mira a quien tenemos por aquí”. Accionó el disparador y tomó una instantánea.

Robin García quedó en la foto como un turista que intenta desbrozar a manotazos los incómodos arbustos de un sendero poco transitado, mientras ponía cuidado en seguir cautelosamente a quienes caminaban unos cien metros delante.

A Pascal le fue fácil analizar la situación: “Los está siguiendo, pero ¿quién es este tipo? Me gustaría desenredar esta novela de misterio”. Al ver que el hombre se perdía de vista, salió del escondite. Disfrutó fotografiando el paisaje en derredor cuyos contrastes pardos, de emanación agreste y vetusta y su floresta verde oliva en un relieve

de hoyos y picachos, llamaban a una grata contemplación. Algún día las fotos podrían servir para una exposición sobre la ignota España rural.

Capítulo 39
La fiesta del vino

La fiesta del vino comenzó con muchas botellas descorchadas a la vez. Doblaron las campanas y un orador eufórico evocó previos aniversarios. Alguien gritó: "!Viva, Francia, la tierra del vino!". Un gentío festivo se apiñaba ante las tarimas donde bailarinas emperifolladas exhibían muslos descubiertos, cantaban, tiraban besos. Por las calles iban y venían los efebos disfrazados del dios Dioniso regalando botellas de vino, flores y declamando poemas a la vida.

Marie, la mesonera, no podía comprender por qué su querido periodista italiano demoraba tanto. Ya habían anunciado la llegada de "Monsieur Rocheford, el dios de los vinos" y de los patrocinadores e invitados de honor, mientras la gente se iba conglomerando en la plaza.

Benito Cusimano, vestido de policía, escuchaba las incidencias de la fiesta por los estridentes altavoces, sin inmutarse. Luego inhaló un polvillo blanco que lo hizo sentirse Rambo. A su lado, el gendarme desnudo, con la boca taponada con una banda de esparadrapo, se movía insistente tratando de desatar las amarras que inmovilizaban sus manos y pies; tembló al ver al sujeto parado delante pistola en mano, pero Benito evitó tener otro padre de familia muerto en su conciencia. Golpeó duramente la cabeza del gendarme con la pistola y abandonó la habitación.

El gran homenajeado, el ser que había convertido el vino en un negocio de sanación y fe, recibía aplausos y vítores cuando el italiano lo vio subir a la tribuna. Tenía alrededor un escudo de hombres armados y numerosos periodistas, más el alcalde, un párroco, algunos notables de la localidad y representantes de marcas famosas de vino. Benito vio la brecha propicia, justamente donde estaba colocada una cámara de televisión en lo alto de una plataforma y avanzó resuelto. Disparó varias veces a mansalva y arrojó las granadas de humo. En un altoparlante conectó la "música de fondo", uno de sus trucos infalibles: una grabación con ruidos, estallidos y ensordecedores disparos repetidos, y siguió avanzando en medio de grandes cantidades de balazos de respuesta en todas direcciones. La gente gritando corría despavorida.

En medio de la humareda, los guardaespaldas divisaron a un oficial de la policía gritándoles que sus hombres se encargarían de poner a salvo al señor Rocheford. Pero no le hicieron caso. Y Benito

imaginó que quizás estaban recibiendo instrucciones radiales que lo pondría en aprietos. Volvió a disparar y esta vez arrojó una granada de verdad que explotó a los pies de Rocheford.

Ni temores ni revuelo. En la Viña del Señor reinaba la calma de siempre, pero con luto. Una gigantesca pantalla plana de televisión era la única conexión con el suceso. Mientras un presentador de noticias relataba lo ocurrido, “dos muertos, decenas de heridos”, las imágenes televisivas saturadas de humo, confusión y muerte revelaban lo macabro y brutal de la acción terrorista. Cualquier punto del planeta, por insignificante que fuera —como era el caso de la villa vinícola francesa atacada—, podía estar en la mira de algún tipo de complot contra los inocentes ciudadanos civiles. La imagen de un falso gendarme lanzando una granada contra un empresario de vinos en medio de una multitud atestiguaba el grado de degeneración del hecho. No había sido establecida aún la identidad del terrorista. Las especulaciones se alimentaban con la muerte del magnate de los vinos vinculado a cofradías ocultistas.

El anciano de largos cabellos cenizos y barba rala caminaba de un extremo al otro de su despacho, con expresión de congoja. Ya no ponía atención a las noticias y dejó de maldecir al granuja asesino. Oraba por el alma de su amigo asesinado y sobreponía a la amargura un pensamiento de combate sin conmiseración contra los autores del crimen. La muerte de Peres, como se llamaba el doble que lo suplantaba en los actos públicos de elevado nivel de riesgo, enervaba las profundas pasiones del templario vengativo.

—¿Quién puede estar detrás de ese policía loco? —preguntó secamente al grupo de hombres reunido en su vasto despacho.

—Nuestros enemigos seculares, venerable maestre, ¿quién más podría atreverse? —argumentó uno de sus asesores.

—Excelencia, acaban de informarnos, el desalmado era un falso gendarme, se disfrazó para atacar —puntualizó su edecán, tras colgar un teléfono.

Su hijo Jean Pierre vio sobre él los ojos interrogantes del anciano.

—Quienquiera que sea, nos declara la guerra. Los identificaremos oportunamente, padre.

—¿La guerra? La guerra nunca termina, es un buen negocio —aseveró el anciano clavando su atención en la televisión.

En ese momento entrevistaban a una “mesera” desencantada porque el terrorista la había manipulado. “Ibamos a entrevistar juntos al señor de los vinos, pero me dejó plantada, los italianos son así de raros”, explicó la chica a un reportero.

—Quiero a esa mujer, le voy a conceder la entrevista —dijo el

anciano.

—Excelencia, se supone que usted fue asesinado —intervino el edecán.

—Pues, esa chica le dirá al mundo que no es así. Nuestros enemigos deben saber que somos invencibles.

Benito Cusimano apagó indiferente la tele tras ver a la deslenguada mesonera y solo tuvo un pensamiento: “He cumplido, el diablo arde en los fosos del infierno”. El próximo tren saldría en una hora para Marsella, donde le quedaba un trabajo pendiente, vérselas con otro demonio de los tantos que poblaban el mundo de los vivos. El gran día junto a su novia se acercaba.

Cuando a la mesonera le dijeron que tenía una llamada importante, creyó que otro periodista le iba a preguntar lo mismo: ¿Fue usted novia del terrorista? Pero esta vez quien llamaba solamente quería saber si era periodista y ella contestó que sí, claro. “La vimos en la tele, nos interesa vuestra versión de los hechos, la junta de la Viña del Señor la invita a una audiencia especial…” “Merci”, dijo la mesonera y después de colgar el teléfono no sabía qué hacer ni adónde ir. Y una vez más perdonó a su amante italiano. Gracias a él la fama estaba a la vuelta de la esquina. Sonrió feliz y salió precipitada de su negocio a comprar ropa apropiada para la ocasión.

Días después, la entrevista de la desconocida periodista Marie Lafargue al patriarca y potentado de los vinos Homero de Rocheford se convertía en otra manera de decirle al mundo que los malos nunca mueren. La noticia, rebotada por CNN en todo el planeta, de que un doble había sido la víctima inocente de un mafioso terrorista, a quien ella calificaba de “simpatizante con la causa de círculos secretos masónicos y dictados jesuíticos dentro de la casa de San Pedro”, colocaba al catolicismo contra la pared frente la opinión pública. Pedofilia, corrupción, fratricidios internos por el poder, satanismo, nexos con la mafia, robos de archivos, muertes sin esclarecer, conspiraciones. Reportajes de prensa machacaban sobre los desafueros y deméritos de un Vaticano conectado al bando de los pecadores.

Por respuesta, el jefe de información de la Santa Sede argumentó en rueda de prensa que toda difamación sin pruebas carecía de valor ético. Con carita de santo criticó a los “seudoperiodistas improvisados” y las “falacias festinadas”. El Santo Padre era el primero en condenar la violencia terrorista.

“Según el millonario Rocheford, la iglesia tiene la mano negra y larga, ¿qué opina de esas acusaciones?”, espetó un periodista de los tantos que pedían la palabra en una agitada concurrencia. “Dios perdona a sus hijos, aunque arrojen piedras a sus templos”, dijo el jefe

de prensa vaticanista y bendijo a los presentes, retirándose.

Benito Cusimano tras despachar una maleta llena de regalos para su novia en el aeropuerto internacional de Marsella, pensó en lo bien que le vendría un café expreso antes de entrar a la sala VIP de espera. Fue al pasar frente a un estanquillo de periódicos que quedó petrificado. Uno de los periódicos presentaba noticias que tenían que ver con él. Miró la foto de la mesonera que sonreía junto a un titular: "Habla el magnate de la Viña del Señor". Entrevistado por una periodista que nadie conocía, el misterioso millonario ensalzaba las virtudes del doble que había salvado su vida.

"No puede ser", murmuró Benito con rabia y sintió una repentina molestia en su úlcera estomacal. Nunca había fallado, aunque esta vez el error podía significar el fin de su carrera y de su vida. Imaginó la reacción calculadora y mortal de don Angelo considerándose burlado, no por un insignificante ejecutor fallido, sino por el más listo de los demonios. La otra noticia aparecía sazonada con reportajes sobre el aumento de la criminalidad: "Asesinan a reconocido exlegionario". Descrito como héroe, su cuerpo había sido encontrado rebanado en una silla de ruedas, con extraños símbolos hendidos a cuchillo en todo el rostro y un balazo en la nuca. Un cartel colgado a su cuello solo decía: "Culpable, *vai a cagare*".

Esa tarde, Benito dejó ir el avión con dolor del alma. La novia tendría que esperar un poco más. A Nápoles no podía llegar en bancarrota o perseguido por los sicarios de don Angelo. Si acaso regresaba, tendría que ser como triunfador, con la cabeza del demonio en una mano y miles de dólares del premio en la otra. Llamó a don Angelo, pero como salía una grabación, dejó un mensaje: "En la próxima va la vencida, por mi honor, padrino". Escribió una carta a su Francesca con pocas palabras: "Demoro un poco, pero porque Dios así lo quiso", añadió un cheque, la cerró con saliva y la echó a un buzón postal del aeropuerto. Con la resolución de afincarse al honor como fuera, lo que conllevaba una inequívoca riposta, el pistolero italiano pensó en los viejos compañeros de la guerra. A lo mejor los podía entusiasmar con la idea de salvar lo que quedaba del cristianismo a cambio de mucho dinero.

Capítulo 40
Panoplia tenebrosa

La noticia del episodio terrorista en Francia sonó a Anastasios dantesca. Noticias así eran cotidianas en la tierra judeopalestina. Ahora los aspavientos de la prensa convertían la locura colectiva en una etimología vendible. La temible palabra de moda, "terrorismo", simbolizaba las torres gemelas de un imperio descalabradas por genuinos fanáticos, el fin de la invulnerabilidad. Volvieron a su mente las imágenes de los deportistas israelíes en Munich, aquel Septiembre Negro, que según el lente ideológico con que se mirara, podía ser terrorismo o guerra de guerrillas extraterritorial. Hizo una mueca. ¿Qué término acuñarían los medios cuando llevara a cabo su plan? ¿Lo llamarían terrorista sionista o salvador de civilizaciones?

Anastasios siguió al camión de la sociedad germano-argentina por un vericueto de callejas oscuras que desembocaron ante un parque de enormes almacenes cerrados, no lejos de un cruce de trenes. Estacionó su auto en una sombra y oteó con el prismático. Varios rapados cargaban cajas de un camión al montacargas que las trasladaba al interior de un almacén; otros vigilaban por los alrededores portando metralletas y gafas de visión nocturna. Supuso que dada tan extrema precaución serían embalajes de material muy "delicado", pues en dos ocasiones anteriores había seguido camiones que no más llevaban contenedores de mercadería china rellena de drogas.

Reconoció al jefe de los rapados que se jactara de poseer misiles portátiles, aquella vez que lo persiguiera en un parqueo subterráneo del centro de la ciudad. Más tarde vio llegar al grandote Gunther dando palmadas a su gente para apurar la operación. Pensó en la rusa. Gunther seguramente la habría ofrecido como manjar al caníbal heliogábalo que intentaría engullirla sabe dios cómo, apelando a tal o cual fatídica lujuria extrema.

Terminada la descarga y cerradas las compuertas del almacén, los hombres se retiraron excepto los guardias. Contó doce "jenízaros" de chalecos pardos armados hasta los dientes. Se escurrió como un gato por los patios de los almacenes colindantes y trepó al techo de una caseta donde colocó el dispositivo de alarma, preparado para que se disparase en cronometrados minutos. En otra caseta puso otro dispositivo, este para arrojar humo y simular lenguas de fuego.

Unos quince minutos más tarde detonó el chillido ensordecedor semejante a la alarma de algún vehículo. Anastasios observó a los guardias apuntar a la oscuridad. Aturdidos, hablaron de apagar la maldita alarma cuando al momento divisaron el hilillo de humo ascendiendo por encima de un tejado y luego un resplandor. Los dos hombres que recibieron la orden de apagar el fuego partieron dejando un flanco del almacén sin custodia. Fue en ese preciso lapso que Anastasios saltó un muro y corrió hacia el fondo del almacén. En minutos dos guardias llegaron al lugar sin darse cuenta de que alguien estaba a sus espaldas. Una daga los traspasó.

El chillido de la alarma apenas dejó oír el estampido de los disparos que hizo el israelí sobre los hombres que vigilaban un costado del almacén. Otra ráfaga tumbó dos sombras asustadas que retrocedían. Los demás que controlaban el frente vieron que un desconocido, saliendo de las sombras, les apuntaba desde corta distancia y fueron abatidos al reaccionar. Los que habían ido a controlar el fuego sólo encontraron un pequeño artificio que expelía chorros intermitentes de humo. Corrieron gritando que todo era una trampa, cuando un desconocido les cerró el paso y los saludó antes de dispararle mortalmente. La distracción había sido un éxito y Anastasios, utilizando un control remoto, desconectó la alarma y el simulador de fuego, sus juguetes preferidos.

Violentó con disparos una puerta trasera del almacén y entró donde un gran amontonamiento de cajas apenas dejaba espacio para caminar. Pero no encendió la luz. Con una linterna examinó las cajas, casi todas marcadas con letreros en chino. Utilizando un montacargas derribó la puerta metálica sellada que comunicaba al área restringida, llena de cajas de todos los tamaños ordenadas en lotes. “Aquí tienen el grueso calibre”. Al abrirlas, observó impactado la panoplia tenebrosa que armaría a los terroristas: fusiles de asalto AK-74, Galil y M16, subametralladoras Uzi, chaquetas antibalas, sistemas portátiles de misiles para abatir aviones a baja altura, lanzadores personales de munición antitanque, artilugios explosivos de todo tipo, anteojos de visión infrarroja, decenas de aparatos bélicos empaquetados. Se aterró al abrir una caja, contenía portadores de ampollas y cápsulas metálicas hermetizadas, claramente podía tratarse de armas de guerra química y bacteriológica, el terrorífico gas sarín u algún otro tipo de arma venenosa.

De las cajas con explosivos plásticos, Anastasios extrajo varios paquetes. Era en realidad lo que buscaba. Consultó el reloj y salió al exterior cargando una caja. “Deben de estar al llegar los refuerzos de estos canallas”. Llamó a la policía de Munich desde un teléfono público y les dio una dirección donde había un arsenal y varios terroristas aniquilados. Partió como un bólido. Conducía por la

autopista cuando pasaron los helicópteros de la policía y escuchó sirenas. “La fiesta ha comenzado”, pensó.

En una barriada del cinturón suburbano de fábricas, cerca de una pequeña pista de aviones, Anastasios había alquilado un local para oficinas. Le había dicho al arrendatario que tenía pensado establecer una mediana empresa de piezas de refacción para aviones deportivos. A veces, después que regresaba de los seguimientos de camiones, se recreaba piloteando una avioneta rentada. Ahora entró al local donde depositó la caja con explosivos. Había otras cajas, así como bidones que despedían un fuerte olor a gasolina. Le tomó horas ir adecuando las cargas de C-4 en varios receptáculos interconectados, sujetos con alambres alrededor de un espolón. Al terminar, caminó hasta la cercana pista de aterrizaje y se recostó a una avioneta. “Ahora solo resta esperar a que Dios mande la orden” y mirando al cielo oró en hebreo.

Anastasios, acomodado en un butacón, fumaba y tomaba café sin quitar los ojos del televisor donde seguía el hilo de las noticias de última hora: “Gracias a la llamada de un colaborador anónimo, Alemania puede sentirse más segura (…) La policía se afana en investigar el origen de centenares de alijos de armas y explosivos. Hay pistas que conducen a un formato de guerra santa islámica contra nuestro país…”

Abundaban las noticias pero ninguna hacía referencia a los sectarios abatidos. “¿Cómo se las arreglaron para recuperar los cuerpos?”, pensó el judío. Un moderador hablaba de conspiradores neonazis, otro de saboteadores neocomunistas de la Stasi. Anastasios sonrió al escuchar tantas ridiculeces y se quedó dormido con el Talmud en la mano.

Justamente, al cabo de dos días, lo llamó la rusa como habían convenido, pero una interferencia tumbó la llamada: “Amigo, mi fiesta es…”

Capítulo 41
Otro cisne de piedra

Levantando el cayado, el guía dijo: “Allí lo tenéis”.

Un cerro empinado mostraba sus desgarraduras rocosas y laderas verdes sobre una alfombra arbórea. Una impresionante escarpa tajada caía más de doscientos metros en un barranco desparramado en las estribaciones, con picachos y covachas. Por la pendiente subía un camino perdiéndose entre bosquecillos y pastos crecidos. Coronando la cresta entre finas nieblas, el castillo de Cornatel exhibía su portento con gruesas murallas almenadas, empotradas en los bordes del farallón y una elevada torre de homenaje sobresaliendo del conjunto. Un paisaje extraño a los ojos; a ciertas horas se le ve alucinante.

—Véanlo, ni más ni menos que un clásico castillo lleno de leyendas y muchas nieblas —dijo el guía, con tono animoso.

Lo mismo pensó Katherina, pero reconoció que el enclave tenía una magia interesante y singular. “Un castillo encantado, otro cisne de piedra”. Para Ludovico, sin embargo, lo que estaba mirando calaba en sus pupilas como reencuentro, con formas y dimensiones trasmutadas por el tiempo. También su padre había levantado un cayado y dicho: “He aquí nuestro castillo”. Por entonces la mole de piedras parecía fantasmal, refugio de brujas y ánimas, como decía su nana, pero lo que aprendió aquella vez fue distinto. Alcanzaron lo alto de la torre maestra para mirar la vastedad de España próximos al cenit del cielo, y su padre gritó a los vientos: “Dios de la vida, aquí tienes a tu hijo”. Ahora constató que el castillo era más chico que aquel y sintió nostalgia por la ausencia de ese padre que lo llevaba a jugar en las ruinas para hablarle de la historia del mundo y de la “máquina perfecta”, como denominaba al universo.

Ludovico volvió en sí, ante la mirada penetrante del guía. Katherina le puso la mano en el hombro.

—Esto es un ensueño gótico, ¿verdad, profesor?

Dijo sí y se adelantó por un sendero. Fue el primero en entrar a la fortaleza. Los demás llegaron pisándole los talones, encontrándole parado encima de un mogote rocoso que sobresalía en medio del patio de armas. La neblina comenzaba a disiparse.

—¡Al fin estamos en Cornatel, Katherina! —gritó Ludovico.

Sentados en la roca, para tomar un descanso, los tres miraron extasiados el paisaje circundante por encima de las almenas, el

inmenso valle que se extendía sin fin. Ludovico y el guía siguieron como si nada cuando comenzó el arrullo, pero Katherina sí notó un suceso increíble: estaban rodeados de un desparrame de palomas blancas.

—Las palomas, las eternas moradoras de este lugar, nos dan la bienvenida —dijo el guía.

Otra vez Ludovico creyó que escuchaba frases de su padre, redichas por el guía, y viéndolo bajar de la roca, habló: “Gracias por traernos a Cornatel, don Marcus”.

Katherina bajó de la roca a saltos y corrió tras las palomas, riendo. Subió al camino de ronda situado a lo largo de las almenas y gritó:

—Este paisaje es un sueño, tomemos fotos.

Desde un morrillo cercano, Pascal centró la cámara y captó las instantáneas de Katherina en los merlones de un parapeto, asomada al precipicio. No se dio cuenta que muy cerca, agachado en unos arbustos, Robin García también tomaba fotos con la minicámara de su móvil. Más allá, dos hombres se deslizaron por detrás de un cayo de matojos. El guía ya había escalado hasta la explanada de la torre a observar los alrededores con prismáticos. Pudo ver un grupo de ciclistas que pasaba a los lejos rumbo al pueblo, luego atisbó unos matorrales que se movían. Del otro lado del curso de un riachuelo, descubrió al fotógrafo y el fotógrafo a él. Pero también divisó algo que no veía el fotógrafo. Más allá, avanzando a tropezones, se acercaba un Hummer que intentaba atravesar pedregales y lometas para cortar camino. “Estamos cercados”, pensó el guía y miró hacia el patio. La pareja charlaba animadamente en la roca, observando un cuaderno.

Marcus bajó de la torre y voceó:

—Es hora de regresarnos.

Lo miraron perplejos y negaron con la cabeza.

—Si recién llegamos —protestó Katherina.

—Es que se acerca una tormenta. No podemos quedarnos aquí.

Ludovico sacó su billetera.

—Marcus, ¿cuánto te debemos? Regresaremos por nuestra cuenta, gracias por todo.

—Señor, no cobro por mis servicios. Pero soy responsable de las personas que traigo a este lugar. Salgamos del castillo.

—Quédese con nosotros, Marcus, incluso este es un buen sitio para pasar la noche bajo las estrellas —sugirió Katherina.

—No, señorita, este es el peor sitio para pasar la noche, es peligroso —dijo el guía con voz vigorosa.

—¿Peligroso? —exclamó Ludovico, inquieto por la firmeza del guía.

—Sí, señor, el más peligroso de los sitios de España.

Todos se cruzaron miradas y optaron por la prevención. Media hora más tarde, Marcus los guiaba de regreso, pero no salieron por la puerta principal del castillo. El guía señaló una abertura en la muralla del fondo que facilitaría cortar camino y bajaron por un sendero resbaloso que descendía justo al borde de un risco hasta una quebrada.

Comenzaba el ocaso cuando llegaron al pueblo, agotados, desconcertados, frustrados. Ante la portada del hostal, el guía los abrazó: "Ha sido un gran día". Ludovico sintió que Marcus se le aferraba al brazo como para decirle algo que no dijo.

—Señor Marcus, usted me recuerda ciertas cosas —dijo Ludovico y se despidió siguiendo a una volátil Katherina.

En la habitación, Katherina abogó por un baño reparador y propuso una cena frugal para después, no quería seguir engordando, luego vería qué hacer. Ludovico caminó hasta la ventana, abriéndola de par en par. Abajo el guía se alejaba despacio. "El buen Marcus tiene aspecto de gentilhombre, ¿no crees?", dijo sin recibir respuesta, Katherina se fue a canturrear en la ducha.

Encendió el portátil conectándose a internet. El blog estaba atiborrado de posts insultantes, reclamos de seguidores rencorosos que odiaban no los pusiera al día. Les había advertido con antelación que podría estar ausente al menos un par de días a causa de un velorio, sólo para recrear la frase, y en lugar de comprensión encontraba una refriega de abominaciones contra "el occiso", a quien acusaban de gamberro aguafiestas. Ni los muertos tenían paz en su blog, menos los vivos, menos él mismo. Hasta dios debía sentirse ofendido. Una de las apostillas lo sorprendió: "Cerdo mentiroso, así que irte de juergas con una ramera neoyorquina se llama ahora velorio". Ludovico soltó un respingo. "Coño, ¿cómo es posible que estén enterados?" y pensó en lo translúcida que se tornaba su privacidad. La mayoría de los comentarios colgados al blog le acusaban de "ceder cobardemente ante el *establishment*" por haber filosofado con mano suave respecto al tema divino.

"Ahora toca actualizar esta monstruosidad", se dijo y comenzó a escribir sobre la importancia de darse una vuelta de vez en cuando por la España rural y atávica. "Las leyendas que hay en todo lo que uno toca y mira cambian la percepción de la vida. Las brujas y los demonios incluso no son tan malos cuando se les conoce de cerca. Y donde hay palomas blancas es posible sentir que los ángeles existen, aunque seas ateo, pagano o profano. Si encontráis la ruina de un castillo al paso, entonces se puede pensar en algún tipo de civilización desafortunada, como los templarios...".

Al terminar el escrito, el texto le pareció cursi y esotérico, pero a

fin de cuentas los palcos solo pedían circo, no belleza. No estaba para escribir con finuras estéticas, con tanto cansancio aplastándolo. Además, jamás lo habían criticado por colocar mal las comas ni de romantizar, sí por decir loas de los prohombres masones fundadores de la nación norteamericana y de las repúblicas latinoamericanas. Nunca quedaría bien con todos, ni con él mismo.

Solo le quedaba revisar el buzón del Gmail. Decenas de mensajes criticones, obscenidades, pajas mentales, lo usual. Como siempre estaba el que se repetía hasta la morriña: "Cornatel", seguido del más reciente que decía: "Marcus". No lo podía creer. Lo leyó intrigado: "Don Prevost, nos tenemos que ver mañana, usted y yo, solos. Tengo algo importante que contarle, Dios mediante".

Katherina que se acercó por la espalda, en pijama, preguntó por qué estaba tan callado. La exhortó a que leyera el mensaje. Ella lo leyó reflexionando en voz alta:

—No me equivoqué, ese hombre tiene un aura, algo me dice que es una persona extraordinaria.

El guía Marcus había acabado de enviar el mensaje desde un viejo ordenador IBM y se relajó. En media hora entró la respuesta: "De acuerdo, nos vemos". Y cambió a otra ventana digital, donde tenía abierto el blog de Ludovico, actualizado con un reciente escrito sobre cierta "España rural, legendaria y levantisca", del cual discrepó: "España rural no, mejor España esencial". Tomó café y caminó hasta la mesa donde se apilaban libros. Abrió un cajón y extrajo una foto que había tomado hacía muchísimos años y la colocó en un marco. Se arrodilló y murmuró: "Dios, espero no sea demasiado tarde". Miró de nuevo la foto del niño Ludovico, parado al lado de su madre.

Estaba orando cuando tocaron a la puerta. Solo podían ser turistas excéntricos que pedirían los llevara al castillo para alguna sesión de médium con fantasmas y almas en pena, en plenas tinieblas. Al abrir, la mano de Ludovico lo apartó para entrar.

— ¿Qué es eso tan importante que tenéis que decir, señor Marcus?

El guía no cerró de inmediato la puerta, echó primero un vistazo a la virgen y notó el bajón de la temperatura exterior. Al cerrar vio a Ludovico parado ante la mesa de los libros apilados. Estaba tieso mirando la foto. Su propia foto.

Marcus no lo importunó. Hizo café y esperó distensión para hablar sin titubeos.

—¿Qué sabes de mí? —Ludovico se volvió y enfrentó la mirada serena del guía.

—Conocí a tu señor padre. Le gustaba venir a Cornatel, usted era muy chico cuando lo trajo por aquí. ¿Recuerda algo?

—¿Por qué el interés de mi padre por estos lugares? No

entiendo.

Marcus le pasó una taza de café. Ante preguntas tan tajantes, recordó el consejo de los hermanos: “Déjalo que él solo se encuentre a sí mismo, lleva tiempo creer en lo increíble”.

—Vuestro buen padre sentía pasión por la arqueología. Hizo excavaciones y hallazgos. Decía que había descubierto a dios en Cornatel.

—Usted habla como si mi padre hubiese sido un tonto buscador de secretos bíblicos. Nunca lo vi interesado por las cosas de dios.

—Profesor Prevost, no sé cómo explicarle, pero usted vino a este lugar como lo hizo su padre, preguntándose cosas.

—Pues vine por...

Ludovico interrumpió la frase. Pensó en el persistente e-mail que decía “Cornatel” y en la foto suya colocada en internet (cuyo original apareciera en la caja fuerte, ahora duplicada delante de sus ojos en un portarretrato que pertenecía a un extraño), también recordó el cuaderno críptico. ¿Y los dibujos, las rememoraciones, aquel secreto que su padre había intentado decirle justo al morir? Hasta le había confesado que no era ateo. No tenía ningún derecho a cuestionar todo el tiempo al guía, procuraría ser sensato.

—¿Vino en pos del destino? —dijo Marcus.

—Mejor diría que Cornatel me trajo, de hecho alteró mi vida —contestó Ludovico en tono relajado.

—Lo comprendo —avaló el guía—. Me pasó lo mismo. No puedo vivir sin ese castillo.

De repente escucharon ruido de motor, cosas quebradas, luego un encontronazo que les hizo correr alarmados a la ventana. Pudieron ver las luces del vehículo que se esfumaba en la noche. Apenas había claridad, pero sí la suficiente para darse cuenta que no estaba la estatua.

—Esos bandidos robaron la virgen, espera aquí —resonó angustiado el guía. Salió disparado a la calle y no regresó.

Al amanecer, cansado de esperar, Ludovico optó por retornar al hostal. Varias palomas sobrevolaron sus pasos. Sintió una agradable quietud, la sensación de ser una persona renovada.

Capítulo 42
Legionarios

Los tres hombres que encontró Benito Cusimano en un café de París ya no eran aquellos titanes duros y tatuados de la Legión, que alguna vez quiso ser como ellos. Sabía de antemano que habían hecho fortunas como mercenarios en Africa. Por eso, verlos hechos rastrojos humanos, desaliñados y borrachines, le perturbó un poco. Hasta se cuestionó si podía contar con seres tan golpeados por la vida. Pero se dieron abrazos y brindaron por los buenos tiempos, un legionario hizo un saludo militar: "Monsieur Cusimano, usted es el mejor, estamos a sus órdenes". Benito sintió el ego por los cielos.

Cada cual contó dramas y mentiras. A los tres hombres la vida le había ido mal desde el fin de la guerra fría, pues sin expansión comunista no hacía falta mercenarios. La sociedad los pateaba por culpa del pasado. Benito, en cambio, como buen mitómano que era, narró una exitosa historia como guardaespaldas de contrabandistas de armas hasta que la sociedad lo encerrara en un hediondo calabozo. "¡Qué mierda de mundo! ¡La gente ni respeta a Dios!". Los legionarios escupieron e hicieron muecas, maldijeron. La sociedad solo les provocaba asco.

Benito al fin les preguntó si querían involucrarse en una cosa que cambiaría a todos la vida. "Se trata de mucho dinero y de quitarnos de encima a una pandilla de antipatriotas que odian a Francia y a Cristo…".

—¿Me siguen? —preguntó Benito al terminar de explicar un detallado plan que tenían que aplicar en pocos días y firmó tres cheques.

Los tres hombres pusieron caras de ganadores de lotería al mirar las sustanciosas cantidades asentadas en los cheques, asintieron con la cabeza y pidieron más cerveza.

—Me siento renacer —dijo un legionario, traqueando sus dedos.

—Será un paseo, una simple escaramuza, tan fácil como derrocar dictadorzuelos africanos —aseguró otro.

—Francia debe ser liberada de esa basura de gente —enfatizó el tercero.

Se dieron estrechones de manos. Benito sonrió, sabía que la legión extranjera, bajo su mando, no fallaría. Brindaron por Francia, por Benito y cantaron el himno de los legionarios.

Capítulo 43
En realidad nadie sabía qué era la Logia

Solanos estaba escribiendo un discurso para el santo padre, cuando recibió la llamada telefónica que lo demudó. Le hablaron en latín y refirieron una contraseña. Recordó cuando había sucedido la última vez, en el año 1981, poco después del atentado contra Juan Pablo II en la plaza de San Pedro. Por lo general, tendría que ser un evento de extrema gravedad, una situación límite, lo único que podía originar una llamada como esa para invitarlo a “una reunión de grandes amigos”.

Sabía perfectamente a qué atenerse, adonde ir, qué hacer. Solanos salió del Vaticano vestido de ciudadano común y tomó un taxi. Pidió al conductor que le diera dos vueltas a la redonda a la impresionante estructura del Castel Sant Angelo y se apeó. Reconoció el automóvil de cristales ahumados aparcado cerca de un puente del río Tíber, abordándolo.

—Hermano Solanos, tanto tiempo —saludó el ocupante del auto y se estrecharon las manos.

—Hermano Filippo, el tiempo pasa como un suspiro.

—El hombre pasa como una sombra —contestó Filippo.

Solanos realmente desconocía donde le llevaban. Podía ser cerca, a un parqueo, un zoológico, un mercado, o fuera del país, pero sintió alivio al ver la tapia de la casona barroca y museo privado del banquero y mecenas de las artes, Claudio Marini. Diez personas ya esperaban en la suntuosa sala de esculturas acondicionada para la reunión y estalló un clamor en variados idiomas al verles llegar. Luego ocuparon puestos alrededor de una larga mesa y todas las miradas se dirigieron al "enviado", un hombre de senectud flemática que a su vez escrutaba las miradas de cada uno desde gruesos lentes.

Estas personas vestidas como ricos y con prestancia de nobles, que minutos antes fraternizaban como "hermanos", ahora se erguían enhiestas y reverentes como fieles autómatas de una congregación, y en cierto modo lo son. Sirven como factótums y "misioneros" de un poder encumbrado y omnipresente que a la luz pública no existe. Pero los presentes, todos masones, sí saben que pertenecen a "algo" fáctico, hermético e influyente que los inspira a ser obedientes y leales a cambio de compensaciones ilimitadas, como ser favorecidos por un despilfarrador Midas crediticio, obtener éxito en las altas esferas y tener cierta categoría de intocables. Ser parte de “la Logia”, como así

de simple llaman entre ellos a ese "algo", los ha marcado como partícipes de un sueño peligroso, subrepticio y clandestino que es el de vencer al mal por todos los medios necesarios, y por tal convicción se consagran y a veces mueren.

Solanos se sorprendió de ver caras nuevas en la reunión, incluso la de un expresidente que tenía una orden judicial pendiente por desfalcar las arcas del país que había gobernado. Le resultó grata la presencia de unos de los más talentosos ejecutivos de Microsoft, un tecnócrata teórico, a quien escuchara en una ocasión afirmar que la cibernética aboliría los totalitarismos y los pecados capitales de la política inútil y corruptible. Otro prospecto genial, un hindú muy joven, iba camino de ser un futuro secretario general de la ONU, no solo por sus credenciales como innovador de programas económicos de alta rentabilidad, sino porque americanos, sauditas y chinos lo consideraban uno de los suyos, sin más explicaciones.

La última cara nueva, un apuesto diplomático suizo, muy extrovertido y políglota, siempre había intrigado a Solanos. No poseía un gran currículum vítae, pero sí buenas amistades. Lo había visto hacer reír al supermillonario Warren Buffett y discutir con Bill Clinton sobre iniciativas globales y el problema de los Balcanes, lo mismo se codeaba con judíos ortodoxos que con musulmanes fundamentalistas. Por extraño que pareciera, caía bien a los chinos comunistas aunque públicamente había dicho que el Dalai Lama era el alma de la grandeza espiritual asiática. Uno de sus méritos principalísimos apenas se aludía: luchaba desde una fundación no gubernamental por los derechos de los niños desamparados del mundo, explotados, huérfanos y víctimas de las guerras, a cuenta de impresionantes donaciones millonarias.

"¿Quién es quién realmente?”, se preguntó Solanos mirando ahora las viejas caras, todos seres insondables, y pensó en sí mismo. Se consideraba teólogo de título, literato de vocación y consultor papal de marras. Tal vez habría sido obispo o un funcionario conspicuo de la prelatura, porque tenía de sobra las dotes y su abolengo familiar favorecía: un padre rico donante del Opus Dei y una madre piadosa, seguidora de Fátima, emparentada con un presidente portugués. Además, la genealogía familiar ostentaba nombradías templarias, un ancestro había sido consejero de un rey del Sacro Imperio Romano Germánico. En la familia causaba espanto que un tío bocón, recriminado por desvíos heréticos, hablara de gotas de sangre griálica y cátara en la partenogénesis de los Solanos.

Solanos recordó con qué regocijo, hecho ya sacerdote, había comenzado a trabajar en el Vaticano, un privilegio de pocos. Estaba lleno de grandes ideas apostólicas, algunas de las cuales compartió con uno de sus mejores amigos del seminario, un inteligente sacerdote

alemán que más adelante devendría Papa. Pero la olla de grillos de la oficina laboral donde lo asignaron y luego comprobar la impudicia de ciertos curas dados a la falacia y el hedonismo, lo desalentaría. No lo podía creer hasta que un sacerdote con quien familiarizaba mucho le dijo que creyera. "Aquí todos los días se libra una batalla de ángeles y demonios, padre Solanos".

Solanos quiso saber por qué y entonces, como prueba, el amigo sacerdote lo llevó al “mundo real”, una tertulia privada fuera del Vaticano, donde un excomulgado del catolicismo, de sustantivo sermón, habló de salvar a la humanidad y cuestionó la opción jesuita de la teoría de la liberación y asimismo su antípoda, la ortodoxia dictatorial del clero. “Por encima de los predicamentos de la división está el retorno al verdadero Cristo”, clamaba. Solanos encontró enaltecedor que la tertulia le permitiese donar dinero para los católicos polacos que luchaban contra el comunismo.

El siguiente paso fue un apogeo filosófico y sentimental. En una de las tertulias, nada menos que un sacerdote exiliado polaco lo llamaría aparte para invitarlo a ser miembro de la cadena universal de hechos heroicos. "Y qué significa eso", indagó Solanos. "Pues es como unirnos todos en una gran sociedad para salvar el cristianismo y nuestros valores occidentales”. Sería una experiencia única —aseveró emocionado el cura—, pues quién mejor que Solanos desde dentro del Vaticano podía contribuir a dicha causa.

Ya no hubo más tertulias, sino una próxima reunión del *cônsessus* o "asamblea de conocimiento" donde el trato de hermanos convirtió a Solanos en cofrade sin darse cuenta. No sintió rechazo hacia los presentes, paniaguados unos y potentados otros, artistas, políticos, académicos y empresarios que se comunicaban entre sí con una armonía de ideales y propósitos que le gustó compartir, sobre todo cuando se referían a un humanismo sin fronteras, sin ideologías, sin guerras, y a la necesidad de alcanzar la connivencia global del amor. Para su satisfacción, los hermanos argüían que el nuevo pontífice polaco Juan Pablo II significaba el principio *redemptoris* de una nueva era humana y divina.

De aquella reunión, Solanos nunca olvidaría a alguien que llamaron "enviado de la Logia", portador de un plan de acción: "Se acerca el momento más trascendental de los últimos cien años de historia, los alemanes van a derribar el muro de Berlín, nos uniremos a ellos en el lugar de los hechos, empecemos por utilizar todas nuestras posibilidades y oraciones para evitar que corra la sangre. Tratemos de que el Papa se involucre, la prensa mundial hará su parte..."

Transcurría el año 1978, el acontecimiento ocurriría años después, en 1989. ¿Qué habría sido de aquel "enviado" cuyas palabras

fueron concretamente un augurio? ¿Acaso existió un diseño de antemano, una especie de revolución de laboratorio inducida para dar al traste con la Guerra Fría e implantar un "nuevo orden mundial", como decían por ahí? Desde luego, el Papa se había involucrado seriamente. Fue la primera vez que a Solanos lo picó la curiosidad: "¿Qué es realmente la Logia?", pero descartó que fuera una suerte de corporación secreta o una cúpula de francmasones todopoderosos, instalados por encima de la ley y la razón de estado, dedicados a manipular como marionetas los liderazgos y eventos mundiales, mucho menos a modelar los acontecimientos venideros. En realidad nadie sabía qué era la Logia.

Pero sí estaba seguro de la existencia de un centro de poder siempre al acecho, funcional, organizado, capaz de intervenir en la consumación de desenlaces y episodios aparentemente fortuitos, de inducirlos, prevenirlos, pronosticarlos, ejecutarlos, trascenderlos, algo que se movía en el sustrato de los gobiernos, en las entrañas de asociaciones lucrativas internacionales, en las entrelíneas de las políticas mediáticas. Volvió a recordar al papa malherido por los disparos del turco Alí Agca, en 1981, y la llamada urgente de un "enviado" de La Logia que lo hizo viajar a Ginebra. Le hablaron claro. En caso de morir Wojtyla lo reemplazaría un cardenal alemán, "amigo suyo de los tiempos universitarios", la persona indicada para ser el pontífice de los nuevos tiempos.

"Lo queremos al lado del papa, Solanos, porque solo una persona de corazón como usted puede protegerlo", dijo el enviado; abundó en detalles sobre como debía realizar el cometido y, al despedirse, ambos se tocaron la frente y el pecho con la palma de la mano, se abrazaron y nunca más se vieron.

Ahora Solanos se preguntaba qué nuevas traía este "enviado". Notó que los miembros más viejos de la célula, Filippo y Marini, se mordían los labios con ansiedad.

Al fin el enviado habló. Fue una larga introducción sobre las señales detectadas de planes ofensivos terroristas que no procedían solo de la Yihad islámica, sino más que todo de espurios intereses políticos disfrazados de supremacía racial y seudo-religiosa. La Logia quería ver a todos los hermanos involucrados en la neutralización de tales aquelarres y maquinaciones. "Nuestra arma es la prensa libre, la comunicación, usémosla afilada como una navaja. Alguna iniciativa de descrédito público podría ser efectiva. Sabemos que estos terroristas tienen una micro fracción de colaboradores dentro del Vaticano, parémosle la jugada, no importa quien caiga…"

Otro aspecto no menos importante concernía a cierta propaganda que intentaba desvirtuar la viabilidad de una Europa unida. "No dejemos avanzar a quienes temen nuestro modelo de vida

progresista, contrarrestemos ese descabellado anacronismo de la soberanía. Nuestros medios de publicidad deben superar la burda propaganda de los republicanos, separatistas y chovinistas". La Logia también exhortaba por razones de contrapeso político a comenzar un intenso cabildeo para que la izquierda socialdemócrata no quedara tan rezagada en las próximas elecciones. "Los enemigos quieren toda la tajada del poder, no podemos admitirlo, usemos nuestros recursos para colocar obstáculos insuperables a los tiranos". En otro asunto, el "enviado" no sabía cómo ser convincente, pero en el transcurso de su comparecencia, lamentó los constantes aumentos de precio del petróleo, exponiendo lo sensato de no molestar por el momento a los truhanes sauditas y venezolanos.

Solanos se preguntó cuántas células de la Logia habrían sido convocadas en el mundo solo para decirles pamplinadas, repetir noticias consabidas, justificar operaciones políticas y recaudar dinero. ¿Acaso el cerebro, la matriz, el grupo de superpoderosos que desde algún sitio elaboraba la plataforma de interacción con la membresía, todos esos invisibles, estaban volviéndose bellacos de un negocio multinivel? Por supuesto que no, los discursos ocultaban un segundo propósito y enseguida Solanos lo supo cuando el "enviado" se le quedó mirando.

Todos se despedían con abrazos cuando Solanos escuchó la voz a sus espaldas:

—Usted no se vaya, hermano Solanos, tenemos que hablar.

Pasaron a un patio porticado de la mansión-museo y se sentaron junto a una fuente que derramaba chorrillos de agua en una alberca, a la luz de un farol antiguo.

—Ya sabemos que el santo padre pospuso la visita a Francia —dijo el enviado sin preámbulo.

—Gracias a Dios —contestó Solanos.

—Pero la situación de peligro persiste, padre. Estoy aquí para que hablemos del asunto, ¿sabe algo al respecto?

—Supongo que la Logia ha recibido mis informes. En mi modesta opinión, el fanatismo anticatólico y antioccidental, que es lo mismo, es la verdadera amenaza, pues las calumnias mundanas hacen poca mella en el mérito milenario, y los errores de la iglesia son subsanables aunque parezcan degradables. En cuanto a los enemigos de adentro, siempre terminan arrodillados ante Dios clamando perdón.

—Hermano Solanos, es que ya no nos preocupa tanto que haya una banda de locos franceses metida en esto, nadie permitirá que toquen al papa, las oraciones del Opus Dei son más fuertes que las alabardas suizas. Usted lo sabe bien. Pero me puede explicar por qué tenemos americanos en este rollo.

—¿Americanos?

—Sí, el gobierno estadounidense; queremos saber por qué están tan interesados. Y sólo usted podría conseguir la respuesta.

—Pues, prometo indagar, hermano —afirmó Solanos lleno de dudas, pues no concebía a la Logia desconfiada del performance gringo.

—Hable con su amigo el santo padre, él lo sabe todo. La Logia confía en usted, mis respetos —dijo el enviado, le apretó un brazo y se despidió.

Solanos lo miró partir sin moverse. Al final de una galería, el filántropo Filippo charlaba con Marini, lo esperaban para llevarlo de regreso al Vaticano. Miró el cielo y se persignó. ¿Por qué la Logia suponía que el papa lo sabía todo? Y si el papa conocía del asunto, ¿por qué la Logia estaba tan apresurada en saberlo? El papa además podría saber muchas cosas, desde secretos hasta chismes, pero no tenía necesariamente por qué revelarlos, menos a un subalterno. Se incorporó pensando en que nunca se atrevería a espiar a su sacratísimo amigo, lo lamentó por la Logia.

Capítulo 44
¿Cómo se atreven a profanar una virgen?

Ponferrada, la antigua capital del Bierzo, pequeña ciudad de unos 60 mil habitantes, fue lo mejor que consiguieron los alemanes para fijar un centro de operaciones. No alquilaron habitaciones de hotel, sino una cómoda cabaña de turismo campestre cerca de la carretera que conducía a Cornatel.

Horas después del robo de la estatua de la virgen, Marcus pudo dar con el lugar y espiarlos, gracias a un informante. Esperó la noche y vio el Hummer salir con dos de ellos. Por una rendija observó el interior de la cabaña. El resto de los rapados tomaba cerveza y discutía mientras miraban un partido de fútbol. De vez en cuando recibían llamadas de móvil. Lo preocupó no ver la estatua.

Muy tarde regresó el Hummer y Marcus esperó que a todos estuviesen dormidos para chequear la enorme camioneta. No la tocó para evitar activar la alarma. Pegando los ojos a los fríos cristales fue examinando los compartimientos interiores sin encontrar lo que buscaba.

—¿Busca esto? —tronó una voz a sus espaldas y Marcus, dando un brinco de felino, se volteó poniéndose en guardia. Un grandullón de brazos tatuados cargaba la estatua, la arrojó al suelo y se le abalanzó.

El alemán golpeó el aire y trastabillando preparó otro ataque, pero lo que vio fue una sombra moviéndose a su alrededor con reflejos demasiado rápidos, como si volara. Embistió a la sombra con otro puñetazo fallido, resoplando con rabia; intentó torpemente utilizar su pistola, cuando de pronto el contrincante se erigió ante sus ojos. En ese preciso momento, no solo percibió unos ojos que arrojaban una intensa llamarada azulada, sino también la enorme hoja resplandeciente que trazó un amplio círculo antes de penetrar en su clavícula, simultáneamente un empellón descomunal apagó su grito, cayó de espaldas y la figura se acercó a su cara, empuñando la espada.

—¿Qué vinieron a buscar por estas tierras que no son suyas, demonio calvo? ¿Cómo se atreven a profanar una virgen? —dijo Marcus en alemán.

El alemán, aterrado, comenzó a sentir la vista nublada y masculló: "¿Y tú quién eres, desgraciado?". Antes de morir escuchó: "Soy lo que ustedes buscan".

Era bien temprano cuando los alemanes despertaron y

comenzaron a desbarrar porque no estaba el Hummer. El jefe del grupo juró que Werner la iba a pagar. Seguramente se había largado con la estatua. Tal burrada le costaría la vida. Lo llamaron al móvil y no contestó. "Werner, eres hombre muerto", gritó el jefe del grupo.

Desde una cabaña vecina, el agente Robin García los vio abordar un taxi, apremiados. Supuso que habían decidido buscar al compañero desaparecido o, mejor dicho, recuperar la camioneta y la estatua. Y no dejó de pensar en lo que había presenciado esa noche.

Capítulo 45
Deseó el aguijón de su escorpión rusa

Solo la alberca techada del palacio de Von Hutte atraía a Ludmila. Era un trébol de gradas, cascadas y aspersorios con efectos lumínicos, y en el medio un bar acuático junto a un jacuzzi con forma de corazón. Al menos en este sitio podía sustraerse de la presencia del mayordomo, siempre petulante y fisgón, siguiéndola a todas partes.

Este era el momento que disfrutaba Von Hutte espiándola y relamiéndose desde el observatorio óptico que tenía en su despacho. Podía escucharla cantar y hasta suspirar. Ludmila, en tanga, gustaba de introducir un pie en el agua para probar la temperatura, cálida como la del trópico, y luego se desnudaba. Así iniciaba su caliente y divertido juego con las cámaras ocultas. Caminaba contoneándose alrededor de la piscina y ejecutaba poses calculadas de seducción. Hacía posturas yoga y bailes aeróbicos, se agachaba palpándose los muslos, tobillos y glúteos; acostada se sobaba los pezones y el pubis, jugueteaba dando manotazos a los chorros lumínicos y terminaba clavándose en el agua desde un trampolín.

Mientras observaba a la ninfa con las cámaras sumergidas, Von Hutte deseó poseerla. Pero, ¿cómo lo haría? Solo había conseguido erecciones observando el sexo bestial que practicaban ella y Gunther. Esta vez sintió un leve movimiento en sus fláccidos genitales y lo consideró un milagro. Jamás había filosofado respecto al amor, sentimiento que atribuía a seres inferiores, pero el estremecimiento que jamás había sentido lo hizo feliz: “Princesa Ludmila, te amo”. Al mismo tiempo, pensó en lo mucho que aborrecía a su “prospecto” Gunther, monstruoso y necio.

En Ludmila gravitaban dos pensamientos todo el tiempo: primero, ¿cómo escapar? Debía intentarlo cuando sintiera el sonido de un avión en vuelo rasante. Tadeo no le explicó más, solo dijo que en ese preciso momento corriera buscando algo así como un sótano o se alejara del palacio corriendo al bosque, nada fácil de hacer porque podían detectarla y matarla. Y segundo, ¿cómo escapar de las garras del sicópata?, a quien imaginaba preparando alguna bacanal excéntrica para ella. También pensó en Gunther, le rogaría que la ayudara.

Gunther solo podía verla de lejos cuando lo requerían en el palacio. La anhelaba. Ya le habían contado que Ludmila retozaba solita en la alberca con las tetas al aire y el pubis afeitado. Pero el

sitio era restrictivo. Lo enfurecía escuchar a los guardias hacer chanza del mayordomo, el único que se daba gusto, pues tenía permiso para "gozarla con los ojos y masturbarse", mientras la mantenía vigilada. El día que los guardias no le permitieron el paso al palacio, por orden del Gran Maestro, Gunther la dio por perdida. La prohibición además lo incomodó. Solo retiraban la autorización de acceso si existían dudas o suspicacia, por razones preventivas. Y generalmente entrañaba algún tipo de sanción o, si había pruebas, la privación de la vida. Por suerte no estaba implicado en los hechos del almacén de armas pues las fallas e imprudencias se castigaban duramente. Por tanto, no era lógico que tal cosa le estuviera ocurriendo a él, el más leal de los miembros favoritos de Thule. No podía creer que lo iba a perder todo.

Gunther solo pensó en emborracharse. Fue a La Cueva, la discoteca porno de su propiedad enterrada bajo Munich, donde chicas adolescentes importadas de Asia y Latinoamérica quitaban el estrés a los clientes con brebajes sicodélicos, danzas árabes del vientre y fustas sadomasoquistas. Lo sucedido no se le quitaba de la mente. Aspiró talco de cocaína y deseó como nunca antes el aguijón de su escorpión rusa para sentir el placer inigualable de la violencia a través del sexo. "Ludmila, te necesito", clamó, lloró y tomó abundante whisky. Luego pateó brutalmente a una delgaducha tailandesa que intentaba acariciar sus hipertrofiados músculos de levantador de pesas. Imaginó a Ludmila en los brazos del "maldito viejo loco" y tomó una decisión: recuperarla, ya no tenía nada que perder. Tendría que actuar rápido, ya que en tres días sería el ritual de la inmortalidad y el anuncio de la boda.

Cuando las chicas lo vieron bastante ebrio, dieron gracias a Dios. Temían al energúmeno gigante que las trataba mal y les pagaba poco. Este bajó al nivel inferior del estacionamiento y encontró a un desconocido recostado en su auto. "Apártate patán", gritó a la vez que le descargaba un feroz manotazo al rostro. Anastasios desvió el golpe y proyectó la patada. Gunther sintió el golpe seco en su pecho y se tambaleó. Se derrumbó tras una segunda patada al mentón. No le fue cómodo al israelí arrastrar el pesado corpachón hasta una camioneta aparcada a pocos metros.

Una hora más tarde, Gunther abrió los ojos en un sitio de poca luz, apestoso a gasolina, con el mismo desconocido del estacionamiento sentado enfrente. "Hola, amigo Gunther". Le escuchó hablar de Ludmila y de que ella necesitaba de ambos. Pero el cabreado alemán lo mandó al infierno.

—Te voy a matar, patán —refunfuñó tratando de desatarse de la cuerda que aprisionaba sus manos y piernas.

—Solo quiero saber cuándo es la fiesta, amigo, cuándo van a presentar a nuestra linda rusa a los demás orates —dijo Anastasios, el

tono firme pero sin rudeza.

—¿Quién eres? Te voy a moler, hijo de puta —gritó el alemán, removiéndose desafiante.

Entonces Anastasios procedió a sacarle las palabras. Punzó dos de sus dedos en los ojos de Gunther. “Te arrancaré los ojos, ogro”, y los clavó más mientras con la otra mano le aguantaba la frente. Sin poder soportar el desgarrador dolor, chilló el alemán: “No más, detente”.

Anastasios mantuvo en posición de ataque sus rígidos dedos ensangrentados. “Habla ya”. Gunther supo perfectamente que lo iban a someter a peores torturas de no hablar, y habló:

—En tres días hay una reunión de patriarcas, la fiesta. Tiene razón, Ludmila nos necesita.

No dijo más. Vio al desconocido contraer un brazo y un puñetazo lo demolió.

Cuando despertó, Gunther se observó tirado en el suelo de un almacén, seguía atado y sintió la nariz rota; los ojos le sangraban. Le extrañó ver un televisor encendido en un canal de noticias, puesto en el suelo a unos dos metros de sus ojos. Dos días después, sediento y muerto de hambre, luchaba en vano por desatarse cuando en la televisión comenzaron a describir dramáticamente un suceso, una noticia impactante, y vio las infernales escenas en el palacio del gran maestro. “¡Demonios, no puede ser!”. Sintió pánico y gritó “auxilio” varias veces, gritó debilitado durante días. Sintió frío, luego se fue oscureciendo todo, soñó que Ludmila preparaba un látigo para hacerlo sentir vivo.

Capítulo 46
Es extraño que existan palomas entrenadas para atacar

El consejero principal entró carraspeando sin tocar. Un ojeroso Welles le miró interrogativo.

—Al fin tenemos noticias de A29, jefe —dijo Cassidy, entregándole una voluminosa carpeta.

Sin decir palabras, Welles comenzó a leer concentrado. Prestó especial atención a los aspectos marcados en rojo. Negaba y afirmaba con la cabeza. El rictus tenso fue volviéndose un mohín de desencanto. Cassidy, sentado ante el buró, se hacía el distraído mirando las fotos que tapizaban las paredes del despacho, seguro de que escucharía truenos:

—Por favor, Cassidy, explícame qué significan estas fantasías —dijo Welles con aspereza, agitando en la mano el grueso documento—. No me gustan los archivos X.

—Señor, sin dudas nuestro agente está viviendo en un mundo alucinante, pero la información es objetiva. Usted sabe que Cornatel es un escenario muy peculiar, todo allí parece inverosímil. Al menos nuestro hombre ha podido identificar a los actores del, digámosle, espectáculo.

Welles refunfuñó.

—¿Espectáculo de qué, de ciencia ficción? —seguía sonando fastidiado—. Dígame, ¿por qué tenemos ninjas metidos en esto? ¿Qué significa este cuento de que un anciano con espada despachó a un *terminator* alemán?

Cassidy esperó a que el jefe hiciera toda clase de cuestionamientos y deseó que lo dejara hablar.

—Jefe, nuestro agente fue testigo del combate. Ese anciano liquidó a un entrenado gorila de Thule y como trofeo se cargó una estatua.

—Colega, no me repita lo que leí. Quiero saber cuándo interviene dios en este embrollo. El general y el oficial Donovan deploran nuestra lentitud, nuestra falta de iniciativas.

Cassidy, consciente de que Welles era presa del estrés, habló apacible:

—Vamos sobre la marcha. El gran problema es que —el analista hizo una pausa, meditativo. Welles miraba ceñudo—. El gran problema es que estamos procediendo a ciegas. Todos nos

preguntamos qué buscamos exactamente allí, por qué ese sitio nos tiene sin dormir.

Welles recordó la primera vez que le hablaron del asunto. La llamada telefónica provenía de un asesor del secretario de estado. Luego, un alto jefe de la CIA lo invitó a departir a solas. Welles escogió un sitio de su gusto, próximo al gran obelisco masónico de Washington. Ambos hombres no se veían desde las tribulaciones de Afganistán donde habían tenido contactos secretos con Bin Laden a fin de coordinar la entrega del armamento sofisticado que se le iba a suministrar a los rebeldes muyahidines; Bin Laden por entonces manifestaba que Alá odiaba a los ateos soviéticos y agasajaría a los "aliados" americanos si cooperaban. También rememoraron, entre copas y habanos, los tiempos heroicos de cuando el país se hacía respetar. Finalmente, le dijeron a Welles que cierta secta terrorista entrañaba un peligro para la seguridad internacional: "Es la versión cristiana y aria de la banda de Bin Laden, encaprichada en dar un golpe de estado chovinista en Alemania". El maligno iluminado que la dirigía sólo esperaba el poseer el "arma divina" que de algún modo había localizado en un sitio cualquiera de España, sin la cual no podía emprender la guerra total contra los "imperios impuros". El gobierno apreciaría que Welles tomara cartas en el asunto.

Miró a Cassidy intentando responderle sedado y con franqueza:

—Allí hay algo, por supuesto, palomas blancas, tesoros, algún tipo de arma, no sé, es algo que todos quisieran saber qué es, pero existe.

"El jefe se nos ha vuelto metafísico, siempre con sus rarezas", pensó el analista y expresó:

—El agente 29 maneja una hipótesis plausible, jefe, el tal profesor Prevost es la ficha clave del rompecabezas. Nadie lo toca, ni un rasguño, pero lo siguen a todas partes. Incluso, hay una serie de episodios sangrientos alrededor de su persona.

—Ok. Pero el objetivo de Prevost es el castillo, igual que los demás —aclaró Welles—. Ese castillo tiene imán, ¿no cree? ¿Alguien puede decirme si ese imán es una mina de oro, un pozo de petróleo o las armas ocultas de Sadam Hussein?

—Hemos estado investigando. Ese castillo sólo es emblemático para los que creen en la historia, debe ser un símbolo místico muy especial que atrae a los enajenados. Lo visitan turistas, peregrinos, espiritistas, satánicos, ufólogos. Un dato significativo es que gracias al dinero del padre de Prevost fue restaurada la ruina, hace muchos años de esto.

—Muy interesante ese dato, Cassidy.

—Así es, jefe. Lo inexplicable es que haya terroristas interesados en un montón de escombros medievales. Otro dato a considerar es que

el guía turístico del castillo es la misma persona que rajó al panzer alemán con la espada. Oiga bien, ese anciano tiene más de ochenta años. ¡Qué tremendo esgrimista!

Welles murmuró algo incomprensible, interrumpiendo la locución del consejero, pero en seguida le pidió proseguir.

—Veamos esto, jefe, ¡asombroso! La policía española archiva casos de desaparición de personas que supuestamente fueron de excursión a ese castillo, esto hace muchas décadas atrás. Un informe policial de hace 50 años habla de una confrontación entre la guardia civil y jinetes encapuchados que portaban espadas. Nos dijeron que en los años 20 del siglo pasado se reunían rosacruces desnudos en el lugar para celebrar ritos iniciáticos. Parecen supercherías o… ¿Habrá algo de verdad en esto?

Cassidy solía ser prolijo. A lo largo de una hora expuso toda la información que había recopilado el departamento que dirigía, aderezándola con juicios y elucubraciones propias. Y como colofón, se declaró atosigado por un caso tan peliagudo que lo tenía con dolores de cabeza.

—¿Qué espera que hagamos, jefe?

Welles tosió. Ordenó un poco la papelería regada en el buró y miró a su consejero con aprobación.

—Mi amigo, en cualquier momento tendremos que entrar en acción. Este caso es tan importante que nadie sabe nada de nada. Pero no perdamos de vista a ese profesor Prevost; pues usted tiene razón, él puede ser la explicación de todo este misterio.

El analista Jason pocas veces recibía visitas del jefe Welles en su cubículo de trabajo. Al verle llegar, como solía ocurrir, supuso que tendría que lidiar con una situación irresoluta y apremiante, o con regaños. De todos modos tenía al día la información de inteligencia que le transferían a su computadora desde la sala de desencriptación, así como los resultados de sus propias investigaciones informáticas. El inquieto y delgaducho pelirrojo de treinta años, uno de los mejores expertos en programación de bases de datos de la CIA, había sido de adolescente uno de los más originales hackers invasores de cuentas de bancos, hasta que Welles lo fue a sacar de una cárcel federal para ofrecerle una segunda oportunidad si lo secundaba en una operación contra piratas y espías digitales. Jason ganó la libertad al neutralizar y localizar en varias ocasiones a los atacantes, hackers muy jóvenes pagados por la mafia blanca rusa y la inteligencia china. Desde entonces trabajaban juntos y uno no podía vivir sin el otro en lo profesional.

—Hola, Jason, urge me pongas al día.

Jason ni siquiera miró a su jefe. Accionó el ordenador hasta que

apareció la foto en blanco y negro de un niño, y dijo:

—Vea al antipático que lo tiene en vela: el profesor iconoclasta Ludovico Prevost cuando era niño, tiene cara de solitario introvertido, mejor dicho, de poeta psiquiátrico.

Welles, sentándose, se inclinó sobre la pantalla ultraplana del ordenador.

—¿Y ese aro de luz en su cabeza?

—Pues debe ser un defecto de la foto, al menos que usted crea en angelitos sobrenaturales. Parece que la foto ha sido manipulada para que tenga ese reflejo.

—Es mejor no sepa de mis creencias, Jason. ¿Por qué no han de existir? Tal vez haya ángeles por ahí enojados por nuestros pecados, ¿por qué no?

—Bueno, por ahí pululan los ángeles del infierno, ángeles caídos, como Lucifer. Los he visto. La mayoría son veteranos de la guerra, motociclistas y políticos, y hackers, ja, ja.

A Jason le encantaba provocar a su jefe, sonrió travieso. Welles lo palmoteó afectuoso en el hombro.

—Viene por el asunto de Cornatel, ¿verdad, jefe?

—Sí, Jason. ¿Algo nuevo que valga la pena?

Jason operó el teclado buscando archivos. Puso un dedo sobre la pantalla.

—¿Lo reconoce? La espada de Damocles.

Welles observó la borrosa foto de un hombre de barba canosa.

—Así que tienes la foto del anciano espadachín. ¿Y bien?

—La mandó A29. Se llama Marcus. Sin embargo, no he podido conseguir un solo dato sobre el pasado de este tipo —aseveró Jason, mientras seguía bajando información al ordenador para visualizar—. Ni siquiera figura en el registro oficial de identidad de España.

—Siga indagando, genio. Seguro es extranjero o gitano.

—Eso hice. Es español. Pagué muy bien y me mandaron el acta bautismal. Échele el ojo.

Welles escrutó la copia del documento pdf abierto en la pantalla.

—No es posible, nació en 1890, tiene ciento veinte años —dijo Welles, tan sorprendido como incrédulo.

—Nació en un poblado llamado Villavieja, cerca del castillo. Por allí quedan restos de una antigua mina de oro romana. ¿No cree que nuestro viejo espadachín debería reclamar el record Guinness de longevidad?

—No es posible, ese hombre tiene aspecto de 60 años, hay algún error técnico.

—Lo constaté con nuestros colegas españoles. Los vecinos del pueblo lo llaman el velador del castillo, los más viejos dicen que es un ermitaño de siete vidas.

—¿Qué me quieres decir, Jason?

Jason dejó de teclear y se le encaró, con brillo en los ojos.

—A29 ingresó con malas mañas, usted sabe, a la casa de ese individuo, encontró la foto del niño Prevost, pero tuvo que retirarse, ¿sabe por qué?

—Desembucha, Jason.

—Fue atacado por un enjambre de palomas. ¿Qué relación existe entre este hombre y esas palomas? Resulta extraño, ¿no cree?

Welles quedó en suspenso. Cada vez que mencionaban las palomas sentía una sensación extraña. Las imágenes del vídeo enviado por A29 eran impresionantes. Las aves parecían actuar bajo alguna domesticación que controlaba sus reacciones. Eran demasiado inteligentes y agresivas para ser las mansas palomas ordinarias que todos conocían.

—Es increíble, Jason. Es extraño que existan palomas entrenadas para atacar. Pero siga.

—Lo lamento, no tengo más nuevas. El oficial Donovan del NSA me ordenó cancelar mi participación. De todos modos, aquí le tengo un dossier del caso. Es todo lo que he podido investigar —dijo Jason, entregándole una memoria USB.

—¿Donovan lo excluyó? —exclamó Welles, turbado. ¿Por qué lo haría? Seguramente tratarían también de dejarlo fuera a él, pero no les sería tan fácil. Decidió seguir utilizando a Jason—. Usted se queda donde está, lo necesito. Espero no quiera perderse el final de esta aventura.

Jason levantó el pulgar y dijo: “Cuente conmigo”. Welles se despidió y salió al pasillo, miró a todas partes verificando que estaba solo y llamó por celular. Al oír contestar ordenó rotundo: “Comiencen la operación de inmediato”. Atravesó un laberinto de corredores y salió del edificio de la CIA, llamó a un taxi y una hora más tarde ingresó en un abarrotado Mall del centro de la ciudad. Mientras miraba los maniquíes con ropa abaratada de Calvin Klein, hizo otra llamada y tras un saludo, susurró distorsionando su voz: “Los espero en la fiesta de los pijamas”.

Capítulo 47
Detenga esa locura, Excelencia

Don Angelo no podía creer que el infalible Benito Cusimano hubiese fallado. “No puedes fallar, Benito, le lanzas una bomba atómica si es necesario”, le había instruido. Pero el fabricante de vinos, el farsante que lucraba vendiendo un falso vino santo, había sido más listo. Sólo el demonio en persona podía ser tan sagaz y desalmado.

Lo exasperó que el bribón dijera en una entrevista por la BBC que mentes enfermizas deseaban suprimirlo porque no soportaban que Dios perteneciera al alma de Francia. El demonio repetía: “El terrorismo árabe es inocuo comparado con la violencia que es capaz de generar el poder de la masonería católica, disfrazada de cordero, que desde un trono usurpado lleva mil años aniquilando a los seguidores originales de Cristo”.

Para don Angelo era demasiada infamia que la televisión difundiera tales sacrilegios. “Maldita televisión, malditos herejes”. Llamó reconciliador a Benito y le escuchó paciente mil disculpas, juramentos de honor, perdones. Habló en tono paternal: “Sé que esta vez nos libraremos de esa lacra, mi muy querido Cusimano, esmérate, no me defraudes”. “*Grazie*, padrino, *grazie*”, respondió Benito.

El padre Scarlatti llegó una hora después requerido por don Angelo. Necesitaba confesarse porque le dolía el alma, dijo al sacerdote. Esta vez no le habló de pesadumbres ni de las molestias ocasionadas por la gota, como había hecho en los últimos días, sino de temores y del “nuevo oficio” a realizar por Benito para erradicar de raíz la eclosión diabólica en Francia. Scarlatti supo de qué hablaba y se estremeció.

—Dios no aprueba las venganzas, don Angelo, no más sangre.

Durante una hora, Scarlatti escuchó cómo don Angelo, con retórica extraviada y virulenta, daba muestras de estar perdiendo la razón. Todo lo aquejaba, la gota, el mal de Parkinson, el odio a la modernidad, a la televisión, a los políticos, a los herejes. No confiaba en sus guardaespaldas, ni en sus capos, tampoco en los católicos fingidos. La sociedad era una mentira, un vertedero de basura. Vivía obsesivo con la inminencia de un armagedón. Estaba seguro que una pandilla de curas canallas quería destruir la iglesia desde dentro y que Satanás vivía en Francia. “Las familias no permitiremos que Italia

caiga en manos de los impíos franceses”. Con ojos dislocados, decía sandeces, estulticias, amenazaba, pedía perdón, clamaba, lloraba. Por último se declaró despreciado porque el Papa nunca tenía tiempo para recibirlo.

—Consiga esa cita con el Santo Padre, me urge seriamente.

—Tenga paciencia, el Santo Padre lo tiene en sus oraciones, don Angelo.

—Bah, se me acaba la paciencia, Scarlatti.

—La paciencia infinita es divina, señor.

Nunca antes Scarlatti había salido tan tenso por escuchar las confesiones de don Angelo. Llegó a la catedral, pensando en Benito. ¿Dónde cometería la próxima matanza? Fue al altar, se postró ante el Santísimo y oró con amargura. Poco después telefoneó al obispo y describió el encuentro con el desequilibrado jefe mafioso y los nuevos planes que acometería el matón Benito Cusimano. Sin perder tiempo, el obispo llamó a su amado confesor del vaticano y contó lo que podría ocurrir en las próximas horas. “Detenga esa locura, Excelencia, Dios nos salve”. Como siempre la calmosa voz del confesor lo apaciguó: “Tranquilo, haremos lo que Dios mande, a todo hombre malo le llega su juicio final”. El obispo escuchó una breve explicación de lo que tendría que hacer y una petición de absoluta reserva.

Sentado junto al gramófono, Don Angelo se deleitaba escuchando un agudísimo crescendo de María Callas cuando sonó su teléfono privado. No le puso atención pero persistió el repique hasta que un sirviente atendió la llamada. “El padre Scarlatti, importante”.

Don Angelo por un momento presintió la estupenda noticia de que el Santo Padre había aprobado la audiencia. De no ser así, tendría que ser menos generoso con la iglesia, cancelaría las mensualidades de donativos monetarios y los servicios especiales. Tomó el teléfono:

—¿Y bien, padre? ¿Ha conseguido la entrevista?

—Usted es un privilegiado. Un secretario del Papa viene a hablarle por el protocolo. Bendiciones.

—Al fin —Don Angelo colgó el teléfono, consagrado y feliz. La voz de la soprano inundaba la estancia en el punto máximo del aria. “Lo he logrado, lo he logrado, alabado sea el Señor”, gritó con fervor.

Capítulo 48
La gente disfruta las descargas de mi otro yo

Entró a la habitación, cuidándose de no hacer ruido. Sintió alivio al ver dormida a Katherina, pues así no tendría que dar explicaciones. Solo deseaba pensar de su encuentro con Marcus. Pero encontró el portátil encendido, movió el ratón y se desplegó la página de su blog.

Katherina había estado escribiendo un largo comentario, dejado sin terminar. "Vivan los filósofos locos que a través de este blog nos dejan saber que el mundo es un manicomio con unos loqueros políticamente correctos que no perdonan la herejía".

Ludovico sonrió y comenzó a teclear: "Cornatel: lo real no se ve", pero borró las palabras. Aún quedaban muchos cabos sueltos como para poder contar su propia historia. Entonces recordó frases de su padre: "De vez en cuando mirad el cielo. Llevamos mucho tiempo buscando nuestras huellas en el piso". Puso un título: "¿Y si Dios existe?".

"Seamos ateos, gnósticos, holísticos, darwinistas o materialistas, pero no unos bellacos ignaros, no perdamos el sentido común. La física moderna ha inventado el Big Bang. Esa gran explosión es como un huevo cósmico original que explotó, ¡pum!, y creó todo, hasta el huevo y la gallina. Parece una broma teórica porque nadie nos explica que pasó con la nada y antes de la nada. No sabemos ni una ostia de la nada ni de la infinitud ni de los cielos por muy imaginativos que seamos proponiendo génesis y ecuaciones lógicas. ¿Quiénes somos? No surgimos de la especulación sino de un acto. Preguntémonos quién creó la nada, la semilla, quién sembró la semilla, quién provocó la implosión, la crisálida, para ofrecernos la maravilla del universo y nuestra existencia. Si no existe un diseño divino, ¿qué diablos existía antes del principio del todo? ¿Cuándo sucedió la primera cópula? Seamos herejes contra la ciencia oficial postmoderna que nos propone un nuevo ilusionismo teórico y adoxografía. Busquemos el arché, nuestro origen, el principio del principio, esté donde esté, sea dios, a pesar de dios, de no-dios, esté en algún ancestro remoto del genoma galáctico, o incubado en la antimateria, ¿qué clase de gracia de amor nos germinó?, la vida, *creatio ex amor* somos. Herejes, no se guarden las evidencias…".

Katherina entreabrió los ojos viéndole escribir. "Quién seas,

Ludovico Prevost, eres una fortuna de hombre". Le encantaba mirarlo de perfil, encorvado sobre la pantalla y observar sus largos dedos golpear las teclas. Podía jurar que actualizaba el blog para lo cual gastaba bastante neuronas promocionando un circo arlequinesco de oxímoron y contrapunteos descabellados. "Sé que mi blog te parece ingenuo y grotesco, pero mucha gente disfruta las descargas de mi otro yo y a mí me agradan los desahogos ajenos, las distopías, hay locuras aleccionadoras", le había argumentado cuando ella en cierta ocasión conceptuó el blog de "desparpajo impropio y provocador". Katherina, al darse cuenta que había herido su susceptibilidad, pidió perdón por ser impertinente y de paso le ofreció artículos suyos para publicar. "Publica lo que quieras, Katty, sal del clóset, dile al mundo cómo piensas, revela tu luz sin hoja de parra, lo sucio y lo bueno". Y así lo hizo ella. Escribió un artículo que tituló "Vivan los mentecatos", en el que agradecía que los mentecatos tuvieran tantas cosas interesantes que decir en el ámbito del Internet. Uno de esos mentecatos anónimos la calificó de "erizo fascista de pacotilla", otros la amenazaron con lapidarla y arrancarle la lengua. Ludovico se alegró del desenlace: "Como ves, la mayoría silenciosa mentecata no perdona a los civilizadores".

—Hola, Lud.

El dijo "muy bien, acabo de ponerle dinamita al blog". Así daba a entender que era una retórica de barricada. Katherina leyó el escrito con desencanto. Era otro aporte al circo, un insoportable panfleto contra la cordura.

—Prevost, nunca estaré de acuerdo con tu actitud antiteórica a rajatabla. A mí me confundes, ¿en qué bando estás? ¿Con dios o con la ciencia?

Ludovico replicó al instante:

—Con la verdad, de donde venga. La verdad te hará libre, es bíblicamente correcto, ¿de acuerdo, colega?

—Digamos, eres el primer ateo que cree en dios.

—¿No conoces la dialéctica? No siempre la razón tiene la razón.

Katherina hizo un mohín y volvió a la cama, dejándolo con las palabras en la boca. Dijo: "Consultaré con la almohada, hasta mañana". Entonces escuchó a Ludovico manifestar los pormenores del plan para el día siguiente, ante todo visitar el castillo en pos de la verdad, ir preparados por si tocaba pernoctar en el sitio. Seguidamente relató la asombrosa vivencia del encuentro con Marcus: "Marcus es digamos un hombre fuera de serie, podemos confiar en él totalmente".

Katherina terminó desvelándose. Cuando lo vio acostado en el sofá, roncando, dejó la cama y entró a internet. Tenía el gmail lleno de mensajes. Uno en especial atrapó su atención: "Gracias, Katherina

Lacoste”. Un remitente llamado Ludovico P. le escribía: “Katty, usted es muy importante para mí, gracias por estar a mi lado”. Katherina se volvió a mirarlo: “Creo que siempre estaré a tu lado, señor Prevost”.

Continuó leyendo los e-mails, muchos provenían de sus alumnos y colegas, la extrañaban y más de uno le confió problemas personales. Llegó al e-mail que tenía vacío el espacio del título. “No subject”. Generalmente los borraba pero esta vez quiso enterarse y encontró un inesperado mensaje: “Los perros no ladran en la iglesia”. Respondió con un: “Loquito, por qué ladras tan feo” y se fue a dormir. Instantes después el mensaje rebotó rechazado.

Capítulo 49
La era Thule estaba por comenzar

Alois von Hutte quería que la ceremonia de asunción matrimonial fuera perfecta. Para consumar su propósito, consiguió que los viejos patriarcas de la secta aprobaran la última de sus extravagancias: la creación de la nueva realeza del próximo Cuarto Reich. Les presentó un argumento sublime: la reina consorte engendraría el vástago que generaría la nueva estirpe universal de alemanes.

Solo hubo una cansada voz discrepante, la de un viejo patriarca.

—No es posible, Gran Maestro, la novia no tiene una gota de sangre azul.

—Eso no importa, gran señor, lo haremos por decreto, somos la ley —aseveró el gran maestro y los demás asintieron, inclinándose reverentes.

Para Von Hutte, el voto de los magnos ancianos significaba mucho; no solo por haber sido antiguos amigos y acólitos de su padre, sino porque eran gente de ilustración y dinero en quienes podía confiar. No obstante, sabía que en Thule la majestad del poder no la otorgaba la simpatía aquiescente del vejestorio fundacional, algunos de ellos escleróticos, sino la imperceptible influencia de las antiguas familias alemanas, dueñas de un cuarto de los capitales mundiales, ilusionadas con la filosofía imperial exclusivista que él encarnaba. Algún día no solo conocería a esos alevosos capitalistas que no daban la cara, sino que los convertiría en monigotes de sus caprichos.

Reunidos a puertas cerradas, los ancianos felicitaron al gran maestro por los éxitos alcanzados: grandes ganancias netas globales, afortunadas operaciones en las bolsas del primer mundo, conciliábulos para defenestrar el dólar, infiltraciones exitosas en los engranajes de poder del enemigo islámico, asiático, hebreo y anglosajón, pero especialmente aplaudieron al verlo enfatizar la "batalla ganada" contra el anticristo en suelo español. Dejó para el final la noticia esperada, que llamó "el necesario *casus belli* de la cruzada purificadora". El corazón de los presentes dio un agitado pálpito al escucharle: "Los santuarios de los demonios serán convertidos en escombros, he ordenado volar la Meca y el Muro de los Lamentos". Los "!bravo!" y las congratulaciones fueron al unísono. La era Thule estaba por comenzar. Von Hutte se sintió Dios mismo.

Fue el mayordomo quien al besarle la mano dijo a Ludmila que sería una zarina, la suprema matrona de la nueva Alemania. La rusa ni siquiera conocía tales palabras. El mayordomo tuvo que explicarle que sería reina, emperatriz, algo por el estilo. “Cómo se le ocurre, ya no hay zares en Rusia”, dijo ella echándose a reír. “El taumaturgo le ha asegurado al gran maestro que su belleza es prueba de nobleza, princesa”, explicó el mayordomo y la dejó sola.

Había estado todo el día rodeada de esteticistas, modistas y sirvientas, probándose trajes, zapatos, diademas, joyas. Ahora que estaba sola, se le ocurrió tomar en serio el papel de zarina. Supuestamente las reinas eran intocables. Aún no le había dicho el sí al loco que la quería desposar. Llamó al mayordomo y expresó que deseaba ver a su futuro esposo. Minutos después tenía a Von Hutte regocijado a su lado, besándole la mano que mantuvo sujeta.

—¿Qué quiere la princesa? A tus pies.

—Espero que usted sea el mejor esposo del mundo, mi señor, si es verdad que me ama —dijo Ludmila con tono austero y retiró la mano. El, asintiendo, la besó en la mejilla y se marchó feliz diciendo para sí “gracias a dios”.

Al día siguiente todo estaba listo para la gran ceremonia. Von Hutte se sentía flotar en excitaciones jamás sentidas. Finalmente podría poseerla. Ordenó a los guardaespaldas no seguirlo y bajó por unas escaleras secretas que conducían al sótano. Entró al santuario, como le llamaba a la espaciosa estancia donde solo él podía estar. Por unos vitrales penetraba la luz de la tarde. Se acercó a una pared pintada de negro y descorrió la cortina que ocultaba una gigantesca cruz gamada de oro. Entonces pensó en Ludmila, desnuda, atada a la cruz, devorada por su apetito de minotauro teutónico, finalmente viviría el momento consagrado de la lujuria, la fantasía que lo haría el rey de los hombres.

Capítulo 50
Batalla de demonios

La fama no cambió mucho a la mesonera Marie Lafargue. Había ganado dinero como heroína de un evento de terrorismo, vestía elegante y la calificaban de “gran periodista”, pero seguía siendo la misma provinciana parloteadora y coqueta. Visitaba con frecuencia el mesón donde la gente concurría a conocer la verdadera historia del italiano matón y donjuán, misteriosamente desaparecido, a quien ella describía como un “sexófago latino muy ocurrente” que se valía de las infelices mujeres faltas de marido para ejecutar crímenes de lesa humanidad, en realidad con la pretensión de “ser más famoso que Bin Laden matando por matar”. A una turista que le preguntó: “¿Qué tal el tipo en la cama?”, le contestó que el cerdo la había violado “con salvajismo imaginativo”, provocando carcajadas entre los presentes.

Cada vez que contaba la historia la cambiaba ingeniosamente, técnica que le servía para no gastar el mito del amorío de la pobre camarera seducida por un terrorista casanova. A otra turista de preguntas pícaras le dijo que se acostara con algún terrorista si quería conocer animales bien dotados y experimentar orgasmos superiores. Esta vez dos turistas, con musculosos brazos tatuados, le preguntaron si quería venderles la historia. Se presentaron como socios de una compañía de producción de vídeos para la televisión. “Vuestra historia sería un fenómeno de taquillas”, dijo uno entregándole una tarjeta de presentación. El otro la invitó a llegarse al hotel donde se hospedaban, si decidía hacer negocios y ganar plata a chorros. Al verlos partir, la mesonera brincó de alegría y contó a los empleados que dios le había regalado patrocinadores. Adoraba el mundo del cine.

Esa noche se puso un vestido que realzaba sus atractivos femeniles, llamó a los patrocinadores para aceptar la propuesta y acudió al hotel. Justo ante la fachada del edificio, se aproximó un auto negro y reconoció a los patrocinadores. Había otros dos caballeros, uno de ellos se bajó, sacó una pistola y la empujó al interior del carro. Una manaza ahogó el grito de la mujer, que miró aterrada a la persona que tenía sentada a su lado en el asiento trasero del auto.

—Te extrañé, madame —dijo Benito Cusimano con su peculiar tono dulzarrón. Al instante, la mesonera sintió un pinchazo en el brazo y se desvaneció.

Marie despertó maniatada y amordazada, con Benito delante

clavándole una mirada de desprecio. Vio que tres hombres fornidos se retiraban de la habitación, cuyas ventanas habían sido tapadas con cortinas. Miró en derredor horrorizada.

—Necesito tu ayuda, amiga. Te aconsejo que colabores, esos hombres son unas bestias, quieren violarte y hacerte carne molida. En cambio, sabes bien que no abuso de las mujeres.

El lazo de la mordaza no la dejaba hablar y Benito lo arrancó de un tirón.

—No me hagan daño, hago lo que digas —dijo la mesonera con voz temblorosa.

—No te pasará nada si te portas bien. Te lo prometo.

Benito la desamarró, ofreciéndole una lata de soda. Le apartó los cabellos que le caían sobre la frente y dijo suavizando la voz:

—Estás tan guapa como siempre, Marie. Te he visto en la tele, me encantan tus historias.

La mesonera bebió el refresco y volvió a decir suplicante "no me hagan daño". Benito le dio su palabra de caballero que mantendría a raya a los sicópatas que le hacían compañía.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Marie, entrecortada.

Entonces recibió una serie de instrucciones. Si cooperaba, la dejaría libre, sin un rasguño y recibiría dinero limpio.

—Estamos aquí por Satanás, ¿comprendes?, tú no importas, queremos a Rocheford —dijo Benito endureciendo el tono—. Necesito saber todo sobre ese miserable, habla todo lo que sabes.

Y Marie habló. Describió un palacio con pinturas en los cielorrasos y columnas de oro; resaltó los gustos del hombre: "El Maestre, como le llaman, es un místico, enciende incienso y canta cuando contacta a dios, se sabe los evangelios de memoria, siempre se perfuma…". Hiperbolizó cuántas personas lo protegía: "todo un ejército lo cuida, mastodontes vestidos de SS y escoltas que visten raro, llevan cruces en la ropa, tiene consejeros, y los perros…"

Tras hacer una pausa, Marie prosiguió: "Lee mucho, libros raros, de metafísica, colecciona pinturas, tiene caballos de carrera, le gusta tomar vino, adora a su hijo y su nieto y sabe tratar a las mujeres, me regaló flores y una biblia con letras doradas. Es galante, empático, florístico".

—¿Quién te enseñó esas cochinas palabras? —intervino Benito al verla suspirar—. Ándale, sigue.

—Me llevó a ver las vides, me habló de la historia antigua del pueblo, lo vi orar arrodillado, allí hay una capilla y…

—¿Qué dijo de mí? —la interrumpió Benito, hoscamente.

La mujer sollozó, temerosa.

—Dijo lo que dicen todos, que eres malo, un terrorista, que dios te castigaría.

—Mentira —gritó Benito, encrespando la voz.

—Dijo también que tienes huevos —balbució la mesonera—. Ordenó a sus hombres que te buscaran y llevasen ante él, vivo. Está furioso, quiere saber quién eres, quién te contrató. Por eso me persuadió a usar palabras fuertes contra ti. Perdóname.

Benito crispó el rostro. No sabía si creerle.

—Si mientes, te va a pesar, Marie.

Llamó a los legionarios y ordenó que no le quitaran el ojo. "Si intenta escapar, la matan, esa *putana* no sirve". Salió a fumar muy nervioso al patio de la casa que había arrendado en las afueras del pueblo, a pocos kilómetros de la Viña del Señor. Pensó en lo contraproducente de mantener demasiado tiempo a la mesonera fuera de la vista pública. Solo tenía unas horas para actuar. Entró a la casa dispuesto a convencerla a las buenas o las malas. Le habló duro:

—Madame, ahora llama al demonio vinatero y le pides una cita urgente. Inventa algo, que una revista te pidió un artículo. Iré contigo. Si me fallas te mato y mis colegas van a darse gusto degollando a tu familia.

—No funciona así, siempre manda gente a buscarme.

—Llámalo, adelante —habló Benito, áspero.

Un legionario le pasó el móvil que le habían quitado. No le quedó más remedio que llamar, cohibida, y el señor de los vinos aceptó un encuentro, encantado de poder verla de nuevo: "La espero, mademoiselle, tengo muchas cosas que contarle".

Al terminar la llamada, la mesonera no comprendió la repentina euforia de sus raptores. Tan pronto Benito exclamó triunfal "¡ya es nuestro!", todos salieron de la habitación y la mesonera se preguntó qué pasaría con ella, solo podía escuchar conversaciones exaltadas, cantos y trasteo de objetos. De imaginar lo que sucedía del otro lado de la pared, habría temblado horrorizada. Los cuatro hombres, tras pactar con la muerte y cantar una marcha de la Legión, coordinaron un ataque relámpago e inspeccionaron satisfechos sus fusiles automáticos, granadas y explosivos. El plan de combate contemplaba la inmolación personal, debido a la desventaja numérica y bélica, pero juraron ser mártires, antes que vencidos. No obstante, disponían de un van blindado equipado con ametralladoras, lanzallamas y un espolón delantero con el que pretendían romper la tapia y derrotar las huestes demoníacas.

Cuando llegó el momento, Benito abordó un auto robado con la mesonera a su lado.

—Tranquila, que es solo una visita —dijo Benito al notarla asustada.

—Es imposible, allí no puede entrar nadie sin permiso.

—Tranquila. Usted le dice que soy periodista, convénzalos.

—Es imposible, lo sé.

—Nada es imposible para dios, amiga mía, vamos de la mano de Dios —alegó Benito, fríamente—. Usted colabore, o de lo contrario moriremos todos.

Caía la tarde. Benito enfiló el auto por la carretera que lo llevaba directamente a la Viña del Señor, seguido por el Van. La mesonera comenzó a orar en voz baja.

En París, el jefe de la policía secreta francesa tomó el teléfono para atender la llamada urgentísima del secretario de la presidencia. “Sí, señor, ya comenzó el operativo”, afirmó mientras miraba la consola que mostraba mapas, vistas de GPS, cartelas con diálogos y tiros de cámara satelitales. En una pantalla vio a las fuerzas especiales de la gendarmería abordar varios helicópteros y consultó la hora. “Creo que estamos a tiempo, lo mantendré al corriente”. Escuchó que cortaban la llamada tras un “acábelos pronto” y pensó en las tensiones que había provocado la detallada información clasificada ofrecida por el gobierno italiano acerca de una conjura terrorista contra Francia. En realidad una fuente anónima, según los italianos, era la que tenía que ver con el descubrimiento del execrable propósito. Había que agradecérselo, sin dudas. Nuevamente el blanco escogido era el enclave del excéntrico millonario ultra separatista dueño de la Viña del Señor, un hombre obsesionado con la idea de proclamar la república de Occitania, separada de Francia, una aspiración que consideraba basada en el derecho divino y la reivindicación de soberanía ancestral templaria y cátara. ¡Qué locura!

De repente, en el sistema de altavoz de la sala rugió la voz sobresaltada del jefe comisionado para ejecutar la operación por tierra y aire contra el cuartel templario.

—Jefe, tenemos a la vista una refriega con armas de fuego, ¿qué hacemos?

—Procedan, tomen ese sitio de inmediato.

El auto de Benito Cusimano había sido interceptado al llegar ante el enorme portón forrado con planchas de acero del palacio de la Viña del Señor. Varios guardias armados le salieron al encuentro.

—Estoy invitada por el señor Rocheford —dijo la mesonera al celador que los miró desconfiado.

—Solo usted ha sido autorizada, retírense —dijo otro guardia, crudamente.

—Necesito pasar con mi colega, llame al señor Rocheford para que autorice —insistió la mesonera, sintiendo la pistola de Benito en un costado.

Benito miró por el retrovisor esperando que apareciera el van;

en su lugar, temió haber caído en una celada: hombres con pasamontañas vestidos de negro comenzaban a cercar el auto aproximándose lentamente con las armas listas. Volvió a mirar por el retrovisor y ya el van venía a gran velocidad. Los guardias, sorprendidos con la nueva situación, reaccionaron apartándose un poco. Fue el momento que aprovechó Benito para salir del auto disparando a quemarropa, haló a la mesonera, abracándola como escudo y arrojó una granada. La explosión y el grito de cuerpos destrozados se mezclaron con un nutrido tableteo de ametralladoras. Los guardias buscaron donde resguardarse tratando al mismo tiempo de detectar al francotirador que los estaba acribillando desde un flanco.

Justo en el momento que el van chocó contra el portón, provocando un gran estrépito, Benito lanzó otra granada contra la casilla de control de acceso derribando a dos guardias allí parapetados. Empujó a la mesonera al follaje de un parterre y corrió al van. Al abordarlo, arrebató el timón al conductor y dio reversa. Pudo desclavar el espolón de la puerta y maniobrar bajo una lluvia de balas. El legionario gritó como un loco accionando el lanzallamas y el botón de las ametralladoras sincronizadas que vomitaron ráfagas en todas direcciones.

Ya Benito se disponía a dar una nueva arremetida contra el portón cuando escuchó el ruido inconfundible de los helicópteros y las sirenas de la policía. “Diablos, ¿qué hace aquí el maldito gobierno?” Aceleró estrellando el van contra el portón. Había conseguido rajar una de las planchas y pidió al legionario que lo cubriera para poder escabullirse por la brecha. El legionario nuevamente apretó los botones para disparar pero no pudo, ya estaban agotadas las municiones; salió del van abriendo fuego en abanico con su metralleta, gritando frenético “mueran los demonios”, hasta que un gendarme francotirador acalló sus gritos, traspasándole el cuello con un balazo. Los otros dos legionarios arremetieron por los flancos y pudieron entrar a la propiedad, pero al avanzar se abrieron las trampas y cayeron en zanjas con púas.

Desde un bunker de seguridad soterrado, Rochefort, impertérrito, rodeado de sus allegados, observaba en la pantalla de un ordenador portátil lo que ocurría a su alrededor. Descubrió a Benito que se movía a rastras intentando ocultarse entre los arbustos de la alameda del palacio. Centenares de gendarmes de la Police Nationale eran enfrentados a balazos y cuerpo a cuerpo.

—¿Quién es ese individuo? —preguntó Rocheford, señalando a Benito. Pero nadie pudo identificarlo—. Es intrépido, obviamente un buen guerrero.

—Debe ser uno de ellos —dijo su hijo Jean Pierre.

—No creo, este hombre es un asesino contratado. Viene por mí, déjenlo pasar.

Cuando Benito Cusimano pudo romper la cristalería y entrar a uno de los salones del palacio, observó destrozos por todas partes. Pensó si realmente había servido de algo que sus compañeros hubiesen ofrendado sus vidas en una batalla perdida. Ahora le importaba un bledo la Viña del Señor. Sintió asco de sí mismo. Sin dinero, perdedor, sin gloria, sin amigos y perseguido, ¿qué le podría ofrecer al amor de su vida? Además, don Angelo no perdonaba a los inútiles. Tendría que escapar de la vendetta. Pero adónde ir. De un momento a otro llegaría la policía, sería el fin. De todos modos, antes intentaría cumplir la misión, era su destino, cosa de honor. Se recogió el bajo del pantalón en su pierna izquierda donde ocultaba una funda y empuñó el pistolete especial cargado con balas de plata, lo único que según le dijeran servía para exterminar seres diabólicos.

Arma en mano, caminó por el salón mirando las pinturas del cielorraso. “La mesonera tiene razón, son figuras bonitas”. De pronto tuvo la impresión de que no estaba solo y se dio vuelta. La amenaza provenía de un anciano de desafiante donaire que blandía una corta espada, todo vestido de negro. Enseguida reconoció al demonio y apuntó con la pistola.

—Soy la persona que usted quiere asesinar —vibró la voz del anciano—. Pero no lo conozco, ¿quién lo envía?

Benito miró alrededor, asegurándose de que estaban solos.

—Soy Cusimano. Tengo que matarlo, por mandato de dios.

—Hágalo, pero ¿quién es mi enemigo terrenal? Conceda el deseo al que muere.

—Está bien —Benito dejó de tensar el gatillo. Ahora poco importaba hacerle revelaciones a un muerto—. Vengo de Italia, usted es el mal, dice mi padrino. Usted es el más grande enemigo de Cristo y del Santo Padre. Usted…

La mueca de asco del anciano enmudeció a Benito.

—Así que eres una rata de ellos, un mercenario del Vaticano —retumbó Rocheford y levantó la espada—. No soy enemigo de Cristo, imbécil, sino de los rufianes que alquilaron tu sangre fría

—¿Cómo se atreve?

Benito miró de nuevo alrededor, temeroso de una trampa. Seguro estaba en la mirilla de un francotirador. Pero qué rayos, era el destino. Apuntó al pecho del demonio. Iba a disparar cuando escuchó la voz de la mesonera: “No lo mates, por favor, no más muertes”. La miró con sorpresa, contento de que estuviese viva y aminoró la presión sobre el gatillo del arma. Fue tan solo un instante, un zumbido se deslizó por el aire, la espada arrojada por Rocheford alcanzó su pecho, del lado del corazón. Pero antes de desplomarse, Benito

disparó. La bala de plata atravesó la frente del anciano templario, abatiéndolo. La mesonera, parada bajo la inmensa cúpula pintada con santos, vírgenes y serafines, se llevó las manos a la cabeza y gritó horrorizada. En ese momento llegaron dos hombres con capas oscuras que, sin mirarla siquiera, cargaron deprisa el cuerpo de Rocheford y se fueron. De una sombra surgió alguien que ella conocía, cubierto con un manto negro, un hombre poderoso, el gentil señor Jean Pierre, el príncipe; con paso firme se acercó al cuerpo de Benito y lo escupió: "El infierno te espera, filisteo". Luego la miró con desprecio y abandonó el lugar precipitadamente.

Un poco más tarde los gendarmes encontraron a la mesonera hablando sola junto al cadáver de Benito. Un oficial de las fuerzas especiales, observando en derredor, mientras se comunicaba por un radio teléfono, informó a su jefe en París: "Encontramos al terrorista italiano muerto, comandante, le clavaron una espada, todo está bajo control". "¿Una espada dices?", contestaron desde París. "Correcto, jefe. Hemos aniquilado a la secta". "¿Y qué pasó con el líder?". "No está entre las bajas, ha desaparecido, pero tenemos sellada la propiedad, lo encontraremos". La voz desde París maldijo y resonó como trueno: "Entonces la secta no ha sido aniquilada, capitán, termine el trabajo, atrape a ese facineroso".

El oficial dio un par de órdenes a sus hombres y se acercó a la mesonera que seguía sollozando. "Señorita, me puede decir qué pasó aquí". Ella sin ánimo levantó la cabeza y respondió con voz entrecortada: "Aquí hubo una batalla de demonios, ¿no se da cuenta?". El oficial no habló y miró arriba, solo se dio cuenta de las admirables pinturas del techo y desplazándose a otro salón volvió a dar órdenes de que no dejaran escapar al líder de la secta.

Capítulo 51
Era un gran día

Era un gran día para don Angelo. Ordenó engalanar la villa y escogió un traje blanco para acudir a la entrevista con el emisario del papa en la catedral. Solo le fastidiaba que el emisario rehusara visitarlo previamente. ¿Cómo podía alguien ser capaz de hacerle un desaire?

Sin embargo, a Scarlatti le resultó fácil convencerlo de aceptar las reglas del protocolo por esta vez, pues si lo pensaba bien, el encuentro en la catedral, a puertas cerradas, *secretum colloquium*, después de una misa, lo había prescrito el mismísimo papa y, por tanto, sería un "acontecimiento histórico". Las campanas retumbarían en Italia y Dios sería testigo.

El hombre pequeño y enjuto, vestido de sacerdote, que desde un óculo del campanario vio llegar la comitiva de don Angelo en hora, ni siquiera recordaba como rezar el padrenuestro. No se preocupó por el enjambre de escoltas que salieron rápidamente de dos limusinas negras para componer un cinturón de protección en torno al flemático magnate de traje blanco que al apearse fue objeto de saludos y aplausos por las personas que concurrían a misa.

Don Angelo respondió sonriente con inclinaciones de cabeza y comenzó a subir las escalinatas. Los principales esperaban en la puerta de la catedral: el padre Scarlatti, el alcalde, miembros del gobierno local, representantes de las organizaciones altruistas y deportivas fomentadas por él, periodistas, religiosos que no conocía. Distinguió al sacerdote que había comparado con un arcángel. Nadie le había dicho que estaría allí. Qué extraño.

De pronto comenzaron a doblar las campanas. Don Angelo se detuvo, algo sorprendido. ¿Por qué campanas? Como todos, miró hacia la torre del campanario. Pudo descubrir una presencia en un ventanillo de la torre. También vio el fusil que le apuntaba. "Rayos". Abrió desmesuradamente los ojos y calculó vanamente que tendría tiempo de esquivar la bala. Fue único testigo del fogonazo y el plomo penetró en su entrecejo. Nadie escuchó la estampida, los campanazos no cesaron hasta que el cuerpo de don Angelo rodó como una pelota por la escalinatas.

El sacerdote pequeño y enjuto dejó el campanario corriendo escaleras abajo; llegó a la misa que seguía su curso, a pesar de que en

el exterior se podía escuchar gritería y lamentos. Se arrodilló en un reclinatorio y fingió murmurar oraciones. Algunas personas aglomeradas en la puerta de la iglesia gritaron “¡mataron a don Angelo!”, sonaron las sirenas de la policía, pero el arzobispo no detuvo el sermón por la salvación de las almas, no existían razones para hacerlo, porque era un gran día.

Capítulo 52
Ellos están detrás de todo

La escena en televisión no podía ser más reveladora: grandes llamaradas devoraban el palacio de la Viña del Señor. Un reportero narraba con énfasis dramático lo sucedido: “Aquí en la guarida de la secta más peligrosa de Francia hubo una curiosa batalla con fusiles, lanzallamas y antiguas espadas” y mostraba los estragos: vehículos agujereados por disparos, un van empotrado en el portón de entrada, decenas de cadáveres, heridos y arrestados. Aún los helicópteros de la gendarmería sobrevolaban el área buscando prófugos.

Señalando a uno de los sectarios caídos, un periodista manifestó: “Como pueden ver, esta gente peleó con espadas y, vestían con batas negras, se creían herederos de los templarios, al parecer los masacraron”. Un historiador entrevistado comenzó a ofrecer detalles: “La capa negra con la cruz aspada no fue la vestimenta común de los templarios, a estos es mejor adscribirlos a la rama liberal, opuesta al dogmatismo católico, eran los templarios negros, toleraban incluso el islamismo, Roma los quería quemar a todos”. El jefe de la operación de asalto no había querido hacer comentarios perseguido por una bandada de periodistas preguntones que repetían: “¿Hay noticias del jefe de la secta?” La estrella del momento, la mesonera que milagrosamente estaba a salvo, acosada por cámaras y micrófonos, solo pedía que la dejaran en paz.

—Dudo que el líder haya escapado, su Altísimo —dijo Solanos al Santo Padre por teléfono, mientras miraba las escenas televisadas.

—Es nuestro enemigo, Solanos, pero ha sido un exceso de violencia innecesario. Lo desaprobaré públicamente. Tenemos amigos indignados con esto. Ambos sabemos que estos muertos serán mártires, los separatistas templarios serán la pesadilla terrorista del futuro.

—Santo Padre, investigaré este suceso a fondo. Dios nos salve de esa pesadilla.

—Amén.

El Santo Padre murmuró algo que Solanos no pudo captar y colgó el teléfono. Al momento, sonó de nuevo el móvil, pero esta vez resultó una llamada indeseable.

— ¿Alguna novedad, hermano?

—Sí —dijo Solanos abruptamente—. ¿Ha visto las noticias?

Espero no le eche la culpa a los americanos.

—Por supuesto que sí, ellos están detrás de todo.

Solanos no quiso escuchar más y cortó la llamada. Tomó aliento y miró una imagen de Cristo que tenía detrás de su escritorio. “Dios, líbrame del mal, perdona mis pecados, ilumina mi camino, aléjame de los conspiradores…”

Siguió sonando el teléfono pero no hizo caso. De rodillas, ante la imagen de Cristo, se preguntó cómo podía escapar de la telaraña que lo había atrapado, y lloró.

Capítulo 53
La Obra

La oficina era un ranchito de adobe y palma en el fin del mundo: austera, de paredes blancas, apenas decorada con la foto del Papa y el retrato de Josemaría Escrivá, el humildísimo santo español que había inventado un método laico para amar a Dios de la mano de la Iglesia católica, llamado La Obra.

El milagro había sobrevenido ante la ofensiva atea por imponer la materia maculada y el cismático *New Age*. Fe, caridades y donaciones transformaron el nuevo llamado de Cristo, promovido por Escrivá, en salvaguarda del espíritu, en nuevas puertas abiertas al paraíso, sin que las torceduras del pecado fueran un imperdonable pasaporte al infierno.

Los católicos volvieron a las fuentes puras que Roma les ofreció con democracia y modernidad. La Inquisición se volvió olvido sustituida por un nuevo tipo de monitoreo militante: el Opus Dei, la organización más enigmática y poderosa del cristianismo.

Pero el Opus Dei no tenía templos, sino oficinas caritativas y casas de oración diseminadas por todo el mundo. Quizás la oficina más pobre de todas era esta del norte de México, cercana a la frontera con Arizona. Un cartel encima de la puerta anunciaba: "Centro católico de ayuda divina". Cada viernes la oficina repartía cuotas de alimentos, crucifijos, catecismos y sermones del papa. A veces abría aplicaciones de empleo temporario para servir en los cultivos del otro lado de la frontera méxico-norteamericana. No cobraba por ningún servicio, ni siquiera por las peligrosas mediaciones entre bandas dedicadas al trasiego de migrantes ilegales.

El joven gigante, güero, mudo y huérfano, Emiliano Sansón, encargado de la oficina, era visto como un santo, vestía con harapos, no tenía mujer, dormía en el suelo y le amaban por igual los indios y pobres. Pero quería ser sacerdote. Así se lo hizo saber en una carta mal escrita al visitador del Opus Dei, un asceta español de pocas palabras que de vez en cuando llegaba del Distrito Federal con la tarea de recoger los obsequios y donativos de los rancheros ricos de la zona.

El visitador leyó la carta y dijo: "Trataré de ayudarlo, Dios necesita de personas como usted". Sansón emitió un forzado "gracias" guturalmente.

Meses después, el visitador llegó en un carro negro y le explicó que la oportunidad había llegado. "Hombre de Dios, ayúdenos a salvar

al hijo único de nuestro principal donante, secuestrado por los narcos, demuéstrele sus habilidades a la Obra".

Para Sansón, el llamado de Dios tenía muchas formas. Odiaba a los narcos, así que Dios simplemente lo autorizaba a emprender algún tipo de misión purificadora. "Cuente conmigo, padrecito", decía la nota que le entregó al visitador.

Días después, en la noche, una sombra gigantesca apareció en el campamento de los narcos y puso el puñal en la garganta del jefe. Lo acompañaban indios encapuchados armados con escopetas que encañonaron al grupo de asustados traficantes y los despojaron de las armas, liberaron al chico encadenado y se lo llevaron. Sansón miró con desprecio la cara crispada del jefe narcotraficante, sus ojos enrojecidos, la dentadura podrida, el aliento a alcohol y tabaco, y le escuchó una intolerable amenaza: "Seas quien seas la vas a pagar, hijo de la chingada, nadie se mete conmigo, cabrón". Entonces el narco percibió un chillido, el brutal sopapo que lo atontó y sintió como una enorme fuerza lo sacaba en hombros del campamento hacia la noche. Sansón lo llevó cargado por espacio de un kilómetro hasta el borde de un barranco y allí lo levantó en peso, sordo ante los gritos de súplica. Estaba seguro que Dios lo estaba observando complacido y arrojó el cuerpo al vacío.

Sin embargo, el premio no fue el sacerdocio. El visitador le dijo que por un tiempo Dios lo requería en la hueste de arcángeles que se enfrentaba cada día en el cielo y la tierra a los enemigos de la iglesia. Ambos viajaron juntos por distintos países, fundando oratorios y redimiendo y captando almas, hasta que Sansón fue cultivando un sentimiento muy dulce y especial hacia el visitador, a quien miraba como si fuera un padrastro. Y en cierto modo lo era, porque el visitador se esmeraba en tratarlo como un monaguillo mimado. "Dios te devolverá el arte de hablar, hijo mío", le prometió y la Obra pagó una cirugía que al menos le facilitó comunicarse elementalmente; vivía feliz consagrado a los mandatos de dios y a las peligrosas misiones encomendadas por el bienamado padrastro, como cuidar clérigos y predicadores, custodiar propiedades y cajas fuertes, y mediar con "coyotes" y traficantes de drogas. Un día lo trasladaron de la frontera colombiana-venezolana a España, donde le prometieron la definitiva consagración.

Ahora tenía que cumplir la peor misión de su vida: seguir cada paso del hijo del diablo y de ser necesario ampararlo; cuando llegase el momento le dirían qué más hacer. Se preguntó por qué mejor no destruirlo de una vez, mientras seguía a Ludovico y Katherina por una de las callejuelas del Bierzo de Cornatel. Los vio llegar ante la estatua de una mujer que oraba, donde se detuvieron a charlar. Consideró que si se acercaba un poco podría escucharles inadvertidamente, pues

pasaría como uno más de los turistas que comenzaban a llenar la plazoleta. Se fue acercando hasta que sus ojos chocaron con la mirada penetrante de otra persona, parada del otro lado de la estatua. Tenía una paloma posada en el hombro y sujetaba un bastón. Sansón desvió la vista y fingió interesarse por la belleza artística de la estatua.

Minutos después, sintió un aleteo de palomas a sus espaldas y se volteó. Tenía la mirada penetrante a menos de un metro ante sí. "Hola, amigo, bienvenido a Cornatel, soy el guía de turismo. ¿Si gustáis conocer la historia del pueblo, estoy a vuestro servicio".

La respuesta brotó ronca, machacada, gutural, con deje mexicano: "gracias, señor, me basto solo".

Sansón se apartó de los turistas que se agrupaban ante la estatua y salió de la plazoleta por una calle transversal. Se detuvo para mirar hacia atrás y maldijo. El guía no le quitaba los ojos de encima. "Cabrón metiche", se dijo con rabia. Trató de ubicar a Ludovico, pero ya no estaba. No podía perderlos de vista. Regresó de prisa a la plazoleta, pasando junto al guía que seguía clavándole los ojos y pudo divisar a la pareja internándose por un camino rústico de tierra y gravilla. Leyó el cartel instalado al final de la plazoleta: "Camino del bosque. Visite el castillo de Cornatel". Sin importarle si lo veían, tomó el camino del bosque.

La pareja se había distanciado bastante y Sansón apresuró el paso. Delante se abría una quebrada cubierta de neblina y se escuchaban voces. Supuso que eran turistas. "No se me pueden escapar". Aceleró las zancadas para no quedarse rezagado y al fin los avistó en una subida del terreno. Llegó rezongando hasta lo alto del camino, pero la densa niebla lo cegó. Dio unos pasos y se detuvo al notar una presencia.

El guía surgió de la niebla, cerrándole el paso.

—¿Qué buscáis? No es aconsejable que los turistas anden solos por estos caminos, hay muchos asaltantes —dijo el guía, en tono amable.

"Te vas a arrepentir, pinche desgraciado", pensó el gigante; carraspeó emitiendo una frase atropellada que el guía no entendió.

—¿Por qué sigues a esa pareja? ¿Quién eres? —preguntó el guía, seguro de que tendría que confrontar a un troglodita. Estudió al adversario. Escondía un arma blanca en la bota y probablemente llevaría un arma de fuego en el morral.

El gigante estaba demasiado confiado de que bastaría la fuerza para moler al entrometido. Y en pose de luchador extendió los brazos para descalabrarlo de una vez. Lo que observó fue una forma que se deslizó a un lado de un salto. Giró la cabeza para seguir el movimiento y desconcertado lo escuchó a sus espaldas.

—¿No me vas a decir quién eres?

Un gruñido exasperado fue la respuesta. La neblina los envolvía. Sansón atacó con los puños, pero una y otra vez falló. Fue el guía quien buscó ahora el contacto físico. Saltó sobre el gigante desplegando el canto de su mano como una maza. Sansón sintió un golpe que sacudió su cabeza y otro golpe punzó sus costillas. Rugiendo, enganchó el brazo del guía y haló violentamente. Usó el codo para golpear mientras intentaba anudarle los brazos. Pero se dio cuenta que la bestialidad de sus golpes era insuficiente ante una fuerza y estilo de pelea que lo superaban. Tenía al maldito guía anillándolo como una serpiente, asestándole golpes que le infligían un dolor nunca antes sentido.

Sansón se apartó de los agarres del guía, sofocado. Sacó un puñal de la bota y con una súbita maniobra lo arrojó al pecho de su oponente. Pero ya el blanco se había escabullido. Desapareció en la niebla y reapareció a su lado. Era un movimiento tan sincronizado, rápido y perfecto que temió estar frente a un ente sobrenatural.

—Dime quién eres o mueres —dijo el guía, levantando el morral arrebatado a Sansón como prueba de triunfo.

—¿Y quién eres tú? —sonó la voz gutural y fatigada del gigante.

El guía se aproximó hasta poder ver los fieros ojillos que lo odiaban.

—Soy Marcus, guía de turismo, velador perpetuo del castillo de Cornatel, hijo de dios, ángel de la guarda de los hombres buenos, caballero mayor de...

No pudo terminar la frase; el gigante se abalanzó, bufando como toro y moviendo sus manos como garrotes. El guía esquivó el ataque y tiró el morral. Entonces cerró sus puños y usó todo su poder. Dirigió el golpe devastador sobre la sien del gigante, quien se tambaleó y cayó.

Se acercó al cuerpo que se movía con espasmos.

—Ahora me dices quién eres, o mueres.

El caído habló, pero el guía solo escuchó un vago tartamudeo.

—Habla fuerte, extranjero.

Entonces captó claramente las palabras.

—Soy un misionero de Dios.

—Eres un misionero de la bestia, desgraciado.

El guía lo levantó en peso, arrojándolo contra las peñas. “Eres como todos, la muerte”, rumió y se acercó jadeante al gigante que apenas respiraba. Arrastró el cuerpo a la espesura, lo más lejos posible del camino. “Regresaré por ti”. Iba a marcharse cuando recordó el morral. Descargó las cosas que contenía: una cruz, la foto de la virgen de Guadalupe, una biblia, un móvil Blackberry, la foto de Escribá, una capucha, una túnica blanca, un recibo de hotel. “¿Quién rayos eres, forastero?” Solo se guardó el móvil, echó las cosas al morral y se marchó, internándose corriendo en la niebla.

Muy cerca de allí, Pascal recobró la normalidad al ver partir al guía, después de presenciar con ojos exorbitados, fotografiar y grabar en vídeo, una pelea de colosos. Los había seguido desde la salida del poblado, llegó a perderlos de vista en la neblina hasta que sintió el forcejeo de una lucha varios metros adelante y dando un rodeo encontró el montecillo de helechos que le facilitó ser testigo del hecho que juzgó "extraordinario, santo cielo". Ahora sintió curiosidad por filmar al gigante vencido.

El fotógrafo abandonó el escondite emprendiendo otro rodeo para evitar ser visto. No se confiaba del bosque, menos del silencio. Se acercó con extremo sigilo al bulto humano que yacía en una hondonada fuera del camino, con un morral al lado. Lo tocó, pero no se movió. Le hizo una foto y agachándose le tomó el pulso. El ensangrentado Goliat seguía vivo. Pascal caminó hasta el morral y se lo echó al hombro, de donde también pendía su bolsa porta cámaras. "Bueno, amigo, lamento no poder ayudarte con los primeros auxilios, suerte".

Justo al momento descubrió las dos sombras con pasamontañas paradas a escasa distancia. El miedo lo estremeció, anulando incluso la reacción de gritar o correr. ¿Qué ganaría con intentarlo? Nada.

Cuando los desconocidos, vestidos de negro con cruces colgando del cuello, estuvieron a su lado, pensó que pasaría lo peor. Pero sólo le dijeron en francés que les entregara el morral. En ese momento Pascal vio a otra persona emerger de la bruma y señalar al moribundo.

—¿Quién es él? —le preguntó al que revisaba las cosas que iba sacando del morral.

—Un matón de ellos, sin dudas. ¿Qué hacemos? —Hizo una mueca al mostrar la foto del fundador del Opus Dei.

—Haz justicia, termina con esa rata.

De inmediato se cumplió la orden. El bulto se había movido levemente cuando recibió el disparo con silenciador en la cabeza. Pascal, al ver que se alejaban con el morral sin despedirse, no se pudo contener. Un genuino paparazzi no podía quedarse sin preguntar, nadie lo perdonaría si actuaba como un pusilánime.

—Perdón, ¿ustedes de dónde vienen?

Los tres desconocidos se volvieron. El que parecía comandar clavó una mirada fría en el fotógrafo y respondió:

—Somos peregrinos, ¿te llamas Pascal, verdad? Si aprecias tu vida, mejor no te metas en esta guerra.

"Conocen mi nombre, qué chistoso, de qué guerra hablan", pensó Pascal al verlos desaparecer. Volvió al camino y calculó lo mucho que aún quedaba por recorrer para llegar al castillo. Pensó en la historia, en la fama, en mucho dinero. La vocación definitivamente era más fuerte que el miedo. Resuelto, decidió seguir a los llamados

peregrinos.

Capítulo 54
Se acabó Thule

La tarde desvanecida era de niebla y frío. Anastasios caminó por la pista de aterrizaje hasta la avioneta que había alquilado. La inspeccionó para estar seguro de que técnicamente no existiese probabilidad de fallas. Comprobó que el mecanismo del detonador automático funcionaba correctamente y revisó la tapadera de los bidones cargados de gasolina con explosivos adosados. Había creado una bomba voladora perfecta, capaz de ocasionar la desintegración de cualquier barrio de Munich.

Una hora antes había enviado por correo regular una carta de amor a su esposa en Israel; y luego de dejar un mensaje a su enlace, "No olviden colocar flores en el monumento a Eli Cohen" (3), pisoteó el móvil hasta hacerlo pedazos. Encontró un café donde pagó media hora de internet y escribió un mensaje a su jefe Abrami: "Hoy termino mi trabajo, la paz tiene alas, la fiesta será ruidosa…"

Terminó la inspección y oró junto a la avioneta, con la cara dirigida al cielo; luego se trepó a la cabina colocando el Talmud sobre sus piernas.

Minutos más tarde la avioneta rodó por la pista, a pesar de que la torre de control comunicó a quien la piloteaba que los vuelos se habían prohibido debido a la cercanía de un mal tiempo. Un controlador advirtió al piloto que perdería la licencia si se atrevía a despegar.

La avioneta atravesó la niebla y Anastasios la forzó a una peligrosa trepada vertical, buscando elevarse a la altura máxima que pudiese. La visibilidad era nula. Pero Anastasios puso rumbo al este, voló sobre la ciudad y siguió tomando altura. Lo emocionó la idea de continuar ascendiendo, porque seguramente habría claridad más allá del capote gris de nubes, donde podría ver las últimas luces de la puesta del sol al oeste. Y fue lo que sucedió. La avioneta perforó el techo de nieblas y alcanzó un estrato de cielo limpio. Anastasios miró al oriente y descubrió los resplandores del crepúsculo. Aprovechó la visibilidad para orientarse y ejecutó un giro para comenzar un descenso hacia el objetivo, el lejano puntito iluminado del Olimpo nazi.

Cada año la secta Thule celebraba una ceremonia pública. Incluso recibía alguna atención de la prensa. Para esta ocasión, en

lugar de las acostumbradas críticas, había abundado la propaganda que promovía una llamada “esperanza Thule, el verdadero cambio alemán”. A Von Hutte ya no lo catalogaban de arribista demagogo y lerdo, sino de “atinado político de visión larga, entregado a la causa de promover un nuevo país”. Este año precisamente la festividad en el cuartel general de Thule sería una proclama sobre la necesidad de recuperar la grandeza de Alemania.

El centenar de invitados a la ceremonia, sin embargo, esperaba algo más que un manifiesto político. Sería anunciada la proclamación del líder como Gran Maestro vitalicio, habría una boda con pompa y boato, un concordato ritual solo para elegidos y se conocería la profecía oficial del taumaturgo de la secta.

En un ambiente de gran magnificencia, patriarcas, fundadores y notables ocuparon sus puestos en las plateas del auditorio bajo la cúpula mayor del palacete. Todos miraban hacia lo alto de la escalinata donde se veía la mesa de los escogidos para presidir el acto, detrás de un pódium enchapado en oro. Al fondo figuraba el emblema, un gigantesco estandarte blanco con una espada fulgurante y la cruz gamada negra.

Primero aparecieron los titulados “egregios doctores históricos”, los más ancianos de la vieja guardia, seguidos por varios invitados especiales. Después la bella novia eslava vestida con regias galas levantó una exclamación, y por último se hizo absoluto silencio y todos los presentes inclinaron sus cabezas ante la presencia de Von Hutte, el Gran Líder, el Benefactor, el Grande. Von Hute levantó el puño y enseguida más de cien voces gritaron al unísono: “¡Viva el Gran Maestro, somos el camino!”.

“Hoy es un gran día para Alemania y para nuestra bienamada Thule-Gesellchaft”(4), declaró vibrante Von Hutte desde el pódium y miró envanecido hacia la deslumbrante mujer que en poco tiempo sería la soberana Ludmila Hutte I de Alemania. En ese preciso momento la cúpula del palacio retumbó. Un inesperado avioncito había pasado en vuelo rasante. Ludmila se incorporó, sabía lo que tenía que hacer, bajó la escalinata corriendo y se escurrió por unas escaleras, aprovechando la confusión.

El piloto judío empinó la nariz de la avioneta para tomar altura y consultó el reloj. La rusa sin dudas había tenido suficiente tiempo para escapar, si acaso lo podía hacer. Maniobró para colocarse justamente en el ángulo que mejor lo favorecía para la segunda embestida y dirigió la avioneta contra la cúpula iluminada del palacio.

La colosal explosión provocada por el impacto fue escuchada en muchos kilómetros a la redonda. En un santiamén el palacio había sido convertido en un inmenso hongo de fuego, estallidos y humo negro. El bosque circundante también ardía y los pocos sobrevivientes

corrían despavoridos. No había transcurrido media hora y un helicóptero de la televisión captaba en primicia las imágenes de los restos achicharrados de la secta y la aparatosa ocupación policial del lugar.

Mientras tanto, Ludmila había podido llegar al sótano donde buscó un escondite en un cuarto de servicio. Aún así presintió que estaba en peligro debido a la humareda y el recalentamiento ambiental; sintió dificultad al respirar. Gateó hasta la salida y corrió por un pasillo hasta encontrar una puerta abierta. Entró a un local con poco humo y claraboyas hacia el exterior que facilitaban huir. Apenas dio unos pasos y apareció Von Hutte, pistola en mano. Enseguida reconoció el sitio, el mismo donde el desquiciado alemán tenía la cruz ceremonial de sacrificios.

Von Hutte se fue aproximando con la faz sombría, la mirada desencajada, no llevaba los lentes oscuros.

—Te he estado esperando. Ahora escapemos, mi reina.

La rusa acorralada pensó en que tal vez funcionaría cierta estratagema. Se relamió los labios y se tocó el busto, como una morbosa vampira, como a él le enloquecía.

—No, mi rey, mejor hagamos el amor como te gusta, este sitio me excita. Cógeme en la cruz.

Von Hutte sonrió nervioso, a pesar de la tentación sádica que experimentó. Podía más su instinto de conservación. Se escuchaban pasos y gritos.

—No es el momento para locuras, escapemos.

—Cógeme —dijo Ludmila y lo abrazó. Von Hutte, aturdido, la iba a empujar cuando percibió el milagro, sus genitales reaccionaron. Pensó en la magia del amor, había finalizado la maldita impotencia. Soltó la pistola buscando la boca de Ludmila para besarla, justo cuando la rusa mordió su cuello con toda la fuerza de su mandíbula. Von Hutte gritó con dolor y rabia y la empujó. Su cuello chorreó sangre.

—¿Qué haces asquerosa ramera? Te mato.

Buscó la pistola, pero la rusa escamoteándosela pudo empuñarla primero, lo apuntó y disparó. El alemán se desplomó con la garganta baleada, un espasmo de su mano arrancó la cortina que cubría la cruz de sacrificios.

—Se acabó Thule —dijo la rusa y rompió el cristal de una claraboya; comenzaba a toser asfixiada por el humo que inundaba el local. Al asomar la cabeza, policías que pasaban la ayudaron a salir. No podían creer lo que veían: una mujer hermosa, toda tiznada, con vistosa indumentaria de reina y porte de modelo de pasarela. Ludmila miró en derredor asombrada de que no existiera el palacio. Buscó los restos del avión, pero todo ardía. Pensó en Tadeo. Estaría por allí

hecho cenizas o en el cielo, el sitio donde la vida recomenzaba, como alguna vez le oyó decir. La rusa pidió ver al jefe de la policía, quería contar lo sucedido.

(3) Legendario espía israelí, ejecutado con ahorcamiento en una plaza de Damasco, Siria, en 1965.

(4) En español, “Sociedad Thule”, originalmente “Grupo de Estudio de la Antigüedad Alemana”, secta ocultista y ultranacionalista creada para auspiciar la superioridad étnica alemana, de la cual Adolt Hitler fue miembro.

Capítulo 55
Todos están enfocados en España, por qué

En el cuartel general de la CIA reinaba el desconcierto. ¿Cómo podían ocurrir dos cataclismos terroristas en el lapso de una semana sin una alarma previa? Primero, el ataque de una banda de exlegionarios al santuario de una secta nacionalista en Francia. Posteriormente, el exterminio masivo de una secta alemana extremista. La prensa más escandalosa y mordaz no podía ser al proyectarse respecto a los hechos: "¿Para qué sirven nuestros costosos think tanks antiterroristas? Después de Alemania, ¿a quién le toca?". A Welles, en una cáustica llamada telefónica, le preguntaron lo mismo y contestó ríspido: "Sirven para evitar que tragedias como esas lleguen a casa".

Sin embargo, Welles tenía muchas razones para estar preocupado. El tenebroso cambio de roles en el terrorismo mundial convertía la amenaza islámica en pacotilla ante los planes de las sectas occidentales de provocar caos y anarquía. ¿Qué harían los musulmanes si una banda de locos atacaba a los peregrinos en la Meca? ¿Cómo reaccionarían los hebreos si un bombazo demolía el Muro de las Lamentaciones? ¿Qué pasaría si un nuevo Hitler, vestido de buen samaritano, alcanzaba el poder en Alemania o en Rusia? Cuántas locuras impredecibles estaban ya en marcha o incubándose, sin contar los espeluznantes planes terroristas afortunadamente bajo control. El mundo se estaba volviendo muy peligroso.

Welles pidió tiempo a sus superiores de Langley para estudiar bien la situación antes de proponer acciones terminantes. El halón de orejas del gobierno lo tenía de malhumor. No dormía leyendo una y otra vez el texto de 200 páginas sobre lo que había confesado una rusa al servicio secreto alemán: "...el turco Tadeo le dio su palabra a Dios de que liquidaría a todos sus enemigos, era un hombre de honor, cumplió su palabra, al parecer no pudo conseguir la bomba atómica que buscaba para arrojársela a la secta y por tanto, se arrojó él mismo, le debo mi vida...".

Otro documento estaba lleno de relatos de una mesonera francesa llamada Marie Lafargue, enganchada sin saberlo en una conspiración, quien culpaba de todo al Vaticano y a una mafia de nuevo tipo: "Eran como dos bandas en guerra que clamaban venganza: el italiano quería eliminar al diablo, lo escuché decir que lo hacía para

salvar el catolicismo, y los caballeros de la Viña del Señor pretendían linchar al Papa y a los inquisidores dominicos, a quienes acusaban de derramar la sangre más bendita de Francia, la de los templarios albigenses…”

Welles no quiso perder tiempo; convocó a sus hombres para una larga jornada en la sala especial de reuniones. Escribió en una pizarra como orden del día un mero signo de interrogación y dijo: “No nos quedemos rezagados, muchachos, a pensar”.

Los analistas de inteligencia pasaron una y otra vez el vídeo sin editar que la canciller alemana obsequiara al gobierno norteamericano.

—¿Y si ese piloto kamikaze hubiera conseguido una bomba atómica? —preguntó Welles.

También vieron el vídeo de las cámaras incautadas a la secta francesa. Mandó a que pasaran de nuevo el pasaje donde los dos jefes superiores de la secta francesa conversaban:

“Debemos obtener el arma secreta esta primavera, Jean Pierre, es cuestión de vida o muerte”.

“Nuestros hombres están por lograrlo, mi honorable señor padre, tenemos una importante colaboración española…”

Welles caminó hasta un gran mapa desplegado en una pared lateral y tocó la península ibérica.

—Todos están enfocados en España, por qué, de qué arma secreta hablan, no puedo entender qué pretende esa caterva de poseídos —dijo airado, mirando a su personal—. ¿Cuán inadvertidos estaremos cuando lancen el próximo golpe? Ustedes son el grupo de tareas más exitoso del espionaje moderno, necesito respuestas.

Jason pidió la palabra, alzando la mano.

—Jefe, empecemos por preguntar a Israel. Con toda seguridad, fue el katsa judío que empezamos a investigar quien provocó la hecatombe de Munich. Preguntemos también al Vaticano, investiguemos a la mafia, por cierto creo que los españoles se están guardando algo.

—Estoy de acuerdo con Jason —intervino el responsable de recopilar información descodificada—. Hay comunicaciones recientes originadas en el Vaticano hacia España, la información está en su poder, jefe. En una se menciona a Cornatel.

—La operación ya comenzó en Cornatel, debe tomar al menos dos días —informó el consejero principal Cassidy.

—No me atrevo a conectar estos hechos con ese lugar, pero es patente que las sectas y otros elementos buscan algo allí —puntualizó Welles y llegándose a la pizarra, rotuló en rojo:

Castillo de Cornatel

Secta alemana Thule

Secta templaria francesa
Vaticano/Opus dei
Mafia italiana
Israel/Mossad
Autoridades españolas

—Jefe, creo que usted olvidó a la entidad más importante en ese listado —señaló Jason.

—Por supuesto, estas son solamente referencias iniciales.

—Falta la clave de esa madeja, el profesor Ludovico Prevost.

—Gracias, Jason —dijo el jefe Welles y añadió el nombre encabezando la lista.

—Falta alguien más —intervino Cassidy pidiéndole a su asesor que le pasara unos papeles. Mostró un documento—. Falta Solanos Braga, el consejero principal del Papa, está mencionado en informes recientes de nuestros agentes, es un referente significativo.

El semblante de Welles cambió visiblemente. Miró a Cassidy con aire de reproche y expuso:

—Cassidy, usted sabe que esa es otra historia, no la podemos vincular.

—¿Otra historia? No entiendo —metió baza Jason.

—Entonces, ¿cómo sabemos qué es vinculante o no? —opinó otro agente.

—Bueno, es que de él se encarga otro departamento. Nosotros somos simplemente las polillas de asuntos históricos —dijo Welles, intentando matizar la respuesta con una broma. Los demás rieron.

—Tienes razón, Welles —dijo Cassidy a secas y le pasó los informes.

A medianoche el grupo de tareas aún no tenía la respuesta que Welles esperaba, pero sí mucho agotamiento y sueño. Al jefe seguía llamándolo con insistencia su esposa. A la sexta llamada la apaciguó con un seco “ya voy” y ordenó ofuscado continuar la sesión temprano al día siguiente. Todos abandonaron la sala menos Cassidy. Se acercó a la pizarra, pensativo, analizando la lista. Tal vez allí faltaba otra entidad, como lo denominaba Jason, faltaban ellos, faltaba el gobierno norteamericano. Pero no escribió nada. Chasqueó la lengua y se marchó.

Capítulo 56
El vórtice del círculo

La cita fue acordada para el mismo café de la última vez. Welles llegó temprano, más que todo para poder contemplar un buen rato el monumento que más quería, el descollante obelisco blanco de ciento setenta metros de alto, erigido en honor al primer presidente George Washington. El símbolo admirable de la nación americana le enorgullecía, no por la alusión de poder que entrañaba, sino por constituir un trastelón de su vida. Tras ingresar muy joven a la masonería, había ido en peregrinaje con su padre a besar el monumento que aquel llamaba: "primera columna del nuevo mundo", aunque antes de morir lo refería de otro modo: "vórtice del círculo". Lo recordó apuntando con el dedo a la cúspide del obelisco: "Espero llegues hasta allí, hijo mío, tenemos que seguir construyendo columnas".

—Hola, soñador.

El saludo de Paul Rubens lo sustrajo abruptamente del pasado. Señaló el obelisco.

—Mi estimado amigo, ¿sabe usted que ese monumento es el vórtice del círculo?

Rubens sonrió.

—Veo has estado leyendo novelas esotéricas; según los escritores esta es la capital de un imperio masónico secreto, el centro del mundo, ¿te refieres a eso?

Welles pensó en el significado de la frase, según le reveló su padre: "Es el vórtice del destino, hijo". Pero no quería charlar con su amigo sobre acertijos, y asintió.

—Siempre fuiste el más inteligente, Paul. Deberías ser masón.

Sonrieron y pidieron café. En los esporádicos encuentros de trabajo, aún abordando con diferencias temas espinosos, nunca desecharon el buen humor. Como viejos amigos de West Point, de operaciones secretas y de sueños inalcanzados, los unía un lazo casi de afecto umbilical. Rubens admiraba a Welles: el mejor historiador que conocía, el más solidario de los patriotas en las trincheras, una de las carreras más brillantes en los entretelones de la diplomacia secreta. Por su parte, Welles consideraba a su amigo un triunfador insuperable, no solo valeroso como soldado sino también genial como agente de la élite secreta del Departamento de Defensa norteamericano.

Tomaron el café y se encaminaron a la acera arbolada de

enfrente.

—Tengo algunas preguntas, estoy en un trance —dijo Welles, entrando en materia.

—Cuéntame, sé que algunas cosas han salido mal.

—No he podido controlar este asunto. La intervención del grupo de Donovan me recuerda los errores del pasado. ¿Puedes decirme qué está pasando?

—Tampoco lo controlo, mi viejo amigo —dijo Rubens y consultó su reloj—. Parece no les gusta nuestro estilo. Todo el control lo asumió un equipo especial de la NSA asistido por el NRO(5), que dirige el duro y autosuficiente Donovan, un mimado del Pentágono. Sé que preparan una solución operativa de mucho riesgo.

—Conozco algo de eso. ¿Qué hay allí, Paul? ¿Lo sabes?

Rubens no habló, miró discretamente hacia los lados. Cruzaron la calle, dirigiéndose a un parque y caminaron despacio por entre fuentes, jardines y personas que paseaban por el lugar, algunas con sus perritos.

—No sé cuán importante es para nuestro gobierno lo que hay en ese castillejo —dijo Rubens—. Pero sí lo es para el estado Vaticano. Hay un compromiso, el Vaticano quiere que hagamos el trabajo sucio, mejor dicho, pidió cooperación. No te puedo decir más.

Welles recordó las inquietudes de su brillante experto, Jason. Hacía hincapié en lo indispensable de tomar en serio la intervención papal en un caso de probable factura religiosa. Le ordenaría que investigara a fondo el asunto. Quizás era hora de que sus viejos amigos europeos le dieran una mano.

—No concibo un involucramiento militar americano solo por complacer al Vaticano, aunque fuera una acción de muy baja intensidad —discrepó Welles—. Sería negativo si sale mal. Imagino la algarabía del gobierno socialista español.

—Concíbelo. Tal vez se trate de alguna cuestión de terrorismo, no sé exactamente. La casa de dios ha de permanecer intocable, eso nos concierne.

—¿Me puedes explicar? Entramos en esto a causa de una secta terrorista que ha sido desmantelada, y de los neocátaros antipapistas solo quedan cenizas. ¿Hay algo más que no sepa?

—Hay una amenaza latente, de lo contrario el Vaticano no seguiría prevenido, pero no sé qué le preocupa en específico, créeme.

—Alguna otra conspiración contra la iglesia, ¿puedo pensar en ello?

—La iglesia tiene enemigos hasta bajo las sotanas, lo sabes.

Paul se rascó la barbilla, pensativo. Welles, sin dudas, lo exprimía para que revelara cosas que desconocía. Ya no podría decir mucho, salvo sus propias impresiones. Días antes la misión había sido

cancelada, como le notificara en persona un asesor del presidente, para después enterarse que la misión seguía en curso tras ser transferida a un círculo super restringido del alto mando de la seguridad nacional. Dijo algo más:

—Tengo la impresión de que hay otra bola en juego, tal vez la iglesia haya detectado un complot, quizás el papa haya sido objeto de un chantaje de grandes proporciones. Al parecer la iglesia se teme a sí misma, ¿no crees? Hay tantos pecadillos en el ropero.

—Todo este asunto tiene un nombre: Cornatel. ¿Qué opinas, Paul?

—Oh, sí. Todavía me pregunto qué tipo de cosa secreta buscan las sectas en ese lugarejo. Parece ciencia ficción. La misma pregunta se hace la iglesia y nuestro gobierno. Espero que Satanás no haya enterrado allí una bomba de tiempo para jodernos.

—Pienso que la iglesia lo sabe todo Ya debe estar en marcha la operación de Donovan. Veamos qué pasa —expuso Welles, concluyente.

Welles tenía otro nombre en la boca: Ludovico Prevost. Evitó mencionarlo. Supuso que por lo menos merecía ser premiado con la primicia. Callaría hasta estar seguro de que el más controversial hereje del Internet lo sabía todo. Sólo entonces actuaría, el agente 29 entraría en acción y la iglesia sería salvada.

De pronto, Rubens señaló con el dedo el Memorial de Washington, a lo lejos.

— ¿Sabe usted, mi amigo, qué es el vórtice del círculo?

—Dios —afirmó Welles, categórico.

Rubens lo miró sonriente, como quien se da ganador al descifrar un acertijo.

—No, amigo, el vórtice es Cornatel.

(5) *National Reconnaissance Office* (Oficina Nacional de Reconocimiento), agencia clave del servicio de operaciones satelitales. Sus instalaciones se localizan en Chantilly, Virginia.

Capítulo 57
¿Creen de veras en esas historietas de Indiana Jones?

Subían la cuesta hacia el castillo cubierto de neblinas mañaneras.

—¿Por qué tomaste este camino?, tiene mucha escarcha —dijo Katherina a un desorientado Ludovico que la llevaba de la mano para evitarle resbalones. Ambos cargaban a la espalda sendos morrales.

—En realidad, estoy perdido. Por aquí llegaremos a la muralla sur, creo, la neblina no deja ver —explicó él.

—Es embrujador el paisaje allá arriba.

Ludovico levantó la vista. La niebla grisácea aglomerada sobre las murallas, atravesada por un encaje de finos haces solares, había formado una silueta fantasmal del castillo. Notaron que la temperatura descendía notablemente mientras más escalaban. Alcanzaron el nivel más elevado en la base de murallas empotrada en el talud de un desfiladero. Ludovico calculó que podían trepar por un sector de sillares desmoronados. Pero Katherina se negó, atemorizada por la altura.

Desde arriba empezaron a caer esquirlas de sillares. Luego sobrevino un alud de piedras que no les cayó encima porque pudieron resguardarse bajo un alero rocoso. Se dieron cuenta que más abajo la roca formaba un foso cortado en una curva de la ladera sobre el que flotaba un colchón de niebla azulada. Caminaron pegados a la contraescarpa hasta que divisaron una abertura, una de las antiguas poternas secretas hechas para comunicar con el interior. Lamentaron encontrarla tapiada por un derrumbe. Pero pudieron orientarse con más facilidad ya que sobre sus cabezas se erguía la torre del homenaje.

—La entrada debe estar más adelante —dijo Ludovico, pero Katherina lo pellizcó en el brazo.

—Me ha parecido ver a alguien allá arriba —dijo, señalando hacia las almenas.

—Recuerda, este lugar es frecuentado por turistas, alguno madrugó.

Tales palabras no la calmaron. Había visto a un enmascarado que de inmediato se ocultó.

—Los turistas no usan caretas de Halloween, debemos tener cuidado.

—¿Caretas? —exclamó Ludovico y se detuvo a observar las porciones de muralla a la vista. Por primera vez llamó su atención que

una capa de musgo se extendía por los muros con mutaciones de variados colores. Katherina igual se dio cuenta y comentó:

—Qué raro, parece un musgo vivo, con motilidad mimética.

Ludovico se agarró a los salientes rocosos, trepando hasta la primera hilera de sillares donde tocó el musgo, una superficie gelatinosa que cambió instantáneamente de gris a un color intensamente verde. Bajó a explicarle que había una alfombra de musgo cubriendo las escarpas y la instó a caminar más de prisa y precavida. Un poco más adelante encontraron la portada entre las brumas.

Entraron al castillo al mediodía. En el interior también se avistaban parches de musgo en los muros, pero se sintieron reconfortados. Ludovico corrió al tope del promontorio que afloraba en el patio de armas y vociferó:

—¡Aquí estamos Cornatel!

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Katherina.

Ludovico miró en círculo.

—Ahora nos toca encontrar ese magnífico tesoro escondido, ¿no crees? Para eso estamos aquí.

—Empecemos por buscar la noria, es una alusión sagrada en el cuaderno de tu padre —sugirió ella y su amigo asintió.

Ambos se sentaron en la roca a tomar un descanso y mirar el estupendo espectáculo del espeso manto nuboso suspendido sobre la mole fortificada.

—Las palomas le temen al frío, no se oyen —dijo Katherina al no ver ninguna.

—No viste aquel torreón, es un enorme palomar.

Allí estaban, posadas, observándolos inquietas. Algunas volaron en distintas direcciones.

—Alguien ha pernoctado en este lugar —Ludovico señaló una fogata apagada con desperdicios plásticos alrededor. También notó que al otro lado de la torre alguien había corrido a esconderse.

—Tienes razón. No estamos solos, tengamos cuidado.

—Lo sé, corazón. Nos están espiando, no soy ciega.

—Espero sean fantasmas pacifistas —bromeó Ludovico.

Katherina movió la cabeza y comenzó a hacer anotaciones en una libreta de viajes. Ludovico se extendió boca arriba en la roca pelada. Encima había nieblas, pero algo se movía dentro de ellas, decenas de palomas blancas. “¡Hermoso!”. Cerró los ojos. En lugar de nieblas, el sol resplandecía sobre el montículo donde un niño jugaba. Un madero le servía de tobogán para deslizarse desde lo alto hasta los brazos abiertos de la bella mujer que le decía “mi caballerito”. Aquella vez ella le mostró el colorido rojizo de las ruinas. Las plantitas que crecían en los resquicios de la muralla también se ponían rojas, hasta

el cielo se enrojecía. Escuchó al padre explicar el extraño efecto: “La hiedra pone todo terracota y tiñe de sangre la tierra santa”. Ese día sucedió un milagro: una cosa voló cerca, una paloma negra, de pecho blanco, nunca había visto una paloma tan grande, de plumaje tan llamativo. La llamó y pudo tocarla, acariciarla. Tenía ensartada una pequeña bolsita de cuero en una pata. Le dijo: “¿De dónde vienes?” y la paloma por respuesta saltó a su hombro. El padre y la bella mujer se acercaron fascinados y exclamaron: “Ha llegado el palomo, está con el niño”. Luego escuchó al padre decir a la bella mujer: “Ha sucedido el milagro”.

—Lud, ¿eres ateo me dijiste?

Abrió los ojos. Tenía los grandes ojos de Katherina cerca de los suyos. Tosió y se sentó.

—¿Cómo decirlo? Quisiera ser ateo, pero no he podido serlo. Fue lo que dije.

—¿Pudieras explicarme? No me gusta la retórica.

—Entonces acepta la reticencia, amiga mía. Aún no sé lo que soy, me busco a mí mismo, soy mi propio lazarillo. Prefiero encontrar primero la verdad antes de ser un converso como mi padre. Creeré solamente en aquello que constituya una experiencia espiritual humanista, llámese como se llame. Creeré en los ejemplos de virtud heroica, por eso admiro a Jesús, ¿conoces a algún ateo que admire a Jesucristo?

—Creo más bien que las circunstancias forzaron a tu padre a solaparse —replicó Katherina—. Mejor lo juzgas cuando termine esta aventura.

—Katty, ¿crees de veras que todavía la inquisición persigue herejes?

Ludovico se sonreía. Súbitamente sintió la mano ella oprimir su brazo.

—Mira, esos orangutanes —dijo Katherina, incorporándose. Dos grandotes con chaquetas negras, que cubrían sus cabezas con gorro de lana, avanzaban hacia ellos, portando pistolas. “Aprisa, Katty”. Se tomaron las manos y corrieron hacia las bóvedas ubicadas en el sitio más retirado del castillo, las que el folleto turístico denominaba caballerizas. Pero de ese lado surgió otro hombre al final de un callejón, que les dio el alto en alemán.

Katherina escuchó la simplona treta ideada por Ludovico.

—Trata de escapar por aquel portón y busca al guía, que me encargaré de despistarlos.

—No te puedo dejar solo.

—Corre, ve por Marcus, yo me ocupo de ellos.

Katherina corrió sin mirar atrás. Ingresó desaforada a un recinto y desde un escondrijo miró al exterior; ya dos hombres encañonaban a

Ludovico. No vio al tercero. Seguro estaría tratando de sorprenderla. Caminó hacia la parte más oscura de la bóveda, pegándose a la pared. Siguió dando pasos a tientas hasta que chocó con trastos de madera. Sus ojos empezaron a acostumbrarse a la penumbra y fue definiendo formas de barricas a su alrededor. “Estoy en un almacén”, pensó. Caminó, evitando tropezar, hasta que la luz de una linterna aproximándose delató la inminente amenaza. Se ocultó en un recodo del muro y tan pronto descubrió la proximidad de un pasillo, corrió.

El alemán descubrió a la mujer huyendo por el fondo de la galera y disparó. La bala rozó el brazo de Katherina que no había visto el plano inclinado de una rampa por donde rodó dando vueltas. Cayó sobre un suelo encharcado y fungoso, en un espacio en tinieblas oloroso a moho, excremento y orina. Le dolía el cuerpo pero solo pensó en sobrevivir al ver de nuevo la luz persecutoria en lo alto de la rampa. Retumbó otro disparo y la bala rebotó cerca de su hombro. Se incorporó y corrió a ciegas por un pasadizo hacia la oscuridad.

De pronto los relumbrones de la linterna le permitieron ver dos boquetes oscuros, escogió el de la derecha. Pasó a un espacio tan reducido que tuvo que desplazarse agachada. Era un túnel sinuoso horadado en la roca que se iba estrechando en bajada. El corpulento alemán al encontrar las angostas bocas de los túneles comprendió que no podría continuar la persecución, temió quedarse atorado si se metía y masculló maldiciones.

Aterrada, Katherina comprobó cómo casi no cabía en el túnel, arrastrándose con el techo a un centímetro de la cabeza. Temió que la gatera al reducirse más la obligaría a retornar, pero ¿cómo daría la vuelta? Sólo una mujer delgada como ella podía escurrirse así por un agujero, pero no salir. Por suerte, había oxígeno. A ratos notaba un ligero airecillo en su rostro, mientras avanzaba tramo a tramo. Unos metros adelante escuchó los sonidos de la vida, vio claridad, la cavidad se ensanchó, dando paso a una gruta que se abría en la pared de un risco a gran altura. Era una pequeña cámara ovalada surcada por murciélagos donde desembocaban dos galerías que conducían a un salón iluminado por claraboyas naturales. “Debo estar debajo del castillo”, pensó Katherina. Descansó un rato antes de emprender la búsqueda de algún pasaje subterráneo que la condujera al exterior. No avanzó mucho al darse cuenta que podía extraviarse en un peligroso laberinto de oscuras cavernas entrelazadas que iban escalonándose en sentido ascendente.

Regresó al salón de las claraboyas, desalentada. “Tengo que volverme adonde Ludovico de alguna manera, corre peligro”. Estaba rodeada de peñascos caídos del techo. Fijó la vista en uno de ellos, tratando de discernir algo que le llamó la atención. No había suficiente luz. Se acercó a observar lo que de lejos parecían rayas, tal

vez dibujos rupestres como los de las cuevas de Lascaux y Altamira, imaginó. Pero no eran rayas, nada que ver con los conocidos dibujos primitivos, ni eran irregularidades de la roca, ni alucinaciones. Katherina exclamó estupefacta: "¡Dios, estoy en un santuario cristiano!". Cada espacio del peñasco estaba pintado, grabado y escrito. Fue descubriendo alrededor de ella la más estupenda ofrenda de religiosidad críptica que había visto: cruces, símbolos, inscripciones, pictogramas.

El impresionante retablo ideográfico se extendía por el piso, las paredes y el techo. Una pared tenía pintada en negro una enorme cruz latina de más de dos metros de altura con una inscripción escarlata debajo: *Domine tecum paratus sum et in carcerem et in mortem ire*. Inmediatamente Katherina supo qué decía pues dominaba el latín: "Señor, estoy listo para ir contigo a la cárcel o a la muerte". La frase que recordó del evangelio de Lucas habría tenido seguramente algún extraordinario sentido ritual por estar grabada en aquella cueva, pero ¿qué más había de inquietante en ella? ¿Qué más? "¡El cuaderno!", exclamó al caer en la cuenta. La había visto anotada en el cuaderno del viejo Prevost y según Ludovico se trataba de una consigna combativa templaria.

Katherina continuó escudriñando las paredes hasta donde la luz permitía. No existía orden entre las abigarradas composiciones que se encadenaban. Fue distinguiendo dibujos en rojo y en negro de peces, manos, ojos, círculos concéntricos, soles, flechas, pirámides y aves, a los cuales se superponían esgrafiados, criptogramas, pentáculos, cubos de Metratón, números y figuras abstractas. Vio escrito el nombre más antiguo de Dios, el Tetragrámaton: YHWH, y murmuró: "Guau, me persigue lo inefable". En la porción más alta del techo aparecía grabada una gran paloma rodeada de un inextricable graffiti y de leyendas bíblicas escritas en hebreo que la escasa luz dificultaba leerlas.

La impactó ver una lista de nombres legendarios que recubría paredes y recovecos: Santiago, Hugo de Payns, Urbano II, Sión, Salomón, Bernardo, Ulver, este último lo conocía de oídas. Un rayado tachaba los nombres de dos pontífices: Inocencio II y Clemente V, ambos auspiciadores de matanzas de herejes, el primero contra los cátaros, el segundo contra los templarios. También el Baphomet, diablo del culto templario, estaba tachado. El número 1095 aparecía resaltado en rojo, una fecha, lo dio por seguro: el año que el Papa Urbano II proclamara la primera cruzada en tierra santa.

Otra pared tenía pintado un monte calvario con almenas en el tope y una cruz encima; muy cerca la conocida representación del Agnus Dei, el cordero de Dios; más allá se veían dos caballeros a lomo de un solo caballo, la imagen distintiva de la milicia de Cristo, el

Sigilum Militum Xristi, el sello templario que plasmaba el principio de la hermandad. Katherina observó impresionada una escena que enseguida asoció a uno de los dibujos del cuaderno del viejo Prevost y a los dibujos del niño Ludovico: nueve figuras alineadas sosteniendo espadas en alto delante de una cruz, con la palabra "Salva Terra" debajo. Encima de las figuras estaba la palabra "zelotei" inscripta dentro de un círculo. Katherina miró en torno, murmurando: "Esto es fabuloso". Al descubrir una gran inscripción en latín, griego y arameo abarcando toda una pared desde el piso al techo, comenzó a traducirla con asombro. Eran frases similares a las que había leído en el cuaderno del viejo Prevost. "¡Eureka!", exclamó y su voz resonó en ecos.

Volvió a pensar en Ludovico, caminó hasta la boca de la cueva, se persignó decidida y comenzó a trepar por el peligroso farallón. Escaló unos pocos metros hasta un rellano de la ladera donde se abría el agujero de una de las claraboyas que alumbraban la cueva; desde allí divisó arriba las murallas surgiendo de las brumas. Ante un paredón más escabroso y vertical, pensó que correría más riesgos pero continuó escalando. Apenas había trepado unos minutos, comprendió que la ley de gravedad podía más que sus desgarradas y entumecidas manos asidas a los cortantes salientes de piedra. En cualquier momento podía resbalar, no tendría fuerzas para sostenerse o habría un desprendimiento, sería el fin. Tomó aliento para seguir el ascenso cuando una cuerda colgó a su lado; asombrada dio gracias a dios y la agarró, "espero no sea otro depredador", enseguida halaron fuerte alzándola hasta la base de la muralla. Afortunadamente la había salvado alguien conocido, un apuesto turista muy cortés que frecuentaba los alrededores del hotel. Robin García la saludó en inglés, dijo "tenga cuidado" y se marchó aprisa. "Oiga, espere". Katherina vio que la niebla se lo tragaba.

Los alemanes habían trasladado a Ludovico al interior de una caseta de piedras, situada en uno de los flancos del castillo. De un empujón lo sentaron en una silla, con las manos amarradas. Desde el principio fue sometido a interrogatorio, con preguntas agresivas y redundantes en español, no dejaban de amenazarlo con un pistoletazo. Otro alemán se les incorporó maldiciendo, frustrado porque el objetivo había podido escapar por una alcantarilla. "Vigila allá fuera", le ordenaron en tono áspero.

—Tenemos poco tiempo, profesor, ¿dónde está la capilla real?

—¿La capilla qué? Búsquela cerca de la entrada principal, es el recinto que está sin techo —contestó Ludovico.

El alemán le encimó el cuerpo con expresión de desaire.

—Sabes bien de qué hablo, ¿no te pases de listo?

Extrajo un cuchillo de monte y dirigió la punta a la oreja.

Ludovico sintió la leve penetración y luego el tajo, brotó la sangre. Pero no gritó, tampoco sintió dolor, ni se movió. Al alemán le sorprendió verlo impasible, sin mostrar temor.

—Así que eres de esos que no hablan, eh —dijo acercándole la hoja manchada de sangre a la cara.

—No puedo hablar de lo que desconozco, ni siquiera sé quiénes son ustedes.

El otro alemán guardando su pistola intervino, fingiendo tono cordial:

—Nos envió el propietario de esa capilla, si colaboras nada te pasará, tienes mi palabra.

—¿Se refieren al Arca de la Alianza? ¿El Santo Grial? ¿El tesoro de Sión? ¿Creen de veras en esas tontas historietas de Indiana Jones?

—Le conviene no burlarse, profesor, más le vale —dijo el alemán, incómodo, prendiendo un cigarrillo, pensando en cómo ablandar al prisionero. El gran maestro había aprobado cierto grado de tortura persuasiva, así que probó tomándole una mano a Ludovico y le quebró un dedo. Lo extrañó no sentirle un quejido.

—Parece que este cabrón es insensible al dolor, jefe, probemos con esto —dijo el otro alemán y dirigió la punta del cuchillo a un ojo de Ludovico, quien permaneció inmóvil, sin pestañear.

El alemán apostado afuera no pudo evitar que la paloma blanca volara dentro de la caseta. Entró gritando para azorarla, pero tras él entró alguien más. Una figura alta, barbuda, cubierta con un manto negro marcado con una cruz. Los alemanes no tuvieron tiempo de reaccionar ante la pistola con silenciador que les escupió tres fatales balazos. La paloma revoloteó, escapando. Otra persona con capa negra, desde el umbral, advirtió en francés: “No hay tiempo, salgamos de aquí”. Ludovico reconoció la vestimenta de los antiguos templarios negros. Lo condujeron afuera sin desatarle las manos, un vozarrón autoritario ordenó apurarse.

En el exterior las palomas comenzaban a aglomerarse ante la puerta. El empellón que sintió Ludovico le indicó que el trato sería atroz.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Adónde me llevan? —preguntó en francés. No contestaron. Comenzaron a subir una rampa en dirección a la torre maestra.

Sonó un móvil en vibración.

—Ya tenemos el pajarraco, señor —contestó uno de los hombres en occitano y se apartó para no ser escuchado. Ludovico identificó aquel sonido, el antiguo idioma cátaro. Al regresar, el hombre caminó a su lado; el otro iba delante con una subametralladora en ristre. La rampa desembocaba en una explanada, cerca de la torre.

—Somos de una sociedad arqueológica, profesor. Usted tiene

una información que nos interesa.

Ludovico escuchó, pero ya no deseaba oír más, harto de la pesadilla. Sentía la sangre de su oreja trepanada rodando por su cuello. Le dolía el dedo quebrado. Escuchó de nuevo:

—No le haremos daño, solo queremos nos muestre el relicario.

"Una capilla real, un relicario, cuánta novelería, por qué me persiguen estos brutos de mierda, por qué los templarios se han vuelto locos, qué habrá sido de Katherina y de Marcus". Ludovico se paró en seco, cerró los puños y presionó reventando el amarre de las muñecas. El que caminaba delante se volvió y lo encañonó, quedó atónito porque el reo hubiese podido romper la atadura.

—No se detenga, ni se resista por su bien —dijo el hombre parado a su lado, que parecía imperturbable.

Pero Ludovico no caminó. En medio de la explanada, se encaró resuelto:

—No me muevo. No me gusta su facha de comparsa templaria. Este es mi castillo.

Los dos hombres, turbados, intercambiaron miradas.

—Camina, imbécil —rugió un templario empujándole con rudeza, sin apenas poderle tambalear. Ludovico observó la ferocidad de una mirada fanática y un golpe embistió su cara. La sangre chorreó por su nariz, pero no fue derribado. Volvieron a gritarle que caminara.

De pronto un templario desenvainó una espada de la funda colgada a su espalda. Ludovico creyó que lo iban a tajar. El otro hombre arrojó el arma de fuego y también empuñó una espada. Miraban impávidos hacia la niebla. Una sombra ingente se acercaba corriendo: "Fuera de Cornatel, forasteros de mierda". Era la voz del guía, blandía una espada enorme, le colgaba una cruz del cuello.

Los dos hombres y Marcus colisionaron brutalmente, chocaron las espadas y se internaron en la niebla. Un tercer templario se sumó al duelo, armado de sable. Con insólitas maniobras de giros y brincos ágiles se desplazaron hasta el corredor de ronda de la muralla. La ágil esgrima de los templarios negros había tajado un muslo y la espalda del guía, pero fueron perdiendo velocidad ante las implacables estocadas de réplica. Media hora más tarde, un templario resbaló sobre una alfombra de musgo y murió traspasado por la espada del guía, quien sintió a otro que arremetía por la espalda. Tuvo tiempo de arrojarse al suelo y maniobrar la hoja, rajándole una pierna. El herido emprendió un contraataque, cojeando ensangrentado, pero sintió extraños tirones en sus botas, no pudo mantener el equilibrio y cayó sobre un zarcillo pastoso. Intentó alcanzar un asidero, pero un patinazo lo expulsó fuera de la muralla por una brecha del parapeto, cayendo al vacío. Quedaba un templario que retrocedió y huyó.

Katherina, que había presenciado todo escondida en un

cobertizo, corrió hasta Ludovico, abrazándolo. Caminaron en busca del guía, pero no lo encontraron. Ella se extrañó que tampoco estuviesen los enemigos muertos y contó lo que había visto. Se sentía alucinada.

—Esto que sucede es fantástico, no parece real.

—Es real, estamos en medio de una conspiración de locos —dijo Ludovico.

Caminaron hasta encontrar un local cerca de la torre, y mientras tomaban un descanso se contaron sus respectivas vivencias.

—Este castillo es un santuario, Lud, y tu presencia aquí tiene un sentido —dijo Katherina, mientras le curaba la oreja herida.

Una pareja de palomas blancas voló al interior del local.

—Es el sitio más peligroso del mundo, Katty, debemos pensar en salir de aquí.

Katherina pensó en cuánta razón tenía el hombre que tenía enfrente y escuchó el arrullo inconfundible. Pronto sería de noche.

Había terminado el combate. “Increíble”, se dijo el agente 29, Robin García. Desde una aspillera de la torre vio al guía caminar cojeando por el adarve de la muralla hasta que la niebla lo fue borrando. “Allá va el gran señor de las nieblas”.

Pistola en mano, Robin bajó por una crujiente escalera de madera y salió al exterior. La niebla había reducido a cero la visibilidad. “¿Por qué el jefe Welles nunca me advirtió de que estaría expuesto a tantos tipos peligrosos? ¿Dónde está el apoyo que me prometió? ¿Cómo me salgo de esto?”.

Mientras trataba de encontrar respuestas para las preguntas que lo atosigaban, intentó dar con el paradero de la pareja. Consultó su reloj, preocupado. Había muchas horas de diferencia, pero qué importaba. La misión encomendada consistía en seguir y neutralizar a los terroristas alemanes de Thule, ya eliminados por misteriosos personajes disfrazados de caballeros antiguos. Misión cumplida. No sabía qué hacer ahora. Llamó a Welles, al número para en caso de vida o muerte. Pero Welles no contestó. Repitió la llamada pero sólo salía el mensaje grabado: “Hola, no deje mensajes, lo llamo de inmediato, gracias”.

—Soy 29, estoy en las Termópilas, conteste.

Pero nadie lo llamó de inmediato.

Capítulo 58
Dios en peligro

La llamada de Welles en la madrugada tomó a Solanos de sorpresa. “Los americanos son así de imprudentes”, pensó mientras le decían en italiano que no olvidara enviar urgente las aspirinas. “¿Cuántas veces te voy a decir que las aspirinas no quitan la migraña?”, contestó Solanos, “solo Dios, el amor y Venecia pueden ayudar”. “Pues necesito esos remedios, cura pendejo, es demasiado el dolor, ¿cuándo me puedes ayudar?”, dijo Welles con voz grave y colgó.

Solanos sintió las palpitaciones aceleradas de su corazón. Era el mensaje que no hubiera querido escuchar: Dios estaba en peligro. De Welles solo podía esperar fiabilidad, un consecuente celo con las leyes pactadas, total entrega a la confidencialidad de los sacrosantos designios cristianos. Seguro había descubierto una falla en la impenetrabilidad, una filtración impensada, o solo pretendía hacer más sólidas las prevenciones. Era un genio guardando secretos.

Después del atentado a Juan Pablo II, ambos habían pasado bastante tiempo hablando de historia en un café de Roma. Cuánta sorpresa al oírle exponer una versión distinta a la oficial respecto a lo que denominara “intríngulis” del atentado. Mientras las declaraciones oficiosas y la prensa mundial vinculaban al criminal turco Alí Agca con una conspiración de soviéticos y búlgaros, pues lógicamente quién más podía estar tan interesado en silenciar al gran atizador de la sublevación anticomunista polaca, un super selecto *think tank* de la inteligencia estadounidense, con ojos y oídos en todas partes, había entregado a sus jefes una versión siniestra: el asesinato había sido fraguado en el mismo Vaticano y las sospechas apuntaban a una sección encubierta de la Compañía de Jesús, utilizada como opción sicaria de la iglesia en circunstancias especiales.

“Los jesuitas son tan ingeniosos que cometen crímenes perfectos, por tal de salvar el reino del Señor”, había dicho Welles.

“Qué ocurrencias dices, amigo”, le contestó Solanos.

Welles era así, capaz de descubrir criminales y golpes de estado históricos hasta en el santoral. Solo existía un asunto que lo hacía titubear: el asesinato de Kennedy. Exoneraba a los demonizados, Oswald, la KGB, la mafia, los cubanos de Miami y a Fidel Castro, de culpas magnicidas, pero no se atrevía a más. “Un día te hablaré del asunto, en la vejez, cuando no me importe ser mártir, ahora quiero

vivir la vida, enterarme de los chismes inteligentes”.

“Dios en peligro”, murmuró Solanos. No podía dormirse. ¿Qué le quería decir su viejo amigo yanki? Supuestamente los enemigos declarados habían sido duramente castigados y aniquilados en eventos impredecibles: la virulenta secta alemana, los seudotemplarios vengadores de Jaques de Molay. ¿Quién más intentaría atacar y destruir la santidad de Roma utilizando algún tipo de agresividad terrorista? o ¿quién procuraría chantajearla y menoscabarla por otros medios? ¿Acaso existía algún poder superior al de la iglesia?

“Dios puede estar en peligro, pero es indestructible”, dijo Solanos entre rezos. Llamó a un teléfono, habló en latín: “Padre Juliano, necesito de vuestra ayuda”.

—Véngase cuando quiera —le contestó una vieja voz italiana adormilada.

Capítulo 59
Allí permanecía la bruma, el acecho, el misterio

La imagen satelital interferida continuamente tenía una falta absoluta de nitidez. Cuando conseguían aclararla, el castillo de Cornatel aparecía como un pegoste blancuzco, una cúpula de nieblas.

Un nervioso Donovan, al frente del comando de mando operacional del NSA destinado a planificar y ejecutar el asalto al castillo, pedía que aproximaran las vistas, que aplicaran el filtrado infrarrojo, retaba a los ingenieros a captar lo que sucedía bajo la neblina, pero en ningún momento la tecnología superó la invisibilidad provocada por el curioso fenómeno meteorológico. En cambio, el sofisticado lente telescópico del satélite sí podía penetrar la espesa neblina que abarcaba el territorio circundante; en el castillo la visualización fallaba, nadie sabía por qué.

Ninguno de los miembros del comando, incluyendo a un indiferente Welles, abría la boca para opinar. Algunos asesores intentando aplacar a Donovan argüían que el sol cenital disiparía la neblina en cualquier momento.

—¿Qué usted piensa, Welles? Estamos atascados en esto —dijo Donovan, en tono de buenos amigos.

Welles, a sabiendas de que Donovan lo menospreciaba, tomó la pregunta en serio. “Te puedo hundir, bocón, pero no quiero que los muchachos queden mal”, pensó.

—Olvide la tecnología, Donovan, hemos perdido mucho tiempo. Entremos al castillo y hagamos pronto el trabajo, pues la niebla no se irá, es una defensa del castillo.

Iba a decir “Entremos al castillo y rescatemos a mi agente”, pero calló.

—Welles, no estamos para bromas.

—Es solo una manera de decir, Donovan. Allí la roca irradia un microclima. Resolvamos esto en el terreno, antes de que llegue la policía española. Tenemos que evitar un escándalo político.

Donovan captó la idea y reaccionó. Llamó enseguida. La orden que recibió el jefe de la selecta tropa de marines vestidos de civil, prestos en sus posiciones alrededor del castillo, fue tajante: “Comiencen la tarea”.

Los hombres avanzaron por las laderas, treparon escarpas agrestes, se encaramaron a los muros de la antigua barbacana

derruida, hasta que algunos pudieron alcanzar la base de la muralla. Encontraron la entrada tapiada por un reciente derrumbe y una molesta niebla ventosa les cegó. Intentaron escalar la muralla, pero de pronto comenzaron a perder el equilibrio, una capa de musgo bajo sus pies los hacía resbalar. Al tocar los muros sintieron que una cera pegajosa se adhería fuertemente a sus manos.

El jefe del comando relataba la operación a Donovan: “Estamos buscando un acceso, jefe, hay poca visibilidad por la niebla y por aquí un fango musgoso no nos deja avanzar, el terreno es muy escarpado, el castillo está en silencio…”

Welles escuchó y miró la enorme pantalla satelital. Allí permanecía la bruma, el acecho, el misterio. Se preguntó qué pasaría si fallaba la operación.

Capítulo 60
Dieron millones por una carta atea de Leonardo da Vinci

Solanos atravesó a pie la fría madrugada romana seguro de que el padre Juliano sería la luz que debía servirle para no errar. Trabajar a su lado en sus primeros tiempos en el Vaticano había sido un regalo de Dios. Era de las personas más instruidas que conocía, enciclopedista en materia de teología, virtuoso en la dote que lo hacía estelar: la archivística. Nadie como él dominaba la *summa* del saber de la biblioteca apostólica y los archivos del Vaticano, tras haber pasado más de cuarenta años entregado a catalogar y restaurar miles de documentos de todas las épocas relacionados con el cristianismo.

Un archivero mayor rondando los noventa años, casi ciego, de abundante melena gris y trato afable fue lo que encontró Solanos cuando le abrieron la puerta. Se abrazaron. No era la primera vez que lo visitaba donde vivía, un humildísimo departamento abarrotado de libros que olía a vino y a viejo.

A ambos le salieron lágrimas de solo verse. Solanos le agradecía más que todo que hubiera sido el gran tutor y amigo de confidencias, que lo impregnara de amor por la historia sagrada, mientras que el viejo sentía orgullo por el aprendiz de bibliotecario que había escalado a las instancias privilegiadas de la intimidad papal.

El viejo ya tenía listo un café fuerte y le preguntó por la casa de San Pedro.

—Padre Juliano, cuánto quisiera que sea usted quien hable de la casa de San Pedro.

—Me duele leer lo que dicen los diarios, amo el Vaticano, pero lo conozco por dentro. No puedo desmentir determinadas noticias. Lo sabes mejor que yo.

Solanos asintió y dijo:

—Es deplorable. La iglesia católica se enfrenta a grandes desafíos, no me refiero únicamente a las campañas contrarias de los medios de comunicación; hay una creciente interferencia gnóstica y del nuevo ateísmo, ahora han surgido unos locos terroristas, seguro sabéis.

—¿Locos? Tienen un plan macabro de poder, mucho dinero, seguidores, banderas, armas, son más peligrosos que los suicidas islámicos. La secta francesa incluso invocaba una indeclinable venganza templaria.

—Así es. Incluso llegaron a interponer una demanda legal contra el Vaticano por un llamado holocausto cátaro y como no le hicieron caso, recurrieron al terrorismo. Aún no sabemos qué razones animaron a la cohorte de legionarios que la desmanteló a la fuerza. La prensa ha culpado a los servicios secretos franceses de estar detrás de todo, ya que esta secta pretendía proclamar un territorio albigense independiente, igual como hacen los vascos separatistas de ETA en España.

—Eso he leído, Dios mío —el padre Juliano se persignó—. Pero la pretensión de la otra secta, la de Munich, de desatar una guerra de civilizaciones, era aún más espantosa. El final trágico que tuvo es de mal agüero. No dudo que haya enemigos más crueles agazapados esperando su turno en esta historia.

Este último comentario del archivero, le vino de perillas a Solanos para enrumbar la conversación.

—Padre, interesante eso que acaba de decir, lo he llamado por ayuda, ¿recuerda? Temo que tengamos enemigos de esa clase infiltrados en el Vaticano. ¿Cree que debo preocuparme?

Antes de contestar el archivero se acomodó la bufanda y sorbió café.

—¿Qué pregunta inconsistente, hijo mío? Viniendo de usted, me alarma. ¿Acaso desconfía de sus fuentes de información? Dicen que el Vaticano cuenta con el mejor escudo de contraespionaje del mundo. Pescan camellos colándose por las cerraduras —Juliano sorbió más café—. Desde luego, hay siempre masones rondando la basílica, esa historia corrupta de la Loggia Ecclesia Propaganda2 y el Banco Ambrosiano, pero resultan inocuos comparados con las nuevas sectas mortíferas.

Solanos no se ruborizó porque el viejito le aplicara la lógica fría. Prefirió quedar como un preguntón ingenuo que decirle lo que pensaba acerca de los encargados de proteger al Papa. En cierta forma dudaba de que fueran totalmente eficaces, porque como era vox populi dependían sobremanera de la cooperación del Opus Dei y la CIA. En realidad no era la vela del papa su preocupación, sino la posibilidad de que existiera una amenaza deicida no detectada, más temible que una declarada venganza templaria. “¿Será prudente hablarle de Cornatel?”, pensó Solanos.

De repente recordó, de muchos años atrás, la conversación asombrosa que sostuvieran cuando les tocó trabajar juntos ordenando legajos en centenares de anaqueles sin rótulos en el archivo secreto del Vaticano:

“Sufro cuando toco estos papeles”, había comentado Juliano con un rollo de pergamino en la mano.

“Alguien debería investigarlos, al menos transcribirlos”.

“Pienso lo mismo, pero esta área es prohibitiva, la mayoría son documentos impíos de los enemigos de la iglesia y manuscritos paganos y perniciosos no identificados.

“¿Habría alguna manera de confiarlos a un curador?, se ven en mal estado”.

“Solanos, olvida esos papeles, serán quemados, se consideran impropios, malditos, desechables.

“No entiendo, padre, nadie querría incinerar la historia, son piezas antiquísimas de nuestro patrimonio”.

“Hijo, por siglos la historia ha sido censurada y quemada, sobre todo si es fuente del mal y la anarquía. Algunos de estos documentos en manos equivocadas podrían cambiar nuestras vidas”.

“Qué ignorante soy, padre Juliano, pero ¿cuáles documentos pueden ser tan viles?

“Los documentos que cuestionan la fe, por supuesto, los escritos de quienes han pretendido abolir nuestra iglesia”.

“Padre, no imagino que exista una amenaza superior a la capacidad de la iglesia para contrarrestarla, Dios mediante”.

“Claro que sí, esa amenaza existe, hoy más que nunca, me consta. Ahora sigamos con nuestra tarea, ordenemos sin catalogar”.

No solo esta, sino muchas experiencias vividas con el bibliotecario habían hecho de Solanos un mejor clérigo, pero después de tantos años se preguntaba qué clase de documentos podrían aterrorizar a los jefes del catolicismo. Incluso, tenía conocimiento de que seguía vigente la prohibición de acceder a determinadas áreas de preservación documental. Sin embargo, parte del archivo secreto tenía apertura pública, la iglesia católica moderna no rehuía el debate promovido en torno a los rollos de Qumrán, los evangelios apócrifos, la retractación de Galileo, el esoterismo gnóstico, el protestantismo, la Nueva Era, el tema que fuere. Por eso, le parecía extraordinario que aún hubiese un sector del archivo que olía a hermetismo satánico, incluso cerrado a los sacerdotes.

El padre Juliano sorbía el café esperando el comentario de Solanos.

—Padre, me preocupa la flaqueza moral, la traición, usted hace muchos años me dijo que la amenaza a nuestra santa institución podía provenir de algo tan simple como robar ciertos documentos indeseables, ¿recuerda? Cosas así me preocupan, porque estamos en medio de una incertidumbre, por eso estoy aquí —dijo Solanos con tono sobrio, la mirada de suave rogativa.

Una ligera exaltación abarcó la cara del bibliotecario, al sentirse emplazado. Recordó perfectamente aquella conversación, como otras muchas. Se dijo: “Qué buena memoria”. Observó a Solanos resuelto a decirle cosas que sabía, tal vez cosas que ya no tenían importancia

pero él seguía chapado a la antigua, temeroso de violar juramentos y pactos de sangre del pasado.

—Pues sí, estás preocupado con razón, tenemos muchos traidores en casa. El gran reto de nuestra iglesia es subsistir los próximos cien años, vienen mil años de zozobra. Al inicio de su pontificado, Juan Pablo II formó una comisión secreta, a la que pertenecí, para investigar la corrupción en el Vaticano, le puso especial atención a ciertos incidentes ocurridos con la documentación histórica y diplomática archivada. Se comprobó que había valiosos legajos extraviados, en realidad sustraídos. Incluso robaron documentos archisecretos de la zona vedada, cerrada con doble llave. Un archivero arrepentido atestiguó que los coleccionistas extranjeros pagaban millones por originales y copias del archivo secreto. Dieron millones por una carta atea de Leonardo da Vinci y mucho más por la correspondencia conspirativa de la Fede Santa, la logia secreta de Dante Alighieri. Era un trasiego de papeles que hizo ricos de la noche a la mañana a unos pocos archiveros, curas aliados y a numerosos seglares. Y todo sucedía en silencio, hubo extorsión, soborno, intimidación. De ese modo perdimos muchos documentos considerados relevantes, y a pesar de la estricta vigilancia aún siguen robando papeles, me han dicho. Nadie sabe la cantidad de documentos perdidos ni a dónde fueron a parar. Vi al Papa llorar al saber del hecho.

—¡Dios! —dijo Solanos—. Me asombra conocer tan poco del hecho. Algo de ello hay en las revelaciones de Monet, el vaticanista asesinado.

—Aquello fue un proceso muy confidencial. Lo peor sucedió después, comenzó el chantaje de los pecadores, ladrones, especuladores y compradores.

—¿Cómo pueden chantajear con papeles tan antiguos? Parece más propio de un guión de cine.

—No sé el fin de esta historia, Solanos; sería quizás un plan malvado, una cruzada propagandística contra el catolicismo, tratarían de humillarnos y desprestigiarnos, nos presentarían como perversos. El ateísmo progre, las sectas, los masones y las religiones alternativas ganarían millones de acólitos.

—Tenemos armas morales para defendernos, padre Juliano, hace mucho que la historia perdonó nuestros errores, no creo que la intención chantajista sea hacer simplemente propaganda.

—¿Ha pensado en otro motivo?

A Solanos le daba vuelta una idea pero la consideró descabellada. ¿Habría acaso entre esos papeles tan celosamente guardados algún testimonio escrito por Cristo o por alguno de los apóstoles, de sus familiares, allegados y contemporáneos capaz de

poner en entredicho la versión institucionalizada sobre el origen del catolicismo? Descartó la fantasía y le pidió perdón a dios por tales pensamientos ingratos.

—No sé qué pensar, padre Juliano, tal vez todo sea una picardía del demonio, por lo que fuere Dios no abandona a sus leales hijos.

Solanos despidió al archivero con un abrazo, lo besó y le prometió una pronta visita. Regresó al Vaticano de prisa. Eran demasiados misterios en su cabeza, no le quedaba más remedio que hablar cuanto antes con el Santo Padre.

Capítulo 61

¿A qué legado se refiere?

Marcus llegó en silencio. Emergió de la niebla, una sombra, un revoloteo de palomas. Varias palomas blancas volaron al interior del local tras él. Abrazó a Ludovico y besó a Katherina. Olía a musgo, a castillo, a niebla, a sangre. Tenía lágrimas en los ojos, tajos en la cara. Hizo una seña para que permanecieran callados: "Seguidme, quiero que vean algo antes de la noche". Salieron y se adentraron en la niebla.

Bajaron por una escalera labrada en la piedra y luego entraron a uno de los recintos adosados a la pared occidental, la más ruinosa del castillo. Marcus apartó lajas de piedras en el piso y destapó un pasaje. Dijo que era una poterna y les hizo pasar a un angosto túnel con paredes rezumando humedad, alumbrado a tramos por perforaciones en el techo que dejaban pasar la luz natural. Fue una fatigosa caminata. Más adelante vieron la salida, un arco con la claridad del atardecer. En el exterior observaron las murallas retiradas a sus espaldas unos doscientos metros. De ahí por un sendero en bajada llegaron hasta un campo llano extendido en la meseta del precipicio.

Ludovico tuvo la absoluta certeza de que había estado en el lugar. La zona de la memoria seguía intacta. El paisaje poseía la misma inmensidad apacible de aquel entonces, no recordaba exactamente cuándo habría ocurrido, pero ningún niño olvida cuando un padre le hace un regalo importante. Fue el día que le vertió agua del ánfora en la cabeza y le regaló una espada de verdad, tan grande y pesada que apenas podía sostenerla. El padre besó su frente y erguido ante el precipicio, levantando un bastón, habló al cielo en una lengua extraña y sonora. Otras personas alrededor vestían una clámide blanca y canturreaban. Aquel día no era un sueño.

Junto a un viejo castaño, Marcus se volteó hacia la pareja. Ya no tenía lágrimas en los ojos, sino vivos fulgores azules. A su lado comenzaba la senda de piedras que se adentraba en un jardincillo de setos. Katherina dio unos pasos hasta donde sobresalían de la grama losas lisas con inscripciones que revelaban nombres y epitafios en un castellano arcaico. Iba a llamar a Ludovico para que viera las lápidas cuando este señaló hacia el jardincillo. Katherina y Marcus también se encaminaron al sitio. El punto que los tres miraron era el vestigio de un brocal de piedra con una cadena de hierro con paletas para elevar agua del pozo.

Katherina gritó atónita: "¡Allí está la noria, estamos en el campo de la noria!".

El trozo de texto memorizado brotó solemne de su voz: “Existe un lugar que convirtieron en la roca de la vida, la roca del castillo donde habita dios. Las cenizas de los misterios fueron esparcidas en el campo de la noria. Las cenizas del Fénix no mueren. Los templarios nunca murieron”.

Marcus la miró estupefacto, se arrodilló y besó el suelo, la salva terra. Una tras otra, palomas blancas se fueron posando en el bordecillo del brocal. Ludovico, perplejo, se acercó a la noria.

—¿Qué es este sitio, Marcus?

Poniéndose de pie, Marcus señaló el castaño. Habló con emoción:

—Es nuestra anástasis. Junto a ese árbol hace siglos hubo un rito, unos freires pactaron con dios. Fue un milagro encontrar este sitio después de pasar por terribles tribulaciones, dondequiera había espías papales. Aquí había una ruina de un *castrum* romano y sobre ella construyeron el castillo por muchos años. Lo bautizaron castillo de Ulver, por el nombre del santo fraile que los comandaba, caballero del linaje carolingio.

—¿Entonces eran prófugos templarios acusados de herejes? El rey de Francia los quería exterminar, lo mismo hicieron con los cátaros —dijo Katherina, entusiasmada con lo que oía.

—Exacto, el Papa abolió la Orden templaria en 1312, pero no la pudo exterminar del todo. La Orden del Templo de Salomón es inmortal. Por eso estamos aquí —subrayó Marcus, mirando a Ludovico.

Katherina hizo un gesto de disentimiento, antes de decir:

—La inmortalidad es sublime en palabras, Marcus, pero díganos por qué estamos aquí realmente, me siento mortal, ese alemán estuvo a punto de matarme. ¿Es usted acaso inmortal?

Marcus guardó silencio. Cuánto hubiera querido hablar a solas con Ludovico. Ni siquiera conocía a Katherina, solo sus artículos en Internet en los cuales defendía la dignidad de los herejes albigenses, los desafortunados “puros”, contra el régimen que llamaba “estalinismo medieval” y “pogromo oscurantista”. Al escucharla, tan preguntona, temió cometer la imprudencia de hablar más de la cuenta. ¿Le importaría a Ludovico? Lo miró. Tal parecía que no estuviese allí. Siempre pensativo, con esa postura fría, inconmovible. Pronto tendría que decirle quién era, de dónde venía, qué le aguardaba. ¿Cuánto de la historia de los templarios de Cornatel sabía Ludovico? Algo tenía que saber porque Katherina había mencionado la hiedra, la noria, el campo sagrado.

—La inmortalidad muchas veces es un gran propósito —dijo Marcus—, nuestros antecesores llegaron a este lugar, clavaron una cruz, colocaron el baussant blanquinegro, le juraron lealtad a Cristo,

pero el propósito no era salvar sus vidas de la hoguera, sino salvar el legado del Temple. En Cornatel generaciones de templarios han custodiado ese legado y así será siempre.

—Marcus, ¿por qué darle tantas vueltas a la tuerca? —reprochó Katherina—. Esos antecesores, esos monjes, ¿quiénes eran? ¿A qué legado se refiere?

Ludovico caminó de la noria al área de las lápidas.

—¿A qué legado se refiere? —preguntó también Ludovico, con interés.

Marcus se le acercó.

—El legado es nuestro destino, hermano Prevost.

Se miraron fijamente a los ojos.

—Lo escucho, Marcus, sé que pertenezco a esto, ¿por qué no va al grano? ¿Por qué nos persigue esa jauría?

A Marcus ya no le importó la presencia de Katherina. Había llegado el momento de hablar, de contar al menos la parte menos secreta de la historia.

—Somos como esos monjes veladores, ellos custodiaban las pertenencias rituales templarias, era su misión. Eran...

Hizo un dilatado silencio. Estuvo a punto de no hablar más, al escuchar arrullar a las palomas de un modo inusual, como lamentoso.

—Quiero oír toda esa gran historia, maestro Marcus —rogó Ludovico y le puso una mano en el hombro. Marcus miró hacia al castillo y narró:

—Esos monjes eran una pequeña célula secreta de humildísimos elegidos, nadie sabía que existía salvo el Gran Maestre de la Orden templaria. Después de la tragedia de 1307, se convirtieron en los nuevos hacedores de la Hermandad del Fénix —Marcus se llevó la mano abierta a su pecho y miró hacia la noria—. Los freires escogieron la roca de Cornatel como refugio, traían consigo el tesoro templario. A pesar de mil adversidades, nadie ha podido profanarlo. Dios mismo cuida su legado.

—¿La hermandad del Fénix? O sea, los guardias del tesoro —infirió Ludovico.

—Los veladores. Mejor llamémosles depositarios del legado —resumió el guía.

Katherina se había quedado sin palabras. Marcus hablaba como un fanático, pero sin la exasperación de un mitómano, pruebas sobraban de que era un ser superdotado, un guerrero capaz de abatir demonios. ¿Y si en verdad existía un tesoro templario? Desde que la hechizara la leyenda del Grial, había dedicado mucho tiempo a seguirle el rastro. La apasionaban los misterios trascendentales, como el de Rennes-le-Château entrelazado a María de Magdalena y el Priorato de Sión, y el que era su favorito, el tesoro de la fortaleza de

Montségur escondido por los *bons homs* cátaros para que no cayera en manos de los cruzados del Papa, pero aún nadie había visto esos tesoros, las historias ocultas generalmente se quedaban ocultas. Ahora sintió algo distinto, quizás Marcus hablaba en serio.

Marcus vigilaba los alrededores sin perder de vista a Ludovico, que ponía su mayor interés en las inscripciones de las losas.

—Son lápidas con paráfrasis de la biblia, parecen describir el vía crucis y los hechos apostólicos —le dijo Katherina.

—¿Y los nombres? —inquirió Ludovico.

—En verdad son mausoleos —aclaró Marcus, acercándose—. Cada nombre corresponde a los grandes maestres, los *Magister Militiae Templi*. Este monumento fue idea de tu padre.

—Mi padre hacía muchas cosas que desconocíamos en casa —refirió Ludovico.

—Ya os conté la historia, hemos vivido en las sombras. Aún así seguimos perseguidos, como has visto.

—Sí, hermano Marcus, lo he visto. ¿Cuándo termina todo esto? Estamos en el siglo veinte y uno.

Marcus, al oírlo decir "hermano Marcus", sintió un dulce regocijo, tuvo ganas de abrazarlo. Le contestó sereno:

—Hermano, Prevost hijo, mientras haya templarios vivos seguiremos aferrados al pacto con dios, jamás abandonaremos el legado, es nuestro fátum.

—Me llama la atención algo, Marcus —dijo Katherina—. ¿Por qué tantos bandidos conocen el secreto, el tesoro, lo que sea? Estamos rodeados de una internacional del crimen, alemanes, franceses.

—Buscan la reliquia, así le llaman —agregó Ludovico.

—Es otra historia que debo contarles. Por muchos años no fuimos molestados. Al parecer el nuevo ciclo papal ha despertado a los demonios. No sabemos qué está ocurriendo —Marcus se quedó mirando a Katherina, la notaba con muchos deseos de saberlo todo. Le sonrió—. No es un secreto ni un tesoro de oro, querida amiga, es un legado. Un legado de Dios.

De pronto, la bandada de palomas blancas posadas en el castaño, el brocal y las losas alzó vuelo en estampida. Volaron por la cortadura del barranco y retornaron en vuelos rasantes. Marcus en seguida supo que algo grande las había asustado. Solo realizaban vuelos rasantes y en círculos cuando existía peligro. Un torrente de palomas voló cerca en dirección a las nieblas que envolvían el castillo. Katherina expresó asombrada:

—¡Son miles, bajan de las nubes!

—Seguro llegaron más forasteros, se portan así con los extraños —dijo Marcus y los condujo hasta una covacha abierta en una pendiente del barranco, camuflada por una cortina de helechos—.

Esperéis aquí, no demoro, este sitio es seguro.

Marcus partió presuroso. Más tarde resonaron disparos en el castillo.

Capítulo 62
¿A cuáles demonios tendría que hacer frente ahora?

La bruma intensa no dejaba ver los alrededores, pero a Robin García le agradó escuchar hablar en inglés del otro lado de la muralla. Era el inglés peculiar de su país. Al mirar por una tronera, divisó cuatro hombres que hubieran podido pasar por turistas de no llevar armas. "¿Qué rayos buscan por aquí?" Los observó fallar una y otra vez en el escalamiento con cuerdas, trepaban un tramo de muralla, resbalaban y caían, echaban gruñidos y maldiciones. Supo enseguida lo que sucedía. Iban a tener que asaltar de otro modo la fortaleza, porque el musgo omnipresente les había cerrado el paso.

Cambiando de sitio, Robin tuvo más cerca a los paisanos. Por una rajadura de la muralla escuchó con claridad lo que hablaban y las instrucciones de mando que recibían. No le cupo duda: eran militares norteamericanos. Por un instante pensó: "Ahí están mis compañeros", pero se extrañó que no lo hubiesen contactado primero desde Langley para coordinar el estrambótico encuentro. Se dio cuenta enseguida. Una operación de combate estaba en marcha en torno al castillo, nada que ver con el plan de rescate emergente previsto para sacarlo de apuros, pero le surgió una subsecuente duda: ¿qué clase de enemigos esperaban encontrar los adiestrados seals o delta, quienes fueran, que intentaban invadir las resbaladizas murallas?

Robin, recordando lo que había visto, pensó que mejor se escondía en caso de que tras las nieblas estuviese por estallar una batalla. Cruzó el patio y subió por una rampa. En ese momento la bala pasó por detrás de su cabeza. Otra bala falló cerca de su brazo incrustándose en la mampostería. Comenzaba el asalto. Al mismo tiempo, mientras se ponía a resguardo tras una banqueta del adarve, sonó el teléfono. Era el jefe Welles.

"Agente29, manténgase lejos de ese operativo, esa no es nuestra guerra, pero la misión no ha terminado", dijo atropellando las palabras y colgó.

"Al diablo", gruñó Robin y buscó un mejor sitio para salvar el pellejo

Desde una torrecilla, Marcus atisbó a Robin escurrirse en las caballerizas. Aguzando la vista a través del velo neblinoso, contó unos doce invasores desplegados en la cercanía de la muralla, bien equipados con intercomunicadores inalámbricos y fusiles plegables. ¿A

cuáles demonios tendría que hacer frente ahora? Estos parecían más organizados y letales. No sabía hasta cuándo podría soportar el dolor que lo punzaba en la espalda, a veces sentía vahídos, se le nublaba la vista, había perdido potencia física.

—Solo tengo a dios —se dijo mirando las palomas sobrevolar el lugar.

—Nos tenéis a nosotros, hermano Marcus —salió una voz de la niebla. Tuvo un ligero sobresalto, pero no era una voz hostil. Dos hombres de capa blanca con la cruz bermeja marcada al hombro le abrazaron: "Juntos otra vez". Enseguida Marcus los puso al corriente sobre Prevost hijo y las tremendas circunstancias vividas, y luego oraron tomados de la mano. Justo en ese momento, el francotirador colocó a uno de ellos en el centro de la mira, iba a disparar, pero… no pudo. Un enjambre de palomas blancas cubrió el blanco, la niebla oscureció todo, las palomas atacaron sus ojos y manos, y al caer del árbol rodó ladera abajo.

A miles de kilómetros del castillo, el audio de larga distancia del centro de mando de la operación recogió la exaltada voz del jefe del comando ordenando a sus hombres derrumbar con explosivo la entrada tapiada del castillo. Pero de inmediato Donovan abortó la orden. "Busque otros medios sin hacer ruido, capitán" y observó inquieto la imagen reflejada por el satélite: una caravana de vehículos de la Guardia Civil española avanzando por la carretera de Cornatel. "Capitán, sólo disponemos de una hora, no pueden quedar evidencias en el terreno".

El jefe del comando escuchó desconsolado la orden. Volvió a enfocar el espectro del castillo con el anteojos, antes de tomar una decisión. Se detuvo en uno de sus malheridos soldados, quien juraba haber sido atacado por palomas furiosas. Luego dirigió el visor hacia el lejano recodo de la muralla donde crecían montecillos de arbustos. Esta vez avizoró tres desconocidos saliendo de la niebla, bajando la cuesta a todo correr. "Huyen como ratas". Y ordenó interceptarlos.

Por esa parte la ladera terminaba en neblinosas crestas de monte, un prado con tupido hierbazal cubría los altibajos del terreno. Parecía un pastizal abandonado cruzado por senderos, y más allá el terreno se elevaba con peñones desperdigados y farallones. Los comandos ejecutaron un rápido cerco y se internaron en el prado. Vieron llegar la primera oleada de palomas y arbustos zarandeados a poca distancia, y dispararon. El capitán, desde una posición dominante en una peña, podía ver las gorras que cubrían las cabezas de sus soldados, la vegetación removida en varias trayectorias, pero no los objetivos. Luego escuchó gritos.

Una ráfaga automática se apagó de pronto. Un comando cayó

traspasado por una espada. Otro comando apuntó su arma al hombre que surgía de la yerba alta, espada en mano, pero no le dio tiempo a disparar. Alguien por detrás puso el filo de un cuchillo en su garganta y ordenó: “arroja el arma o te corto el alma”. Obedeció y en seguida fue abatido de un golpe en la cabeza. El que chocó con Marcus en una maraña de matorrales usó el codo y golpes bajos para quitárselo de encima y a la vez acertó un violento culatazo al rostro. Marcus cayó, vio opaco y escuchó hablar en inglés; el invasor comenzó a informar de la captura de un “objetivo de rara facha, con capa blanca”, pero de súbito enmudeció. Pudo ver su final. Tenía otro objetivo de capa blanca parado delante y una espada se clavó en su pecho. El capitán escuchó en su receptor el grito de dolor y la voz de una persona que no hablaba en inglés.

Los comandos escucharon a su jefe gritarles que salieran de la emboscada. En retirada dispararon sin misericordia al enemigo. Las ráfagas automáticas convirtieron el prado en hierba arrasada.

—Reporte, capitán —ordenó Donovan al jefe del grupo élite tras el cese del tiroteo.

—¿Qué le sucede, capitán —rumió un impaciente general Morgan.

Welles mantenía la vista fija en la pantalla donde permanecía la imagen del castillo envuelta en brumas. “Se metieron en la boca del lobo”, pensó. Sentado a su lado un general cuestionaba el desenvolvimiento de la operación en duros términos: “Inapropiada, ridícula, chapucera”. Uno de los asesores de Donovan tomaba notas, cariacontecido.

Desde Cornatel llegó la esperada voz.

—La operación ha terminado. Tenemos cuatro bajas, dos heridos graves, hay dos enemigos muertos, visten con batas blancas. Es extraño, combatieron con espadas; nadie nos habló de esta gente. Se inmolaron.

—Explíquese, capitán, no estamos para bromas —requirió Donovan.

—¿A cuántos espadachines enfrentaron, capitán? —preguntó Welles, mirando la cara demudada de Donovan.

—Solo tres. Uno de ellos huyó. Hemos registrado hasta bajo las piedras, todo está calcinado, no tengo idea de cómo pudo escapar, lo hubiésemos visto. Se esfumó.

—¡Maldición! ¿Cómo puede alguien esfumarse? —espetó Donovan y ordenó despejar el terreno. Calculó que en media hora estaría la policía española en el sitio.

Desde Cornatel les llegó el sonido del helicóptero que recogería a los diezmados comandos para llevarlos a Gibraltar.

—Ha llegado el rescate, misión cumplida —dijo orondo el

capitán y se cortó la comunicación.

“Nos han derrotado, Donovan”, dijo Welles para sus adentros y abandonó la sala.

No lejos de allí, Pascal tomó la última foto de los hechos: la retirada en desbandada de la horda militar clandestina en un helicóptero. Soltó una exclamación de alborozo y soñó con el día que pudiera contar al mundo que existía una jodida conspiración a espaldas de todos. Presentaría pruebas inobjetables, mostraría cuántos crímenes son cometidos en las sombras, llenaría el Internet de imágenes insólitas, besó la cámara.

Robin García también había podido ser testigo de la retirada del helicóptero desde unos pedruscos ocultos por la niebla. Lo visto simplemente lo dejaba a solas en medio de toda clase de divagaciones. ¿Quién estaba detrás de una operación como aquella? ¿El viejo Welles había mentido? Tendría muchas cosas que preguntarle, aunque se disgustara. Ya iba a salir del escondite cuando oyó voces. Se asomó viendo decenas de policías desplegados por dondequiera. Finalmente la guardia civil tomaba cartas en el asunto. Se preguntó qué hacer. Pronto sería de noche; con un poco de suerte podría escabullirse y llegar hasta la camioneta Hummer escondida por los alemanes, por primera vez el temor a lo desconocido prevalecía sobre su innata sangre fría.

Capítulo 63
Si esto no es un sueño, quiero saber quién soy

La luz del atardecer comenzó a inundar la covacha. Katherina, bostezando, recostó la cabeza en el hombro de Ludovico y habló de los grandes momentos pasados juntos. ¿Qué se suponía que debían hacer si no regresaba Marcus? Aún quedaba por mostrarles la capilla Sixtina enterrada bajo el castillo. "Es un trasunto del cuaderno de tu padre", le dijo. Describió los detalles, mientras le veía poner cara de asombro.

—Estamos viviendo la ordalía de una saga templaria, ¡fabuloso!

—¡Qué imaginativa eres, gringa! —dijo Ludovico, sonriendo.

—No soy gringa, soy mezcla americana y francocanadiense, con genes cátaros, ya te dije. Y tú eres hijo de templarios, el señor de este castillo y como si fuera poco, el bloguero de los herejes.

Katherina rió mostrando sus lindos dientes y se anudó el cabello en la nuca sin dejar de observar al hombre que la miraba con atención. No le pudo sostener la vista, la profunda mirada de Ludovico por primera vez le sacaba el rubor. Quitándose las botas, se acomodó a su lado, ambos sentados en el suelo, recostados en la pared roqueña. El lugar les permitía mirar hacia la hondonada del farallón y ver pasar retazos de niebla y vuelos de palomas blancas.

—Me encantan los lugares así —dijo y descansó de nuevo la cabeza en el hombro de Ludovico.

—Preferiría estar contándole esta especie de aventura a mis alumnos —dijo él.

Katherina lo escuchó, cerrando los ojos. Solo le importaba estar allí, en su hombro, aunque dijera estupideces. Se fue durmiendo, pero llegó a sentir que le besaban la frente.

Media hora más tarde, Ludovico comenzaba a dormitar cuando Marcus irrumpió silencioso en la covacha y tocó su hombro. Se alegró de ver a Katherina durmiendo. "Ven conmigo, debes conocer algo".

Salieron al filo de la barranca. Mientras Marcus contaba lo acontecido tras dejarlos en la covacha, manifestándose intrigado por ver militares americanos en Cornatel, fueron bordeando el castillo por la parte más accidentada del risco. Con agilidad cubrieron la distancia hasta una solapa de la ladera donde Marcus retiró la tapa de piedra que bloqueaba una cavidad y alumbró con la linterna. Una sinuosa galería los condujo al corazón calizo del cerro.

Llegaron a una bóveda que recibía luz natural por unas

aberturas del techo. “Aquí estuvo la señorita Katherina”, dijo Marcus y puso la luz de la linterna sobre paredes llenas de dibujos y signos. Ludovico quedó deslumbrado por lo que veía.

—En este sitio nueve caballeros templarios celebraron el primer rito de salvación hace siglos. Eran los antepasados de nuestros padres, hasta hoy —relató Marcus con patente emoción—. Este es un gran día. ¿Reconoces ese dibujo?

Ludovico se acercó al dibujo que representaba nueve hombrecitos en fila portando espadas y estandartes delante de una cruz, la escena que más le gustaba dibujar de chico. Verse a sí mismo lo estremeció, si bien no era un dibujo infantil suyo. Eran trazos bien perfilados, caballeros detallados con barbas y largas vestiduras, hechos por un artista dibujante, pero contemplar las figuras le hizo sentir una súbita conexión con gratas reminiscencias. Vio a su padre feliz enseñándolo a dibujar “guerreros invencibles”, rodeado de espectadores sonrientes, los mismos hombres barbudos, ¡como Marcus!, que llegaban cada cierto tiempo por distintos caminos a besar reverentes la mano de la bella mujer que no se apartaba de su lado.

—Vi a mi padre alguna vez dibujando escenas como esas —dijo Ludovico.

—Ese dibujo lo hizo tu padre, amaba las artes —ratificó Marcus.

Ludovico continuó escrutando las paredes con asombro, leyó divisas y tradujo inscripciones. Se detuvo ante una gigantesca cruz latina, recordando la expresión de Katty: “Hay una cruz enorme que me hizo poner de rodillas y rezar”. Un pensamiento le sobrevino con fuerza: “Si todo esto no es un sueño, quiero saber quién soy”. Se volvió hacia la persona que tardaba mucho en explicarle las cosas.

—¿Por qué me traes hasta aquí, Marcus?

—Así lo quiso tu padre. Pero no he sido yo, sino su testamento lo que te trajo, te reveló el camino, por eso viniste a Cornatel.

—Es cierto, me produjo curiosidad algo que escribió, pero bien, ¿qué quieren de mí? Dígame ahora mismo, ¿quién rayos soy si soy algo?

La voz brotó como un reclamo, casi un lamento. Marcus miró las claraboyas del techo, aspirando profundo. Contrajo los labios. Le habían dicho que si tenía dudas no revelara el secreto. Sería discrecional, ya que algunos templarios se oponían a que Ludovico fuera el receptor del báculo de la Hermandad de Ulver por considerar que carecía de entereza religiosa. El gran maestre Prevost, por el contrario, le daba el voto a su hijo alegando que poseía la más pura de las cualidades: ser incorruptible. “Actúa como templario, sin saber que lo es, por sus venas corre sangre sin estigma, jamás traicionaría”. Finalmente, el propio gran maestre había recomendado que Marcus

tomara la resolución definitiva con “justa sabiduría”, cuando llegase el momento. Ahora el guía tenía al angustiado candidato al frente y pensó que sería justo y sabio decirle quién era.

—Eres hijo de templario —dijo Marcus con énfasis—. Tu difunto padre era gran maestre del Temple, guió nuestra hermandad por setenta años. Al morir perdimos al más grande de los *frates templarii* de nuestro tiempo. Somos los herederos de esos nueve caballeros que llegaron a Cornatel con el legado hace siete siglos y allí junto a la noria se ofrendaron a dios. Ya esa parte de la historia la conocéis, lo demás ha sido un milagro. Llegar hasta aquí a pesar de los demonios es prueba de que podemos sobrevivir gracias a la fe. Ni mil ejércitos podrían contra nuestra fe. Todo puede ser destruido menos la fe.

Ludovico asintió con respeto. Incluso habría debatido la noción de la fe, pero evitó desacralizar el momento. Si la fe tenía una fisonomía era la de Marcus, con su espada colgada a la espalda, el gabán blanco hecho jirones y manchado de sangre, el tajo en la mejilla, la resolución sobrehumana de custodiar un supuesto legado sagrado. Admiraba a hombres así, que no eran malandrines, sino protomártires.

—¿Qué significa ser hijo de templario? —preguntó Ludovico, dirigiendo su mirada a las inscripciones del techo de la cueva—. Supongo que este santuario soterrado no es la reliquia que buscan esos brutos.

Marcus, antes de responder, iluminó el dibujo de los nueve caballeros ante la cruz.

—Hice la misma pregunta a mi buen padre antes de ser iniciado en la hermandad. Se lo diré muy sencillo, hermano Ludovico. Usted fue escogido por vuestro padre como sucesor.

—¿Sucesor? Lo hizo sin contar conmigo, ni siquiera me educó como templario.

—Es la regla. Así ha sido por generaciones. No podemos reclutar a los miembros en Internet, como es lógico, lo hacemos de la manera más segura, por la línea de sangre.

—No siempre los hijos siguen los deseos paternos, Marcus, ¿han pensado en eso? —manifestó Ludovico renuente a dejarse engatusar por su interlocutor.

—Es una potestad divina, hermano, somos guardianes del legado. Y ese legado está en vuestra sangre. No pasa nada si te vas, pero podemos esperar años hasta que decidas volver.

Con tanta vehemencia hablaba Marcus que Ludovico optó por no replicar. Se acercó a uno de los textos rupestres con interés. Un círculo borroso contenía la palabra *zelotei*. “El que escribió esto seguramente simpatizaba con los violentos guerrilleros judíos que se alzaron contra Roma”, pensó Ludovico. Al lado figuraban escrituras en

copto que no pudo entender y más adelante un escrito intrigante: “Juan el Bautista decapitado nuestro camino a Dios, Jesús nazareno crucificado el otro camino”. Pensó enseguida en la sutileza de la herejía: “Hubo templarios díscolos en sus creencias, obviamente”. Lo impresionó ver una pared con numerosos símbolos en espiral y decenas de variantes gráficas del número nueve. “El 9 llega hasta la eternidad donde no moriremos”, leyó junto a un nueve que parecía una amorfa estilización de un feto. No pudo ver todo el mural porque Marcus le hizo una seña, quería mostrarle algo.

Tomaron un pasaje sin trayectos rectos, solo curvas y ángulos, encrucijadas de galerías que se interconectaban por medio de pequeñas cámaras abovedadas donde siempre desembocaban dos pasillos en pendiente, uno de bajada y otro de ascenso. Los relumbrones de la linterna de Marcus dejaban ver muy poco, pero sí lo suficiente para que Ludovico se diera cuenta que debajo del castillo existía un grueso queso calizo perforado por un laberinto de túneles artificiales. Notó que siempre se desplazaban a la izquierda sobre un eje que formaba un caracol ascendente. Cada cierto trecho aparecían signos en el techo, que Marcus les llamó “marcas de orientación”. Avanzaron en silencio, con la respiración agitada, Ludovico no podía creer que existiesen catacumbas como esas, perdidas en la historia, tan lejos de Roma.

Capítulo 64
Todos tenemos nuestros secretos

Roma en una nublosa mañana que parecía invernal. El clima seguía raro y caprichoso, en su lento cambio a la primavera.

El Papa nunca había visto a su consejero y amigo Solanos tan pálido después de concederle la audiencia intempestiva que le pidiera. Tenía un mal semblante, como el de las personas que padecen de insomnio. Se inclinó y besó la mano del pontífice con desacostumbrada prisa.

Hablaron en italiano.

—Santo Padre, he venido por consejos, por la venia de Dios.

Solanos se puso de rodillas y el Papa lo santiguó y besó su cabeza.

—¿Qué te aflige, mi pío amigo?

—Me aflige mi ignorancia, la pesadilla de la historia —dijo Solanos, con voz acongojada.

—Mi buen amigo, nunca lo he visto tan pesimista. ¿No le agradan las buenas noticias? Dios nos libró de esos conspiradores contumaces y sacrílegos. A propósito, ¿sabéis algo del segundo líder de la secta vinatera, el llamado príncipe Jean Pierre?

—La Interpol sigue tras él. De la secta alemana parece hay sobrevivientes. Activaron una página de Internet con nuevas amenazas, pero el golpe que recibieron fue aleccionador. Además, la policía secreta alemana está limpiando el país de sectas delictivas y anarquistas.

—Son buenas noticias, he pensado en una encíclica del gobierno de la luz sobre el oscurantismo fanático y el ateísmo calamitoso. Tenemos que ser mejores pastores de la luz de Cristo, Solanos. Me gusta tu idea de cristianizar a la prensa, de abrirnos más espacio pastoral en las cadenas de televisión y el Internet.

—Su Santidad, cuente conmigo. Precisamente he venido por la luz. No puedo presentar pruebas aún, pero me aseguraron que el Vaticano es inseguro.

—¿Qué decís, Solanos? Este es el sitio más seguro del mundo, no estamos para juegos —replicó el Papa, algo molesto.

Solanos era la única persona que podía turbar al papa sin que lo echaran por patán. Desde jóvenes se habían admitido cóleras y desavenencias. En lugar de pedirle perdón por haberlo irritado,

Solanos acercó su rostro al del Papa.

—Mi santísimo amigo, ¿cuándo me he equivocado? Alguien le abrió la puerta al demonio en el Vaticano, tenemos al enemigo dentro. Mi humilde misión es ponerlo en conocimiento, daría mi vida por su Santidad.

Solanos contó la información tal y como la había recibido de su fuente que llamó "anónima". "Dios peligra", le habían dicho. Expuso cómo percibía las circunstancias después de estar enterado de dos cuestiones alarmantes sobremanera. Primero: el gobierno liberal americano tendía a inmiscuirse demasiado, probablemente para sacarle provecho a algún desenlace político a favor del protestantismo; y segundo: seguían desvalijando los archivos secretos del Vaticano que seguramente iban a servir para fabricarle a la iglesia una imagen repudiable.

—Existe una maquinaria malévola esperando una coyuntura para sabotearnos, es la más tenebrosa confabulación en siglos contra el cristianismo, que solo Satán ha podido inspirar.

—¡Dios nos guarde! —dijo el Papa, cerrando los ojos como de costumbre. No tardó en preguntar—: ¿Cómo te las arregla, fidelísimo amigo, para saberlo todo?

"Ojalá lo supiera todo", pensó Solanos. Al menos había logrado que el Papa cerrara los ojos en reflexión. Hubiera querido decirle que existían cadenas secretas de información filtradas a través de una inmensa red de fraternidades, donde los secretos estaban al alcance de la amistad o la militancia. Millones de personas buscaban la verdad en los libros, la televisión y el Internet, cuando en realidad la verdad yacía tras bastidores donde nadie creería que estuviese: las logias masónicas. Presidentes, diplomáticos, religiosos, artistas, ricos, pobres, ateos, judíos, negros, chinos, había millones de masones y aprendices de masonería dispuestos a revelar una noticia nefasta en aras de salvar el mundo que vivían. Muchos crímenes, iniquidades y episodios terríficos habían sido coartados en la historia gracias a la confidencia anónima.

—He hecho buenos amigos, son más de confiar que nuestros servicios secretos profesionales. Prueba le he dado de ello —respondió Solanos.

—Mi buen Solanos, usted me asombra, ¿ha pensado en quiénes podrían ser esos confabulados? ¿Cuenta con evidencias?

Solanos no tenía pruebas, pero por primera vez se atrevió a especular ante el santo padre, recordando las aseveraciones hechas por su amigo Welles.

—No tengo pruebas, Su Santidad, pero ni siquiera confiaría en quienes defienden vuestra infalibilidad, ni del Opus Dei, menos de los jesuitas. Me pregunto quién llamó a los americanos a que metieran

las narices en nuestra intimidad de estado, tampoco me fío de ellos.

El Santo Padre volvió a cerrar los ojos, murmurando un rezo. Se le veía cansado. Solanos se dio cuenta que lo había saturado, sabía que tenía que dar fin a la conversación y marcharse. Se incorporó, besó la mano del pontífice y se dirigió silencioso a la puerta.

La voz alemana del Santo Padre lo detuvo.

—Solanos, por qué la prisa, deseo vuestra compañía, tenemos mucho que hablar como grandes amigos.

Solanos volvió a su asiento, seguido por los dulces ojos azules del Papa, quien habló apesadumbrado:

—Amigo mío, esos documentos robados han causado mucho pesar. Mi predecesor fue objeto de chantaje por tal causa, lo cual rechazó. Los hampones no pedían dinero, sino postración, amenazaron con revelar lo que llamaron crímenes y miserias de la iglesia. ¿Cómo puede dañarnos una historia sombría y manipulada más sobre los orígenes de nuestra santa institución? Los hechos de la grandeza de Cristo pueden más que los libelos escritos por hombres malos, de aviesas doctrinas. —El Papa hizo un breve silencio, encogiéndose de hombros—. Lo grave es que esos documentos han estimulado un género de terrorismo de reivindicación histórica; es lo que impulsó a esas sectas a una cruzada del mal. En el caso de la secta alemana no hubo ninguna reclamación templaria, pero sí serias amenazas de bombas, así surgió la colaboración estadounidense, nadie los llamó, ellos se enteran de todo, siempre nos ayudan.

Solanos no quedó conforme. Le dio la impresión de que el Papa no quería explayarse, menos en tópicos de estado. Pero cómo poderlo ayudar con tantas reticencias.

—Si todo fuera un mero chantaje oportunista no tendríamos por qué temer —argumentó Solanos—. He pensado que los conspiradores se fanatizaron con el ideal del poder al poseer esos documentos. Encontraron alguna revelación, por eso se refieren a un arma secreta oculta, resucitaron las leyendas templarias, el misterio de los cátaros. Una mesonera que conoció a los capitostes de la secta francesa reiteró que los escuchó festejar por el hallazgo de un tesoro sagrado en España que los haría invencibles. El testimonio de la rusa es idéntico, los alemanes pretendían someter al mundo tan pronto encontraran el arma sagrada en España. Hitler mismo estuvo obsesionado con el tema. Es curioso.

—Es curioso y oscuro, claro que sí, todos esos secretos —dijo el Papa, incorporándose. Dio lentas vueltas, meditabundo, por la estancia y acercándose a Solanos por detrás le oprimió suavemente el hombro—. Entiendo tus preocupaciones.

—Agradezco vuestra confianza, Santo Padre.

—La historia de los templarios y de sus amigos herejes cátaros

también es curiosa y trágica —dijo el Papa mientras retornaba a su asiento con pasos cansados.

—Fue un buen tema de nuestra juventud, te apasionaba.

—Sigue siendo un gran tema, los secretos templarios siguen ocasionando problemas —dijo el Papa—. Todos tenemos nuestros secretos, amigo del alma. Los papas tenemos los nuestros.

Solanos pensó en cuántos secretos humanos y divinos irrevelados convertían la historia en una desilusión especulativa, acertijo para unos, especie de sortilegio para otros, estandarte para profetas falsos. La historia padecía de ese mal, la página mal escrita o no escrita. Le molestaba que así fuera, por considerar que el secreto muchas veces ocultaba el pecado, la herejía. No diría al Papa cómo pensaba, pero le expresó:

—¿Algún día los papas revelarán sus secretos?

—No preguntéis, Solanos, busca tú mismo la respuesta —dijo el Papa con voz cansada y cerró los ojos. Sintió que Solanos le besaba la mano y salía de la estancia. Entonces abrió los ojos y buscó con la mirada una de las pocas fotos enmarcadas que colgaban de la pared. Se miró más joven y sonriente junto a una figura circunspecta que vestía un impecable hábito negro, el conde Jacobo, el general superior de la *Societas Jesu*, la poderosa compañía de los jesuitas, a quien el vulgo llamaba el “papa negro”. Lo amargó pensar que Solanos tuviera razón al sugerir un complot jesuita, tomó una píldora relajante y le pidió a Dios que lo colmara de paz y luz.

Capítulo 65
Vivía cautiva en una especie de fábula nibelunga

Katherina soñaba con Ludovico, este vestido con bata blanca le hacía raras gesticulaciones de manos desde un lugar distante. Corrió hacia él, desnuda, voló sobre el precipicio y se volvió paloma. Luego vio al alemán de mirada feroz apuntándole con una pistola. Sonaron disparos.

Abrió los ojos, azorada.

Salió de la covacha sacudida por la pesadilla, pero le resultó grato que las nieblas un poco disipadas dejaran ver la mole magnífica del castillo. Sabía que cometería una imprudencia al exponerse, pero no quería pasar la noche sin Ludovico. ¿Dónde estaría? También le preocupaba la ausencia de Marcus. El clima enfriaría severamente; antes tendría que encontrarlos. Consultó la hora en su reloj pulsera y tomó por el sendero que ya conocía. Al llegar al campo de la noria había palomas blancas posadas en las lápidas y se encaminó a las murallas. Allí estaba el túnel, llamado poterna por Marcus, que la condujo bajo tierra a las antiguas caballerizas. Al destapar la salida y saltar afuera, se dio cuenta que mejor hubiera sido no ser imprudente. Un grupo de hombres armados, con uniformes de la policía española, parecían que la estaban esperando.

—¿Pudo encontrar algún tesoro en ese hueco, doña?

Fue llevada del brazo sin rudeza a una plazoleta ante un hombre alto y bigotudo, entrado en años y fumador de pipa. El comandante Garzón, el connotado jefe de intervenciones especiales antiterroristas de la Guardia Civil española, la UEI, le clavó una mirada inquisitiva. Pero su voz sonó agradable y diplomática:

—¿Cómo la ha pasado, madame?

—De maravillas, me fascinan los castillos hispánicos.

Garzón notó el acento extranjero y exclamó en inglés: “I love the Spanish castles too”. Decenas de policías iban y venían registrándolo todo, tomando muestras y fotos mientras recibían órdenes por los walkie-talkie y móviles. Pasaban mirando de reojo a la atractiva mujer que hablaba con su jefe.

—Oh, ¿por qué tantos policías? —preguntó Katherina, fingiendo sorpresa.

—Usted debería saberlo mejor que yo, señora.

—¿Por qué tendría que saberlo? Soy turista, no policía.

Katherina percibió que las mofletudas facciones de Garzón se endurecían.

—En este sitio acaban de matarse varias personas, ¡y usted no sabe nada!

Garzón señaló el sitio donde dos camilleros metían el cadáver de un hombre rapado en una bolsa plástica. Katherina palideció y temió no poder hacer bien el papel de turista despistada. Menos podía decirles la verdad. Pero, ¿qué verdad?, si en realidad sabía muy poco, las interrogantes la abrumaban, vivía cautiva en una especie de fábula nibelunga de la cual no quería salirse. ¿Dónde estarían Ludovico y Marcus? Escuchó a Garzón ordenar a sus hombres realizar una búsqueda milimétrica en pozos, fosos, subterráneos y a mil metros a la redonda. Y seguidamente le extendió fotos de cinco personas encontradas muertas.

—¡Qué horror! —dijo Katherina sin coger las fotos—. Créame, sólo he visto palomas, nieblas y ruidos de fantasmas templarios, me hubiera muerto de susto de toparme con sicópatas que hacen cosas así. Este castillo tiene historias inexplicables.

—Espero nos ayude a explicarlas —dijo Garzón, vehemente.

—Cuente conmigo, soy la doctora Katherina Lacoste, muy buena como detective.

Garzón la escuchó y tuvo ganas de reír. Por el momento no le diría que la conocía. Sabía que la bonita americana estaba mintiendo, aunque extrañamente en el informe provisto por la CIA no aparecía fichada ni buscada, más bien se le describía un perfil positivo, eso sí medio aventurero. Obviamente, haría su propia investigación antes de declararla “limpia” y dejarla libre de sospechas. De hecho, estar en Cornatel, en la escena de una matanza, la implicaba. No creía en turistas solitarias sin miedo a los fantasmas. Dicha doctora tendría que demostrar que era inocente.

Katherina manifestó su desagrado cuando le dijeron que la llevarían a la sede de la Guardia Civil en Ponferrada, capital de la comarca El Bierzo, para tomarle declaraciones. Reaccionó airadamente pidiendo ver al cónsul norteamericano y amenazando con una demanda legal por “abuso de poder, arbitrariedad policíaca y violación de los derechos humanos”. A pesar de sus quejas, al anochecer un carro policial partió con ella rumbo a la ciudad de Ponferrada, alejándola de Ludovico.

Capítulo 66

¿Has regresado acaso de los infiernos?

Las noches para el padre Angelus ya no eran solo de oración. Ni habría más recogimiento y noches monótonas en el monasterio de jubilados de Roma. Había decidido permanecer en su chalet de Nettuno y escribir sus memorias y alguna hagiografía mientras esperaba noticias de Cornatel en donde sus hermanos templarios emprendían una misión de vida o muerte.

De la última visita al castillo, hacía de ello varios meses, aún le quedaba un amargor. El hermano Marcus había anunciado que padecía de cáncer, dejándolos a todos en trance. ¿Quién sustituiría al agraciado y devoto guardián? Fue cuando el gran *frater* propuso a su hijo Ludovico para llenar el triste vacío, la persona menos idónea. Mal augurio que la salvaguarda del legado se entregase a un advenedizo que echaba bromas a dios. Aquella elección, sin dudas, había desencadenado la actual borrasca.

El viento helado de la madrugada que entraba por una ventana de su alcoba lo apartó de la recapitulación de amarguras. Antes de cerrar la ventana, Angelus fijó la vista en las bamboleantes luces de los barcos surtos en el puerto. Luego puso toda su atención en una espléndida luna llena. No se percató del gato que cruzó el jardín y saltó la verja huyendo asustado de unos arbustos que se movían, menos podía imaginar que allí estuviese una sombra observándolo.

Cerró la ventana y volvió a la lectura de un periódico, sentado al escritorio junto al portátil encendido, pendiente de la pantalla por si los hermanos se conectaban a internet. Sintió motivación y comenzó a escribir con lapicero a la luz de una vela, como le gustaba. La lumbre consumiendo la cera atraía las musas. Lo deleitó que salieran de un tirón varias cuartillas acerca del sinnúmero de tergiversaciones amañadas sobre los manuscritos prístinos del judeocristianismo, cuando de repente su agudo oído captó un sonido inusual.

Otro sonido le resultó inconfundible: habían girado un picaporte. Sopló la vela, apagándola, y se incorporó a esperar al pillo que intentaría robarle. No le dio tiempo de llegar al armario donde guardaba la espada y un pistolete. En la oscuridad pudo distinguir una robusta sombra con pasamontañas parada en el umbral de la puerta. Sostenía una varilla alargada, una especie de bastón. Intuyó entonces que no era un ladrón.

—¿A qué vienes? —dijo Angelus, sin titubeos.

La sombra no respondió, avanzó un poco y se detuvo.

—Tome la espada, *frater* maestre, muera como un templario —dijo la sombra.

La fría voz de un muerto fue lo que escuchó Angelus. Solo existía una voz como aquella, seca y crispada, la de alguien que alguna vez fue gago, la del joven Simón Luna, el templario desaparecido.

—¡Simón! ¿Has regresado acaso de los infiernos?

Angelus lo intentó. Corrió al armario en pos de la espada creyendo que el retador aún poseía una gota de honor y lo dejaría combatir de igual a igual, pero no fue así. Al abrir el armario sintió la paralizante hincada eléctrica en el brazo y cayó al piso aturdido. Al acuclillarse la sombra, se vieron cara a cara.

—Me subestimaron, viejo, acabaré con vuestra maldita logia, seré el hacedor del legado.

La voz de Angelus rumió débil:

—No te saldrás con las tuyas, Judas, ¡miserable traidor!

El escupitajo alcanzó a la sombra en plena cara. Se irguió, limpiándose el rostro.

—Ahora te voy a cocinar el corazón, vejete imbécil.

La sombra le aplicó el rayo eléctrico en el pecho. Repitió la operación varias veces hasta verificar que ya el sacerdote no respiraba. Pausadamente encendió una lámpara y se sentó ante el ordenador. De este pasó la información que le podía servir a una memoria USB, leyó los papeles escritos por Angelus, se los guardó en un bolsillo de su chaqueta y se marchó.

Días después, cuando el templario Víctor encontró a Angelus monstruosamente asesinado, juró venganza e hizo lo que dictaba la regla: embalsamó el cuerpo, le pintó un 9 en la frente, manejó dos horas y lo sepultó en el socavón de una montaña sin colocarle una cruz. Sería solo un lugar de descanso temporal hasta poderlo llevar al camposanto de los mártires en Cornatel. Posteriormente informó por internet de la desgracia a los demás cofrades y les llamó por un teléfono público para advertirles: “Ha comenzado una cruzada contra nosotros, quieren exterminarnos, no se alejen de las espadas”.

Ninguno de los templarios imaginó que ya eran seguidos de cerca y que en poco tiempo correrían la misma terrible suerte, de manera mortal y fulminante. Tampoco previeron que poco podían hacer las espadas contra una sombra acechante y despiadada que los fue electrocutando por la espalda: en una solitaria estación de metro a uno, en el baño de un gimnasio al otro, ante el altar de una iglesia al tercero. Nadie los pudo sepultar en una montaña ni pintarles un número nueve en la frente. La prensa habló de cuerpos calcinados y la policía jamás pudo identificarlos, pues carecían de documentos y fichas. Se les describió como pobres inmigrantes ilegales, asesinados

por alguno de los renacientes grupúsculos de fascistas y hampones xenofóbicos. Curiosamente, dos de las víctimas habían sido encontradas aferradas a enormes espadas como las que exhibían los museos, seguramente usadas para repeler a los agresores.

La sombra escuchó la noticia en la sala VIP del aeropuerto donde esperaba el avión que lo llevaría de Italia a España, y la gente sentada alrededor quedó atónita al ver que el hombre de la cara cubierta con pasamontañas saltaba del asiento y expresaba abruptamente: “Malditos sean, mueran los templarios ilegales”.

Capítulo 67
Basta de inventar conspiraciones

Jason vio al jefe Welles llegar casi corriendo, después que lo llamara para decirle que le tenía noticias frescas.

—¿Qué hay de nuevo, genio?

Jason movió el ratón para mostrarle una secuencia de fotos en la pantalla del ordenador.

—Hay una ola de asesinatos en Italia, con el mismo patrón, los electrocutaron con algún tipo de artefacto sofisticado —explicó el analista—. No han identificado a las víctimas, pero observe que…

—No soy ciego, socio, veo esos mandobles en sus manos.

—Son espadas similares a las usadas por los templarios de la secta francesa, con cabos de cruz —agregó Jason.

—Las mismas que usaron en Cornatel contra los hombres de Donovan —opinó Welles acercando sus ojos a la pantalla.

—Eso no es todo, jefe. Hay conmoción en el Vaticano por la desaparición de un sacerdote, el padre Angelus. Hasta jubilarse trabajó en los archivos secretos. No sé cómo la policía italiana descubrió que tenía una doble vida, una de cura, otra de masón licencioso, pasaba vacaciones en Nettuno, una ciudad turística de la costa romana. Han registrado donde vivía y encontraron, adivine qué.

—No soporto tu manera de informarme a cuentagotas, habla de una vez.

—Encontraron una espada como esas.

—Interesante. Debe ser la mentalidad templaria, prefieren las espadas a la pólvora.

—Esto parece un *reality show* retro, vendámosle el guión a Spielberg.

—Eres un payaso astuto, Jason. ¿Qué más tenemos?

—También allí encontraron evidencias chamuscadas; a alguien lo pasaron por la tostadora, la víctima pudiera ser el sacerdote desaparecido —dijo Jason, observando que Welles se había puesto pensativo.

—Muy bien, ¿qué quieres decirme?

—Falta el milagro. Encontraron una foto en la residencia de ese sacerdote en Nettuno.

—¿Un milagro? ¿Algo celestial que valga la pena? —preguntó Welles, animado.

—Mira esa foto. Me la acaban de mandar por e-mail. Los colegas

italianos son muy competentes y cooperativos.

Jason puso el puntero del ratón sobre una foto y la amplió. Allí estaba el castillo que tanto dolor de cabeza seguía dándoles, una imponente y nítida imagen de Cornatel sin nieblas. Welles puso cara de alelado.

—El castillo sin las brumas, ¡qué belleza! —exclamó Jason, contentísimo.

—Ya nada me extraña. Pero necesitamos más pruebas sobre la conectividad de todas esas muertes con Cornatel. ¡Al fin veo el castillo sin la maldita neblina!

—Hace apenas unas horas la policía española encontró varios cadáveres allí, uno de ellos fue identificado por la Interpol, se trata de un alemán contrabandista de armas, uno de esos de Thule. Cornatel los liquida como a moscas.

—Raro, allí las sectas se están matando entre sí y no sabemos por qué —dijo Welles con cara de contrariedad.

—Lo sabemos, jefe, aunque faltan cabos por atar. ¿Por qué no le pregunta al Vaticano?

—No sigas, Jason, basta de inventar conspiraciones, en cualquier momento el gobierno cancela nuestra participación después de la debacle de Donovan —dijo Welles y se marchó.

Jason volvió a maniobrar el ratón y dio un doble clic en un archivo. Agrandó dos fotos, las caras de Ludovico Prevost y del asistente del Papa, Solanos Braga. “¿Qué se guardan estos pecadores escurridizos?”, pensó Jason, “¿Por qué el jefe no quiere investigar a Solanos?”. Hizo otro clic y apareció la imagen de la basílica de San Pedro.

“Oh, Dios, revélame tus secretos”.

Capítulo 68
Más allá de la lógica y lo inefable

El pasadizo subterráneo, después de muchas vueltas, se fue tornando un plano recto y espacioso. Ludovico notó que Marcus aminoraba el paso y de pronto se detuvo. Ambos jadeaban sudorosos. La luz de la linterna en la cara encandiló a Ludovico. "Hemos llegado", dijo Marcus, cuya voz denotaba solemnidad. Avanzaron un trecho y el espacio comenzó a ensancharse hasta que desembocaron en una penumbra. La luz de la linterna apenas reveló las formas indefinidas de una bóveda.

Marcus caminó hasta un nicho, encendió un largo pabilo y comenzó a prender antorchas clavadas en las paredes. De la oscuridad fue surgiendo un inmenso hipogeo con su cúpula de mármol y paredes esgrafiadas. "Dios mío", exclamó Ludovico, y Marcus se arrodilló y oró en hebreo. Ludovico, estupefacto, caminó hasta el centro del gran espacio donde observó un círculo pavimentado con una regia losa de piedra sobrepuesta, alcanzó a ver otras losas junto a una pared. Miró en derredor y pensó: "Esto es grandioso, cómo pudieron construirlo bajo el castillo". Miró hacia Marcus que seguía de hinojos.

—¿Dónde estamos, Marcus?

Marcus se puso en pie y exclamó con emoción:

—Estamos en el sagrario de Cornatel, el recinto del legado.

Ludovico sintió una sugestión sutil al escuchar la palabra "legado" y esperó a que Marcus tomara la iniciativa de ser explícito. Mientras, fue observando detenidamente la maraña de inscripciones, letreros y cruces que cubría las paredes y pensó en cómo Katherina habría disfrutado el momento. Le pesó haberla dejado en la covacha. ¿Estaría despierta? Consultó su reloj: justo les había tomado más de una hora llegar hasta allí, un sitio que aún no mostraba sus profundos misterios.

Marcus dio unos pasos situándose junto a la losa y la besó. Con un gesto, pidió a Ludovico que se acercara.

—Te he traído al recinto del legado como así lo quiso tu bienamado padre. Este es el lugar más sagrado de la tierra después del santo sepulcro de Jerusalén —Marcus se agachó y puso una mano sobre la blanquecina losa cuadrada de veinte centímetros de espesor y un metro de extensión, de acabado basto—. Ayúdame, por favor.

La pesada losa, empujada por ambos, fue moviéndose

lentamente girando sobre un chirriante gozne hacia un lado, hasta que apareció el receptáculo que tapaba. Marcus se persignó y Ludovico detuvo su respiración. Una blanquísima urna de mármol resplandeció a la luz de las antorchas.

—Aquí yace el legado, nuestra *arca oracull* —dijo Marcus con voz solemne y quitó la tapa de la urna, clamando—: ¡Oh, Dios, alabado seas, aquí estamos tus humildes siervos del templo, *milites templi Salomonis*!

Dos objetos ocupaban el interior de la urna: un alargada arqueta de piedra labrada con relieves, y algo voluminoso envuelto en lienzo. Marcus, arrodillado, se inclinó y besó los objetos.

—Mirad, este es el sacro legado de los templarios —dijo Marcus, abriendo la arqueta, y declaró conmovido—. Aquí tenéis el osario con los restos del amigo y protector de Cristo, el santo José de Arimatea.

—¡Dios! —exclamó Ludovico, como en éxtasis y clavó sus ojos en los rasgos de letra cursiva grabados en el objeto—. Tiene una inscripción.

—Es el nombre de José de Arimatea, Yoshef , en arameo.

Marcus tomó el otro objeto y fue retirando gruesas capas de lienzo hasta dejar al descubierto dos estuches cobrizos. Del más grande extrajo con sumo cuidado un cilindro algo rasgado de gruesos pergaminos escritos, sujetos con una tira de lienzo.

—La historia sería otra desde que los templarios descubrieron este sagrado documento —dijo Marcus y lo puso en las manos de Ludovico, que lo miró con estupor.

—¿Esto es un evangelio original, Marcus?

—No exactamente. Es como un diario, el relato de la amistad de José de Arimatea y Jesús el Nazareno, la crónica más antigua del cristianismo.

—Esto es… ¡Esto es extraordinario! —exclamó Ludovico, con voz trémula.

Marcus colocó con sumo cuidado el estuche más pequeño sobre la losa, besándolo. Hizo una reverencia con lágrimas en los ojos, murmurando oraciones y guardó silencio.

—¿Qué hay adentro, Marcus? —preguntó Ludovico impaciente y maravillado.

Marcus extrajo una pequeña bolsa y metió la mano, sacó un trozo de fierro puntiagudo, un poco deforme por la herrumbre, con un orificio de engaste en un extremo.

A Marcus le tembló la voz:

—Es la punta de una lanza, la lanza que clavó el soldado romano en el cuerpo de Jesús en la cruz.

—¡La lanza de Longinus! —exclamó Ludovico entre azorado y

boquiabierto—. No es posible.

Ludovico se arrodilló mirando la punta de lanza. De improviso, los hechos de dos mil años cobraron una pureza inimaginable en su pensamiento. En vez de dudar o inquirir, como solía hacer, bajó la cabeza reverente. El peso de la historia, que sobrellevaba como un iluso arqueólogo que busca verdades quintaesenciales, ahora lo sumía en el asombro. Estar ante unos cuantos objetos tenidos como sagrados, a los cuales Marcus llamaba legado, ocultos en un panteón subterráneo a más de veinte metros bajo un castillo, tal vez no eran el Santo Grial, el tesoro de Cristo, pero los hombres por siglos habían creído y buscado algo así y no tenía manera de desdecirlo. A todas luces, existía un legado templario que también le pertenecía, aunque tendría mil preguntas que hacer.

Marcus se adelantó a esas preguntas. La historia del legado fue una emotiva narración:

—Todo es posible, hermano Prevost. Gracias al chevalier Robert de Craon, segundo gran maestre templario, tenemos estas reliquias. Fueron encontradas en Sión, una colina del lado sur del viejo Jerusalén. Un sabio israelita muy viejo, adicto a escarbar sitios antiguos romanos, le habló de la ciudad perdida de los tiempos de Cristo, le llenaba la cabeza de confusas historias hasta que despertó el interés del jefe templario.

—La tenían bajo sus pies, la ciudad arrasada y saqueada en tres períodos por los romanos tras dominar a los judíos sublevados, solo dejaron en pie lo que hoy llaman el Muro de los Lamentos —expuso Ludovico.

—Es sabido, pero en aquella época, por el año 1136, el gran maestre había ordenado restaurar el templo de Salomón donado a los templarios por Balduino II, el rey latino de Jerusalén, convertido en la sede suprema de la orden. Lógicamente, Craon guardó muy bien los conocimientos que recibía de sus amigos, incluyendo príncipes islámicos aliados y lo animó la idea de buscar las reliquias de Cristo. En verdad la búsqueda de reliquias sagradas y de tesoros del tipo Santo Grial fue una misión habitual de los jefes templarios por encomienda secreta de Roma. Pero a él le tocó la suerte de encontrar la tumba de Sión con los secretos de José de Arimatea.

—¿Cómo pudo hacer un hallazgo así? —manifestó Ludovico, perplejo.

—Pues ni siquiera estaba presente cuando un monje templario y el sabio judío descubrieron el sepulcro tallado en la roca de la colina —dijo Marcus, tocando suavemente una de las piezas de la urna—. El gran maestre se les unió al conocer la noticia del hallazgo y luego extrajeron las reliquias, llevándolas al cuartel del Temple. Hasta días después no supieron de qué se trataba cuando el sabio judío leyó la

revelación escrita de José de Arimatea.

—Una revelación tan inaudita que el gran maestre decidió guardarse en vez de compartirla, ¿por qué lo hizo? —comentó Ludovico, sin exponer todo su pensamiento: “Decidió enterrar la verdad para bien del ideario sacramental basado en la mistificación de la historia; pues sí, salvó al catolicismo del ridículo y de la verdad…”

Marcus respondió con aire de estar contando una historia vivida.

—La compartió con un grupo de elegidos de su confianza, los freires templarios más humildes, valerosos y leales. Ellos y el sabio judío fundaron la Hermandad del Fénix, como ya sabes; los primeros nueve caballeros juraron a dios guardar el secreto de Sión *ad aeternum*, porque así lo pedía José de Arimatea en su manuscrito hasta que el mismo dios revelase la verdad en la posteridad.

Ludovico seguía inquieto; de pronto la historia le empujaba hacia unos rincones insospechados, como si dos mil años de secretos y misterios fuesen solo la síntesis de una fantasía, más allá de la lógica de la historia y lo inefable de la metafísica. A su pensamiento arribó la disconformidad propia de quien no es dogmático, ni católico, menos esotérico. Estar en medio de la confusión que le creaba el relato de Marcus, a pesar de ser la hermosa historia de un hallazgo arqueológico, era racionalmente abrumador. ¿Cómo había podido sobrevivir una cofradía de nueve caballeros por ocho siglos?

Como si Marcus le estuviese leyendo el pensamiento, dijo:

—Hermano, no sigas buscándole defectos a la verdad ni sombras a la luz, mirad los hechos, aquí estamos después de cientos de años de persecución, ocultamiento y muerte. El legado ha sido salvado. La historia subyace viva.

Ludovico se encogió de hombros.

—Me pregunto por qué hemos llegado hasta aquí, ¿por qué esos bandidos allá afuera quieren apoderarse de estas reliquias?

Marcus le palpó el hombro y miró a su alrededor.

—Por supuesto no buscan joyas, quieren todo esto, el museo del cielo, la grandeza, la posesión divina. Desde que el gran maestre Craon tomó la decisión de guardar el secreto, comenzó la persecución. Claro está, un hallazgo de tal naturaleza no se podía encubrir totalmente, los templarios instalados en el templo de Jerusalén se enteraron, hubo rumores. Pero la información minuciosa se filtró por un descuido del propio sabio judío que habló de más con sus amigos rabinos. Avergonzado y arrepentido, confesó la imprudencia, poco después fue asesinado.

Ludovico no salía del estupor, se le agolparon mil preguntas:

—¿Cómo reaccionó el Papa al saber que una cofradía secreta, fuera de su control, poseía algún tipo de secreto relacionado con José de Arimatea?

—Es un misterio el cómo llegó la noticia a Roma, pero la iglesia se entera de todo, el Papa Eugenio III, el mismo que había concedido la cruz bermeja a los templarios, interpeló al maestre Craon, quiso saber acerca de ciertas “cosas sagradas encontradas” y si existía alguna secta perjudicial a los intereses de la iglesia, algo así. El gran maestre respondió enviando a su senescal de emisario a Roma para aclarar el asunto; por este medio comunicó que solamente había encontrado cementerios y ofrendas y aseguró que únicamente conocía sectas de asesinos islámicos, pero al parecer no le creyeron. Posteriormente, la hermandad llevó el legado a Francia en plena refriega de la segunda cruzada en tierra santa y allí lo enterraron en las montañas.

—¿A qué le temen? ¿Es tan condenatorio el legado?

—Siempre han temido las herejías. Los prejuicios y la superstición pesan mucho, la ortodoxia es cobarde, tal vez temen que José de Arimatea contradiga a Constantino y al concilio de Trento; las palabras tienen poder, el temor a lo desconocido a veces se torna malévolo, se han inventado una amenaza —Marcus calló por un momento, como indeciso de decir algo, pero prosiguió—. Si supieran que el gran maestre concibió la guarda del secreto para silenciar al amigo de Cristo antes de desacreditar sus propias creencias, tal vez dejarían de molestar. Otros han creído seguramente que existe un tesoro con armas superpoderosas, un Santo Grial, la Tablas de la Ley o algo así que confieren un poder ilimitado a quien las posee, y no dudo que haya coleccionistas de quincalla interesados en vender la *pannicularia* de Cristo en una subasta de eBay.

—¿Quiénes son esos otros, cómo se enteraron de todo? Allá afuera los buscadores de reliquias hablan francés y alemán, están dispuestos a torturar y matar. Supongo no sean chacales pistoleros contratados por el Vaticano, la mafia y los Illuminati.

Marcus movió la cabeza y se tocó la cruz colgada al cuello. Lo agradó notar que el hijo se parecía al padre: inquisitivo, lúcido, inteligente.

—Querido Ludovico, esa misma pregunta ha quedado sin respuesta por siglos en nuestra hermandad. Cuando el Papa Inocencio III instigó la invasión de los señores feudales al territorio cátaro de Occitania, en el año 1209, para poner fin a las herejías, también tenía presente la captura del tesoro porque a muchos líderes cátaros se les torturó con crueldad para que revelasen lo que sabían al respecto. Pero el legado fue salvado. De los Pirineos, donde la hermandad lo había escondido por orden del maestre Craon, fue traído a este sitio por templarios y cátaros. Pero como ves, nos siguen los pasos, corre la voz, hay espías y soplones dondequiera.

—¿Mi padre te contó toda esa historia, Marcus? Hablas como si

fueras un testigo de los siglos.

—Lo que te he contado, lo contaréis. La historia la comunica la hermandad a los nuevos elegidos, así fue desde el principio y por siempre. Es la historia de la verdad, sin añadidos.

Marcus reubicó los objetos en la urna y la cerró. Volvió a correr la losa tapando el receptáculo y besándolo, y al ver a Ludovico cariacontecido, dijo:

—He cumplido con tu padre y con la regla, ahora esta historia queda en tus manos.

—¿Qué quieres decir, Marcus?

Marcus caminó hasta la pared circundante, llena de grafías, en la que grabó a punta de cuchillo una cruz, la fecha del día y una "M", de Marcus. Buscó su espada, que había colocado en el nicho y con un impulso rápido la clavó en el suelo, justo delante de Ludovico.

—Cuando quieras, puedes venir a buscarla. Claro está, sólo si crees que debes ser parte de todo esto y decides que tu destino es la custodia del legado. Tu padre confiaba que lo harías, yo también.

Se acercó a Ludovico santiguándolo en el pecho y la frente.

—Y si decido que mi destino es diferente ¿Qué pasaría con todo esto?

—Tendríamos que elegir otro guardián sustituto, cualquiera de los demás hermanos querrían serlo —dijo Marcus, secamente.

—¿Y suponiendo no puedan encontrar un sustituto?

—Pues, Dios lo encontraría. Hay solución para todo, te enseñaré algo.

Pasaron a una pequeña bóveda donde Marcus, apartando una laja, descubrió una abertura con una escalera de caracol de madera que los condujo abajo a una oscura cámara llena de cajones de cobre, con hileras de cables y tubos insertados que se extendían en distintas direcciones.

La voz de Marcus se alzó contundente:

—El legado no puede caer jamás en manos del enemigo profano, en una situación extrema tendríamos que destruir el laberinto con el explosivo de estas cajas. El legado quedaría a salvo. En su momento, te explicaré cómo hacerlo, es simple detonar las cargas.

—Espero nunca tengamos que hacerlo —dijo Ludovico.

Regresaron a la gran bóveda.

—¿Quién más llegó hasta aquí, Marcus?

—Solo los elegidos, los maestres y vuestra madre.

Marcus apagó las antorchas y se encaminó a la boca de la galería, seguido por Ludovico. De regreso recorrieron pasajes en zigzag del laberinto y salieron al borde del risco, en una noche fría y nublada. Tomaron el atajo que los conducía a la covacha y atravesando el campo de la noria escucharon voces. "Más invasores",

dijo Marcus en voz baja, apagando la linterna. Un peñasco les ocultó de tres policías de la Guardia Civil con linternas y radiotransmisores, uno de ellos aseguró a un superior haber encontrado un cementerio abandonado, con varias tarjas. “Este sitio está lleno de palomas, la niebla no deja ver”, informó el policía. Tras inspeccionar el lugar los policías se marcharon en dirección al castillo.

Poco después Marcus y Ludovico entraron a la covacha. No encontrar a Katherina los alarmó. Enseguida se dirigieron al castillo dispuestos a obtener información del modo que se pudiese. No usaron el acceso de la poterna, sino que dieron un rodeo por el área donde se aglomeraban los desplomes de la vieja muralla. Metieron sus cuerpos por el estrecho boquete de una antigua alcantarilla, desplazándose casi a gatas hasta poder asomarse cautelosamente, levantando una rejilla en al callejón de las caballerizas. Se quedaron pasmados. El castillo había sido tomado por un centenar de policías de los cuerpos especiales de la Guardia Civil española. “Ya no podemos quedarnos aquí, van a utilizar perros de rastreo, pensemos que Katherina ha sido más lista que ellos y escapó, de lo contrario está bajo arresto, y si está escondida los perros la van a descubrir”, dijo Marcus, tratando de justificar su decisión, pero Ludovico se opuso: “Yo me quedo, Marcus, no la dejaré abandonada”.

De pronto les llegó con claridad la conversación de varios policías, que fumaban sobre la rejilla. Hablaban de cadáveres mutilados y de trampas subterráneas, de la multitud de palomas que no les dejaba hacer el trabajo, de la jodida niebla y del “gran culo” de la turista inglesa loca que le había gustado al jefe. “La tienen”, dijo Ludovico. “Dios nos la devolverá pronto, hermano”, afirmó Marcus. Regresaron al campo de la noria y de ahí tomaron un sendero descendente que los alejó del castillo.

Capítulo 69
Soñó con la gloria inminente

La felicidad tenía a Pascal excitado. Al llegar en la noche al hotel descorchó una botella de vino y disfrutó por lo que había conseguido en Cornatel, cientos de fotografías y tomas de vídeo que le convertirían en celebridad. Por increíble que pudiera parecer al gran público cuando las exhibiera, podría probar que eran escenas reales de una misteriosa vorágine conspirativa en torno a un viejo castillo de nieblas, que revelaba la faz estrafalaria de la historia y los pormenores sangrientos de una subyacente batalla por el poder entre ángeles y demonios, logias anónimas y gobiernos complotados.

Despatarrado en la cama, se oyó exclamar: "Soy un genio" y soñó con la gloria inminente. No solo vendería las fotos a los grandes diarios y magazines, sino que alcanzaría su debut triunfal en el cine. Editaría los distintos episodios visuales con un buen guión y con toda seguridad ganaría un premio en Cannes y el Oscar de Hollywood. Naturalmente, el insoportable gordiflón documentalista Michael Moore le envidiaría. Cualquier escena de los feroces combates entre enigmáticos caballeros con espadas, la niebla mortífera, el chacal americano, el asesinato del pastor de ovejas, los bucéfalos rapados nazis, el enjambre de palomas blancas atacando a un francotirador o el repliegue en helicóptero de la fracasada fuerza Delta americana, valía un premiazo, ja ja.

Saltó de la cama, derramándose con alborozo vino en la cabeza y riendo alborotado: "Te haré famoso, profesor Prevost". Llamó al servicio de habitación y pidió otra botella del mejor vino de España y tapas. Al rato, le trajeron el vino y un platillo con las tapas, más una botella extra del vino local del Bierzo, obsequio del hotel. "Ya mañana me marcho, tengan listo el *bill*", dijo al camarero, dio propinas, cerró la puerta y caminó tambaleándose hasta la cama, botella en mano, donde siguió planeando lo que haría al llegar a Madrid. Eran tantas fotos que no las pudo mirar todas, se fue durmiendo mientras veía una larguísima secuencia de vistas del castillo, figuras, pájaros, espadas, cosas, musarañas, apenas discernibles en la bruma.

Robin García estaba seguro que una hora después de llegar al hotel, el fotógrafo borrachín sería vencido por el añejado jerez hispano. Sentado en el vestíbulo, leía El País y los diarios locales mientras escuchaba a los recepcionistas comentar acerca de lo festivo que ponía el vino al "tío follón" que tomaba fotos de todo lo raro que

veía por ahí. Calculando el tiempo y con el propósito de pasar lo más inadvertido posible, salió del hotel y rodeó el edificio sigilosamente. La habitación del fotógrafo, ubicada en la planta baja, tenía la luz encendida. Cruzó una cerca y se acercó a la ventana. Al verlo roncar a través del vidrio, forzó fácilmente el cerrojo sin hacer ruido y se deslizó al interior. En apenas unos minutos echó a un morral los desparramados equipos de fotografía y vídeo, una mini laptop y varios aditamentos de memoria USB, y se retiró.

Robin atravesó la plazuela apresurado, bajando por una de las callejuelas cercanas. Aminoró la marcha cuando sintió voces. No quería ser visto y se ocultó en un rincón. A poco pasaron dos personas conocidas, Prevost y el guía del castillo. "¿Cómo estos pudieron sobrevivir a tantos depredadores?". En otro momento los habría seguido, pero lo esperaba una larga jornada de trabajo.

Pascal abrió los ojos al amanecer, con dolor de cabeza y ganas de orinar. Se levantó de la cama y tropezó con botellas de vino regadas por el piso. De repente, se extrañó de no ver la cámara en la mesa de noche y miró a todos lados, tampoco estaban los demás equipos de trabajo. "No puede ser", dijo, recordando que ya en una ocasión había sido saqueado. "No puede ser", repitió con voz agónica al observar un papel escrito sobre una mesita. Se acercó y leyó pasmado la nota: "Vuelvo a necesitar tus cámaras, te las devuelvo cuando pueda, gracias".

—Maldito bromista, ¿quién eres? —dijo en tono vencido y se sentó en el borde de la cama. Miró sus botas percudidas de barro y respiró profundo para sosegarse. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar esta vez para recobrar sus cosas? "¡Maldito Cornatel!". Salió berreando de la habitación, dejando la puerta abierta.

Capítulo 70
La Venus del espejo

Dormía bocabajo sin almohada, con la cabeza ladeada, cerca del cono de luz de una lámpara. La manta cubría sus suaves curvas excepto los hombros, una pierna desnuda quedaba expuesta. Había dejado el ordenador encendido y papeles escritos. Así vio Ludovico a Katherina cuando entró en puntillas de pie a la habitación para no despertarla.

Estaba informado por el recepcionista que la señora no hacía mucho había llegado y enseguida llamó con la noticia a Marcus, y ambos dieron gracias a dios por devolverle a la chica.

Ludovico, feliz, hubiera querido despertarla, abrazarla, besarla, pero lo que hizo fue sentarse en la cama, a mirarla con un sentimiento que deleitó sus sentidos. Los encantos de la heroína durmiente lo dominaron. Contempló sus dulces facciones y redondos hombros, luego la extremidad descubierta que terminaba en un bonito pie. “Eres la Venus del espejo, mi querida profesora”. No había pasado un minuto y pasó al cuarto de baño murmurando por lo bajo: “Fuera tentaciones”.

Hasta que algo sonó en la ducha, Katherina había dormido tranquilamente. Abrió los ojos sobresaltada. No estaba soñando, había un grifo de agua abierto. Se deslizó asustada de la cama y muy despacio fue entreabriendo la puerta del cuarto de baño. Adentro vio el cuerpo desnudo de Ludovico parado en la bañera bajo el chorro de agua y se le escapó una exclamación: “¿Eres tú, Lud?”. Al verlo reaccionar con pena trancó la puerta, pero en ese momento se sintió la mujer más feliz del mundo. El guapo héroe estaba de regreso.

Ludovico salió del baño descalzo, en bermudas y con la camiseta puesta al revés. “Qué bueno verte bien, Lud”, dijo Katherina alborozada y se abrazaron. “Te extrañé, amiga mía”, confesó él. Fue un abrazo intenso y largo. “Temí que te pasara algo, mi príncipe”, murmuró Katherina, mirándole con ternura. Aún abrazados, le ofreció los labios al héroe que la miraba fascinado. Se besaron y fue una maravillosa noche para ambos.

Al amanecer, Ludovico dormía desnudo, observado por una pensativa Katherina. “Lo amo”, se dijo y acarició sus espaldas. Solo les quedaba un día juntos, pues habían acordado retornar a la “vida real” por rumbos distintos, ella a New York, él a su querida universidad

madrileña. ¿Qué pasaría después? ¿Cómo los acontecimientos de Cornatel y el diario del viejo Prevost, aún sin descodificar totalmente, marcarían sus vidas? El destino seguramente no podría ser tan simple, una trivial separación después de hacer el amor más orgásmico que sintiera con un príncipe bueno. Por primera vez le pidió a Dios que le concediera el privilegio de amar y ser amada. Luego besó el diminuto número nueve que Ludovico tenía tatuado cerca de la cintura, un poco encima del glúteo, y volvió a dormirse.

Capítulo 71
Complicidades y pecadillos

MUERE MISTERIOSO TRANSCRIPTOR DE EVANGELIOS VINCULADO A MAFIAS MASONICAS.

El padre Juliano tosía, sosteniendo la taza de café. No se cansaba de leer la primera plana del periódico colocado sobre la mesa. Unos alpinistas habían descubierto el cadáver en la montaña. La foto del asesinado padre Angelus, el más grande de los paleógrafos, le traía muchos recuerdos. Jamás había conocido a un hombre de calidad humana tan excepcional, un gran amigo que siempre evitó estar inmiscuido en los conciliábulos y chismografías de la santa sede. Simplemente gustaba, con mucho fervor, de transcribir los legajos y pergaminos antiguos de la fe, de orar y de dar de comer a las palomas.

También había sido un sacerdote civilizado y modernista capaz de comprender y tolerar las debilidades humanas. Recordó aquella noche en el claustro, cuando estuvo a punto de consumar la fornicación con otro sacerdote y de repente se presentó el silencioso padre Angelus, los miró como si nada y siguió de largo. Después trató de darle mil explicaciones y este solo sabía sonreír y decir que no había visto nada. Recordó aquella singular expresión suya: "La vida es bella, tómala o házte un cura casto". Con el tiempo llegaron a ser buenos amigos y compartieron complicidades, sueños y pecadillos. Angelus le contaba secreticos íntimos: de joven había estado enamorado de una prostituta que lo visitaba en el confesionario para convidarlo a hacer cochinadas. "Esa mujer tenía el diablo en el cuerpo, pero de solo oírla se olvidaban los pecados", le había dicho con picardía. Angelus era un hombre de fiar.

Ahora los diarios y la televisión aludían y manchaban su nombre con bajeza, acusándole de cura diletante y bribón que vivía la dolce vita en una mansión de Nettuno y era dado a las artes satánicas illuminati y neotemplarias. Para colmo, insistían en relacionarlo con una cadena de extraños asesinatos que apuntaban a una vendetta estilo mafia. Sin embargo, según la policía, las pesquisas conducían a un "patrón" complejo de guerra de sectas de catadura mística y medievalista. Por su parte, el vocero del vaticano, mostrándose muy compungido, no tenía comentarios que hacer.

"Mentirosos, acabaré con la farsa", se dijo encabronado el viejo archivero del Vaticano y sin pensarlo mucho tomó la decisión de

reivindicar a su decente amigo. Les haría temblar y cagarse, abriría el armario. Envió comunicaciones anónimas a los medios de comunicación desmintiendo las calumnias y especulaciones. Hizo saber a los jerarcas de la curia, en misivas privadas, que de no limpiar la memoria del ínclito padre Angelus, "sin desfigurar la verdad suprema", nada los salvaría de la ira desencadenada de Dios, ni de la mala publicidad por cierta incuria, cierta brujería, cierto proceder íntimo condenable que todos ellos practicaban con sistemática infracción de los mandamientos divinos. "Arderán en los siete infiernos del chisme público por tarados". Una de las cartas que remitió, bastante extensa, iba dirigida al buzón privado del consejero personal del papa, su discípulo Solanos.

Más bien el resultado fue caótico. Las cartas anónimas del padre Juliano solo sirvieron para exacerbar el avispero. Surgieron mil especulaciones y se habló de chantaje a la iglesia y al estado. La opinión pública quería saber quién era el osado gestor de los anónimos y la policía arrestó a cuanto presunto sospechoso de terrorismo antipapal merodeaba el Vaticano.

En un clasificado propagado por Internet una "sociedad de adecentamiento ciudadano" ofrecía una jugosa recompensa a quien diera pistas sobre el origen de las cartas. Millares de cartas anónimas y no anónimas inundaron los diarios, redes sociales y blogs, unas en apoyo o en contra del cura escarnecido, otras auspiciando la malquerencia contra lo que llamaban la doble moral del "imperio del Opus Dei".

Finalmente, el padre Angelus —gracias a los favorables comentarios oficiales del Vaticano en retractación de última hora— fue convertido en un insigne y pundonoroso sacerdote íntegro "asesinado por equivocación" y "limpio de culpas y dubitaciones".

El viejito Juliano se sentía complacido, al menos ya dejarían de denigrar a su amigo. Días después fue encontrado ahorcado en la sala de su apartamento. Un simple error le costaría la vida. El cartero que colectaba sus paquetes de cartas anónimas se dio cuenta, lo identificó y fue a cobrar presto su recompensa.

Solanos fue la única persona que lloró la muerte del más docto de los archiveros, el padre Juliano. Abandonó una brevísima ceremonia funeraria y caminó abstraído por las calles de Roma, leyó titulares de diarios en los estanquillos y al ver la proximidad del Vaticano se sentó en la banqueta de una fuente barroca a observar la espectacular masa del domo de la basílica. ¿Cuánto tiempo había tomado construir el enorme santuario, pletórico de lujo y arte, cuyo interior podía albergar doce grandes campos de fútbol?

Esta vez no admiró la grandiosidad del hito arquitectónico que solía subyugarlo, ni se atrevió a comparar sus magnitudes con el

tesonero esfuerzo de la evangelización milenaria. Lo embargaba una profunda melancolía que le hacía ver las cosas de otro modo y sentirlas desde la pequeñez del hecho mundano, irredento y vago. Pensó en la tumba del apóstol Pedro, atesorada bajo la basílica; fue lo único reconfortante. Volvió a leer la carta que le enviase su querido Juliano y lloró. Luego dirigió sus pasos al Vaticano, cabizbajo.

Capítulo 72
Soy el verdadero hijo de Dios

Los dedos de uñas largas y sucias golpearon con brusco nerviosismo el teclado del ordenador. Una y otra vez la sombra pidió una conferencia por el Chat y se la negaron. El e-mail recibido lo tenía confundido y colérico. Cuando más convencido estaba de haber ejecutado la proeza de liquidar a los bandidos templarios, el timorato benefactor le amonestaba: "Dejáis muchas huellas, has fallado, espera instrucciones".

"Los perros no ladran en la iglesia", fue la respuesta que mandó expedito al benefactor, reafirmando su arrollador deseo de luchar contra la impiedad.

"No seáis un necio, obedeced, ¿por qué no te controlas?", le replicaron.

—¡Al diablo ustedes! —gritó la sombra, dando un puñetazo sobre la mesa—. No los necesito, cobardes, les va a pesar, todo será mío.

Y se apresuró a enviar un e-mail tajante:

"Los perros no ladran en la iglesia, paganos, sátrapas, sarracenos atorrantes.

Abrió otro e-mail que lo enfureció aún más: "Hijo, aún no he encontrado tu regalo, perdona".

—Vieja inepta —gruñó, prendió otro cigarrillo y tecleó—: "Estoy harto de usted, púdrete".

Se incorporó con el rostro crispado de rabia. Sintió la fogosa sudoración, el pecho le daba tumbos, las manos comenzaron a temblequear, la pequeña habitación del hostal madrileño le pareció un cubil irrespirable. Sacó un estuche del morral y vertió el polvillo blanco sobre la mesa, lo inhaló varias veces y sintió una estupenda placidez.

"Soy el verdadero hijo de Dios", murmuró antes de dormirse.

Capítulo 73
Parece una epopeya de ciencia ficción

Para los templarios, la muerte es trascendencia infinita, no drama. La conciben más divinal que humana, más éxtasis transmutado que materia y polvo. Creen en la subsecuente asunción del espíritu al mundo de la beatitud infinita, donde Dios les estaría esperando para asignarles nuevos cometidos heroicos.

Marcus, arrodillado ante la cruz, encomendó el alma de sus hermanos muertos a la beatitud mayor, que imaginó un "sitio de retorno" como alguna vez le dijera el gran maestre Prevost al explicarle un símbolo solar con nueve rayos o beatitudes que contenía el misterio de la eternidad. La beatitud mayor no significaba que los cruzados fenecidos fueran a resucitar o reencarnar, sino que regresarían a la misión trunca en forma de ángeles de la guarda, espíritus guerreros de la luz.

Oró por ellos, pero no podía quitarse de la mente las horrendas imágenes que revelaban los diarios, los cuerpos de sus hermanos con perforaciones y quemaduras en las espaldas, el pecho, los ojos. ¿Quién podría poseer el poder de abatir así a los mejores guerreros de la historia? ¿Qué arma utilizaba para ultimarlos con tanto ensañamiento, si ninguna noticia mencionaba el uso de armas de fuego?

Releyó los periódicos y siguió revisando la información de Internet, hasta que un reportaje llamó su atención: "…los pinchazos quemados que presentan las víctimas provienen con mucha probabilidad de uno de esos artefactos de paralización eléctrica que utiliza la policía para neutralizar a los delincuentes, un táser de electrochoque, pero al parecer el criminal se las ingenió para convertir una de esas llamadas impropiamente armas no letales en un estilete galáctico similar a los de *star wars*, carbonizante y mortal, tenemos por ahí a un Darth Vader, un sicópata electricista armado con una de esas cosas linchando indefensos inmigrantes indocumentados…"

Marcus no recordaba que alguien utilizara ese tipo de arma contra la Hermandad en ataques precedentes, menos en los recientes realizados por la secta alemana y los templarios franceses seguidores de Molay. Pero sí había un suceso, un mensaje recóndito y preocupante en su memoria que no podía asir. Quizás tendría que ver con la persona que había creado semejante arma o era algún otro indicio revelador. Llamó a Ludovico para ponerlo al corriente, pero

ya este estaba enterado de las noticias y quedaron en un encuentro con prontitud.

Era mediodía, sin sol. Robin García, que charlaba con una pueblerina en la plazuela, vio pasar a Ludovico andando a toda prisa. Se preguntó si realmente valía la pena dejar con la palabra en la boca a la bella chica que tanto le interesaba, por ir detrás del sujeto que tantos líos le estaba causando. También el fotógrafo había salido desaforado del hotel, con una camarita barata en mano, siguiendo el mismo trayecto del otro. “Allá va ese fotógrafo loco —dijo la mujer—. Sabéis, me ofreció montones de euros si le posaba sin ropas”. Robin sonrió, le besó la mano y dijo: “Yo te ofrezco montones de amor”.

Ludovico encontró la puerta entreabierta en casa de Marcus entreabierta y entró sin accionar la aldaba. Escuchó el sonido de una flauta y olió incienso. Subió las escaleras y allí estaba el templario soplando suavemente la flauta, parado junto a la ventana donde revoloteaban palomas blancas. Había varios periódicos extendidos sobre la mesa y una biblia abierta.

Marcus dejó de tocar y se estrecharon las manos. Ya tenía listo el té y le pasó una taza humeante. Sin más preámbulo, contó entristecido los pormenores de la desgracia y quiénes eran las víctimas. Se acercó a la mesa y fue tocando con el dedo las fotos publicadas en los periódicos. “Este es el gran *frater* Angelus, el más viejo, un eminente paleógrafo del Vaticano. Este: Leonardo, uno de los mejores médicos de Italia. John era veterano del ejército americano, fue un condecorado ranger de la guerra en Viet Nam, luego se hizo reverendo metodista, y Bernard era un riquísimo banquero suizo, amante de los monumentos y las artes. Ante mí, en Cornatel, murieron combatiendo los hermanos Víctor y Raphael, los más jóvenes, el primero astrónomo y experto en artes marciales orientales y el segundo, diplomático y campeón de esgrima”.

También relató las sangrientas y tremebundas peripecias por la que había tenido que pasar desde la llegada de los primeros forasteros a la comarca en pos del legado, los peligrosos alemanes, un turista americano difícil de seguir, un fotógrafo con agallas que metía las narices en todo, el robo de la virgen, luego un anodino gigante mexicano con sed de matar y los imprevistos guerreros cátaros enviados por la secta francesa autoproclamada seguidora del infortunado gran maestre héroe, Jacques de Molay, quemado vivo en época de la inquisición, hasta culminar en la presencia aparatosa de soldados norteamericanos. ¿Qué otros horrores alcanzaría a ver?

—Es como la guerra eterna de arcángeles contra los diablos —subrayó Marcus.

Ludovico escuchaba admirado, sin dejar escapar un solo detalle. Lo intrigaba que Marcus, un hombre anciano y enfermo, hubiese sido

capaz de vencer por sí solo a una fuerza tan considerable, con apenas una espada y el eventual apoyo de dos templarios.

—¿Cómo pudiste tú solo con todos ellos, Marcus? Parece una epopeya de ciencia ficción, aunque me constan tus proezas. Te vi pelear.

—¿Cuáles proezas? ¿Por qué dices que estuve solo?

—Los hechos, te los cargaste solo. Ver para creer.

Marcus se volteó mirando hacia la ventana donde se seguían aglomerando palomas blancas, algunas habían volado al interior.

—En ningún momento estuve solo. El aliento divino estuvo a mi lado —dijo Marcus con énfasis. Brotaron sus lágrimas, su voz vibró—. Oh Dios, ya no somos nueve. ¿Qué nos ha sucedido?

Ludovico cortó sus exclamaciones.

—¿Y dónde está el noveno? Contándote a ti y a mi padre, más los seis caídos suman ocho templarios. Falta el noveno.

Marcus sorbió otro trago de té y atravesó la estancia. Tomó un cofrecito de encima del escritorio del cual extrajo varios papeles y fotos y volvió al lado de Ludovico. Ambos se sentaron.

—Hace años perdimos a Simón. Lo convocamos a una reunión y no acudió, no lo vimos más. No fue la primera vez que ocurrió en la cofradía, a lo largo de la historia han secuestrado hermanos y nadie sabe qué fue de ellos. Si te descuidas, el enemigo te atrapa.

—¿Quién era Simón?

—Simón… era él —Marcus colocó una foto sobre la mesa.

Ludovico se acercó. La foto presentaba varias personas, entre ellas su madre de Sevilla cuando era más joven, tomando del brazo a un hombre serio y corpulento parado a su diestra, que se cubría la boca con una mano

—¿Cómo tienes esto, Marcus? Es mi madre —exclamó Ludovico, impactado por la sorpresa y tocó la foto—. ¿Quién es esta persona a su lado?

Para Marcus el momento no podía ser más embarazoso, pero qué sentido tenía seguir ocultando el pasado. Tiempo atrás, el gran maestre Prevost lo había llamado a su presencia para confesarse y pedirle dos favores si moría: uno, que entrenara a su hijo en el arte de la supervivencia a la manera del Temple, y lo más importante, que le revelase oportunamente lo concerniente al drama de su madre. Entregó a Marcus un paquete con fotos, papeles, parafernalia templaria y manuscritos, y dijo: “Dejo el destino del príncipe en tus manos, guardián Marcus”. Meses después moriría.

Marcus colocó su mano sobre la de Ludovico. Habló resuelto:

—Ella no es tu madre de sangre, era tu nana, luego tu madrastra. El es Simón, hijo de ella. Eras muy pequeño, un chico muy introvertido y raro cuando tu madre murió. La nana te crió, lo hizo

muy bien.

—¿De qué hablas, Marcus?

El pensamiento de Ludovico voló raudo hacia sí mismo, hacia la zona claroscura y desdibujada de la memoria que tanto le asustaba, la de los umbrales evanescentes y solitarios que desaparecían cuando intentaba trasponerlos. Allí no había almenas, solo palomas, ni estaba presente la bella mujer que siempre tomaba su mano y besaba sus mejillas con dulzura. Su padre lloraba de rodillas sobre la enorme roca cubierta de eternas nieblas, un día que el cielo tronaba con centellas. Y más allá sobresalía aquella cruz gigantesca y los hombres barbudos alzaban las espadas con ímpetu. Por primera vez alcanzó el umbral y pasó adelante. Y no se vio más a sí mismo con alas de paloma y grandes ojos grises. Hasta reconoció a Marcus, a su nana, a los patriarcas de largos mantos blancos con cruces, a la bella mujer en pose de virgen orante y a su padre clamando extrañas plegarias, y todos de improviso inclinaron sus cabezas y exclamaron: "¡Viva el príncipe!". Allí estaba él junto al castillo, y la mujer bella le decía a todos: "Aquí está mi hijo".

La voz de Marcus rompió el ensimismamiento de Ludovico.

—Tu verdadera madre era María de José Galilea, murió cuando eras muy chico. Era una santa, una bellísima señora del Temple.

—¿Mi verdadera madre?

Ludovico se puso lívido, presa de una sensación amarga y desconcertante, como en shock. No dudó de lo dicho por Marcus, incluso sentía que el peso de la vida era más llevadero, que la pesadilla que lo mortificaba en la soledad y cuando viajaba en aviones había finalizado. Pero al mismo tiempo temió no existiese compensación para la nueva realidad. ¿Cómo poder sobrellevar el pesar y la incertidumbre? ¿Por qué la madrastra, la nana, esa otra mujer sevillana que adoraba jamás le había dicho la verdad?

La voz del templario lo sacudió:

—La muerte de tu madre fue un golpe en el alma de todos, tu padre pasó años en soledad hasta que contrajo matrimonio con tu nodriza. Fue una acertada elección porque ella veló de usted con mucha compostura y fue una competente secretaria para tu padre.

—¿Cómo murió ella, digo, mi otra madre? Necesito saberlo todo, Marcus.

—A ella le gustaba orar a solas en el campo de la noria y llamar a las palomas para acariciarlas y arrojarle migas de pan. Aquel día aciago al parecer resbaló en la orilla del precipicio y cayó. Tu padre se puso como loco. Fue extraño. Las palomas dejaron de volar por un tiempo, se retiraron a los palomares y solo se les oía arrullar. Una neblina cubrió el castillo y la hiedra invadió cada espacio de los muros. El castaño que viste en el campo de la noria se deshojó y luego

comenzaron a llegar buscadores de tesoros. Se suscitaron problemas con esa gente, hubo crímenes. La muerte de tu madre cambió muchas cosas.

La curiosidad seguía aguijoneando a Ludovico.

—¿Me podéis mostrar el panteón de mi madre?

Marcus se paró y caminó hasta la ventana.

—Los restos de tu madre están guardados en el gran sepulcro bajo el castillo, cerca del osario de José de Arimatea, su páter ancestral.

—¿Tanto honor merecía ella, Marcus?

Marcus lo miró fijamente, su mirada resplandecía.

—Absolutamente. Tu madre era la última descendiente del linaje de San José de Arimatea, trasmitido por heredad sanguínea gálica, merovingia y cátara a través de los tiempos. José de Arimatea salvó a su familia enviando a sus hijos a los confines del imperio romano, así está escrito en su diario.

Ludovico se quedó tieso, era lo menos que esperaba escuchar. Ahora creyó que un juglar comenzaba un cuento de hadas, pero también sintió un candoroso efecto de fe, la siquis y la razón dominados por la mirada buena y convincente de Marcus.

—¿Y qué pasó después con ellos?

—Desembarcaron en la Galia, fundaron familias con judíos inmigrantes, zelotes desterrados y nobles francos. Por eso te decimos príncipe, tenéis sangre del Grial, genes milenarios. Eres hijo de la historia.

—Soy hijo de mi tiempo, Marcus —le rectificó vehemente Ludovico, sin poder ocultar su estupor—. Después de la muerte de Arimatea hay un lapso trunco, una nebulosa, solo la leyenda de cada cual. ¿Cómo sabes de mis antecesores? ¿Dónde están las pruebas de mi árbol genealógico?

Marcus deambuló por la sala, las manos cruzadas en la espalda.

—Todo deja un rastro, quedan las cenizas de la quema. Tu padre siguió las huellas, consiguió los testimonios, epístolas, confesiones. Tenía amigos en el Vaticano. Son las pruebas. Es que te falta ver más, bajo el castillo.

—Lo sé, Marcus. ¿Qué más conocéis de mi madre?

Marcus tomó té. Tenía mucho que contarle al orgulloso vástago templario. Volvió a la ventana, una paloma voló a su hombro.

—Seguro conocéis esa popular historia de la presencia de María Magdalena y su descendencia en el sur de Francia, la del párroco Sauniére de Rennes-le-Château y el priorato de Sión.

—La conozco. ¿Qué relación hay?

—Pues tu madre, descendiente de José de Arimatea, también se llama María. Sin embargo, la historia, la genealogía de tu madre es

más verosímil, al menos tenemos las pruebas. Ves esa escultura de la virgen —Marcus dirigió el índice de la mano hacia afuera—, la esculpió tu padre en roca que trajo de Jerusalén en homenaje a tu virtuosa madre. La piedra preciosa incrustada en la base fue encontrada en la tumba del amigo de Cristo, aquel hallazgo que te conté, ¿lo recuerdas? Esa estatua algún día será el monumento más venerado de España.

Marcus miró la estatua que tanto gustaba a Katherina, cortejada por innumerables palomas.

—Y el hijo de mi madre, es decir, de mi madrastra. ¿Qué pasó con él?

—Simón ingresó a la Hermandad por influencia de tu madrastra. Era un joven muy inestable y retraído, padecía depresiones y le tenía ojeriza a las palomas, es de los que hablan sin mirarte a los ojos, fui de los que votó en contra de su ingreso, pero al final lo admitieron. Como templario fue disciplinado, obediente y aprendió bien el arte de la espada, obtuvo un título de ingeniero en la universidad de Barcelona, en realidad era muy inteligente, ingenioso, quería que aprobásemos cierto invento suyo para defender el castillo con trampas electrónicas que producían ruidos de fantasmas, se la pasaba inventando cosas pero no era de buen trato, lo acomplejaba tener un labio rasgado, le dicen labio leporino, una anomalía de nacimiento, por eso siempre cubría su rostro con un pasamontañas.

De repente Marcus calló con tres palabras colgadas en su pensamiento: ingeniero, inventor, pasamontañas. Eran palabras que tendían a sugerirle algo, pero se deshicieron al oír a Ludovico.

—Ese Simón, mi padre nunca me habló de él.

—Desapareció, nunca hablamos de él, salvo en las reuniones secretas. Oro cada día porque dios lo tenga en la gloria si ha muerto o por su retorno, lo necesitamos.

—Tal vez desertó para establecer una vida normal en el extranjero, lejos de todo esto.

—No retenemos a nadie, esto es normal para nosotros, al menos debió despedirse, ¿no crees? Ni siquiera lo hizo con su madre. Se evaporó.

—Ah, sí, seguro tengo un hermanastro mártir, me pasan cosas extraordinarias —dijo Ludovico, esbozando una ligera sonrisa.

También Marcus sonrió y dijo:

—Lo extraordinario es un rasgo templario.

Una paloma voló al hombro de Ludovico y gorjeó. Katherina en ese momento cruzaba la plazoleta cerca de la estatua. Marcus saludó desde la ventana, alegrándose de verla. Katherina entró a la casa, subiendo las escaleras a saltos y los tres se dieron un largo abrazo. Era la despedida. No se dieron cuenta de algo que ocurría afuera. Cientos

de palomas blancas bajaban de las nubes y sobrevolaban la estatua de la virgen. Los turistas huyeron alarmados y los pueblerinos cerraron puertas y ventanas y miraron el espectáculo por los resquicios. Nadie sabía lo que estaba sucediendo.

Capítulo 74
Por irreal que parezca, estos hechos han ocurrido

Welles llevaba días alicaído y silencioso. Finalmente la "operación K", como así refería la etiqueta del archivo con la información de "Kornatel", había sido suspendida por el gobierno, sin explicaciones. No era la primera vez que tenía que pasar por tales situaciones, si salían mal las cosas o por razones estratégicas, políticas, si le pasaban la pelota a otro lanzador, lo que fuere. Qué importaba. Ahora su responsabilidad era archivar, colocar la data en un cajón sellado, codificarla, meterla en una caja fuerte blindada, y olvidar.

La orden dada por Welles al personal de su oficina de cancelar toda clase de tareas concerniente a Cornatel, exceptuaba cualquier novedad insoslayable. Para en caso de contingencias ordenó le pasaran directamente la información a través del analista Jason. Cassidy, su cercano y calculador asistente, recibiría vacaciones. Lo quería lejos, pues tendía a irse a los extremos, cuestionar sin base y complicar las cosas.

También tendría que traer de vuelta al agente 29 y proponerlo para un ascenso y una medalla. García era su muchacho triunfador, había hecho un buen trabajo. Sin embargo, no lo llamó. Esperaría un poco más hasta estar seguro de que no había ocurrido un naufragio histórico y Dios estaba a salvo.

Se desperezó cuando entró Jason a la oficina con una carpeta en mano y cara misteriosa. Habló en voz baja:

—Jefe, el agente29 nos envió algo. Un material increíble.

—¿Material increíble? Espero no sean noticias tardías.

Jason colocó un grueso informe encima del escritorio.

—Si no estuviera metido en esto, no creería lo que he visto. ¡Qué fotos y vídeos, jefe!

Jason explicó cómo A29 había obtenido el material, igual que la primera vez, robando las cámaras y la computadora al estrafalario fotógrafo Pascal, además de reportar sus propias vivencias.

—A29 es un genio, jefe. ¿Me acompaña a mi ordenador?

Welles leyó el informe de A29 sin conturbarse y luego siguió a Jason hasta su desbarajuste de oficina. Por un buen rato miraron boquiabiertos la pantalla, el testimonio extraordinario de los episodios acaecidos en Cornatel: muertes, asaltos, sombras humanas en la bruma, un todoterreno Hummer lleno de nazis cabezas rapadas, una

escultura femenina con palomas posadas en sus marmóreos miembros, dramáticos duelos con espadas, almenas, gritos, nieblas insondables, ataques de palomas, aterrorizados rostros anónimos, caballeros medievales con cruces en la indumentaria, una mujer perseguida por alguien, dos hombres abracados en una salvaje pelea, una sombra barbuda arrojando a un gigante contra las rocas, comandos armados intentando la escalada de unas murallas con musgo, comandos combatiendo contra fantasmagóricos enemigos, ráfagas de armas automáticas, paramilitares abordando un helicóptero a tropel, el brumoso castillo invadido de policías españoles, cadáveres, el rostro inexpresivo de Ludovico, el rostro azorado de una bella mujer, esta mujer y Ludovico charlando, esta misma mujer maquillándose, Marcus con una paloma blanca en el hombro, sujetos enigmáticos, A29 parado en una plazoleta, túneles angostos, recintos en tinieblas, individuos maldiciendo en alemán, inglés, francés, italiano y español, el guía del castillo de rodillas ante una lápida, un francotirador atacado por palomas, túmulos, calles solitarias, turistas distraídos pasando y fotografiando, ruinas, barrancos, paisajes desolados, nieblas, audio sin imágenes, vistas fuera de foco, siempre la niebla, cientos de palomas blancas dondequiera, más fotos, más grabaciones de vídeo.

El agente 29 había grabado su voz exponiendo sus ideas: “Por irreal que parezca, estos hechos han ocurrido en este fantástico rincón de España, donde siempre hay nieblas, en el medio de lo incomprensible y de la nada (…) Hasta ahora nadie ha podido apoderarse del castillo de las palomas, ni veo secretos ni tesoros por ninguna parte. Lo que he visto me hace pensar en arcángeles y demonios de carne y hueso, y en lo sórdido que no se ve. No sé por qué venimos a morir aquí, ni qué diablos quieren que yo haga…”.

—¡Dios, qué locura! —dijo Welles, hipnotizado.

—La operación K no ha terminado, ¿estoy en lo cierto? —dijo Jason, mientras seguía pasando más fotos en la pantalla.

—Sí, esa operación ha terminado, Jason, pero no nuestro trabajo —respondió Welles, dejando aprisa el cubículo sin despedirse.

Welles tomó su auto y se alejó de Langley. Más tarde, en un punto muy concurrido del centro de la ciudad, buscó un teléfono público y llamó por larga distancia. La voz que salió a contestarle, le escuchó decir: “He visto volar las palomas, pero no son invencibles si le cortáis las alas”. Y cortó la llamada.

Acto seguido, hizo repetidas llamadas con su BlackBerry hasta que lo alegró oír al agente Robin García, que saludó con voz adormilada: “Ah, usted, qué bien”. Welles dijo de sopetón a Robin: “Buen trabajo, pero lo necesito firme ahí, nos queda algo importante por hacer” y tumbó la comunicación.

Robin García sabía que las llamadas telefónicas por norma de

seguridad solo podían durar pocos segundos, pero lo regocijó que el jefe no le hubiese ordenado regresar a casa. Suspiró tranquilo y se abrazó a la espalda desnuda de su novia española para seguir durmiendo.

Capítulo 75
Lo real supera lo imaginable y viceversa

Katherina al volante era temeraria. El auto cruzó la comarca del Bierzo a una velocidad tan agresiva que Ludovico, sentado a su lado, supuso que tendría apuro por largarse a New York. Pero no era así. Mientras conducía a más de 80 kilómetros por una serpenteante carretera iba pensando en cómo sería la vida cuando tuviera que reemprender la rutina del magisterio, lejos del hombre que amaba. Ludovico al confiar enteramente en ella contándole las revelaciones de Marcus: el develamiento del legado, la muerte de su verdadera madre —una santa de sangre suprema—, la tragedia de los templarios asesinados, había afianzado el sentimiento vinculante, pero a consecuencia de ello, cierto estado de precognición, la corazonada de mujer, una desazón, no sabía cómo llamarle, atosigaban su mente con dudas y temores. ¿Cuántos peligros no estarían aún acechando al hijo del gran templario, a Marcus, a ellos mismos?

Ludovico despegó la vista del paisaje y encendió el portátil que llevaba sobre las piernas.

— ¿Me sugieres algún tema para el blog?

Katherina se encantó que al fin él hablara y aminoró un poco la velocidad. Enumeró enseguida una serie de temas que seguro agradarían a los epígonos irreverentes de Ludovico y fastidiarían al Papa: la conjura del Vaticano contra Cristo, la herejía cátara infinita, un castillo con sabor a Santo Grial, cómo hacían el amor los caballeros del temple, por qué las palomas se parecen a Dios.

Ludovico rio a gusto y escuchó:

—Es hora de darle pan y circo a tus seguidores, cariño. Espero no hables de lo que hemos vivido.

—Naturalmente. Nada de Cornatel, tranquila.

—Quisiera leer una de esas reflexiones tuyas sobre el sentido de la vida, ¿te atreves?

Ludovico antes de redactar algo, leyó al azar y en voz alta algunas de las decenas de entradas al buzón de su e-mail y al apostillero del blog. Los internautas radicales le pedían la cabeza acusándole de escoria intelectualoide vendida a los intereses creados neoburgueses. Uno de ellos puntualizaba bocón: “Sabemos que te hartas en las bacanales de la teocracia global, sobran los testigos”. Estaban los usuales insultos intimidatorios, la perorata vulgar y alguna que otra amenaza directa. Los estudiantes, siempre divertidos, le

imploraban regresar a poner el ateneo en orden o que los invitara a las orgías. Un mensaje de Marcus exhortaba: “Mirad las huellas que conducen a ti mismo”. “Cornatel” se repetía obsesivamente. Y el último mensaje de una interminable lista era la frase “los perros no ladran en la iglesia”, colocada por el remitente anónimo media hora antes.

—No acabo de entender qué me quieren decir con los perros no ladran en la iglesia, Katty.

—Es raro sí, los maniáticos que ingresan a tu blog son buenos con las frases. ¿Te preocupa algo?

—Solo me intriga. Un amigo ingeniero, experto en sistemas de computación, encontró extraño que el mensaje no deja pistas de procedencia. Todos los mensajes enviados en la red tienen una dirección IP reconocible que es el código que identifica el origen del computador fuente o del servidor emisor, no en este caso, lo envían desde el cosmos o desde otra dimensión, como dice él.

—¡Qué interesante! ¿Tampoco has identificado al que te manda el e-mail que dice Cornatel? Me dijiste que no sabías nada acerca del castillo hasta que lo recibiste. Sin duda, alguien usó la palabra para llamar tu atención y lo logró.

—Ese es otro misterio. El e-mail tiene la misma estructura del otro, más compleja, es una persona que me conoce y no tiene buenas intenciones, eso cree Marcus.

—Pienso lo mismo. Ya se hizo patente en el castillo, eres el objetivo de todos esos matones. Tal vez sean los mismos que mandan los e-mails.

Ludovico no habló. Ya había comenzado a escribir un artículo que tituló “Dios al natural” para actualizar el blog”: “Ya dios no me es insólito, *ineffabilis*. No pertenece únicamente a la Biblia, ni a los libros de libros, no subyace exclusivo en las claves del Talmud y en los esplendores del Zóhar. No lo encontré posesivo absoluto en las parábolas de los evangelios ni en las redenciones del Corán. Ni es Buda ni Confucio, tampoco el Tao-te-king, ni las 95 tesis de Lutero. Menos que menos encarna a aquellos que lo utilizan en nombre de alguna alquimia política espuria o a quienes lo niegan con el mismo fin. Ni lo vi adornando altares de oro, ni en tronos de emperadores, ni crucificado ni surgiendo de entre los muertos. Era simplemente diferente. Lo vi surgir de las nieblas y se posó en mis ojos. Fue como un sueño, pero allí estaba, en el aula donde imparto clases, esperando por algo interesante que yo tuviera que decirle. Cuando partió, una paloma blanca voló al infinito. Así ha sido esta ausencia mía, un reencuentro con la parte que me toca de Abel. Ahora pueden acusarme de idiota profano místico miserable y hereje de pantomima si les place, que no habrá censuras. Acepto trompetillas. Acepto

incluso quejas de curas de derecha. Pues sí, ya dios no me es insólito, y si los perros ladran en la iglesia es porque gracias a dios pueden ladrar. Viva la libertad valiente…” Luego lo leyó en alta voz.

—No me gusta —protestó Katherina—. Parece un sermón, una prisca theologia, suena hermético y personal. Un poco que te apropias de Dios, solito para ti. Te refieres a un dios imperfecto que se parece a los humanos, ¿o estoy equivocada? Mejor cuelga otro tipo de artículo, más afín con las expectativas de tus seguidores, diles que pasaste unas estupendas vacaciones con geishas sobadoras en China. Conseguirás muchos aplausos.

A Ludovico lo hizo reír la mordiente crítica de Katherina. Escribió otros artículos que también fueron desguazados hasta que finalmente desistió de actualizar el blog.

—Eres implacable. ¿Qué no te gusta de mis escritos?

—Que mencionas las palomas, déjalas en paz —respondió Katherina al instante.

Ludovico le dio la razón y escuchó que decía conciliadora: “Te amo, mi príncipe”. Después de contestar e-mails y replicar posts, le escribió a sus estudiantes: “He vivido una orgía de semiótica divinal en los sótanos de la Vía Láctea, lo real supera lo imaginable y viceversa, ya les contaré por qué la tierra no es redonda”. Y dejó claro en pocas líneas a sus seguidores: “Mis queridos sacrílegos relapsos: ¿es que acaso no merezco unas vacaciones en el jardín de las delicias? Sean tolerantes con el tolerante”.

Volvió a mirar el paisaje. De pronto, el carro hizo un brusco giro a la derecha y Katherina lanzó un exabrupto. El auto que venía en sentido contrario casi les rozó a una velocidad de miedo. Ludovico alcanzó a ver el conductor, no su cara, porque lo cubría un pasamontañas.

Capítulo 76
El enemigo está adentro

Era medianoche cuando timbró el teléfono, despertando a Solanos. Solo una persona llamaba a esa hora. “Me haría bien verte ahora mismo”, dijo la voz reposada del Papa y Solanos pensó que sería como otras veces que acudía a servir de paño de lágrimas cuando un desvelo martirizaba la conciencia del santo padre. Seguro pediría confesarse.

Este fin de semana ambos ocupaban alcobas próximas en el palacio de descanso del papado en Gastel Gandolfo, a unos 18 kilómetros de Roma. A Solanos le hacía bien estar en un sitio placentero y relajante que lo alejaba de la presionante atmósfera oficial de la basílica. Entró despacio a la alcoba del santo padre, quien leía un periódico, acomodado en un butacón.

—Solanos, he estado pensando sobre la conversación nuestra de hace unos días. ¿Crees aún en la existencia de un plan demoníaco gestado dentro de nuestra santa iglesia?

—No tengo pruebas, santidad, solo incógnitas, pero sí lo creo. Tenemos otros dos sacerdotes muertos, ambos trabajaron con documentos secretos del Vaticano.

Solanos se percató de que el Papa había estado leyendo el diario que anunciaba la muerte del padre Angelus.

—¿Conociste al padre Angelus? —dijo el Papa, cruzando las manos sobre el pecho.

—Coincidimos a veces en la biblioteca y en los archivos, era una lumbrera. Pero en ese medio tuve más cercanía con el padre Juliano, fue mi tutor.

Solanos observó que la faz del papa reflejaba preocupación. Cuáles secretos querría revelarle que lo hacían vacilar. Sus ojos abotargados denunciaban que sabía algo que no lo dejaba dormir.

El Papa abordó directo el tema:

—Los jesuitas sí tienen evidencias de una conspiración, me lo hicieron saber. El padre Angelus dirigía una organización neotemplaria en Nettuno; pretendía utilizar documentos secretos para chantajear al Vaticano. Tenía vínculos con el padre Monet, robaron actas del *processus* contra los templarios, que Dios los absuelva. He ordenado una investigación a fondo. Tenías razón, fidelísimo amigo, el enemigo está adentro.

Solanos puso cara de atontado, se le salían los ojos. ¿Cómo el Papa podía dar tanto crédito a la información jesuita? ¿Por qué se dejaba engatusar de ese modo?

—Sí, mi santo señor, el enemigo está adentro, pero no son los neotemplarios, son más bien los asesinos de Monet, Angelus y Juliano.

—Es de suponer que entre ellos ajustan sus cuentas —repuso el Papa—. La policía secreta italiana nos va a limpiar la casa de demonios, mi buen amigo.

Solanos recordó la carta que le enviase el archivero antes de morir. Pero se cuidó de no decir al santo padre que sí poseía evidencias. Sin embargo, no dejó escapar la ocasión sin abordar ciertas incógnitas y de trasmitir sus juicios.

—Santo padre, ¿ha oído hablar de la *loggia*?

El Papa lo miró con ojillos avivados.

—Ese caso fue cerrado, la secta P2, aquellos masones del banco Ambrosiano fueron a los tribunales. Estamos cercados por logias masónicas, lo sabéis, de ello hemos hablado si mal no recuerdo.

—Exacto, Santidad. No me confiaría de ninguna de esas logias. Creo que Monet sabía quiénes eran los asesinos, reveló que existía una logia negra capaz de dar un golpe de estado en la casa de San Pedro, ¿recuerda?

—Recuerdo algo, pero no olvide que el padre Monet era víctima de un frenesí emocional, incluso culpó a Dios de sus desgracias, no lo debemos tomar en serio.

—Tenéis razón, Santo Padre, solo tomaré en serio a los asesinos, no a los asesinados. Prometo investigar los hechos, para su tranquilidad. ¿Me llamó para algo más?

—Usted sabe por qué lo llamo a estas horas, necesito confesarme.

El Santo Padre cerró los ojos y se persignó. Solanos esperó por alguna anécdota de su adolescencia cuando las alucinaciones eróticas estimulaban la masturbación del novicio. Pero esta vez era otra historia. Le confesó uno de sus grandes secretos:

—El Santo Grial existe, Solanos —Mantuvo la voz serena—. Desafortunadamente en época de las cruzadas el secreto cayó en manos inéditas, gente que por alguna razón esotérica o demoníaca prefirió ocultarlo o temían revelarlo. Por siglos, la iglesia emprendió una cruzada clandestina para arrancarlo de la siniestra posesión profana, pero al coste de tragedias incalculables. ¿Qué sucederá cuando Dios reclame justicia por la sangre derramada? —El Papa adoptó una actitud meditativa con la mano en la barbilla y tomó aliento—. El Santo Grial, contrario a la creencia general, no es el ajuar de Cristo, ni su sangre, ni una supuesta descendencia, sino un hecho de lo más común: la narración escrita de José de Arimatea sobre la

pasión y resurrección de Cristo. Es cuanto sabemos los papas por generaciones gracias a la confidencia de un templario que vio las reliquias, el tiempo ha diluido muchos pormenores.

El Papa bajó la cabeza, murmurando rezos.

—Sería el único testimonio de alguien que vivió el parto de la cristiandad —dijo Solanos, atónito. No podía preguntar. La confesión creaba un secreto mayúsculo, sellado por un pacto sagrado de confidencialidad. Vio llorar al Papa. Era un anciano magno y dulce que desde su juventud temía al infierno.

Solanos salió de la alcoba creyendo que flotaba en un sueño, pero le atemorizó estar tan solo en ese sueño. Llegó a su habitación y volvió a leer la carta del padre Juliano hecha a mano, cuyo texto era oscuro y trágico:

"Mi querido discípulo, recordad estas palabras: el padre Angelus q.e.p.d. murió por nosotros, por Dios. Esa muerte se llama la Logia. La muerte es la logia y los espías americanos, ellos son los grandes controladores. Y el Papa lo sabe pero les teme. El Opus dei y los jesuitas son los ojos y oídos de esa logia, invisible al común de los mortales. Las iglesias están infestas. La logia le ha robado la historia a Dios. Ellos me forzaron a entregarle documentos del cristianismo original, pero Angelus se negó, no les temía, le costó la vida. Parece que buscan un documento en especial, poco importa. Seguro queman los documentos, porque la nueva civilización estaría dirigida por la única versión del poder que conocen, la masonería omnisciente, la misma que fundó el imperio norteamericano, la que hoy construye el nuevo orden global. Me negué a ser uno de ellos, ahora vienen a matarme. Dios salve al rebaño".

Solanos tomó un cirio y quemó la hoja escrita. También él conocía bien a la Logia. Le temía. Miró las paredes. ¿Estarían observando en ese momento por una cámara oculta? La idea lo estremeció. Se puso de rodillas y recostó la cabeza en el borde de la cama, abatido y triste. ¿Y si Dios ya no escuchaba?

Capítulo 77
¡He vencido a los invencibles!

Tenía delante la masa desvaída del castillo de Cornatel, donde alguna vez había estado la morada de sus sueños. Y una expresión torcida asomó a su rostro. La sombra colocó el morral en el suelo y se hincó de rodillas a pocos pasos de la portada.

"Dios grande, aquí está tu hijo pródigo".

Después de muchos años de ausencia, Simón encontró las ruinas como las había dejado. Aún había nieblas, hiedra, soledad y las impasibles palomas blancas. Algunas sobrevolaron a baja altura. Se escurrió por los bloques que cegaban la entrada, pasando al interior. Percibió olores inusuales, vio montones de desperdicios, cabos de tabaco, botellas de plástico, condones, huellas de un creciente turismo. También estaba enterado, por las noticias, de la serie de misteriosos asesinatos de extranjeros ocurridos allí días atrás. Pocas horas antes, se había marchado del lugar el último contingente de policías y un cartel prohibía visitar el monumento hasta nuevo aviso.

Simón subió a lo alto de la torre mayor y contempló el majestuoso paisaje a través de los claros de la densa neblina, allí levantó una espada.

— ¡Cornatel, aquí está tu dueño!

El grito desgarró el silencio y produjo una estampida de palomas.

En el pueblo, Marcus percibió revoloteo de palomas en la ventana y los techos. Se incorporó de la cama con dificultad debido al dolor punzante del vientre, llegó hasta la ventana cojeando, abriéndola. Las palomas inquietas ejecutaban los típicos vuelos entrecruzados de ascenso y descenso que advertían de algún peligro. "Seguro llegaron nuevos invasores a Cornatel", pensó Marcus. Y una hora después despidió al taxista que lo dejó ante la portada del castillo. Entró a la fortaleza por una de las poternas abiertas en el risco.

Al desembocar en el patio de armas, allí estaba el intruso, sentado en la roca lisa, cubierto con un pasamontañas; poniéndose en pie, se volvió lentamente. Marcus miró las inmediaciones, descartando una trampa y avanzó. Entonces supo quien era. Un rostro hosco, desfigurado. El querido templario desaparecido había retornado.

—¡Simón, qué sorpresa! ¡Al fin de vuelta, hermano!

—Marcus, no sabes cuánto soñé este momento —Simón dio un paso y desenvainó una corta espada—. Muchas cosas han cambiado.

Marcus al observar la agresiva actitud reaccionó tensando sus músculos. Olvidó el dolor del vientre y miró con desprecio al traidor. Afloró macabra la deducción: ingeniero, pasamontañas, inventor, arma eléctrica. Rayos, tenía enfrente al exterminador de templarios.

— ¿Qué haces? Mírame, te recibo con amor, guarda el arma. Eres un templario.

Simón soltó una carcajada y avanzó.

—Marcus, los templarios ya no existen. Te aplastaré como hice con las demás sabandijas.

—Maldito traidor —gritó Marcus, echándose a un lado para esquivar la punta de acero dirigida a su cuello, y sacó su espada. Otra estocada le rozó el brazo. Retrocedió pensando qué hacer. Simón era un mañoso y diestro rival, nada fácil de vencer. Corrió seguido por el adversario que intentaba tajarlo en la espalda, hasta que pudo dar una voltereta y lanzar la patada. Alcanzó la dura pantorrilla de Simón, haciéndole tambalear; pero este volvió a saltar sobre Marcus pulsando la espada con ambas manos. Las hojas centellearon al chocar una y otra vez. La agilidad de Marcus, aunque mermada por el dolor, le escudaba de las feroces acometidas.

—Aún te sabes defender como los antiguos, Marcus —dijo Simón, jadeando, y corrió rápidamente adonde tenía su morral, del cual extrajo un corto garrote cilíndrico. Apretó un botón que expelió una fina varilla retráctil: una rareza de estilete con una fina coraza de alambres y dos aguijones en la punta—. Veamos cómo te defiendes de esta espada de juguete.

Corrió en pos de Marcus que podía evadirlo zigzagueando entre los desplomes de muralla.

Marcus observó la radiación que emitía la varilla, intentando repeler un arma desconocida con sucesivos quites y corriendo para evadir el mortal electrochoque. Pero un resbaloso pavimento lo lanzó al suelo, cayéndosele la espada. No tuvo tiempo de incorporarse, se interpuso el aguijón de la varilla a la altura de su pecho. Marcus observó las dos clavijas incandescentes en la punta del artefacto, la mueca triunfal del traidor y pensó en sus hermanos electrocutados.

—Eres un cobarde, Simón, pagarás por tus crímenes, el que a hierro mata a hierro muere —espetó, acorralado. Ejecutó una evasión demasiado lenta, el rayo lo inutilizó.

Simón acercó su mirada oscura y disfrutó el momento de ensañarse con su presa.

—Te he vencido templario, también acabaré con tu discípulo, el hereje Prevost.

—No podrás con él, demonio —fue la réplica desgarrada.

La varilla penetró en el cuello de Marcus, quien resistió la primera descarga, luego hincaron varias partes de su cuerpo. Marcus retembló y se retorció, achicharrado.

Simón levantó la varilla y gritó:

— ¡He vencido! ¡He vencido a los invencibles!

De improviso las palomas volaron hacia él en masa, embistiéndolo. Picotearon sus carnes, cabeza y ojos, rasgaron sus ropas. Cayó al piso y comenzó a rechazarlas a bastonazos. Decenas de palomas blancas caían electrocutadas. Pero irrumpían otras que seguían atacando encarnizadamente. Simón corrió hasta los antiguos cuarteles donde se encerró. “Malditas, palomas, tendré que matarlas a todas”. Se sentía agotado, pero triunfador. La hermandad había dejado de existir, el legado le pertenecía.

Capítulo 78
El sentido de la vida

Ludovico condujo el auto desde el aeropuerto madrileño de Barajas hasta Sevilla, pero esta vez sin exceder la velocidad regulada en los carteles de la autopista. Todo el tiempo pensó en Katherina y se preguntó por qué deseó retenerla a su lado cuando Iberia anunció la hora de partida a New York. “Espero me dejes llegar contigo hasta el final de este sueño, mi príncipe templario”, le había dicho la adorable mujer con lágrimas en los ojos, besándolo en la boca. Katherina, Marcus, Cornatel: el sentido de la vida transformaba sus agonías de lobo solitario en dulce germinal. Se sintió más libre y animado que nunca.

Llamó a su madre para anunciarle que estaría llegando en media hora, pero extrañamente la línea telefónica de la casa sonaba desconectada. La casona de Sevilla estaba a oscuras al aparcar frente a la reja. Le asaltó un mal presentimiento y corrió a la puerta, que no estaba del todo cerrada. Al entrar y encender la luz, comprendió que algo espantoso había ocurrido. Era un caos, paredes y muebles destrozados y cruces pintadas con sangre en los espejos. “¡Madre!”, llamó, aunque sabía no le iban a responder. Recorrió las vandalizadas estancias; el estudio de su padre estaba deshecho, los estantes de libros derribados, montones de papeles cubrían el enlosado, habían violentado la caja fuerte blanca sin poderla abrir. Corrió escaleras arriba donde encontró una escena similar, vidrios rotos, cajones abiertos, fotos desparramadas por el piso, objetos abatidos. Un ruido en el primer piso lo hizo lanzarse escaleras abajo, donde en la antesala dos hombres esperaban con pistolas en mano.

Al verlos, Ludovico adoptó automáticamente la postura de combate que le había visto a Marcus. Tensó los brazos y encorvó el cuerpo, abriendo los puños como garfios. Se dispuso a saltar como un felino, sin temor a las pistolas.

—No se atreva, señor Prevost, no nos fuerce a dispararle —aconsejó uno de los hombres y mostró la credencial de la Guardia Civil.

—Tranquilo, amigo, haga caso. Solo queremos hablarle, intentaron asesinar a su madre —dijo el otro, apaciguador.

Ludovico alzó los brazos y se entregó.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde tienen a mi madre?

La respuesta la obtendría más tarde en una estación de policía ante un investigador encargado del caso. No habían robado joyas ni dinero, ni artículos en la mansión, le informó el investigador tocando papeles, analizando, deduciendo, acalorándose, jurando que atraparía al "ofensor paladino". Solo un monstruo sádico podía ser tan implacable con una buena señora anciana, abusándola salvajemente con golpizas por pura catarsis sicopática. Las cruces pintadas en las paredes serían tal vez alguna suerte de firma religiosa del depredador. La policía había sido avisada por un vecino que juraba haber escuchado blasfemias contra la familia Prevost y maldiciones contra los templarios. Existía una investigación en curso bien respaldada por las altas instancias de la Guardia Civil. Toda Sevilla lamentaba lo ocurrido.

Una hora más tarde ingresó Ludovico al centro de cuidados intensivos de un hospital. "Solo un milagro la puede salvar", le informó un médico. Lloró junto a la cama donde la madre respiraba con oxigenación artificial. Tomó una de sus hinchadas manos y susurró tiernamente: "Madre, aquí está tu hijo Lud" y le pidió que luchara por la vida porque aún tenía muchos chismes que contarle y prometió obedecerla y abandonar el blog. Sintió que la anciana respondía con un suave movimiento de dedos. "¿Me oyes, madre?". La mano volvió a moverse, apenas una vibración. En efecto, la madre escuchaba. Al día siguiente abrió los ojos y sonrió, pero no podía hablar.

Ludovico no se apartó de su lado; veía la televisión cuando escuchó un balbuceo. La abrazó. La mano de su madre apretó lánguidamente la suya. Estaba más animada y con deseos de hablar. Pero los susurros eran tan tenues que Ludovico tuvo que arrimarse a sus labios. Escuchó claramente lo que quería decir y al apartarse de su rostro, la vio cerrar los ojos para siempre. La nodriza, la madrastra, la madre amada había estado esperándole para revelar un secreto: quien era el diablo, la muerte.

Ludovico besó la frente de su madre, pero no derramó lágrimas.

La evolución funeral fue una cremación sin ceremonia, no hubo obituario ni testigos, nadie supo que la antigua familia Prevost se extinguía inexorablemente. Recordó la petición que alguna vez ella hizo y esparció sus cenizas sobre las flores de un jardín en el barrio judío de Sevilla, junto a la antigua muralla islámica, una oscura madrugada sin estrellas. No rezó, porque al levantar la vista divisó la pared amurallada esgrafiada con símbolos, iniciales, cruces, espirales y marcas inextricables que los estudiosos atribuían a los maestros canteros que la habían edificado. Se acercó a la luz de un farol para ver mejor. Algunos signos eran comparables a los hechos en la gruta de Cornatel y se repetía el número nueve como allá. ¡El 9 inefable!, un

simple numeral lleno de significados esotéricos, metafísicos, cabalísticos y templarios, la cantidad hechizada que multiplicada por la eternidad permanecía inalterable y rediviva, la clave generatriz de todas las beatitudes que Marcus denominaba: “la llave de la creación”. Jamás olvidaba que ese número estaba presente en una constreñida porción de su glúteo, la “marca hereditaria de familia, lo que te hace un ser diferente”, según la explicación de su padre.

Cuando consiguió un taxi que lo devolviese a casa, Ludovico solo tuvo pensamientos para Katherina. No prestó atención a la cháchara del taxista andaluz que hablaba de los horrores de la última noticia, del juicio final, del definitivo apocalipsis infrahumano. No estaba allí, sino lejos, sordo; el cuerpo desnudo de Katherina, su ardor y maneras de musitar ternuras lo hacían flotar ido y maravillado. Pero súbitamente la voz del taxista rompió el hechizo. Había mencionado a Cornatel. “¿Qué habláis de Cornatel?”. El taxista se alegró de que el retraído paisano por fin pusiera oídos y volvió a contar la terrible noticia que recorría España: el cuerpo desangrado de un hombre había aparecido colgado en la misteriosa virgen de Cornatel.

—¡La leche! Descuartizaron al pobre guía del castillo, que Dios nos salve de este jodido mundo de dementes.

Ludovico escuchó sin preguntar. Cuando el taxi lo dejó ante la mansión, miró al cielo que seguía oscuro, sin estrellas. Entró a la casa y buscó noticias en la televisión. Allí estaba la atroz escena; cerró los puños con rabia y dolor. La sangre aún goteaba del cuerpo que se mecía ahorcado, sostenido por alambres de púas atados a la mano de la virgen estatuaria. Tenía quemaduras en el cuello y la cara, un brazo cercenado y una cruz hecha a cuchillo surcaba su desnudo pecho chamuscado. Enjambres de palomas blancas llegaban a posarse alrededor. Algunos pueblerinos lloraban. Otros decían a los periodistas que vivían en un pueblo maldito. Los turistas miraban horrorizados. Un jefe de la policía local no quería hacer comentarios, pero estaba seguro de que encontrarían a la bestia.

—Marcus, ¿qué te han hecho? —dijo Ludovico con voz adolorida. Apagó el televisor, llenó una mochila con sus cosas, aseguró los cerrojos de la casa y partió. “Voy por ti, hermano templario”. El auto enrumbó al norte a una velocidad frenética.

Capítulo 79
Guiñol conspirativo

Había elegido el café peor ubicado. El viejo edificio de enfrente obstruía la vista del obelisco estilo egipcio erguido en el corazón de Washington, pero a Welles no le importó. Solo deseaba que la cita tuviera un desenlace rápido y salir del torbellino. Ya la edad no le permitía excesos y quería poner en claro las cosas antes de perder el control y volverse olvido o cadáver. Miró su reloj y lo inquietó no ver al sujeto que haría la seña acordada. Era un día de mucho frío.

Pero el sujeto sí lo veía a él desde una cabina telefónica cercana. Se cercioró de que nadie molestaría (pensó en el FBI) y se encaminó al café. Pasó por delante de sus dos escoltas, mirándoles de reojo y cruzó la calle.

Welles distinguió al hombre alto de lentes, con suéter negro y bufanda, que se acercaba. Cuando lo tuvo delante, reconoció al enviado y se alegró de que en lugar de tratar con un simple mensajero como era la regla, hubiera venido uno de los artífices del gran rollo en el que estaba metido, el padre Augusto.

—Hola, caro amigo —dijo el recién llegado en inglés con acento, sentándose, y se estrecharon las manos.

—Qué bueno tenerte por acá —saludó Welles y escuchó la frase de contraseña.

—No me gusta Washington, prefiero la Atlántida, aquí es fría la primavera.

Welles esbozó una sonrisita, ordenó sendas tazas de café y golpeteó con los dedos en el bordillo de la mesa, como contraseña de validación. Tomaron el café y salieron a la acera, charlando como viejos amigos. En realidad se conocían de años, eran quizás correligionarios pero no amigos. No podían serlo, porque Welles no simpatizaba con los Maquiavelo, así fueran curas y críticos del Opus dei. El viejo jesuita excomulgado por Juan Pablo II por apoyar a los teólogos marxistas de la liberación y “voluntario” de la Orden de Malta, había creado la célula secreta “Hijos verdaderos de Jesús” con clérigos que le obedecían fanáticamente desde dentro y fuera del Vaticano. No lo hacían sin duda por afinidad de fe, sino por dádivas y promesas de poder. Aunque el padre Augusto vivía sin lujos, le sobraba el dinero; ser heredero de un multimillonario negocio familiar en Italia y Francia, con sede en Milán, le abría muchas puertas. Por una de esas puertas había entrado al engranaje de la masonería,

escalando hasta las alturas, incluso más allá del grado 33, a la punta ultrasecreta de la pirámide, el dominio del ojo de la providencia.

Welles lo había conocido en una concurrida conferencia en Praga preconizando una idea del paraíso “recobrado”: un orden masónico infinito sin lucha de clases, basado en una democracia universal de “iguales” y de “tesoros compartidos”, impregnada de amor, paz y solidaridad, regida por la bienaventuranza divina y por una asamblea de sabios justicieros.

Al avanzar unas cuadras hablaron del hermoso trazado urbano de la capital norteamericana, pero Welles súbitamente cambió de tema:

—¿Qué ha fallado, hermano?

—El cazador nos traicionó, nos amenazó y mandó al carajo —alegó el enviado.

—Debes explicarte, ¿qué ha fallado en esto? —recalcó Welles, fríamente.

—No pudimos controlarlo, el cazador se fue a Cornatel, se cree capaz de hacer las cosas sin nosotros, quiere la reliquia. Pero ha dejado un rastro de sangre y muerte por donde pasa, ese cadáver colgado en la estatua es mala propaganda. Creemos que perdió la razón, intentó matar a su madre en Sevilla, monstruoso. Ahora el servicio secreto español está involucrándose. Tal vez el tesoro termine en la colección del rey Juan Carlos.

—No quiero oír estupideces, hablas como un perdedor.

—Mejor se calla, usted peca de incapaz, prometió soluciones —replicó el enviado mirando desdeñoso a Welles.

—Solo quiero saber qué falló. ¿Cómo puede un loco fastidiarnos?

—Le repito que ese loco decidió actuar por su cuenta, anda por ahí matando gente, a sus antiguos partisanos templarios. El Papa ordenó una investigación, ha comunicado sus temores a varios gobiernos, no quiere oír hablar de la logia, le dijo al general jesuita que hay que enterrarla. Cambió de pensamiento, hasta ahora no sabemos por qué, y su asesor no coopera, dice que está en contra de la violencia. ¿Ese Solanos es amigo vuestro, verdad?

—Solanos es de los nuestros, téngalo presente. El Papa no, ha sido solamente un aliado circunstancial —aseveró Welles.

—Estamos en un problema, ¿comprende ahora? Tenemos muchos ojos encima, podría estallar un escándalo. Nos echarían a la basura.

—Por tanto, no podemos dejar el edificio a medio hacer, somos los mejores albañiles —dijo Welles, sin darse por vencido, había parafraseado lo que tantas veces oyó de su padre: “Somos los grandes albañiles de la historia”—. ¿Qué han decidido vuestros jefes?

—Que la reliquia no puede caer en las manos de ese loco, necesitamos que usted controle la situación, ya tiene su dinero en el banco, es buen momento para un retiro.

Mientras escuchaba, Welles recordó las expresiones de su asistente Jason: “Jefe, lo que haya en ese castillo nunca será de nadie… muy probable sea un *bluff*, tal vez alguien nos está manejando como marionetas de un guiñol conspirativo, no sé… Si allí hay algo pertenece a las palomas, tal vez convendría no meternos con ellas…” Habían visto juntos las procelosas escenas de vídeo enviadas por el agente29 y Jason repetía: “No creo en demonios, ni en Dios, pero ese castillo me da mala espina, me espanta”.

—Hermano, ¿qué te hace pensar que el loco encontró la reliquia o lo que sea? Los demás lo intentaron en vano, aquello es una trampa.

—El puede, conoce el terreno, era uno de ellos —afirmó el enviado.

—Bueno, intentaré dar fin a lo que comenzamos, pero necesito me hable del cazador, sería sensato no me oculte nada.

El enviado no respondió de inmediato. Caminó en silencio, cavilando sobre las implicaciones de contarlo todo. Primeramente, la logia ponía límites a cierta información comprometedora y esta era una de ellas. Había rituales, nombres, personas, intereses, instituciones, urdimbres, negocios, claves, palancas y finalidades que debían permanecer en absoluto anonimato. El americano Welles podía ser confiable para la logia, pero no para él. En segundo lugar, aún guardaba la esperanza de que el loco cogiera el tesoro y regresara a vendérselo. Habló con naturalidad:

—Algo enloqueció a nuestro cazador. Simón es su nombre. Fue integrante de una secta hermética y mística, radican allí en Cornatel. Se consideran descendientes de una casta de templarios originales. Juró que no eran fantoches, sino templarios reales.

— ¿De dónde salió ese tipo? Cualquiera inventa una historia.

—Un día me tocó a la puerta. Quería proponerme un negocio, revelarme un secreto a cambio de dinero. Al principio no lo tomé en serio. Hay cada loco.

—¿Por qué te escogió para tal negocio? No debió ser fortuito.

—No lo fue. Me contó que el padrastro, gran maestre de la secta, hablaba de ciertos jesuitas malvados y comunistas que fundaban guerrillas secretas revolucionarias en los predios de Dios para preparar el trono de Lucifer, y mencionó mi nombre. Leyó mis libros. Por eso me buscó, me considera fiable, un ídolo, eso es todo. Me dijo que solo confiaba en los jesuitas porque habíamos sido perseguidos, como los templarios, por los poderes malignos. Cree que los jesuitas somos una orden militar, de historia no sabe un pelo.

—Te ganaste un buen socio —bromeó Welles.

—Acepté el trato bajo condición de que solo pagaría una historia creíble, avalada con evidencias. En realidad, no tuve razones para creerlo lunático. Es inteligente y lúcido. Eso sí, parece una persona sufrida, atrabiliaria. Tiene labio leporino, seguramente la fealdad lo atormenta, usa un pasamontañas todo el tiempo, se tapa la boca con la mano, nunca ríe. Agradeció mi hospitalidad y le di algún dinero. Por esta simple ayuda me llamó benefactor y besó mi mano. Una vez me hizo reír cuando preguntó cómo podía convertirse en jesuita revolucionario. Me di cuenta de lo afectado que estaba cuando se confesó de rodillas y llorando. Manifestó odio y desprecio hacia el círculo familiar, especialmente contra el padrastro, la madre y alguien que llama el príncipe. A la secta la calificó de banda de incivilizados seudo-religiosos, aunque afirmó que nadie la podría barrer fácilmente por ser templarios de verdad, guerreros. Me explicó que todos tenían sangre de los templarios originales del tiempo de las cruzadas, menos él y su madre. Habló de algo increíble: que la secta atesora reliquias importantes del cristianismo antiguo.

—¿Qué pasó con las evidencias que le exigiste?

—Me dijo que él mismo era la gran evidencia. Cuando le conté la historia a la logia, ya estaban enterados de dicha secta y lo referente a las reliquias, me dieron a entender que tenían comunicación con el santo padre al respecto. Por entonces este era molestado por las sectas, debes recordar que una cofradía francesa se atrevió a colocar en internet un anuncio ofreciendo mil millones de dólares por la cabeza del Papa.

—Claro que recuerdo, desde ese momento los hermanos me pidieron supervisión, aunque para mi sorpresa mi gobierno formalizó una operación a través de mi oficina. Luego intervino el Pentágono, la NSA, imaginé que el gobierno no quería compartir el botín con extraños, menos con la logia.

—Imaginó mal, querido Welles, es lo contrario de lo que usted pensó. La logia no quería demasiada presencia visible americana, vuestro ejército puede conquistar un país en veinticuatro horas, pero es incapaz de tomar un castillo templario sin el factor show. No aprobamos eso.

Welles hizo un gesto de estar de acuerdo.

—Entonces, ¿qué plan había para controlar a ese tipo?

—Un plan sencillo. Por suerte, Simón confraternizó mucho conmigo, le hice mil promesas y finalmente aprobó mi idea de restaurar a la civilización el relicario perdido de la cristiandad, escondido en Cornatel. Nos presentó un plan que consistía en seguir los pasos del príncipe, el tal profesor Prevost, a quien la secta ha de revelar el escondrijo del “legado”, así le dice al tesoro. Ese profesor es un elegido, un nuevo guardián, según él. Solo habría que esperar ese

momento. Simón nos obedecía en todo, hizo muy bien el papel de sombra, ejecutaba las órdenes que le dábamos en clave por e-mail, eliminó a los matones de otras sectas, hasta que algo ocurrió y nuestros hombres lo perdieron de vista. Comenzó a presionarnos para que le diésemos rienda suelta. Repetía compulsivo la clave: “Los perros no ladran en la iglesia”. Le pedimos calma y nos echó maldiciones, nos llamó sarracenos. Se ha vuelto un descontrolado matarife. Sabemos que está en Cornatel, ya enviamos a los nuestros por él.

—Obviamente está allí. Démosle tiempo, nos llevará al maldito tesoro —Welles pensó en el agente29, ¿resistiría la presión?

—¿Alguna idea, hermano?

—Ninguna, pero me ocuparé de este asunto. Una última pregunta —pidió Welles, poniendo atención en una pareja de lesbianas que pasaban tomadas de la mano. “Ya nada es como era”, pensó.

—Escucho.

—¿Qué tipo de arma está empleando? No es convencional, troza y quema a sus víctimas. No es una común porra táser de defensa personal.

—Nunca lo vi con armas. Un hermano lo vio con un chuzo eléctrico, como un estilete, algo así. No sé dónde lo consiguió. También lleva consigo una corta espada en un morral. El tipo es de veras peligroso, muy sagaz.

Welles se detuvo de pronto al final de la acera y extendió la mano. El jesuita se la estrechó firmemente.

—Gane la logia, hermano Augusto —dijo Welles.

—Gane Dios, americano.

Tomaron rumbos distintos, perdidos en el gentío de las calles de Washington.

Capítulo 80
La muerte no existe

De lo que fuera un formidable palacete con oropeles solo quedaban en pie algunas paredes quemadas y pisos mugrientos, la yerba inundaba los vestigios. La Villa del Señor había pasado a la historia, sin nadie que quisiera visitarla, en un pueblo que la consideraba el último símbolo del infortunio cátaro.

También había sido demolido un viejo castillo que existía en la propiedad y de los viñedos apenas quedaban destrozos chamuscados y matorrales. Era una ruina fantasma que estaba a la venta pero no atraía compradores. Alguien había colocado una tosca tarja de piedra cerca del portón de entrada con la leyenda: "La muerte no existe. Occitania vive".

El sol mañanero comenzaba a disipar la neblina, cuando aparcó el taxi a unos pasos del portón. Un hombre robusto, de barba roja, despidió al taxista y caminó despacio hasta la tarja, la observó un rato y luego deambuló entre los restos del palacio. En el curso de la mañana fueron llegando más hombres en autos, todos vestidos de negro. Una veintena de sobrevivientes del temple cátaro, los caballeros de Jacques de Molay, había acudido al llamado del nuevo patriarca, Jean Pierre I de Occitania.

¡Viva la Viña del Señor! ¡Viva el gran maestre Rocheford! ¡Viva Occitania! ¡Viva Jean Pierre!".

Todos gritaron vivas alrededor del hombre de barba roja que levantó una espada apuntando hacia el sol y gritó enardecido: "¡Muera el Papa! ¡Abajo el gobierno! ¡Viva mi padre!".

El puñado de templarios negros, al unísono, alzó sus espadas, clamó venganza repetidas veces y ofreció oraciones a dios. La guerra recomenzaba.

Capítulo 81
La heroína de Thule

La pesadilla vivida y luego la fama habían proyectado a la bella rusa Ludmila. Le proveía dinero y publicidad un libro escrito por otro, aunque aparecía de autora: La amante rusa del hijo de Hitler. Odiaba el título pero al menos las regalías de la publicación traducida a varios idiomas le sirvieron para abrir el soñado negocio de modas punk, ahora con mucha parafernalia nazi.

A veces recordaba con cierta tristeza al romántico y misterioso suicida Tadeo que la había salvado de ser una reina crucificada. No fumaba ni bebía ni le interesaba acostarse con sus moscones galanes pretendientes, aunque le ofrecieran millones. Veía mucha televisión, acudía al gimnasio para mantenerse en forma y anhelaba encontrar un gran amor.

En menos de un mes su vida había cambiado. Creyó que vivía finalmente como un ser humano normal, hasta que vio aterrada el reportaje de televisión. La policía alemana informaba de una nueva intentona terrorista. Habían desactivado una bomba en una estación del tren subterráneo y el presentador de noticias mostraba el vídeo de un encapuchado vestido de negro anunciando una contraofensiva del movimiento ultranacionalista Thule contra los corruptos traidores del gobierno incapaces de extirpar el virus islámico. Detrás del encapuchado figuraba el estandarte de la secta con la efigie de su líder mártir, Von Hutte. La pesadilla renacía.

Ludmila tembló y solo pensó en huir de vuelta a su patria. Sacó la reserva de viaje para dentro de una semana y puso en venta su negocio. Despidió a las altísimas modelos que vestían sus diseños de ropa, muchas de ellas eslavas y turcas inmigrantes indocumentadas y se encerró en su apartamento con una pistola bajo la almohada. Como colofón, llamó a la policía para pedir protección. Le dijeron que la ayudarían, que se estaban ocupando de la secta, que todo estaría bien. Solo así la rusa pudo dormirse tranquila hasta que dos fornidos policías la despertaron tocando duro a su puerta.

Los invitó a pasar y tan pronto entraron, se dio cuenta del error cometido. Uno de los policías tenía una pequeña cruz gamada tatuada en el dorso de la mano. Intentó salir pero la halaron, tumbándola sobre una butaca y le aplicaron un aerosol paralizante. Ludmila despertó al rato, atontada, maniatada y con dos cabezas rapadas de expresión hosca delante.

—Queremos saber quién lanzó el avión contra nuestro cuartel.

Ludmila volvió a contar tartamudeante la única historia que conocía: el avión lo piloteaba Tadeo, no sabía más y suplicó que no la mataran.

Quisieron saber si el piloto era judío, alemán, americano, ruso, chino. Ludmila muerta de miedo dijo la verdad: “Creo que era turco”, pero no le creyeron. La golpearon y uno de los hombres desenvainó un enorme cuchillo de caza. “Habla, belleza”.

Contó la misma historia y volvió a ser zarandeada.

—Te haré papilla tu linda jeta, mentirosa —dijo el del cuchillo aproximándole el filo a los ojos.

La rusa volteó su cara, horrorizada.

—El gran maestro, mi honorable amado Von Hutte, los habría degollado de estar vivo por hacerme daño.

La punta del cuchillo, a un milímetro de la mejilla, fue retirada. La reacción de los dos hombres fue apartarse a discutir, llamaron por móvil, hablaron y luego reentraron al cuarto donde la tenían fuertemente atada de brazos y piernas.

—Te daremos una oportunidad —dijo uno de los hombres, mientras el otro le quitaba los lazos de las muñecas—. Debes escribir otro libro, te diremos lo que tienes que decir; si de verdad aprecias tu vida, la gente debe verte como la heroína de Thule. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, claro —dijo Ludmila con tono sumiso.

Los dos hombres dieron la espalda para marcharse y Ludmila por un momento pensó que podría alcanzar su pistola y dispararles. Pero un pensamiento la frenó. De hacerlo, Thule nunca la perdonaría. Mejor se sometía al destino. Ellos escribirían el libro y ella ganaría dinero. Había hecho un buen negocio.

Días después volvía la rusa a los editoriales. Anunciaba la próxima presentación de su nuevo libro: “Thule, mi gran amor”. En una entrevista por televisión, la bella rusa justificaba con palabras secas y envolventes su simpatía pro nazi y la lacerante crítica al gobierno que emanaban del libro: “No explicaré lo que está escrito, la democracia es así, lean y piensen si tengo la razón o no, el gobierno quiso matar a Thule, le lanzó una bomba o algo así, qué tragedia, pero así y todo, la secta es mi gran amor”.

Un éxito. La chica rusa había podido sacarle las lágrimas a los alemanes. La gente común del pueblo volvió a hablar de una esperanza llamada Thule. Los nuevos líderes de la secta la llamaron al móvil para decirle gracias y felicitarla. Ludmila lloró en silencio, tal vez la pesadilla llegaba a su fin. Viajó de regreso a su país dispuesta a ser una persona diferente.

Capítulo 82
¿Quiénes son ellos?

Sucedió lo que tanto temía el padre Scarlatti. Desde un ventanillo de la catedral vio llegar la limusina negra del *capofamiglia* más siniestro de Sicilia seguido por otros dos carros repletos de escoltas. Luego tocaron a la puerta de su despacho y al abrirla un hombre calvo y bajo, de marcadas ojeras, conocido por mirar con la cabeza ladeada, entró sin pedir permiso.

—¿Qué lo trae por aquí, don Bocca?

Don Bocca miró los botines oscuros del sacerdote.

—No pule usted sus zapatos —dijo secamente y paseó por la oficina hasta detenerse frente a la foto del Papa colgada en la pared —. ¿Hace mucho no ve a su amigo el santo padre?

—Evito pedirle audiencia, dios lo tiene muy ocupado.

Don Bocca chasqueó la lengua.

—Jamás le concedió una audiencia a mi muy querido don Angelo, qué manera de agradecer las donaciones, bah.

—El finado don Angelo siempre tuvo deferencias especiales de Roma, me consta.

La voz de Scarlatti sonó insegura, el nerviosismo asomaba a sus sudorosas e inquietas manos. Don Bocca no estaba allí para preguntitas, sino por venganza. La muerte de don Angelo había perjudicado una asociación de negocios que existía por décadas. Ambos tenían incluso lazos familiares y una amistad entrañable desde la juventud.

—¿Quién mató a mi amigo? —La pregunta restalló fría y ruda —. ¿Por qué lo mataron? Mataron también al bambino Cusimano, esto hay que aclararlo.

El rictus crispado del mafioso estremeció al sacerdote.

—¿Cómo voy a saber, don Bocca? Créame —dijo Scarlatti y se encomendó a Dios.

—Ya veo, prefiere el martirio a honrar la memoria de la persona que lo hizo un maldito cura rico —dijo el mafioso y abrió la puerta. Dos mal encarados secuaces entraron a la oficina, colocándose a espaldas del sacerdote—. Procedan con este cerdo, después al basurero. Hay que limpiar a Sicilia de curas mugrosos.

Un sopetón con esparadrapo tapó la boca de Scarlatti. Un mafioso le puso la pistola en la barbilla. Lo sacaron y metieron a empujones en una furgoneta que esperaba en el trasfondo de la iglesia.

Fue conducido con los ojos vendados a una cabaña abandonada de los suburbios, donde acabó amarrado desnudo a un poste. Todo el tiempo estuvo el sacerdote orando hasta que le quitaron la tapadera de los ojos para que viera a los verdugos preparando el martirio. Lo iban a descarnar a fuego lento con un soplete de soldadura. “Dios, perdóname, no soy Cristo”. Rogó temblorosamente que lo llevaran ante don Bocca, hablaría todo.

Scarlatti se estaba vistiendo cuando entró don Bocca a la cabaña, ordenando a sus hombres que se retirasen.

—Hable, padre, ¿quién mató a don Angelo?

—Ellos —dijo el cura con voz quebrada, apenas audible.

—¿Quiénes son ellos? No me haga perder tiempo.

—Ellos, el Opus dei, contrataron a la Camorra napolitana.

—¿Por qué lo hicieron? Don Angelo siempre los ayudó, era la gallina de los huevos de oro.

—No sé mucho, parece por los métodos de don Angelo, hablaron de mucha violencia, de terrorismo, Benito Cusimano puso bombas en Francia por orden de don Angelo, no sé más.

—Es suficiente, padre. Ahora le pido un favor, lleve este mensaje al Vaticano. Quiero de vuelta el dinero que donó don Angelo o mato a todos los curas de Italia. Espero que usted me siga sirviendo, tendrá su recompensa. Ah, no olvide lustrar sus zapatos —dijo don Bocco, retirándose con un portazo. Abordó la limusina, llamó por su móvil y tras recibir el saludo de una voz fañosa, reveló todo cuanto sabía acerca de la muerte de don Angelo. Escuchó con atención una meticulosa propuesta de honor, chantaje y venganza, y dijo: “Sí, estoy de acuerdo”.

La guerra de la mafia siciliana contra el Opus dei había comenzado.

Capítulo 83
Allá van las absurdas bombardas

Caía una nevada en New York, como le gustaba a Katherina; en realidad una rara tormenta de nieve y lluvia al filo de la primavera. Pero ella ahora estaba pensando en lo diferente que sería su vida. La pasaría sola, trabajando en el manuscrito del viejo Prevost, esperando llamadas de Ludovico, tratando de imaginar qué futuro le deparaba el destino. La muerte de Marcus añadía abatimiento y tristeza. No podía aguantar las lágrimas cada vez que pensaba en la divina persona asesinada con tanta crueldad.

Después de estar horas intentando descifrar la garabateada cursiva en yiddish de una página del manuscrito, Katherina fue hasta el ventanal de su residencia a contemplar la nieve. Al sonar el celular, corrió a contestar creyendo que sería Lud, pero era una llamada equivocada. Volvió al ventanal en el momento que una camioneta aparcó frente a la cerca de su casa. Del vehículo salieron dos hombres enfundados en gruesos abrigos que tocaron el timbre de su casa. Escuchó una voz cordial en el intercomunicador: "Hola, doctora Lacoste, soy Donovan, de la Agencia de Seguridad Nacional. Nos interesa hablar con usted". Katherina había previsto algo así, una injerencia fastidiosa del Gran Hermano, pero no le preocupaba hablar con el gobierno, con quien fuera. Seguramente ya sabían todo respecto a su presencia en Cornatel y lógicamente tratarían de exprimirla para sacarle información. Autorizó que pasaran y estos mostraron sus credenciales en el umbral de la puerta. Los invitó a tomar asiento en la sala y a un té que agradecieron.

Donovan tomó la palabra:

—Sabemos que estuvo en Cornatel, es un castillo de…

—Sé que es un castillo, estuve allí —dijo Katherina, cortante.

—Los turistas americanos no frecuentan ese lugar, ¿qué interés le encontró? —inquirió Donovan a la ofensiva.

—Pues vi americanos por allí —A Katherina le vino a la mente que un americano la había salvado de caer al vacío—. Pero aconsejaría a los turistas que no vayan a ese sitio. Allí no más encontré nieblas, fantasmas, ruinas, palomas salvajes y policías españoles parlanchines, allí matan a los turistas. Usted sabe, la policía me asoció a unos crímenes, me quejaré ante la Comisión de Derechos Humanos de la ONU y en el Tribunal Supremo. Conozco mis derechos.

Los dos hombres sonrieron. Katherina fue a la cocina y regresó con el té. Les dijeron gracias.

—¿Qué le atrajo de un lugar así? —insistió Donovan.

—Me atrajeron las fotos en internet, los paisajes. Pero la realidad es otra. Y a ustedes, ¿qué les atrae de allí?, si se puede saber.

Donovan sonrió. Comprendió que la doctora Prevost le quería robar la iniciativa. El colega afroamericano de Donovan intervino:

—Investigamos crímenes muy serios, señorita. Usted visitó un sitio caliente, allí matan a la gente, las cuelgan de las estatuas.

—Qué horror, sí. Me enteré por la tele. Pero me pregunto por qué Estados Unidos investiga crímenes en la jurisdicción de otro país. Aquello es España, si mal no recuerdo, no es Iraq ni Tijuana, no es base del Talibán. ¿Qué más hay? Me dicen.

—Si digo que el terrorismo no tiene jurisdicción ni fronteras, ¿nos ayudaría, doctora? —habló Donovan.

Katherina quedó perpleja. Las historias de terrorismo la impresionaban. ¿A cuáles terroristas intentaba atrapar el gobierno americano en Cornatel? ¿Acaso a los fantasmas templarios? Se dio cuenta que no sólo los bandidos sectarios alemanes y franceses querían meter la cucharilla en el lugar. Por demás, las agencias secretas americanas perderían el tiempo con ella.

—Desde luego, señor Donovan, puedo colaborarles. Usted me dirá cómo.

—¿Cómo? Nos interesa aquello, doctora. Sabe a qué me refiero. Tal vez tenga amigos por allá, ayúdenos para que no les pase nada. Aquel sitio es trágico —dijo Donovan, matizando con pesar la voz y le pasó su tarjeta credencial—. Espero tener noticias suyas.

Ambos hombres se pararon al mismo tiempo, lo mismo hizo Katherina mirándolos con cierta indecisión.

—Claro, pueden contar conmigo. Me interesa que nada malo pase en Cornatel, es mi castillo preferido. No vayan a lanzar bombas allí.

A Donovan no le gustó lo que oyó, forzó una sonrisita y dijo:

—Ayúdenos a que eso no pase, señora.

Se despidieron. La nevada había arreciado y los dos hombres corrieron a la camioneta. El afroamericano instalado al volante dio su parecer:

—Es preciosa y muy inteligente, se guardó todas las cartas.

—No le quitemos los ojos de encima, oficial Jackson. Hay que investigarla a fondo. Verás que me llama cuando ese sitio se ponga bien caliente.

Katherina los vio partir, “allá van las absurdas bombardas”, se dijo, esperó a sedarse y volvió a la mesa de trabajo con una taza de té caliente en la mano. Miró la página abierta del diario y releyó lo que

había transcrito: “…si sólo quedaras tú, hijo mío, es suficiente… y las palomas inmortales… para velar la puerta del cielo... un día no habrá nieblas… y podremos mostrar el legado de José a los pueblos libres…”

Volvió a sonar el teléfono y Katherina corrió. Esta vez sí era Ludovico. Le dijo que estaba llegando a Cornatel; debía leer un reciente escrito en su blog, susurró “te amo, te amo, mi Venus del espejo”. Y prometió enviarle un poema, sabes cómo, con una paloma mensajera.

Capítulo 84
Maldito hacker

Jason al fin vio a Welles llegar a trancos a la oficina. Había estado todo el día tratando de abordarlo. Le dijo al pasar: “Jefe, tengo algo urgente”, pero no le hizo caso. La secretaria del jefe tampoco quería hacerle caso. Escribía un extenso informe que debía entregarle a Welles ese mismo día. “Mejor te pierdes de aquí, Jason, el jefe tiene líos con los de arriba”.

Jason volvió a su ordenador y movió el ratón pinchando los referentes de un abigarrado árbol de archivos. Una y otra vez se cercioró de que los bancos de datos estaban vacíos. Habían borrado los programas y aplicaciones y no existía una sola gota de información en los back-up externos donde almacenaba copia de todo. El disco duro del ordenador aparecía como si estuviera recién estrenado, sin memoria consumida. Tampoco tenía acceso a los servidores centrales de la agencia ni al Internet. ¿Qué diría el jefe cuando le contara que lo habían fastidiado? A él, un estelar de operaciones digitales.

Era casi medianoche cuando le tocaron el hombro.

—Al fin usted, jefe. Me han jodido.

—Cuéntame, Jason —dijo Welles, descargando su cansado corpachón en una silla—. Ha sido un día terrible.

Jason movió el ratón, tecleó, pinchó archivos, una común operación de búsqueda.

—Me han borrado la información. Me dejaron en la nada. Tenemos por aquí un ladrón digital. Un maldito hacker penetró mis códigos y me limpió el trabajo de años.

Jason siguió explicando a un pasmado Welles, que no perdió los estribos, pero comenzó a murmurar prosaicos galimatías.

—Calma, Jason, tenemos cámaras de vigilancia, ni siquiera un fantasma escaparía a nuestros sistemas de seguridad.

—Se equivoca, jefe. Hay una agencia que tiene tecnología para hacerlo. Espero no sea el caso.

—Nadie se atrevería, conozco el protocolo, todo es críptico. Somos impenetrables.

—Jefe, la NSA tiene hipervínculos en todos los servidores, programas troyanos especialísimos, pueden teclear mi computador desde una conexión remota utilizando programas espías. No tienen que estar sentado delante de mi computadora para mirar la pantalla, se lo aseguro. Nadie en este mundo es invulnerable.

—Tienes razón, pero alguna pista dejarían. Mejor te calmas, me ocuparé de este problema.

—Gracias. Haré mi parte. Lo lamento.

—Jason, grábalo bien —Welles le apretó el brazo—. Quiero absoluta discreción, nada de aspavientos. Si lo deseas, te puedes tomar unas vacaciones.

—Muy amable, jefe, lo pensaré.

Jason lo vio partir y renovó su búsqueda en el ordenador. “Maldito hacker, no te vas a salir con las tuyas”.

Welles esperó a que su secretaria terminara el informe y le dijo: “Veo a Jason muy tenso, tal vez necesita vacaciones”. “Es verdad, jefe, necesito lo mismo, un relax. Me mata este trabajo”.

Una hora más tarde, los especialistas de vigilancia interna le remitían a Welles lo que había solicitado: una copia de todo lo que las cámaras de seguridad habían registrado en las distintas secciones del departamento bajo su dirección. Welles fue pasando rápidamente las grabaciones hasta llegar a lo que buscaba. Aparecía Jason trabajando, llamando por teléfono, departiendo con colegas, leyendo informes, chateando por Internet, comiendo chocolatines, entrando y saliendo de la oficina, apagando las luces al final de la jornada y abandonando el sitio; una luz de seguridad permanecía encendida. Seguía una monótona secuencia de silencio y objetos inmóviles. Las cámaras abanicaban el espacio donde no sucedía nada, hasta que Welles detectó al fantasma. Las teclas del ordenador de Jason se movían solas como si un invisible operador las accionara. “Diablos, Jason tiene razón”.

Welles salió disparado de la oficina a medianoche, tomó su auto y alcanzó el centro de Washington donde buscó un bar para relajarse con whisky. Una y otra vez lo martillaba la pregunta: “¿Quién demonios me está vigilando?”. Salió del bar y manejó con cuidado hasta su casa. En ningún momento la espesa neblina le dejó ver por el retrovisor que una camioneta azul lo seguía todo el tiempo.

Capítulo 85
La fealdad hecha sombra humana

Después de manejar horas, Ludovico llegó al Bierzo de Cornatel, una noche de ventisca. Aparcó el auto cerca del hotelito y de ahí fue a pie a la estatua de la virgen, donde la sangre de Marcus había quedado impregnada en el basamento. Notó el nuevo cartel colocado en el camino al castillo: "Peligro, no pase, Castillo de Cornatel cerrado al público". También una serie de barreras de la policía circundaban la casa de Marcus con letreros prohibiendo pasar.

Al no ver un alma por los alrededores, Ludovico pudo ingresar en la propiedad de Marcus forzando una de las viejas ventanas del fondo. Caminó a oscuras chocando con objetos hasta poder cubrir con visillos las ventanas de la fachada a la plazoleta. Lo molestó el hedor del ambiente. Luego prendió una vela que colocó en el escritorio y el cono de luz mostró una casa saqueada. "Maldito". Solo quedaban despojos rotos dispersos por el piso. Fue metiendo en una mochila algunas cosillas, recuerdos, hojas escritas, un crucifijo, pero no encontró lo que buscaba: los retratos, la agenda de notas y el cordón templario. Al pasar a la galería del patio, no se pudo contener: "Canalla, pagarás por esto". Gran cantidad de palomas quemadas habían sido echadas en un cesto de basura, otras yacían en el piso descuartizadas. De repente percibió un chasquido y alzó la vista. Palomas blancas posadas en el alero del techo parecían estar atentas a sus movimientos.

Recorrió toda la casa hasta estar seguro de que no encontraría los retratos, apagó la vela y dijo: "Estoy de nuevo contigo en tu mundo, hermano Marcus", y se marchó. Pasó junto a la estatua y vio palomas sobrevolándola, descendían de un cielo oscuro. Miró la bella cabeza de la virgen y murmuró: "Madre, eres como en mis sueños". Con paso rápido llegó al hotel y le dieron la misma habitación que había ocupado con Katherina. Abrió una ventana y miró a lo lejos, a las nieblas, en dirección al castillo. "Padre, he regresado a tu gran obra, guíame en la vida y la muerte".

A pesar del cansancio, abrió el maletín por el portátil y entró a internet, ansioso por actualizar su blog. Hablaría de la gloria de un gran hombre, de un templario invencible, y también hablaría de la bestia, del cobarde hermanastro perdedor que había traicionado a los suyos, a su madre, a dios. El falso alter ego, otra sangre.

Primero leyó un e-mail de Katherina que decía: “Vinieron agentes del gobierno a charlar de Cornatel, qué descarados, cuándo dejaran en paz a las palomas…”; después pasó al último mensaje enviado por Marcus: “Príncipe, mantén la alerta, el enemigo nos quiere pillar desprevenidos, aquí os espero junto al palomar…”

Ludovico cerró los ojos un momento, y comenzó a insertar un escrito en su blog:

“En el mundo de los hombres he conocido a Satán, también llamado de mil modos, Lucifer, Satanás, Bael, Belcebú, Mefistófeles, Hades, el Demonio, da lo mismo. La maldad. Para mi padre era cualquier persona zafia y vil que le vende el alma al diablo a cambio de poder y bienes terrenales. Cuántas diabluras han enlutado la historia: inquisiciones, guerras, holocaustos y tiranías. Sin embargo, este Satán al que me refiero es capaz de matar a su propia madre y a Dios mismo. ¿Conocen ustedes a algún monstruo que se le iguale? Mis creencias han cambiado desde que conocí al gnomo artero que mata por la espalda, nunca sentí tanta repugnancia ante la fealdad hecha sombra humana…”

Ludovico terminó de escribir adormilado y se echó a la cama sin esperar los comentarios que poco después comenzaron a colgar en su blog, unos a favor, la mayoría juzgándole con calumnias por dársela de santón pro dios. Un mensaje turbio con una frase repetida incontables veces lo habría fastidiado en grande: “Los perros no ladran en la iglesia…Los perros no ladran en la iglesia…Los perros…”

No lejos del hotel, alguien sabía que lo habían aludido. “…la fealdad hecha sombra humana”. La sombra repetía la frase resollando furioso, golpeando las paredes de la derruida capilla, mirando con rabia la página del blog de la persona que más odiaba en la vida. No tenía puesto el pasamontañas. La luz de la vela alumbraba un musculoso torso desnudo y una cabeza de hermosos rizos oscuros. Podía ser un físico encantador para cualquier mujer, de no ser por la boca sesgada, el rostro avejentado y los inexpresivos ojitos hundidos.

A pesar de los ruegos de su madre, el joven Simón nunca había querido ponerse en manos de los cirujanos plásticos, alegando que no le importaba ser como era, pues la belleza radicaba en el alma, no en la bonitura. Y ponía de ejemplo a Quasimodo. En realidad pensaba lo contrario: envidiaba la belleza ajena y odiaba su feo labio partido, el corazón lo tenía enfermo. Aborrecía especialmente al intocable chico agraciado que estaba al cuidado de su madre, contra quien ideó un daño macabro: desfigurarle el rostro con ácido. Sin embargo, por la madre del chico sentía una incontrolable y secreta adoración. Deseó poseerla desde el día que, escondido en unos arbustos, la vio desnuda tomando un baño en la cascada del bosque. Incesantes masturbaciones

no aplacaron sus delirios eróticos. Quería hacerla solamente suya, pero cómo. Después de pensarlo mucho encontró el cómo: mataría al gran maestre Prevost y a los demás templarios que lo tenían harto. Los enfrentaría desde las sombras. Partió sin despedirse ocultándose en las recónditas aldeas montañesas de la región. Al cabo de meses de espera y búsquedas, lo dieron por desaparecido y la hermandad le rindió honores de caballero santo y mártir.

Simón esperó por más de un año a que el gran maestre estuviera ausente para hacer realidad su más loca fantasía. Espió a la madre de Ludovico hasta que llegó la oportunidad de verla completamente sola contemplando la caída del sol en una banca rocosa bastante apartada del castillo, más allá del campo de la noria. El ataque fue por la espalda, la mujer luchó con forcejeos contra los poderosos brazos que la arrastraron a un montecillo. El pesado cuerpo que le cayó encima casi la asfixió, pero no dejó de pegar gritos y de morder al encapuchado que intentaba quitarle la túnica para violarla. Presionando las piernas, lo empujó tumbándolo, aprovechando para escapar. Tomó el primer sendero que encontró alcanzando las peñas del risco en una desesperada carrera, seguida de cerca.

En ese momento aparecieron las primeras palomas blancas. La mujer sintió la manaza que la haló por el pelo y la hizo caer. Sintió el jadeo del hombre y le pateó las piernas, los testículos, arañó sus brazos. Al rodarse a un lado para liberarse de la boca ansiosa que quería besarla, resbaló justo al filo del barranco. Fue cuando reconoció pasmada la voz, la de Simón, el templario desaparecido: “¡Cuidado, mi reina del alma!”, dijo él intentando agarrarla, demasiado tarde. El cuerpo cayó al profundo abismo oscuro.

Simón corrió cuesta abajo con la esperanza de rescatarla, dando manotazos a las palomas que se arrojaban en picada sobre su cabeza. Peinó el follaje, registró el risco, las grietas, todo. Pero no encontró el cuerpo caído por mucho que buscó. Desolado, se internó en el bosque gritando y llorando por haber perdido a su único amor, su Esmeralda. Cuando días después acudió a su madre para confesarle lo ocurrido, temiendo alguna reprimenda, inusitadamente recibió tolerancia y dulces consejos. Empero ella lo urgió suplicante a que abandonara el país. “Salva tu vida, hijo, cúrate con dios, el señor perdona todos los pecados, pero el Temple no” y todo terminó en un abrazo, una despedida para siempre. No mucho tiempo después, la persona que la llamó ya no era su hijo, sino un poseso que le hablaba de salvar a dios de la herejía templaria. No habría piedad para los impuros. Tampoco habría piedad para ella si no obedecía los dictados divinos, sus redentores caprichos.

Ahora a Simón le importaba un bledo el pasado, ni siquiera recordaba que alguna vez hubiese sentido pasión por una mujer o

afecto por su madre. Solo dos ideas fijas movían su vida: aniquilar al último sobreviviente templario y conquistar el legado. Ser parte de dios o dios mismo.

Capítulo 86
¡Qué pesadilla más bárbara!

Era un extraño duelo de dos sombras en medio de una borrasca helada: un gigante vestido de negro portando espada contra un pequeño guerrero sin armas envuelto en una capa blanca. El gigante desesperado no podía punzar al escurridizo rival que se valía de la bruma para esquivarlo. Cada vez que descargaba el mortal tajazo, erraba. De un antiguo castillo, destrozado por las descomunales cortaduras de la espada, solo quedaba una hecatombe de piedras y polvo.

El hombrecillo intentó escapar por una escalinata que ascendía sin fin, cuando el gigante dio un rodeo y lo acorraló, sonriendo triunfal y ladino. Finalmente cortaría la cabeza del hereje, la cual debía colgar en la estatua de una virgen como trofeo. Alzó la espada, ordenándole que se pusiera de rodillas, mientras el hombrecillo retrocedía sin obedecerle, sosteniendo un guijarro. Pero no tuvo tiempo de descargar el corte, el proyectil arrojado por el pequeño alcanzó al gigante, aplastándole la frente. Cayó de espaldas, fulminado. Un estruendo desmoronó la escalinata y Ludovico abrió los ojos. "¡Qué pesadilla más bárbara, David contra Goliat!", dijo para sí y saltó de la cama. Había amanecido y el ambiente exterior seguía gris.

Al dejar el hotel, mochila al hombro, Ludovico decidió que sería más agradable ir a pie hasta Cornatel que en su coche, entusiasmado por volver a recorrer la quebrada como había hecho antes junto a Katherina y Marcus. Al llegar ante la estatua de la virgen, besó el basamento. Resultaba curioso que siendo tan temprano muchísimas palomas blancas sobrevolaran el lugar. Emprendió la marcha por el camino del castillo, que continuaba cerrado a los turistas.

Minutos después, otra persona con aspecto de escalador de montaña, cargando al hombro un abultado morral, llegó hasta la plazoleta de la virgen y dejó atrás el pueblo por el camino del castillo, con paso presuroso.

Los campos de Cornatel estaban invadidos por una extensa neblina que difuminaba colinas, bosques y caminos. Cuando Ludovico se detuvo ante el castillo, no lo vio. Fue aproximándose hasta que surgieron las imprecisas siluetas de los muros almenados. Tomó la senda de acceso habilitada para los turistas, donde tropezó con una valla que prohibía el paso. Las autoridades habían colocado barreras

en varios puntos y numerosos carteles notificaban la clausura del monumento. En la portada una reja estaba abierta. Le amargó pensar que el reino templario continuase tomado por la guardia civil o por merodeadores indeseables.

Ludovico entró al castillo con cautela, avanzando despacio por delante de los antiguos cuarteles adosados a las murallas. "¿Dónde se metieron las palomas", pensó intrigado. Después de estar seguro que había calma intramuros, atravesó el patio de armas y buscó el recinto que escondía la poterna de comunicación con el campo de la noria. Pero la extrema soledad del lugar era solo aparente. No advirtió la presencia erguida en lo alto de la torre, ni la aglomeración de palomas silenciosas que cubría el techo de la capilla.

Esta vez estar en el campo de la noria le provocó sensaciones muy diferentes. Recordó incluso que había sido escéptico de la sacralidad del misterio templario relatado por Marcus, a quien al principio comparó con un ermitaño fanático que se inventaba ignotas grandezas. Ahora precisamente faltaba él, le habría pedido perdón besándole la mano. Marcus sin proponérselo, sin dictar una conferencia doctoral, solo hablando de cómo la historia tenía rincones ocultos y misterios incomprensibles al mortal común, le había enseñado una manera distinta de conocerse a sí mismo. Las reliquias de José de Arimatea eran menos importantes que descubrir toda la luz que ciertos seres humanos eran capaces de irradiar para preservar la magia de la vida. Esa magia que otros querían usurpar para convertir en poder oscuro y ostentación. El campo de la noria, el castillo de Cornatel, la estatua inmaculada, el misterio templario, el legado, eran simplemente eso: la magia hecha símbolos, una triste saga templaria de familia.

Ludovico besó el castaño y caminó hasta la zona de las lápidas. Extrajo de la mochila una losa de piedra pulida con la inscripción "Marcus, *aeternum*, eternamente" y la encajó en la tierra. En ese momento advirtió la presencia atravesando la niebla. Una sombra enorme surgió de detrás de los setos, la cubría un pasamontañas y blandía una espada. Ludovico supo enseguida que tenía delante a la bestia.

—¿Quién eres? ¿Un espíritu o un intruso? —le dijo, rotundo.

—Soy el dueño de este lugar, príncipe —respondió una voz bronca.

Ludovico avanzó hacia la sombra.

—Este lugar es santo, el dueño es Dios. No soy ningún príncipe, soy el profesor Ludovico Prevost, el nuevo velador de este castillo por acuerdo de la hermandad del temple, hijo del gran maestre y discípulo del más grande de los caballeros de lo blanco de Ulver, el guardián templario Marcus, vilmente asesinado por un degenerado guarro.

—Callad, sacrílego —tronó iracunda la sombra y agarró con las dos manos el puño del arma.

—El sacrilegio es tu traición, forastero. ¿Por qué usas un arma contra una persona indefensa? ¿Por qué te cubres el rostro? ¿A qué le temes?

Ludovico no temió provocarlo, era su propósito, desafiar al monstruo, profanarlo con el verbo, vencerlo con el odio. Percibió ardor y dureza en sus propios músculos, ligereza en sus piernas, una tensión desconocida recorrió su cuerpo. Cerró los puños y afirmó las piernas. No sabía qué hacer si lo atacaban, pero no sintió sobrecogimiento ni miedo, sino odio, rabia, un sentimiento destructivo jamás sentido antes. Súbitamente la espada surcó la niebla y se abatió sobre él. La esquivó y corrió a ampararse en los setos, sintiendo bufar al depredador cerca. Otro golpe de la espada cortó de raíz el seto rozándole las piernas.

—Te voy a cortar en tajadas, falso príncipe y te echaré al barranco como hice con tu ramera madre —gritó la sombra, abatiendo la espada con frenesí en todas direcciones.

La reacción de Ludovico, a oírlo revelar la atroz muerte de su madre, fue una feroz embestida de toro contra el pesado resuello que percibió a pocos pasos. La sombra cayó soltando la espada, sin tiempo para desembarazarse del oponente que se le aferró tenazmente encima, propinándole puñetazos que le reventaron la nariz. Pero una brutal fuerza muscular repelía a Ludovico, con empujes, codos, frentazos, las habilidosas manos enlazaron sus piernas y fue levantado en peso y arrojado con ímpetu al suelo. La sombra rápidamente sacó un puñal y lo clavó donde había caído el cuerpo, pero ya no estaba. Una patada lo tumbó de nuevo y fue cuando le arrancaron el pasamontañas. Ludovico corrió hasta unas peñas a esconderse. Tenía heridas en los brazos pero no le dolían, no sabía lo que era el dolor. Muy cerca divisó la hondura del barranco.

La sombra lo vio correr hacia las peñas pero no lo persiguió. Se aproximó a la noria donde había dejado un bolso, del cual sacó un objeto parecido a un delgado tubo de telescopio, compuesto de botones y gatillos, su más ingeniosa innovación: un paralizador eléctrico instantáneo, más disimulable y potente que el primer tosco aparato que había creado. Lo empuñó con orgullo. Al accionar el gatillo, el arma comprimida desplegó una rígida hoja de florete terminada en dos aguijones. Podía cortar, electrocutar e incinerar con ella, y también usarla de porra y bastón. Ideal para la batalla contra las bandas de templarios, herejes y curas ladinos. Sintió la gloria, pero el arrullo de palomas lo devolvió a la realidad. Se inyectó droga en el brazo y retornó al combate.

Ludovico miraba en dirección a la noria cuando escuchó el

movimiento detrás y justo a tiempo ejecutó un giro, librándose de una fatal hincada eléctrica. Corrió hacia los pedregales próximos al barranco y esperó al atacante. Era un sitio de menos niebla donde al menos se verían las caras. El hombre que se acercó sujetando una especie de taladro provisto de un largo pincho, tenía el labio hendido y la mirada de loco. Ludovico, imitando al hombrecito de la pesadilla, cogió una piedra y la lanzó al gigante. La pedrada aunque impactó el rostro, no detuvo el impulso del exterminador de templarios. Corrió detrás de Ludovico tratando de pincharlo, hasta que la nube de palomas blancas se interpuso. Decenas de palomas caían electrocutadas o golpeadas por los bastonazos, pero otras se sumaban al ataque hasta que por algún motivo se alejaron. Miles de palomas volaban sobre los farallones y la fortaleza.

Nuevamente la sombra arremetió con fiereza y la varilla raspó el brazo de Ludovico. No sintió la flama eléctrica, pero sí un vahído y cayó. En un segundo tuvo al criminal parado a su lado, con el artefacto enfilado contra su pecho.

—Si intentas algo, te quemo el alma, príncipe. He vencido, soy invencible —gruñó Simón con ostensible odio triunfalista.

—No has vencido, Simón, los criminales nunca ganan, ¿por qué lo haces?

Ludovico jadeaba, sin poderse mover. Las dos agujetas emitían chispas cerca de su ropa y detrás se abría el precipicio.

La voz de Simón vibró con exasperada rudeza.

—Gana dios, hereje. Gana dios y su iglesia. Yo gano. Acabaré contigo.

—No ganas, loco endemoniado, no ganas —gritó Ludovico.

—Calla, maldito templario, los perros no ladran en la iglesia —El grito retumbó en el barranco. Simón alzó la espada eléctrica empuñada con ambas manos, tomando impulso para clavarla en el cuerpo odiado, cuando un espasmo lo paralizó. La bala penetró encima de la oreja, perforándole el cráneo. La sombra apenas chilló, cayó dando una voltereta, estrellándose contra el pedregal y rodó al abismal precipicio.

Ludovico miró en derredor, donde solo había nieblas y palomas blancas. Se incorporó atolondrado y respiró profundo. “¿Quién me ha salvado?” Tal vez Dios o Marcus, las palomas, el destino, mi padre, mi santa madre, las oraciones de Katherina, tal vez quién. Caminó bordeando el barranco. Muchos años atrás, cuando no existían nieblas, había estado en el sitio a mirar la puesta del sol en compañía de la bella mujer que siempre lo llevaba de la mano. También a su padre le encantaba mirar los atardeceres. Eran felices cuando estaban en aquel sitio, juntos, abrazados, mirando el vuelo de las palomas. La bella mujer escuchaba con atención cuando su padre hablaba de cosas que

él no podía entender. Hablaban mucho de dios y la naturaleza. Su padre decía que dios era todo lo que los ojos veían, pero también era lo que los ojos no podían ver. Realmente por mucho que lo intentase Ludovico no veía a dios por ninguna parte, hasta que un día le preguntó a la bella mujer dónde estaba dios y ella dulcemente apuntó con el dedo a las palomas blancas posadas en la noria. “Allí está él, mi príncipe, en todas partes está, también en tu corazoncito”.

No lejos del barranco, en un montecillo, el visor telescópico del fusil se movía siguiendo cada movimiento de Ludovico. Robin García lo vio parado en el filo del abismo, rodeado de palomas blancas y pensó que aún tendría mucho que aprender acerca del misterio de la vida. Cornatel era uno de esos misterios extraordinarios que nadie creería. Solo podía calificar lo presenciado de evento milagroso, de lo contrario qué era. Había sido testigo de un impresionante combate de sombras, a pesar de la escasa visibilidad. El profesor Prevost, sin embargo, habría muerto indefectiblemente debido a la superioridad del implacable rival.

Creyó en aquel momento que estaba impedido de ayudarlo con su arma porque el enjambre de palomas y la niebla tapaban la acción y el blanco. Pero de repente vio una paloma posada a su lado, que lo miró y voló. En solo minutos sucedió lo increíble. Las palomas dejaron de atacar al gigante loco y el sitio se despejó de nieblas. Justo entonces observó por la mira al energúmeno levantando la extraña espada que emitía destellos para clavarla en Ludovico, y disparó. Temió fallar, no existía ninguna probabilidad de acertar porque estaba demasiado lejos y era un día ventoso, pero el proyectil trazó una perfecta trayectoria perforando el viento y dio en el blanco.

Robin García se preguntó quién era realmente el profesor Prevost. Desarmó el fusil para guardarlo en un estuche que introdujo en su mochila y partió. Salió del castillo por el camino de los turistas. Por las piquetas, ganchos y rollos de cuerda que colgaban de su ropa y mochila, cualquiera lo hubiera confundido con un escalador de montañas. Estaba feliz porque llegaría a tiempo a la cita con su linda sevillana.

El fotógrafo Pascal desde las almenas tomó la última foto con una Kodak barata cuando el americano abandonaba el castillo con apremio. Al fin sabía quién era. ¡Ja! Quien fingía dedicarse al alpinismo no era más que un pistolero, un chacal, quizás un mafioso que mataba por dinero. Lo había visto batir al gigante, pero… ¿Por qué había salvado la vida del profesor? De repente vio al falso alpinista americano darse vuelta. Le dirigía saludos. Pascal tímidamente lo saludó y echó a correr.

Capítulo 87
¿Qué pasará con el vórtice del círculo?

Robin García había entrado atropellado a su departamento, quitándose las botas y arrojando la mochila, con el apuro propio de quien no quiere llegar tarde a la cita de enamorados y debe primero cambiar de imagen, cuando timbró su móvil. Creyó que era su novia, pero qué fastidió, era la voz mandona aunque agotada del jefe Welles.

—Ha llegado el momento, procede.

"Mierda, sigue el desmadre" —pensó Robin—. Recordó las últimas instrucciones de Welles, recibidas días atrás; había descifrado una corta reseña críptica con órdenes terminantes que no tomó en serio.

—Ya procedí, jefe. ¿Leyó mi último informe?

—No entiendo, seguimos en contacto.

Welles cortó la comunicación y Robin se alegró. "Mejor no entiendas". Tras ducharse, se puso un nuevo traje deportivo sin corbata, dijo guau al mirarse al espejo, llamó a su novia y le dijo que ya estaba listo para ir por ella.

Welles no comprendía qué rayos pasaba. Llamó a Jason y le preguntó si sabía de algún informe reciente del agente 29.

—He estado tratando de que lo vea, jefe, ya nadie me hace caso.

—Nuestra prioridad es A29, no lo olvide.

No demoró Jason en aparecer con el informe. Welles se apresuró a leerlo mientras Jason se entretenía ensamblando un cubo de Rubik.

—Coño, ¿qué es esto? —exclamó Welles, con expresión de no entender.

Jason se encogió de hombros. No sabía qué idiotez contestar.

—El agente 29 se enamoró, jefe. Dice que renuncia por amor. No quiere saber de nosotros. Está claro en ese informe.

—¿Se volvió loco o qué? —Welles releyó el informe de diez páginas y rugió—. ¿Cómo se atreve ese granuja? Dice que D lo mandó a congelar las actividades, que todo ha sido un *bluff*. ¿Por qué dice esta sarta de idioteces? Necesito aclaraciones.

—Déjeme explicarle. D es Donovan. Ha tomado el control de todo. El rumor que escuché es que Cornatel fue una tomadura de pelo, un ensayo, algo por el estilo. Usted sabe que nos borraron toda la data sobre la operación, Cornatel ya no existe. A29 nos pide que no

revolquemos la mierda, Cornatel es una ruina sin importancia, sin fantasmas, sin tesoros, como cualquier otro castillo de la vieja España, nada que ver con el señor de los anillos.

—Conque esas tenemos —dijo Welles y salió echando chispas de la oficina. Jason hizo un gesto de pesar y arrojó el informe al cesto de basura.

—Cornatel es intocable, jefe, ¿por qué no se acaba de dar cuenta?

Desde la vidriera del Café Latino, el obelisco de Washington se distinguía perfectamente a lo lejos; la tarde era fría y transparente. Welles saboreando un té negro muy caliente miraba la caja de habanos que le obsequiaría a su viejo amigo Rubens. Este llegó tarde y se dieron un apretón de manos. Como de costumbre hablaron de las locuras que hicieron en Bahía de Cochinos, Viet Nam, Angola y Centroamérica, y manosearon el tema del desafío chino. Criticaron a presidentes y plutócratas. Mientras la nación americana se iba a la quiebra, los mercachifles comunistas chinos copaban la era postcapitalista global, la nueva Roma sería amarilla. ¿Qué pasaría cuando los occidentales tuvieran que bajar la cabeza ante el vulgar chantaje de los superpoderosos mandarines del siglo XXI? Abordaron muchos temas, pero a Welles le interesaba especialmente uno.

—Se han burlado de mí, Paul. Cornatel ha perdido importancia. ¿Es una pifia como dicen o qué carajo es?

Rubens se extrañó que Welles hiciera preguntas sin comedimiento en la mesa de un café. De todos modos no tenía mucho que explicar. Con masones las cosas fácilmente se aclaraban sin ambages ni sentimentalismos, yendo al grano.

—Cornatel no ha perdido importancia, amigo. El asunto es tan importante que harán las cosas a su manera sin contar con nosotros. Por ahora es un caso pospuesto. Los interesados han pedido una pausa.

—¿De qué hablas? No me gusta ser un pelele de caprichos y vesanias de políticos.

—No son caprichos, estimado, son conveniencias masónicas, no lo olvides.

A Welles lo molestaba oír hablar de masones con tales mañas, manipuladores de secretos, capaces de jugarle malas pasadas a los que vivían afirmados al idealismo de perfeccionar la sociedad como él. No soportaba a Paul con sus ironías.

—¿Y quiénes son esos interesados en suspender nuestro trabajo?

—Ellos, los que comenzaron este embrollo. El Vaticano ha pedido una pausa. Ya sabes que estas pausas a veces duran siglos. El Papa no quiere oír hablar del asunto.

—¿Y nuestro gobierno? ¿Por qué mantienen activo a Donovan?

—Te enteras de todo, Welles —Paul sonrió con avenencia—. También los días de Donovan están contados, pronto lo mandarán a alguna otra aventurilla, esto es así, hicieron lo mismo con nosotros. Nuestro gobierno, por supuesto, le tiene respeto al Papa, dejará este caso en stand by hasta que otro santo padre crea que la cristiandad corre peligro y pague billones por los servicios prestados.

—Sabes, Paul, estoy harto del juego de las conspiraciones, me voy a jubilar —dijo Welles, relajándose.

—Yo haré lo mismo. Esperemos el fin de la historia pasándola de maravillas en Las Vegas, Miami o Hawai. Está de moda Singapur.

Welles se ensimismó un poco y sorbió su té.

—A propósito, Paul. Me dices, ¿qué pasará con el vórtice del círculo?

El amigo se llevó lentamente la taza de té a los labios. Luego dirigió la mirada al obelisco y dijo:

—*Vae victis*, Welles, ay de los vencidos, solo veo nieblas, el canto del cisne.

Welles un poco en el limbo, sonrió.

—Te admiro, Paul, eres un tipo listo. Deberías ser masón.

Rieron, discutieron, probaron los habanos. Hablaron de los nuevos tiempos; hasta los masones estaban cambiando metiéndose a politiqueros y papistas. La mediocridad se imponía sobre el idealismo. Rieron a carcajadas comentando lo conveniente de empezar a aprender chino, por si acaso. Les hizo exclamar una atractiva chica de piernas cruzadas y enorme busto de silicona sentada en la mesa contigua. Brindaron por la viagra, “la verdadera resurrección de los vencidos”, y pidieron whisky escocés.

Capítulo 88
Cuán sencillo y extraño es cruzar la barrera prohibida

Una de las numerosas oquedades del risco sirvió a Ludovico para enterrar el cuerpo de Marcus, luego de robarlo de una morgue. Oró junto a la sepultura, pintó cruces en las paredes donde dejó escrita una divisa templaria, luego cerró con piedras la boca de la gruta y se marchó. Siglos atrás lo hebreos hacían lo mismo con sus muertos. Era la manera, como Marcus le contara, que debían ser sepultados los templarios de la hermandad, después de marcarles la frente con un 9 sagrado.

En cambio, trasladó a Simón a la boscosa garganta del barranco arrojándolo a un hoyo, lo tapó con tierra y piedras, sin colocarle cruz. Rompió la espada eléctrica y tiró los pedazos a la maleza.

Días después regresó al castillo, recorrió el laberinto hasta encontrar la espada real de Marcus clavada en el umbral del inmenso panteón de las reliquias. Encendió las antorchas y se dirigió a la tumba de su madre, donde depositó una rosa blanca. “Madre, aquí tienes a tu hijo, dame tu luz para ver el camino”, murmuró, pasando la mano suavemente sobre la cubierta marmórea del osario.

Besó la tumba y caminó hasta el centro de la bóveda, deteniéndose ante la losa del relicario sagrado. Por solo pensar lo que haría se estremeció: leería el diario de José de Arimatea; sería la única persona en conocer el secreto más extraordinario de la historia.

Los acartonados pliegos del pergamino desprendían polvillo cuando los tocó. Acomodó el farol, se sentó en el piso, cruzando las piernas y puso el sacrosanto manuscrito frente a sus ojos. “Cuán sencillo y extraño es cruzar la barrera prohibida”, pensó Ludovico. Si alguna vez tuvo temor de tomar una decisión equivocada, fue ese el momento. Se preguntó cómo había obrado su padre cuando le tocó hacer lo mismo, habría sido racional o habría sido místico al asomarse a lo desconocido; al menos conocía el arameo arcaico y podía leer al santo José, pero no era su caso. Chasqueó la lengua, tendría que conformarse con escudriñar. Katherina se ocuparía de la lectura paleográfica más tarde.

Sin pensarlo más, hojeó con emoción el diario, eran solamente siete pliegos. Tal como temió, una escritura breve, de caracteres hermosos pero impenetrables cerraba las puertas al pasado. Con su elemental conocimiento del arameo solo pudo deducir palabras

sueltas: “Jesús…rabino”, “hijo de David”, “…verdadero Rey de los judíos”, “barrabás”, “nadie creía”, “gólgota”, “la cena oculta…en mi casa”, “Caifás”, “Pilato”, “Judas”, “sepulcro”, “era maría magdalena la fiel sombra”, “Nicodemo abrió la piedra”, “santa madre del hijo”, reconoció el nombre de los doce apóstoles y tradujo otros nombres de personas y de lugares no mencionados en ningún evangelio. El texto finalizaba con una cruz y un signo que parecía un 9. “¡El nueve templario! ¡Qué otra cosa podría ser!”, exclamó impresionado.

Era de noche cuando Ludovico salió de las entrañas sagradas del castillo a las nieblas del exterior. Lo frustró no poder llamar a Katherina, a causa del móvil sin carga. Le pasó inadvertido el revuelo de palomas en las murallas, por la prisa en regresar al pueblo. Los dos hombres con antifaz que vigilaban en un ángulo de la torre, utilizando un sofisticado visualizador láser infrarrojo acoplado a sus rifles, lo vieron correr a campo traviesa con un morral a cuestas y preguntaron qué hacer por un transmisor. “Hagan bien el trabajo”, respondió una fría voz a miles de kilómetros y la orden fue retransmitida a veinte hombres encapuchados que se desmontaron de camionetas e ingresaron al castillo cargando bultos. La operación “Rescate de Dios” había comenzado.

Capítulo 89
Los cerdos mandan

Tal vez su amigo Paul se había equivocado, pensó Welles, después de escuchar otra asombrosa confidencia de Jason. Donovan no sería descalabrado, ni reasignado a una misión secundaria, sino todo lo contrario. Era un aupado. Estaba involucrado de lleno en la telaraña de una conspiración, de hecho iba a servir como una de las palancas de los planes más secretos del contraterrorismo global.

—Donovan prepara otro golpe en Cornatel, jefe, le ordenaron acabar con ese problema —dijo Jason, bajando la voz.

—Conspiraciones van y vienen. ¿De veras te lo crees?

—Es la ley natural de la política, estamos a merced de los cerdos.

Welles asintió, sonriendo. No expresó su pensamiento: "Tiene razón, los cerdos mandan", sino que esperó a que Jason siguiera desembuchando, lo intrigó notarlo más nervioso que nunca.

—Bien, estamos a merced de los cerdos, pero ¿quiénes son los cerdos? Espero no te refieras a judíos, masones y corporativos.

—Usted debe saber más del tema, jefe. Sería simplista decirle que son las sombras tras el poder.

—Usted sabe más de la cuenta, genio. Dígame de una vez qué pasa.

Jason sonrió malicioso.

—¿Se acuerda de aquel día que robaron la data de mi ordenador y se burlaron de mí? No perdoné al maldito pirata que lo hizo. Devolví el golpe, con ayuda del Topo.

—¿El topo? Debe ser uno de tus amigotes que se cuelan en las cuentas de los bancos.

—No hace cosas tan fáciles como esa —dijo Jason, sonando serio—. Le estoy hablando de un genio que puede pasearse por la red antivirus del Pentágono sin ser visto, el horror del DARPA(6) , la pesadilla de Microsoft.

A Welles cierta idea le produjo satisfacción, sonrió de buenas.

—¿El topo pateó el trasero de Donovan o algo así? ¿Qué hicieron, Jason?

—Rastreamos al ladrón, rescatamos los documentos y de paso le dejamos un shit detector(7) en el sistema —Jason sonrió como si estuviera contando una proeza.

—¿Qué es eso? Usted es un mal hablado, amigo.

—Un shit detector es un programa espía inventado por el Topo. Un tipo de virus troyano mimético, un fantasma polizón indetectable, coleccionista de chismes cibernéticos. No destruye ni altera nada, solo comunica lo que pasa en la red. Nos mandó el expediente de Cornatel, el currículum vítae de Donovan y hasta las claves, je,je.

Jason calló de pronto. Por mucha confianza que le tuviera al jefe, estimó que no debía hablar más de la cuenta. Welles preguntó anonadado.

—¿Cuáles claves? ¿Dónde se metieron ustedes? Hable, estoy de vuestro lado.

—Ok. Mándeme si quiere al infierno, pero violé la ley. Nos dimos un paseíto por las autopistas digitales del Pentágono, navegamos en el mismo culo de Donovan, su computador, ipad y iphone y desciframos las claves de la operación preparada por nuestro gobierno y el Vaticano con apoyo de socios italianos y españoles para convertir a Cornatel en polvo y olvido —Jason metió la mano en su bolsillo y colocó una diminuta memoria USB sobre el escritorio de Welles—. Ahí tiene las pruebas.

—Carajo, espero no sea ciencia ficción —dijo un tieso Welles, a quien se le salían los ojos.

—Vea las pruebas, jefe. Para bien de la humanidad y gracias a la tecnología no les irá tan bien a los conspiradores en el futuro, habrá detectores de mierda en todas partes. La verdad nos hará libre, creo lo dijo Dios.

Jason no se despidió. Salió disparado de la oficina adonde nunca más regresaría.

(6) Acrónimo de *Defense Advanced Research Projects Agency* (Agencia de Proyectos de investigación avanzada de defensa), el corazón tecnológico del Departamento de Defensa de EE.UU. Se le atribuyen los desarrollos militares más sofisticados, como el Internet (originalmente Arpanet), el GPS, satélites, sistemas no tripulados, sistemas de radares, armas robotizadas, etc.

(7) En español: *Detector de porquería.* La frase fue utilizada literariamente por Ernest Hemingway.

Capítulo 90
Un inmenso zureo

Ludovico escribía en el portátil cuando llegaron las palomas. Fueron aleteos en la ventana. Al mirar al exterior, se sorprendió de ver tantas sobrevolando el pueblo a medianoche. Una voló a su hombro, con ansiosos arrullos. Sin dudas estaban asustadas por algo.

Regresó al ordenador y envió otro mensaje a Katherina: "Las palomas me han venido a buscar, tengo un mal presagio, iré a ver qué otro misterio me aguarda en Cornatel, cuando regrese me conecto, todavía quedan cosas fabulosas que contarte".

"También tengo algo maravilloso que contarte", replicó el e-mail de Katherina minutos después, pero Ludovico no lo leyó, ya se disponía a manejar hacia el castillo.

En Cornatel, las patrullas de vigilancia que recorrían las murallas no hacían más que comentar anonadados acerca del curioso espectáculo encima de sus cabezas: millares de palomas blancas volaban entrecruzándose en círculo entre la niebla.

Ludovico conduciendo con prudencia se salió de la carretera, tomando un camino vecinal entre lomitas que lo escondían de un posible avistamiento. Le llevó más de una hora escalar a oscuras el difícil farallón por donde nadie hubiera creído que existía una cavidad de acceso al castillo. Avanzó por un angosto pasadizo bajo la muralla unos diez metros, ya podía escuchar voces y ver relumbrones de linterna. Unos pasos adelante encontró la rajadura en la pared que le permitió ver a los invasores. Hombres armados vestidos con capuchas y ropa de camuflaje desempacaban cajas, algunos manipulaban raros aparatos, otros entraban y salían de los antiguos cuarteles. Decidió adentrarse en un ramal del pasadizo cuando escuchó pasos que se dirigían adonde estaba. "¿Cómo lo han hecho?, han entrado a la zona vedada", pensó turbado y se metió por un túnel de escape.

Dejó el área subterránea por una salida que no conocía, al final de una callejuela empedrada, bajo un derrumbe. Divisó la torre del homenaje bastante cerca y escuchó claramente charlas en inglés, italiano y español. Supuso que serían mercenarios, se quejaban de las malditas palomas. Acercándose un poco más, quedó atónito al ver lo que hacían: ensamblaban pequeñas cajuelas con explosivo.

"¡Desgraciados hijos de puta¡".

Trepó a un tejado para avizorar mejor la situación, se veían zapadores y patrullas en todas partes. Ya no tuvo dudas: los nuevos

invasores no venían por el legado, sino para ejecutar un vandalismo aberrante, volar el castillo, convertir la historia en escombros. “El monstruo tiene formas inauditas”, pensó. Miró a lo alto, decidido a cumplir las órdenes de Marcus: “Jamás podemos tolerar que la barbarie triunfe sobre la santidad, este lugar no puede ser hollado”. A pesar de la niebla, pasaban las bandadas de palomas blancas y Ludovico alzó los brazos hacia ellas como Marcus le dijera que debía proceder. Pero no sucedió ningún milagro. Por un momento pensó que no existían armas místicas más poderosas que la rampante, atroz y profana realidad. Allí estaba de nuevo la pesadilla con sus garras inmisericordes. La historia tenía su propia ley, Dios a su pesar, el *imperium* templario había llegado a su fin.

Pero de súbito algo zumbó aturdiéndolo. Un inmenso zureo. De las nieblas bajaron los blancos proyectiles alados. Millares de palomas revolotearon sobre muros y techos, volaron al interior de los túneles, realizaron vuelos rasantes, surgieron de las ruinas, fueron inundando pisos, rampas y troneras, rompieron las baterías de luz, dejando el castillo a oscuras y a continuación, como si estuviesen obedeciendo alguna orden, se lanzaron en masa compacta sobre los desconcertados encapuchados.

La noche de espesa neblina se llenó de gritos, estrépitos, disparos y maldiciones. Seguía aumentando el ensordecedor gorjeo. Los invasores, con sus capuchas y chalecos desgarrados por los picotazos, comenzaron la retirada disparando sus armas a ciegas, convencidos de que la misteriosa nube armada de picos y uñas terminaría horadando sus cabezas y sacándole los ojos. Muchas aves caían acribilladas, pero las arremetidas aéreas eran más nutridas y feroces. También sufrían un abrumador ataque de pedradas.

—No podemos hacer nada, esto es de verdad muy raro, un infierno —explicó el coronel, comandante de la operación, a una voz enfurecida que le ordenaba resistir y activar el explosivo cuanto antes.

La comunicación se interrumpió bruscamente. El coronel había sentido que sus botas se adherían a una ventosa de lodo. Algo lo halaba agresivamente y un tirón invisible le arrebató el teléfono. Distinguió el manto de hiedra oscura que se expandía por el piso como una gelatina viva y voraz y le disparó repetidas veces, logró despegar las botas y corrió. Ordenó a sus hombres salir del castillo, era una trampa. Huyeron despavoridos. Oleadas de palomas persiguieron las camionetas por varios kilómetros, luego ascendieron a las nubes.

Dos bajas habían quedado en la retirada. Una de las piedras arrojadas por Ludovico había alcanzado fatalmente la sien de uno de los invasores. No llevaba nada que lo identificara, pero la otra baja, un español con una pierna partida y la cabeza descarnada por los picazos, aclaró que su compañero muerto era un americano.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Quién mandó a destruir este castillo? Es un monumento histórico, ¿no sabéis que la ley castiga el vandalismo? —le dijo Ludovico, mientras terminaba de atarle manos y piernas. Decenas de palomas blancas arrullaban alrededor.

—No contestaré ninguna pregunta. Soy un soldado, señor. No sé nada, solo cumplo órdenes. Podéis matarme —respondió tajante el español.

—No soy un matón como ustedes, forastero, ellas se encargan, están cabreadas, odian a los intrusos —Ludovico señaló con el dedo a las palomas.

El español no quitaba sus asustados ojos de ellas.

—¿Y usted quién es, señor? Nos aseguraron que no habría nadie por aquí.

Ludovico lo miró ceñudo.

—Soy el velador de este castillo —dijo y cargó el cuerpo del español al hombro. Se asombró de poder hacerlo sin el menor esfuerzo. El hombre protestaba adolorido.

—¿Dónde me lleváis?

Ludovico no respondió. Trasladó el cuerpo hasta la muralla oriental del castillo, donde el español vio a donde lo iban a tirar, la hondura oscura de un risco.

—¿Es usted creyente? —preguntó Ludovico, secamente.

—Claro que lo soy —le tembló la voz. Las almenas estaban llenas de palomas posadas.

—Pues encomiéndese a dios, le doy un minuto. Allá abajo lo esperan, y desde luego, también lo esperan en el infierno.

—Espere, prefiero me dispare a la cabeza. No me arroje ahí.

El hombre chilló por el dolor en la pierna rota. Ludovico resopló molesto.

—Le doy un minuto, forastero.

—Podéis matarme, maldito loco, pero acabarán con usted. Mañana volverán. Os romperán el trasero. No sabe con quién se mete —espetó el español, enardecido

Los ojos de Ludovico relampaguearon. Habló con desenfado:

—Ah, piensan volver. ¿Me dice a quién debo temer?

Descargó al soldado de su hombro, sentándolo contra un parapeto.

—Este castillo es un nido de terroristas, velador, lo siento, la orden es demolerlo. Lo harán de todos modos, con dinamita o con misiles. Mañana volverán, se lo aseguro, volverán mil veces hasta explotar todo esto. Usted piérdase de aquí, no desafíe al gobierno.

—¿El gobierno? La razón de estado. Comprendo, molestan las palomas.

Ludovico lo alzó de nuevo al hombro. El hombre volvió a

chillar.

—No me mate, señor, por amor de Dios.

—Mejor te callas, soldado, no te quiero ver por aquí.

Salió del castillo con el hombre a cuestas y lo acomodó en su auto, tras vendarle como pudo la pierna rota. Manejó como un bólido hasta una gasolinera de las afueras del pueblo, donde el español pidió quedarse. Este fue cojeando hasta un teléfono público, se comunicó, dio una contraseña y las coordenadas del lugar. Se despidió de Ludovico con tono de simpatía: “Cuídese, velador, le juro no me verá jamás por su castillo”.

—Eso espero, soldado, vaya con dios.

“¿Quién carajo es este tipo?”, se dijo el español mirando el auto alejarse.

Horas después fue recogido por una camioneta negra. Posteriormente, un malhumorado general perdió la paciencia interrogándolo: “Déjese de bobadas: ¿cómo pudo escapar del enemigo, oficial Luque? ¿Quién lo llevó adonde fue rescatado?”. El soldado —en realidad un oficial estrella de una célula de acción rápida antiterrorista de la OTAN—, contó una y otra vez la historia que nadie creía: “Fue un milagro, general, las palomas me perdonaron, fue una especie de sueño, es la verdad, por muy raro que parezca”.

Capítulo 91
Sin nieblas

De vuelta al castillo, Ludovico se sentó sobre la protuberancia rocosa que emergía en el patio de armas, sin poder quitarse del pensamiento las palabras del militar español. “Mañana volverán, se lo aseguro, volverán mil veces hasta explotar todo esto”.

“Padre, ¿y ahora qué debo hacer?”

Se extendió boca arriba en la roca, mirando la bóveda celeste y descubrió los puntitos brillantes de infinitas estrellas en un cielo transparente, sin nieblas.

—¡Sin nieblas! ¿Dónde estoy ahora? —murmuró, creyendo que soñaba.

Se puso en pie, fascinado. Había desaparecido la niebla como por arte de magia. Podía ver el cielo estrellado. Miró los claros contornos en derredor, los muros almenados, las palomas posadas en los aleros, la torre, las formas lejanas de las sierras, las nubes, los bosques, los abismos, el oscuro confín del territorio. Era todo como siempre fue, como en los sueños, como en los dulces encuentros con su niñez.

“Padre, ilumíname, ¿qué debo hacer?”

Ludovico sabía que el soldado tenía razón. Volverían mil veces, ya no sería como antes. Se preguntó qué razones podían tornar menos interesante un misterio, si acaso podía llamársele así al legado. Primero se mataban por obtenerlo, ahora matarían por desintegrarlo. Las sectas, delirantes de grandeza, habían visto a Cornatel como el arcano del Santo Grial o el templo de las siete columnas, necesitaban apropiarse de dios para que nos les fallase la utopía y la venganza. En cambio, otros menos románticos se dejaban llevar por tentaciones destructivas. La razón de estado no necesitaba de dios, prefería las tumbas silentes, los sepulcros blanqueados, la muerte de la historia. La voladura de Cornatel era, a la postre, una manera muy simple de arrancarle una página embarazosa a la historia.

El teólogo Monet, precisamente, había sido asesinado por intentar contradecir los oráculos. Ludovico recordó aquella extraña carta que el religioso escribiera a la opinión pública por la cual lo juzgaron de mal nacido esquizofrénico: “El Vaticano mataría a Cristo mil veces si fuera necesario por tal de no cambiar la historia”. El Vaticano, los gobiernos, los poderes detrás de los tronos, todo era la misma cosa. Su padre, los templarios, Marcus, todos habían sido

valerosos servidores de la verdad, pero se habían cuidado de no divulgarla. ¿Por qué? ¿A qué le temían? La respuesta la repetía Marcus como un loro: “Nuestra misión es cuidar el legado, no enderezar las ramas torcidas, eso déjaselo a Dios”. Cornatel estaba en peligro, más que nunca, y temió no poder evitar la catástrofe. El soldado tenía razón. Volverían, buscarían la manera de exterminar a las palomas, a todo lo que estorbase, tirarían un bombazo, habría un pandemónium. Y se acabó el problema.

—Padre, guíame. ¿Qué puedo hacer? Ya no hay nieblas.

Se repetía la pregunta y le surgían mil pensamientos. Hasta que fue modelando una idea, tan atrevida como la de Monet y tan preventiva como la prescripta por Marcus. Al fin tenía un ardid para salvar a Cornatel y espantar a los demonios. Sacó del morral el portátil y se conectó a internet. Escribió un texto corto e incisivo: “Desde un lugar de España llamado Castillo de Cornatel…”, invocó y convocó a todo aquello que podía retumbar como un tambor en la conciencia del mundo: la civilización, la religión, la democracia, el ambientalismo, la soberanía, los derechos civiles, la salud pública, los medios de comunicación y las leyes de la UNESCO protectoras de la herencia histórica. Alertó de la componenda en marcha, el monstruoso plan encubierto, urdido por varios gobiernos confabulados, para convertir a Cornatel en un campo de ensayos de armas macabras de destrucción masiva del tipo contaminante. Culpó al Vaticano de ser copartícipe de las fantasías militaristas de la CIA y a los servicios secretos de la OTAN de irrespetar la privacidad ciudadana y de ultrajar el suelo español, había pruebas suficientes de ello, “España y el mundo están en peligro”. Adjuntó el texto, suscrito en inglés, español y francés al e-mail de numerosos destinatarios: periódicos internacionales, celebridades, líderes políticos, universidades, ecologistas, canales de televisión y emisoras radiales, páginas personales y sociales de Internet, Wikileaks, Anonymous, buzones de instituciones internacionales, direcciones digitales de sacerdotes y reverendos, de masones y ateos, de alumnos, colegas y amigos y regó copias entre sus seguidores del blog, pidiendo auxilio. Sonrió y envió la denuncia a la red: el angustioso SOS digital de alguien que sufría y pedía ayuda ante la inminencia de otra pesadilla peor que Chernóbil.

Guardó el portátil y se dirigió al laberinto, llegó a la cámara sagrada, besó las losas y penetró a la cripta de los explosivos. Recordó perfectamente la clave que le hiciera memorizar Marcus, activó el mecanismo detonador de reloj y volvió al gran panteón donde se arrodilló, pidió perdón a lo que fuera Dios y a los difuntos templarios por si estaba obrando mal, besó la tumba de su madre y corrió.

Era temprano en la mañana cuando ocurrió la sacudida. Fue un

temblor ligero y fugaz que alarmó a los habitantes del pueblo. La gente salió de las casas, creyendo que se trataba de un terremoto. Pero realmente no vieron nada que los atemorizara. Sin embargo, sí quedaron asombrados de una novedad del paisaje. En la lejanía, en la cúspide del cerro, el castillo de Cornatel podía ser visto, majestuoso, sin nieblas. Y enseguida la gente habló de milagros, buenas señales y bienaventuranza.

Era un acontecimiento feliz. La gente gritaba: "¡No hay nieblas en Cornatel!"

Robin García, desde una ventana, miró en dirección al castillo y le agradó ver la misteriosa mole a la vista. La ruina parecía intacta, pero estaba seguro que la explosión que había originado una onda expansiva subterránea tambaleando las casas del pueblo procedía del castillo. Besó a la novia desnuda, que aún dormía, y alquiló un taxi para trasladarse al castillo.

Pascal, el fotógrafo, estaba roncando en el suelo de una gruta cercana al castillo, cuando el temblor de tierra le despertó. Tomó la camarita, corrió afuera, pero no vio nada anormal, solo palomas volando por encima del castillo sin nieblas. "Sin nieblas, no puede ser. Algo grande pasa", se dijo. Impactado tomó fotos para perpetuar el milagro. Más tarde vio al americano escalador de montañas que se apeaba de un taxi y pasaba al interior de la fortaleza. Lo fotografió cuando al llegar al montículo del patio se echó al hombro algo que no era suyo, el morral del profesor Prevost.

A pocos kilómetros de distancia, varias camionetas que se dirigían al castillo, repletas de hombres armados hasta los dientes y entrenados en demolición bélica, frenaron de pronto. Sin ninguna explicación, los comandantes recibieron la orden de abortar la operación y retornar con urgencia a sus bases. Asimismo, debían evitar llamar la atención.

A mucha más distancia, en una oficina del Vaticano, Solanos no podía creer lo que estaba anunciando la radio italiana. Un conocido comentarista hablaba pestes de la clase pontificia, más interesada en darse la gran vida y fomentar conspiraciones que en el apostolado y la sanidad cristiana. Los principales periódicos y televisoras del mundo encadenaron la noticia: "Tragedia en Cornatel… millares de palomas masacradas… desastre ecológico sin parangón en la historia… depredación y saqueo, terrorismo de estado… abominación…"

"¡*Vergogna, vergogna*!", decía el comentarista, exaltado.

Graves acusaciones mediáticas vinculaban a los servicios secretos de Estados Unidos, España, Italia y la Santa Sede, con hechos de sangre, operaciones encubiertas ilegales, violaciones de leyes y agresiones a la ecología de un tranquilo sitio ibérico nombrado Cornatel, donde existía un castillo muy frecuentado por turistas, ahora

desmoronado a causa de las pruebas militares secretas realizadas en el lugar, donde podían observarse toneladas de aves muertas víctimas de la contaminación devastadora. Se habló de gases malsanos, sustancias tóxicas y de experimentos bacteriológicos. Resurgieron las fotos de pájaros quemados y de un cadáver colgado de una estatua. ¿Por qué el gobierno español mantenía silencio sobre tan graves incidentes y crímenes de lesa humanidad?

"Por Dios, qué perfidia, quieren decapitar a la iglesia", murmuró Solanos y salió a encontrarse con el santo padre.

Millones de internautas navegaron en la red globalizando el "Misterio de Cornatel". Twitter y Facebook abanderaron las denuncias de millones de ciudadanos del mundo amantes de la paz verde y los monumentos históricos. Se pidió llevar a gobiernos, espías, vándalos y curas, incluyendo al Papa, al banquillo de los acusados. Un extraño artículo de un hacker anónimo se coló en todos los ordenadores tan pronto se encendían: "El Vaticano intenta matar a Dios en Cornatel". Otro hacker anónimo circuló la foto de un tal "*Terminator* Donovan", descrito como "cabrón de la CIA, destructor de castillos y exterminador de palomas". Archivos desempolvados con misterios, muertes, leyendas, desapariciones, ritos diabólicos, duelos, asesinatos en serie, operaciones militares secretas, apariciones de fantasmas templarios y batallas de sectas antiguas pasaron del olvido a las primeras planas de los noticieros internacionales. Hasta circuló material clasificado de la CIA y la NSA. Una asociación de historiadores aliada a movimientos ecologistas, de derechos humanos y partidos opositores reclamó una indemnización de billones de euros por "daños y perjuicios".

Cientos de turistas comenzaron a visitar el lugar, donde ya no había nieblas.

Capítulo 92
Jaque mate al rey

Welles, acomodado en su escritorio, leyó el New York Times, luego El País, el Corriere de la Sera, miró los titulares de otros diarios y sonrió satisfecho. La noticia sobre Cornatel, convertida en la comidilla de los cazadores de rating, le parecía una burbuja prefabricada con propósitos de diversión propagandística. ¡Oh, diversión no era el término preciso! No pretendía subestimar la genialidad de quien merecía un Pulitzer, un Oscar, un Nobel por semejante *bluff*. Se esforzó por encontrar una palabra más sofisticada: "Una burbuja maquiavélica". Tampoco le ajustó. En la proclama anónima había disuasión, chantaje, doble lectura, efecto wikileaks, divertimento político, estrategia, trampa, sarcasmo, conspiración, mejor dicho, anti-conspiración. Un jaque mate al rey en el campo de batalla más invisible del mundo.

¡Eureka! El genio había inventado un tsunami digital con propósitos de joder una conspiración en marcha, algo genial, divertido, castigador. Miró la foto del flemático Donovan, con el bien ganado apodo de "Exterminador", insertada en los diarios y manoseada hasta el asco por la televisión, y dijo: "Te jodieron, colega, metiste la pata".

Tomó el celular y llamó por tercera vez a Jason. Esta vez salió su juvenil voz.

—¿Cómo te va, mi querido genio? —lo saludó Welles con su acostumbrado tono paternalista.

—Pues de fiesta, jefe, aquí en Miami. La *dolce vita*, tengo una novia latina amorosa y antifeminista.

—Claro Jason, mereces una gran mujer a tu lado. ¿Ya leíste los periódicos?

—Está de bromas, jefe. Nunca los leo, no me gustan las mentiras.

Welles lo escuchó soltar una carcajada y sonrió.

—Bien dicho, muchacho. Te he llamado solo para decirte que te extrañamos por la oficina, personalmente creo eres el tipo más genial que existe. Te mandé un cheque de aguinaldo meritorio, disfruta la vida.

Welles cortó la comunicación y siguió leyendo el diario. Jason, desde donde estaba, veía a su novia con los senos al aire probándose ropas porque iban a salir de parranda. Volvió a echar un vistazo a un

periódico y sonrió. Llamó al Topo y le dijo riendo: “Jodiste a todos, cabrón, te quiero” y apagó el celular.

Dejó al Topo con las palabras en la boca. “Hum, ¿a quién jodí esta vez?”, murmuró mientras, sentado ante un viejo ordenador, volvía a intentar que funcionara su última innovación: plantar virus travestidos hiper mutantes en los satélites americanos, con mensajes dirigidos a los extraterrestres, a Satanás y a Dios.

Capítulo 93
Siempre dejando misterios por donde pasa

— ¿Dónde estará el profesor? ¿Se lo llevaría la niebla?

No debía estar muy lejos, pensó el agente Robin García, porque había dejado su inconfundible morral verde deshilachado, marcado con el logo de Greenpeace, sobre una banqueta de la muralla próxima al patio. Recorrió el castillo metiendo los ojos en cuanto recoveco encontró. Extraño. Muros y techos no tenían los agrietamientos y rajaduras producidos por un sismo o explosión. Examinando los empedrados del piso, sí notó áreas con lajas y baldosas descuadradas y rotas, suelos cuarteados, deduciendo que la implosión habría ocurrido bajo sus botas montañesas.

Decidió por tanto que tendría que meterse en los sofocantes túneles del subsuelo del castillo que siempre terminaban en estrecheces inaccesibles y paredes selladas. Al remover la laja que cubría uno de los accesos, donde un derrumbe de piedras y tierra bloqueaba el paso, y luego al encontrar una situación similar en otras bocas de túneles, se dio cuenta de lo difícil que sería salvar a alguien que hubiera quedado atrapado en una hecatombe bajo tierra. Si el desafortunado era el profesor Prevost, lo lamentaría de corazón. Al menos que fuera espeleólogo o buscador de tesoros —faceta que no aparecía en su perfil—, ¿qué cosa podía atraerlo de los jodidos subterráneos?

—Siempre dejando misterios por donde pasa, el amigo Prevost.

Robin no se dio por vencido. Regresó al patio de armas donde ya se paseaban algunos turistas tomando fotografías, incluyendo el metiche Pascal. Era un hermoso día de cielo azul, con pocas nubes.

Robin se encaminó al sector oeste del castillo, el punto más espectacular de la muralla erigida en el filo de un impresionante farallón. Recordó que por ese lado, mucho más abajo, había salvado la vida de una solitaria americana aventurera, la bella compinche de Prevost. El sitio perfecto para practicar alpinismo, un talud áspero, con deslave, de declive en extremo vertical, un abismo habitado por buitres, búhos, murciélagos y palomas, agujereado por bocas de cuevas.

Pascal vio que el extravagante escalador de montañas se lanzaba al abismo y corrió a fotografiarlo. Le dio vértigo mirar el precipicio, esta vez no podría seguirlo.

La explosión había ocurrido antes de tiempo. Ludovico corría por la galería rumbo a la gruta de los ritos cuando sintió el estruendo, luego lo derribó la colosal vibración que derrumbó techos y paredes. Lo último que vio fue la entrada de la gruta, aún un poco distante, algo le cayó encima y se apagó todo.

Al abrir los ojos, sintió un dolor que se agudizó al intentar moverse. Un pesado bloque de roca aplastaba su pierna derecha. También le sangraba la cabeza y le dolía un brazo. La oscuridad no era absoluta porque por una oquedad del techo se filtraba un fino rayo de luz. Pero la penumbra consistía en un amasijo de enormes rocas desplomadas y angostos pasajes. Ludovico pensó cuán difícil sería salir del mortal enterramiento que él mismo había provocado.

Recordó las palabras de Marcus, como si hubiera quedado atrapado en ellas: "La cripta de los explosivos la concebimos a la manera de un cerrojo, si el enemigo descubriera el laberinto, tendríamos que explotar la mina, inmolarnos, el legado enterrado quedaría a salvo, no permitas que profanen el santo recinto…"

Salvo la inmolación, que le parecía innecesaria, no se arrepintió de haber ocultado el legado bajo toneladas de roca, lo que haría imposible la profanación. Pero su intención había sido huir del peligro, no inmolarse. La historia del legado no tendría majestad y sentido enterrada para siempre, si moría. Quedaba la versión de Katherina a quien acusarían de fabular. Mil años después, quizás los arqueólogos encontrarían su anónimo esqueleto, la osamenta de su santa madre y unas reliquias prístinas, idóneas para exhibir en un museo, y desde luego inventarían una nueva teoría sobre los enigmas de la historia.

El temple moriría con él en la gruta de los ritos, cuyas paredes pintadas no habían sido abatidas por el cataclismo. Ni siquiera podía moverse y alcanzar una pared para dejar escrito un mensaje postrero. Pasaron las horas. Sintió dolor intenso y frío, volvió a perder el conocimiento.

Primero fue un esplendor. Y fue feliz de ver a Marcus a la luz de la antorchas. Había un castaño y más allá un pozo con una noria y bandadas de palomas sobrevolaban el castillo que los caballeros de Ulver llamaban: santuario, reducto, puerta del cielo, tierra salvada y Cornatel. Su padre tenía un libro en la mano y habló de la vida y la muerte y de otras cosas incomprensibles a los niños, como la eternidad. Pero cuando llegó la paloma mensajera con el cordón, hubo alegría, sonó un olifante y de una fuente nacieron nereidas y serafines desnudos. Era como la pintura renacentista del despacho de Sevilla. Entonces sucedió algo, a los hombres les surgieron grandes alas de arcángel y desde la bóveda de una catedral dijeron que querían al

niño príncipe. Pero la bella mujer se volvió fuego, espada, paloma y juró proteger al príncipe y, entre resplandores, aquellos seres huyeron asustados. La bella mujer besó al niño y voló lejos, todo era beatitud, luego dolor, cesó el sonido del cuerno, un cirio de la catedral se fue apagando.

Hubo otro esplendor y sintió un ruido extraño. Ludovico entreabrió los ojos y detectó una lucecita moviéndose. Luego una paloma entró por un boquete y más atrás una silueta empañada, un fantasma templario. Lo vio empujar un pedrusco que se interponía a su paso y gritar: “No te mueras, profesor”.

Unas botas se fueron aproximando a sus ojos. Entonces vio al ángel, quien habló primero en inglés, luego saludó en español. El ángel quitó la roca que había roto su pierna y lo cargó en sus robustos brazos. Las palomas revolotearon en la boca de la gruta, sintió su respiración bloqueada, goteaba sangre. Miró los ojos pardos del hombre que lo sostenía. Solo entonces reconoció quien era.

—Americano —balbuceó tenuemente.

El hombre lo bajó con cuerdas de acero hasta el fondo del abismo y luego corrió con él a cuestas. Ludovico vio el taxi, muchas palomas dondequiera y de repente hubo otro resplandor, desaparecieron las cosas, pero sentía las voces. Volvió a escuchar la voz del ángel, era la de Marcus: “No te mueras, templario”. Y abrió los ojos. ‘Usted es de veras afortunado”, dijo el americano, sonriendo. Ya el taxi se alejaba a toda velocidad, Ludovico alcanzó a ver las murallas del castillo sin las nieblas.

Capítulo 94
¡Es grandioso, subversivo!

Katherina tenía el diario del viejo Prevost delante de los ojos, pero no lo leía. No le llegaban noticias de Ludovico, ¿por qué? Y se sentía cansada, con dolor en el bajo vientre. Descansó su cabeza en el tablero de la mesa y pensó en las circunstancias, en el destino y la soledad. Era una mujer positiva, imbatible, triunfadora, hiperactiva, pero esta vez el espíritu dejaba caer sus alas, nada contenía sus lágrimas.

Sobre la mesa, varios diarios rotulaban las noticias escandalosas de Cornatel. La reciente noticia de una detonación sísmica bajo el castillo olía a muerte, a inmolación. Conocía las reglas templarias, la misión que debía cumplir el último de los sobrevivientes de la hermandad en aras de salvar la inviolabilidad del legado. Todo parecía indicar que ese profesor bueno, que había nacido para ser príncipe, con sangre bíblica en sus venas, ahora sería una reliquia más en las eternas brumas de un santuario hecho pedazos. Jamás perdonaría a la historia, ni al temple, ni a los curas marrulleros, ni a los cátaros mojigatos, menos a los gobiernos malvados, tampoco a Dios. Con la desaparición de Ludovico moriría el sentido transcendental del amor y ninguna otra cosa le importaría, excepto su hijo.

Lloró mientras pasaba suavemente las manos por su vientre. La sobresaltó el toque a la puerta, era Rodney, el galante cartero negro que siempre le traía flores. “Aquí le traigo esta cajita, madame, viene de España, no la quiero seguir viendo tan triste”, dijo Rodney, mostrando una sincera sonrisa y le entregó una rosa roja. Ella lo besó en la mejilla y entró a desempaquetar la caja.

Había una hoja escrita con la letra de Ludovico. “Este es el regalo que te prometí, ahora somos los dueños de la verdad, si acaso existe una única verdad. Es por supuesto un regalo temporal, he jurado devolverlo al propietario por derecho divino. Eres la mejor paleógrafa del mundo, así que manos a la obra. Te amo venusina”.

Katherina terminó de desprender el envoltorio de cartón, donde encontró un estuche cilíndrico. Su contenido era un rollo de gruesos pliegos escritos.

“¡Dios, el pergamino de José de Arimatea!”.

Le tomó tres días y noches poder transcribir del arameo la revelación santa, idioma que conocía y amaba, la lengua de Cristo.

“¡Es grandioso, subversivo!”. Luego repuso el diario en el contenedor. Envolvió y selló la caja y la guardó en un compartimiento secreto oculto tras un estante de su biblioteca.

No durmió en esos días, apenas comió y no le dolió el vientre. No salió de la casa a dar su acostumbrado paseo por el parque ni visitó las librerías. Tampoco llamó a sus alumnos ni contestó las constantes llamadas a su celular. Ni siquiera escuchó noticias, ni música, y se cuidó de que no la molestaran sus vecinos colgando un cartel en la puerta: “No estoy en casa, y si estoy no molesten”.

Mantuvo el ordenador encendido, solo para esperar mensajes, no para navegar en Internet. Todo lo que hacía a diario pasó a ser nimio y eludible. Lo único que le interesó hacer fue releer la Biblia y pensar, nunca antes la había leído con tanta acuciosidad y pasión. Tampoco nunca antes meditó con tanta seriedad sobre el sentido de la vida, el amor y sobre sí mismo.

Además de dedicar los días a planificar un ensayo sobre cómo la paleografía podía descubrir al Dios real, no dejó de pensar en el dramático final de Ludovico, Marcus y los demás templarios muertos. ¿Qué realmente valía la pena? ¿La ofrenda por Dios o descubrir a Dios? ¿Vivir por la verdad, en sus formas civilizadas, o morir por ella en sus extravíos mistéricos y atávicos? ¿Dónde realmente estaba la casa de Dios? ¿En la basílica de San Pedro, en los tabernáculos y mezquitas, en eucaristías y peregrinaciones, en sermones y prédicas?, o donde José de Arimatea la presentaba: “Está la casa de Dios donde queramos imitar su grandeza, consejos y buenas obras, dentro de nosotros, donde se labra el amor, fuera de nosotros, en los caminos, arriba y abajo…en las justas batallas…”.

“A quién le podré decir ahora que parte de lo que nos han dicho y enseñado está equivocado, los orígenes tergiversados, las teorías arregladas”, pensó Katherina, recordando la promesa acordada con Ludovico: “Aunque se haga la luz, no intentemos cambiar la historia, cambiemos primero nosotros, hasta que la luz se abra paso sola al compás de la ciencia y de la arquitectura de dios, si existe”.

“Qué pensaría la gente si le digo que José de Arimatea escribió la mayoría de los pasajes capitales del nuevo testamento, si les digo que una casta secreta de templarios que desconfiaba del Papa guardó el secreto de la vida real de Cristo, si les cuento la verdad sobre la resurrección. Qué pasaría si revelo que el santo José inventó leyendas para salvar la conspiración nazarena y engrandecer a un crucificado. ¿Qué me harían? Sería el acabóse. Seguramente me tildarían de loca, de endemoniada, de hereje terrorista y acabarían con mi vida. El santo José no sería más el amigo de Cristo, el bueno del Sanedrín, sino un hereje más infiltrado entre los nazarenos. Le inventarían algún pecadillo para desacreditarlo. Todavía mandan los falsificadores, qué

horror. La verdad es una cuestión demasiado peligrosa para arriesgarse uno a decirla”.

Se pasó la mano por el vientre y tomó la biblia, leyó por enésima vez el pasaje de la resurrección, y luego estuvo embebida en la interrogante que le comía el cerebro:

“¿Dónde metió José el cuerpo de Jesús?”

Al noveno día, Katherina sintió que de todos modos no podría cambiar nada, ni la historia, ni los mitos ni las miserias humanas. La vida seguiría tal como era, con o sin ella, falsificada, plagiada o mal hecha. Dejó de auto flagelarse de melancolía y colocó una foto de ella y Ludovico, acaramelados, sobre el piano. Estaba de apuro porque no quería llegar tarde al hemiciclo donde impartiría una conferencia sobre “El castillo de Cornatel: más historia que misterio”.

Regresó tarde a casa. Había ido primero al mercado a comprar víveres y pasó por una librería a ver si ya estaba en venta el best seller de su escritor favorito.

Canturreó. Katherina estaba feliz de que el público hubiese abarrotado el auditorio de conferencias, como lo hacía con los partidos de baloncesto. Pensó que sería un gran progreso humanista que la cultura y la ciencia llenaran estadios deportivos. Se preparó una cena vegetariana y, acomodándose en el sofá, encendió con el remoto el televisor para ponerse al día con las noticias. Miró hacia la mesa donde había dejado abierto el diario del viejo Prevost junto a un desorden de papeles con la traducción del relato de José de Arimatea.

“Dios, por qué no me das una mano, déjame saber. ¿Es todo cierto lo que dice el santo José?”.

Seguidamente desvió la vista hacia el piano clavando sus ojos en la foto de ella y Ludovico, abrazados, sonrientes, una pareja bonita, perfecta. De la saga templaria solo quedaban esa foto, el intraducible diario críptico del viejo Prevost, el evangelio sublime pero impublicable de José de Arimatea y un castillo ruinoso envuelto en misterios. Parecía todo una fantasía, un sueño. Fue hasta el piano y tocó dulcemente el retrato de su héroe amado, el último caballero templario.

Regresó al sofá, cambió de canales, mientras bebía té y acarició su vientre. De repente sintió un ligero movimiento. Se palpó. “No puede ser”. Solo podían ser gases con apenas unas semanas de embarazo, aunque tenía bastante abultada la panza.

“Va a ser un niño hermoso, será como su padre”.

Katherina se volteó de nuevo hacia el cuadro. Había dicho un dislate, la muerte de su héroe no significaba el fin del temple. Dentro de su vientre crecía el heredero, el nuevo príncipe, con alma cátara, con sangre de José de Arimatea.

Se acarició la panza, orgullosa y feliz, y le pegó una mordida a un emparedado de vegetales. En ese momento la algarabía de un comercial de deportes no la dejó oír la notificación de AOL al llegar un nuevo e-mail a su ordenador.

Era la hora de ir a la cama cuando revisó el buzón de internet y encontró el mensaje con la etiqueta: “El amor todo lo puede”. El mensaje relataba una odisea y un final inexplicable. Katherina suspiró. Su Ludovico vivía. Respondió al instante: “Mañana viajo, voy por ti, a llevarte tu regalo…”

Al acostarse, comenzaba a llover. Sintió un ruidito en la ventana. Algo raspó el cristal. “Qué raro”. Se levantó y miró por la persiana. Estaba un pájaro posado en la moldura. Apenas entreabrió la ventana, un pájaro negro entró y voló escaleras abajo. Katherina bajó tras el ave y la vio posada en la mesa, junto al diario del viejo Prevost. Emitía arrullos. “Una paloma, qué raro”. Le acarició su cabecita. De repente recordó la paloma mensajera de Ludovico. Tenía algo prendido en una pata: una bolsita de cuero enrollada. La tomó y abrió la cremallera. Había dos objetos, un cordón y un pedazo de papel escrito.

Katherina leyó el escrito y se sintió bendecida. “Ahí te mando el cordón sagrado del temple con el palomo rey, guárdalo. Ahora eres la reina y yo el guardián. La eternidad existe”.

De pronto el palomo negro revoloteó y se posó en el hombro de Katherina. Gorjeó y voló escaleras arriba buscando la ventana abierta. Ella, siguiéndolo, fue hasta la ventana pero había desaparecido. “La vida está llena de misterios”, murmuró y se acostó boca arriba, colocó el cordón sobre su vientre y se durmió.

Capítulo 95
El amor todo lo puede

El palomo negro voló en ascenso hasta más allá de las nubes y atravesó un arcoíris. Al día siguiente sobrevoló el castillo de Cornatel y fue directo a posarse en el hombro de Ludovico, quien departía con su amigo Robin en un cafetín de la plaza principal del pueblo. Ambos tomaban café y se contaban historias de viejos amores, habían acordado asociarse para restaurar el castillo y abrirlo plenamente a la avalancha de turistas que llegaba a la comarca atraídos por los misterios templarios.

Robin pensó que por ser ya amigos, no tenía por qué seguir intrigado.

—Dígame, Lud, ¿qué hay allí bajo el castillo?

Ludovico se hizo el sorprendido.

—Oh, debe haber algún tesoro, eso lo sabe todo el mundo.

Robin sonrió.

—Hay algo más, profesor. Usted lo sabe.

Ludovico se llevó la taza de café a los labios.

—Amigo Robin, no pierda su tiempo. Es mejor cerrar ese capítulo.

En ese momento, Robin decidió franquearse.

—Quiero que sepa de mí, profesor. Y cerramos el capítulo.

Ya no le importó revelar quien era, estaba harto de vivir una doble vida: se lamentó de ser un simulador, un actor de baja categoría, "¿Sabe lo que es un yankee de mil ojos, un entremetido espía infidente? Y relató sus secretas vivencias, su implicación en "todo tipo de cochinada política", e incluyó el drama de Cornatel entre sus grandes sinsabores tras bambalinas.

—Por suerte los espías se enamoran —dijo Ludovico en tono de broma, al verlo tomar un respiro—. Usted se ganó a la chica más bonita de la zona y se ganó un amigo.

Ludovico lo abrazó. Robin se sintió ligero como la espuma, como si la confesión hubiera purificado su conciencia y el abrazo fuera la absolución. Escuchó además que reabrían el capítulo:

—Pues le diré la verdad, lo único que sé de todo. A veces uno ve que suceden cosas, existen misterios incomprensibles. Cornatel es uno de ellos.

—No entiendo, profesor.

Ludovico guardó silencio un minuto. El honrado espía, por qué

no, merecía saber un pedacillo del secreto, el más hermoso pero inasequible.

—Le diré qué hay allí bajo el castillo, espero me crea —Miró al cielo, a las palomas, a los ojos alucinados del amigo—. Allí habita dios.

—Me quiere tomar el pelo, profesor —protestó Robin.

—Es la verdad, yo era tan escéptico como usted, soy casi ateo.

En ese momento una bandada de palomas invadió la plaza y Ludovico les arrojó pizcas de cereal. Robin, resignado, no preguntó más. Prefería dejar las cosas así. No era pro religioso, pero tal vez Prevost tenía razón. Quién sabe. Llamó a su novia y le dijo: "Mi morena diosa, te espero en la plaza, el día está perfecto para irnos a escalar montañas".

"*Omnia vincit amor*, el amor todo lo puede", pensó Ludovico, miró la hora en el reloj de la iglesia y se despidió del amigo.

Unos turistas brasileños se acercaron y preguntaron cómo se llegaba al castillo templario de las nieblas. Robin les dijo cómo llegar sin tropiezos.

Ludovico atravesó el pueblo y llegó ante la estatua de la virgen. Besó el basamento y compró flores. Abordó su coche y tomó la carretera vieja de Cornatel a gran velocidad, con el castillo a la vista, la primavera vistiendo los campos de colores. Quería llegar a tiempo al aeropuerto; estaba loco por ver a Katherina y curioso por saber qué misterioso regalo le traía. Arriba, las palomas seguían el coche, jugaron todo el tiempo con el viento, sin apartarse de la ruta.

Epílogo

Un matrimonio por la iglesia unió al hispano estadounidense y condecorado ex-agente de la CIA, Robin García, con la leonesa Catalina Angeles en un amor para siempre. El jefe Welles se alegró muchísimo de ser el padrino de la boda. Nunca imaginó que Cornatel fuera tan fascinante, su buen vino, mujeres y la gaita, bailó la jota y flamenco y le encantó conocer en persona al profesor Prevost y a su barrigona novia Katherina. Cuando lo llevaron a conocer el castillo, en el que una multitud de turistas se fotografiaba con las palomas, miró maravillado los floridos paisajes circundantes y preguntó si alguna vez hubo nieblas en el lugar como decía la gente, escuchando de Katherina una enigmática explicación: "Ojalá las hubiese; si supiera, este sitio con nieblas es mágico, pero un buen día el señor dios se las llevó por si las moscas".

Los ciudadanos de Estados Unidos jamás se enteraron que el Pentágono había perdido una extraña batalla. Fueron destituidos generales, agentes y especialistas. Uno de los perdedores había sido Donovan, reconocido estratega de misiones especiales. Pero la alarma seguía vigente. La data clasificada, planes, códigos y patentes, continuaba filtrándose a la calle. Un virus fantasma había vulnerado barreras informáticas consideradas teóricamente infranqueables e incluso, se estaba burlando de los cerebros cibernautas del DARPA, la agencia secreta que producía la tecnología computarizada de avanzada del ejército estadounidense, la misma que había desarrollado el Internet, incapaz ahora de resolver el problema. Tomó varios días neutralizar el virus y ubicar la fuente agresiva. Pero la operación relámpago contra el supuesto hacker espía también falló. Solo encontraron un ático vacío en una casa abandonada de un suburbio de Chicago y un papelito pegado en la pared con una desquiciada nota: "Conspiradores hijos de puta, no se metan con Zeus, va y les mando a Heliogábalo, mi virus caníbal favorito, destapo la letrina y pongo a llorar a todos".

En el Vaticano había una aparente calma, entre oraciones, arrepentimientos, autoflagelaciones, temores. El Papa no descuidó sus deberes habituales, a pesar de vérsele afligido. En un sermón desde el balcón de la basílica dijo al rebaño de feligreses congregados en la plaza de San Pedro que Dios era insustituible, la luz de todas las luces y la suprema verdad de todas las verdades, a pesar de las falacias y de

las “espurias conspiraciones libertinas” que pretendían lo imposible, ¡lo imposible!, desterrar al Señor de los corazones, aniquilarlo, suplantarlo por las cadenas del Pandemónium y la tiranía de Lucifer. “Dios, perdonad a los conspiradores, a los fanáticos terroristas, a los malos pastores, a las descarriadas ovejas, domínalos con tus rayos, salva a tu iglesia, salva al mundo”, había clamado el Papa con más ardor que nunca, provocando gritos, vivas, plegarias, lágrimas y sobre todo, reverencias y compasión. Los periódicos, incluso los radicales, cambiaron de tono, hablaron muy bien del “sermón renovador” y exoneraron al Papa de culpas, enfilando los cañones contra el Opus dei, la masonería jesuita y la infiltración islámica.

Solanos respiró tranquilo cuando comprendió que los demonios, por la causa que fuera, daban marcha atrás a sus madrigueras. Jamás comprendería la política. En privado, el Papa le dijo que había que purificar el Vaticano. Comenzarían por ir a Cornatel, quería bendecir el castillo y conocer la famosa virgen esculpida. Solanos, después que le besó la mano despidiéndose, no fue a su dormitorio. Salió de la basílica y caminó sin rumbo por las frías calles de Roma. Se sentía desgastado, confundido, engañado. Hacía días la depresión roía su alma, y mientras más se alejaba del Vaticano, acabó por decirse que dios lo había abandonado. “Malditos romanos de pan y circo, vivan los gladiadores, viva la plebe, viva el Temple”, dijo estridente al pasar por delante del coliseo Flavio y siguió alejándose del Vaticano. Nunca más se supo de él.

Pascal regresó a Madrid, colocó unas cuantas fotos sobre su mesa de trabajo y se preguntó qué hacer, desalentado. No eran el tipo de fotos que podían encumbrarlo. ¿Quién le iba a creer, sin mostrar evidencias, que existía un acontecer siniestro en Cornatel, con mucho de terror paranormal y revelación griálica? El artero ladrón le había arrebatado la gloria, ¿Por qué? No aceptó ser un perdedor, escribió un libro en el que describió las tribulaciones vividas: “Cornatel, la conspiración contra Dios: el Santo Grial y los últimos templarios”. Le resultó fácil escribirlo, pues solo tuvo que narrar lo vivido y un editor consideró publicable la “interesante fantasía provocativa, convincente como una neurosis, potencialmente rentable, no más”. El libro tuvo cierto éxito, más que todo porque la trama chocante, los protagonistas y ciertas circunstancias generaron chismografía, polémica y mucha estupefacción. Se aludían personas reales, hechos verificables, entidades problemáticas y circunstancias intrigantes con vigencia criminalística.

Por eso gatos y ratones, susodichos y sucedáneos fueron a las librerías. El jefe Welles, Jason y el Topo, Ludovico, Katherina, Solanos, la rusa Ludmila, Robin García, el defenestrado Donovan, los

sobrevivientes neotemplarios franceses, los sectarios de Thule, el analista de inteligencia Cassidy, el oficial del Mossad Abrami, el cura confesor de la mafia Scarlatti, la mesonera francesa Marie, jesuitas, numerarios del Opus dei, los hermanos de la Logia, la mafia siciliana, policías encubiertos de varios países, generales del Pentágono y la OTAN, agentes de la CIA, millonarios masones amigos del presidente de Estados Unidos, el Papa, los archiveros del Vaticano, todos ellos leyeron el libro con interés, se encogieron de hombros, algunos pensaron demandar al autor, hubo carcajadas, otros tiraron el libro al cesto de la basura. Todos se alegraron de que hubiesen robado las fotos del cabrón fotógrafo. No todos, el ex agente de la CIA Robin García lamentó haber jodido la carrera de Pascal, se sintió villano y conspirador, el malo de la historia, pero ya no había nada que pudiera hacer.

Ludovico Prevost, después de jugar un rato con su travieso hijo José María y besar la frente de su esposa Katherina, se sentó feliz y relajado ante el ordenador, como cada noche. Entró a su blog y leyó los escritos que ofrecían alguna atracción metafórica, borró las barahúndas kafkianas, las ofertas morbosas, las detracciones y respondió saludos de alumnos, colegas y amigos. El e-mail de Pascal volvía a culparlo de sus desgracias, pero nunca le replicó. Robin, con su estilo telegrama, le contó que la pasaba super bien pescando agujas en los cayos de la Florida; su mujer tenía otro embarazo. Sonrió. Nuevamente Ludovico decidió dejar para otro día escribir sobre la resurrección de Cristo, el tema que más lo fascinaba. Ya tenía un título: “La niebla rota”. Le crecía el ansia de decir al mundo lo que había escrito José de Arimatea sobre el particular, pero Katherina siempre se interponía, aconsejando muy seria: “No abras la caja de Pandora, deja a dios y a José en paz”. Escribió entonces sobre las palomas. Su hijo entró al estudio y se sentó en sus piernas. Movió juguetón el ratón y tocó el teclado. Lo desordenó todo. Fue entonces cuando entró el e-mail que jamás dejaron de mandarle, cada noche, a la misma hora, sin remitente, el e-mail enigma que había cambiado su vida: Cornatel.